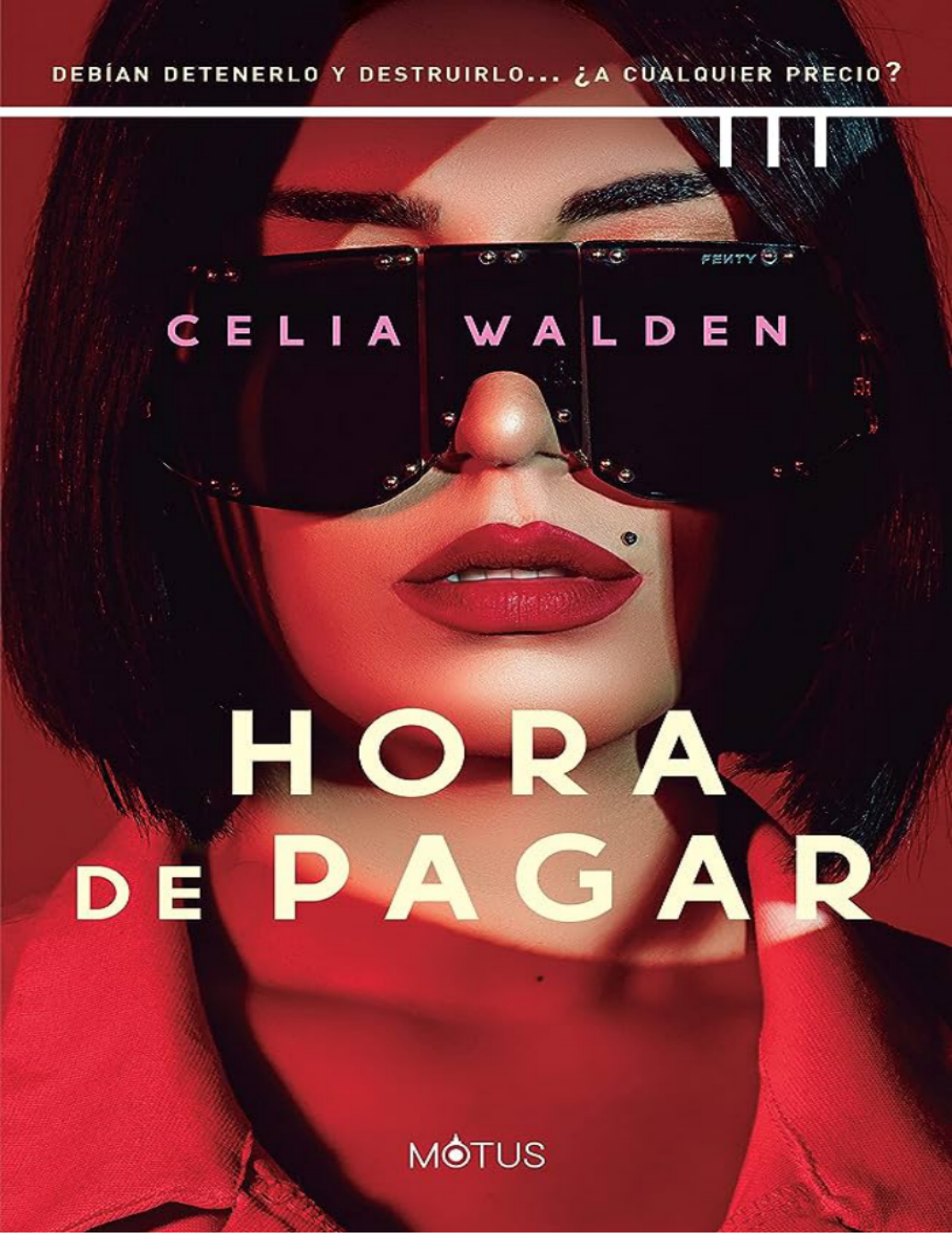
DEBÍAN DETENERLO Y DESTRUIRLO... ¿A CUALQUIER PRECIO?



Índice de contenidos

Cover Page

Hora de Pagar

Portadilla

Citas elogiosas

Legales

Personajes en Hora de pagar

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Si te ha gustado esta novela...

Celia Walden

Manifiesto Motus

HORA DE PAGAR

Celia Walden

Traducción: Carmen Bordeu

“Inteligente, convincente y escalofriantemente plausible, Hora de pagar es un thriller hábilmente estructurado que aumenta la tensión justo hasta llegar al inesperado final”.

—Ellery Lloyd.

“Absolutamente atrapante…. La serie con Nicole Kidman ya está escrita en sus páginas”.

—Sunday Telegraph.

“Imposible de soltar”.

—Helen Fielding, autora best seller

de El Diario de Bridget Jones.

“Lo leí de una sentada. Un thriller inteligente y agudo sobre el #MeToo, con tres personajes fantásticamente desarrollados y giros de la trama totalmente geniales e inesperados hasta la última línea”.

—Trini Vergara, editora.

Walden, Celia

Hora de pagar / Celia Walden. - 1a ed.

Libro digital, EPUB

Traducción de: Carmen Bordeu.

1. Narrativa Inglesa. 2. Novelas de Suspenso. 3. Abuso de Poder. I. Bordeu, Carmen, trad. II. Título.

Título original: Payday

Edición original: Little, Brown Book Group Limited

© 2021 Celia Walden

© 2021 Little, Brown Book Group Limited

España · México · Argentina

Índice de contenidos

Portadilla

Citas elogiosas

Legales

Personajes en Hora de pagar

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Si te ha gustado esta novela...

Celia Walden

Manifiesto Motus

Personajes en

Hora de pagar

Jamie, gerente de BWL, empresa inmobiliaria en Londres, especializada en la puesta en valor de edificios históricos.

Jill, socia fundadora de BWL y miembro del directorio. Promotora del ascenso de Jamie.

Alex, secretaria de Jamie. Es madre soltera de una bebé, Katie. Acaba de terminar su permiso de maternidad y está lista para volver al trabajo.

Nicole, vendedora estrella de la empresa. Ha tenido un affaire con Jamie.

Stan, marido de Jill y cofundador de la empresa. Está enfermo de cáncer, ya no trabaja.

Ben, marido de Nicole. Actualmente sin trabajo, cuida de Chloe, la pequeña hija de ambos.

Maya, esposa de Jamie y madre de la pequeña Elsa.

PRÓLOGO

—Te has olvidado la salsa de carne otra vez. —Terry inspeccionó su sándwich de tocino, suspiró y le dio un mordisco—. Estos tienen que estar terminados al final del día. —Señaló el palé cercano de bloques de hormigón y miró a su cuadrilla sin mucha esperanza—. Ey.

Pero estaban reunidos alrededor de un iPhone, viendo un videoclip en YouTube.

—Vamos. ¿Dónde está la mezcladora? A trabajar.

Terry se abrió paso entre los montones de ladrillos y madera y caminó pesadamente hacia la parte trasera de la obra. Allí, en un rincón, a la sombra de un edificio grande y abandonado al que daba la obra, estaba la mezcladora.

—Cabrones inútiles —murmuró.

Entonces vio al hombre. Terry se fijó en su traje —"ostentoso", lo habría descrito su mujer—, sus zapatos —el tipo de mocasines de gamuza que usaban los escandalosos tipos de Chelsea, pero que se distinguían por la cadena dorada en la parte superior— y las rejas de hierro en las que estaba empalado. La amalgama de pan y tocino salió volando de su boca.

—¡Steve! —se oyó decir, viendo el trozo de carne que la reja que atravesaba el abdomen del hombre empujaba hacia afuera. Y, luego, emitió un grito que sonó estridente, femenino. —¡Steve!

Para cuando el capataz se le acercó, Terry se estaba palpando los bolsillos de la sudadera.

—Dame tu teléfono, amigo —logró pronunciar sin apartar los ojos del cuerpo.

Y cuando todo lo que Steve pudo hacer fue repetir "Mierda, Mierda", Terry se lo quitó y llamó al 999.

Solo después de decirle a la voz impasible en el teléfono, "Hay un

tipo muerto en nuestra obra", después de recorrer con la mirada el cadáver ensartado en las puntas de hierro frente a la fachada blanca que se alzaba detrás, después de darse cuenta y decirle al operador: "Debe de haberse caído", solo entonces, Terry vio que el pie del hombre se movía.

CAPÍTULO 1

JILL

Jueves 5 de agosto

"Contesta, contesta, contesta"

Sentada en el sendero de entrada de su casa, con una blusa, la falda de trabajo y unas pantuflas forradas de lana, Jill miraba con fijeza la única letra que aparecía en la pantalla de su iPhone, "A". La inicial era como una admisión de culpabilidad. Como su empleada, habría sido natural que Alex figurara en su lista de contactos, profesionales y personales. Solo que la conexión de Jill con "A" no tenía nada de legítima, y mucho menos de justificable; y desde hacía media hora, sobraban motivos para ocultarla.

"Bienvenido al servicio de mensajería de O2. La persona a la que usted está llamando no puede atenderlo en este momento".

La gente no te cuenta que el caos tiene un sonido: un latido ruidoso, agitado, intravenoso. Y es ensordecedor. No te cuenta que una vez que invitaste a ese ruido blanco a tu vida, no hay manera de apagarlo.

Jill cortó —dejar un mensaje era demasiado arriesgado, y en los cuatro intentos anteriores para contactar a Alex, ya había tomado la precaución de ocultar su identificador de llamadas— y se dejó caer hacia delante para apoyar la frente en el volante, obligándose a respirar. Inspirar, espirar, inspirar, espirar… ahora despacio, despacio. Cada espiración empañaba el logotipo de cromo alado en el volante y Jill observaba cómo se disipaba la capa brumosa antes de volver a espirar.

"La policía dijo que nos llamarían". Eso fue lo que había dicho Paul. Podían pasar horas. O minutos. Y no podía tener esa conversación sin haber hablado con Alex.

—¿Dónde estás? —En voz alta, las palabras sonaban alarmantes. Imperiosas.

Se preguntó qué pensarían los vecinos si la vieran sentada en el coche, hablando sola. Se preguntó si Stan, que estaba dentro, se habría dado cuenta de su ausencia, y cuánto podía soportar un ser humano antes de que, como un sistema eléctrico sobrecargado, estallara y se apagara.

El zumbido del celular la devolvió al presente, pero solo era otro mensaje de Paul. "Está en las noticias". Con dedos torpes, Jill introdujo la llave en el contacto, encendió la radio y se quedó sentada como atontada escuchando una conversación amplificada entre un presentador de la LBC y un activista vegano antes de que por fin pasaran a las noticias. Jamie era el tercero en la lista. Solo que ya no era Jamie, sino "un hombre de cuarenta y seis años encontrado empalado en las rejas de una obra en construcción en el noroeste de Londres".

Era solo cuestión de tiempo antes de que en la oficina descubrieran que el hombre muerto era el jefe, y mientras el "reportero en el lugar de los hechos" daba detalles que Jill no pudo dejar de oír, se imaginó la noticia propagándose de un escritorio a otro en forma de gritos sorprendidos y correos electrónicos desenfrenados y sin signos de puntuación. Vio las manos sobre las bocas, las lágrimas de incredulidad: la confusión. Como socios de Jamie, les correspondía a ella y a Paul hacer un anuncio; "controlar" las repercusiones. Pero ir a la oficina era impensable, hasta que no hablara con Alex. Y después estaba Nicole.

El nombre de su colega no estaba disimulado con una inicial, aunque debería haberlo estado, y verlo en la pantalla de su móvil no hizo que Jill se sintiera menos tóxica. Su propio nombre tendría un efecto similar en estas dos mujeres, se dio cuenta. Ahora, eso las unía.

"Te has comunicado con Nicole Harper. No puedo atenderte en este momento, pero ya sabes lo que tienes que hacer…"

Que ambas mujeres derivaran las llamadas al buzón de voz, a pesar de los repetidos intentos, no era una buena señal. Pero nada de aquello lo era, ¿y qué podía hacer Jill sino intentar, intentar y volver a

intentar?

—¿Hola? —La voz de Nicole sonó alegre, pero de una manera artificial, como si lo hiciera en beneficio propio. Entonces Jill recordó que tenía oculto su número.

—Soy… —Se aclaró la garganta—. Soy Jill.

—Un segundo. —Una corneta de fiesta sonó en el fondo, seguido de un barullo discordante de alegría infantil—. ¿Perdón? ¿Quién es? —Jill oyó el tintineo de una puerta al cerrarse, y toda la algarabía quedó aislada detrás.

—Soy Jill. —Cerró los ojos.

—Lo siento. Estoy en una fiesta infantil con mi hija; justo van a traer el pastel. ¿Te puedo llamar después?

—No. —Tenía que impedir que Nicole siguiera hablando y lograr que la escuchara—. Jamie está muerto. Lo encontraron esta mañana. La policía quiere hablar conmigo. Querrán hablar contigo también. —Las palabras brotaban deprisa—. Y, Nicole… —Jill oyó cómo bajaba el tono de su voz—. No puedo localizar a Alex.

Se oyó un ruido sordo en el otro extremo de la línea, seguido de silencio. Luego otro ruido y un susurro.

—¿Cómo?

—Todavía no se sabe. Lo encontraron en el teatro Vale esta mañana. Hay una obra en construcción detrás…

—¿Estaba en el teatro?

El cambio de tono hizo que Jill se enderezara. No era solo alarma, sino reconocimiento.

—Si sabes algo…

Al otro lado de la línea, Nicole dejó escapar un leve gemido. Luego se oyó un ruido ahogado. Y mientras Jill esperaba, observó su propio pie con la pantufla que golpeteaba con impaciencia junto a los pedales. No había tiempo para esto.

—Tenemos que encontrar a Alex.

Silencio.

—Nicole, ¿estás ahí?

—El teatro… hay una pequeña cúpula de cristal en el tejado…

La llamada de unos nudillos contra la ventanilla la sobresaltó, cada sinapsis estaba ahora en máxima alerta, cada palabra que Nicole estaba diciendo estaba silenciada, y levantó la vista hacia la cara de Stan, que la miraba desde fuera.

CAPÍTULO 2

ALEX

Tres meses antes

El muñeco, un monito rosa, había sido un error. También lo había sido tomar el autobús. Media hora atrás, cuando había dejado el apartamento con Katie amarrada a su pecho, Alex se había sentido pasable: la piel fláccida del estómago y de los muslos contenida por los tejanos de embarazada sin los cuales ya no concebía la vida; los pechos hinchados disimulados por una blusa azul comprada para la ocasión. Katie también se veía bonita con su peluche rayado… hasta que habían llegado a Hammersmith Broadway y había vomitado encima de las dos.

Para cuando Alex hubo encontrado los baños públicos y hurgado en su bolso en busca de una moneda de cincuenta peniques que no tenía, para después aguardar en la cola detrás de dos adolescentes italianas que contaban sus monedas en Tesco Metro, gran parte del entusiasmo con el que se había despertado se había evaporado.

Esa emoción se había ido acumulando durante más de una semana, desde que había recibido el correo electrónico de Jamie. Porque aunque su jefe había sido breve: "¿Por qué no te das una vuelta con la nueva integrante? Sería bueno ponernos al día", Alex lo conocía lo suficiente para saber leer entre líneas.

Su sustituta por maternidad no estaba funcionando. Para el final de la jornada en la que le haría el traspaso de funciones, Alex ya había adivinado que Ashley no duraría mucho. No era tanto que fuera demasiado joven y que hubiera empezado un par de sus correos electrónicos con un "¡Ey!", sino que era la ley del mínimo esfuerzo. Alex nunca había entendido esa mentalidad de "hacer siempre lo mínimo posible". ¡Incluso antes de empezar el trabajo! ¿Dónde estaba el orgullo? La tranquila satisfacción de saber que tenías cubiertas todas las eventualidades, de modo que cuando tu jefe se olvidaba un

archivo o un número, tú lo tenías a mano. Que cuando, siempre ansioso por complacer al cliente, se comprometía para dos reuniones a la vez —"¡Nos vemos el jueves a la mañana entonces!"—, tú eras quien lo corregía: "El jueves por la mañana no va a ser posible, Jamie, pero podríamos hacer un hueco esa misma tarde". Había poder en ese momento: el de ser la guardiana de la agenda de Jamie y anticiparse a sus necesidades con tanta eficiencia que se sentiría perdido sin ti.

Pero Ashley no hubiera entendido nada de eso. Y el día de esa reunión de traspaso, después de demasiadas preguntas del estilo de "¿En serio tengo que responder todos los correos electrónicos en menos una hora, como pusiste en el documento de traspaso?" (Respuesta: "Sí, todos los correos electrónicos tienen que responderse en menos de una hora, incluso cuando no se pueda dar una respuesta completa hasta más tarde") y: "¿A qué hora estamos libres de verdad? O sea, ¿cuándo se supone que ya podemos no atender el teléfono después del trabajo?" (Respuesta: "Nunca, incluso cuando Jamie estuvo dos semanas de vacaciones en las Maldivas, yo respondía sus llamadas después de las diez de la noche, escaneaba y enviaba documentos y retiraba las compras en línea de su esposa en la oficina local de Parcelforce"), Alex había girado su silla para mirar a su sustituta y le había hecho una pregunta personal.

—¿Quieres este trabajo?

La joven bajó la barbilla hacia el cuello, sorprendida por el tono de esta mujer que había supuesto que sería cómplice de su indolencia.

—Claro que sí. Quiero decir, me sirve para salir del paso, ¿sabes? Como planeas tomarte solo seis meses de maternidad…, al menos eso es lo que me dijo Jamie. Pero tal vez…

Alex la cortó. Sí, solo pensaba tomarse seis meses. ¿Por qué todo el mundo estaba tan convencido de que las mujeres cambiarían de opinión y se tomarían el año completo o no volverían a trabajar? Y los ojos de esa chica de veintitrés años habían emitido una valoración, estaba segura. ¿Basada en qué? En el tipo de certezas de colegiala engreída a las que todavía se podía aferrar a esa edad. Que cuando conocieras a alguien que te gustara, lo cual sucedería, tú también le gustarías. Que ambos estarían listos para casarse y tener hijos al mismo tiempo y que, cuando tuvieras esos hijos, te sentirías como

debería sentirse una madre que acaba de dar a luz.

Después del caos de los últimos meses, a Alex no le quedaban muchas certezas. Pero estaba segura de una cosa: cuando Jamie le pidiera que volviese al trabajo antes de tiempo (y no se lo pediría, lo sabía, sino que se lo 'sugeriría', con expresión compungida y un pequeño discurso acerca de que "entiendo muy bien que se trata de un momento muy especial, pero…"), ella diría que sí. Sí a tener una razón para vestirse por la mañana. Sí a días estructurados. Sí a que la necesitaran para algo en lo que sabía que destacaba, a volver a cobrar el sueldo completo y a poder quitarse de encima el peso del préstamo de su madre antes de lo necesario. Por supuesto que no le diría todo eso a Jamie, quien valoraría el sacrificio un poco más si ella le dijera que necesitaba unos días para pensarlo. Y cuando Alex giró para tomar Black's Road y vio la fachada de espejo azul de BWL que se alzaba ante ella, sintió que recuperaba algo de su anterior entusiasmo.

—¿Lista para conocer dónde trabaja mamá? —murmuró en el sedoso cabello despeinado de su hija—. Creo que te va a gustar. Y sé que te va a encantar el jefe de mamá.

Durante algo menos de un año, cinco días a la semana, había atravesado las puertas giratorias del luminoso vestíbulo blanco de BWL con un café con leche en la mano. Y el recuerdo de esa mano libre —una mano con la que podía abrir puertas, saludar a Lydia en la recepción, apartarse el pelo de la cara, tomar una tarjeta de transporte, subirse los pantalones o rascarse— ponía de relieve todo lo que Alex había perdido con la maternidad. Jamás volvería a sentirse despreocupada ni a ser del todo libre, y pensar en eso le daba ganas de seguir otra media vuelta en la puerta giratoria e irse directo a su casa. Pero Alex había visto desfilar por BWL a suficientes madres que acababan de dar a luz —"¡Mira lo que he hecho!"— para saber lo que se suponía que debía hacer, y aunque la mayoría esperaba hasta que el bebé tuviera al menos cuatro o cinco meses, era consciente de que hoy no se trataba de Katie. En cualquier caso, Lydia ya la había visto.

—Ay, ay, ay… —Ignorando el timbre de los teléfonos, su colega se escabulló de detrás del curvo mostrador de recepción de madera de nogal con el lema omnipresente de BWL: "Nuestra historia. Nuestro patrimonio. Preservémoslos" y se llevó una mano a la boca—. Esto es demasiado. —Un chasquido de tacones sobre el mármol cuando se

acercó trotando—. ¿Es esta… la pequeña Katie? ¡Sí, lo es! ¡Sí!

Antes de tener a su hija, a Alex le hacían gracia los ojos desorbitados, el lenguaje de bebé y las repeticiones constantes. Ahora la irritaban. Pero se alegraba de ver una cara amable y estaba ansiosa por hacer alarde de su hija como lo habían hecho las demás.

—Por supuesto, vomitó en el camino. Es la emoción de ver dónde trabaja mamá, ¿no es así, Katie?

—Me dan ganas de comérmela. —Lydia pasó un dedo por el puño cerrado de la bebé—. Y tú, cariño, ¿cómo estás?

—Estoy durmiendo poco. Katie tiene el apetito de su madre, eso es seguro. Y un buen par de pulmones. Pero estamos bien, ¿no?

Lydia había inclinado la cabeza hacia un lado: una mezcla de lástima y curiosidad en sus ojos.

—De todos modos, me imagino que hacer todo sola debe de ser difícil. Aunque apuesto a que tu madre y tu padre están muy encima de ella.

—Muy encima.

Alex estaba acostumbrada a las punzadas de tristeza que le provocaban estas suposiciones casuales y hacía tiempo que había decidido que era más fácil seguir la corriente que intentar explicar por qué sus padres no eran como los de los demás.

—Maya vino el otro día con la pequeña Elsa, que debe tener… ¿cuánto… casi la misma edad? ¿Dos meses?

—Tres.

Alex todavía no conocía a la esposa de su jefe, pero en un par de ocasiones durante sus embarazos simultáneos, las dos mujeres se habían compadecido por teléfono por sus náuseas matutinas y tobillos hinchados.

—Pensé que se llevaban menos tiempo. En todo caso, Maya dijo que la pequeña Elsa es una santa y que ya duerme seis horas seguidas

de noche.

—Genial.

—¡Lo siento! Si te hace sentir mejor, también comentó que se había olvidado de lo duro que era todo. Y que como Jamie trabaja hasta tan tarde…

—Veo que nada ha cambiado en ese sentido. Me imagino que él estará feliz, ¿no?

Mientras lo decía, Alex recordó lo mucho que su jefe había deseado un niño.

—Para ser honesta, creo que estaba un poco…

—¿Decepcionado? Ya se le pasará. Las chicas no somos tan malas.

—¡Muy cierto! Pero conozco a Jamie, y ya debe de estar planeando el tercero.

Lydia puso los ojos en blanco en un gesto de exasperación, pero no pudo reprimir la sonrisita que a menudo acompañaba la mención del nombre de Jamie por parte de cierto tipo de mujeres.

—Deberías haberlos visto a él y a Hayden en Firkin la semana pasada. Ya se habían bebido tres cervezas y… —Lydia se interrumpió en seco e hizo un gesto por su falta de tacto—. Lo siento, Alex, no quise hacerte sentir… No quise sonar desleal. —Sacudió la cabeza y continuó—: ¿Sabe Hayden que venías hoy?

—Lo sabe, pero tuvo que "salir por una reunión" muy oportuna. —Alex se esforzó para que su voz no delatara su resentimiento—. O sea, que Katie no conocerá a su papá hoy.

Lydia se quedó mirándola.

—¿Hayden todavía no la conoce?

—No. —Alex besó la cabeza de su hija en una actitud tranquilizadora. "Nadie te hará sentir lo mismo que yo"—. Ha dejado muy claro que no quiere saber nada.

—¡Pero es el padre!

Alex se plantea si contarle que incluso eso es dudoso; la idea de confiar en alguien, cualquiera, después de lo que habían parecido meses de conversaciones consigo misma, se le antojaba más atractivo que cualquiera otra cosa. Pero no era el momento.

—Y, Al, vas a trabajar en la misma oficina: Hayden no podrá fingir que no existes.

—Lo sé, lo sé.

Ya estaba deseando dar por terminado este encuentro, tomó las escaleras mecánicas que la invitaban a subir más allá de las puertas de seguridad y tener la conversación para la que había ido allí. Lydia lo percibió, le entregó un pase de visitante que le resultó absurdo colgando de su cuello y la hizo pasar.

—Llámame cuando estés lista para unos gin-tonics, ¿vale? Ah… ¿Y anotaste en tu agenda la fiesta de jubilación de Joyce dentro de dos semanas?

En el último piso, las cabezas estaban inclinadas, se mantenían conversaciones telefónicas en susurros y se celebraban reuniones en los cubículos de vidrio. Alex no estaba segura de qué había esperado, pero sin duda no era esta sensación de invisibilidad en una comunidad de la que había sido parte integral pocos meses antes.

Se había marchado de este lugar en un estado de euforia: con una cesta de regalos de productos orgánicos para bebés y un globo de helio de “Futura mamá”. Y quizá había sido eso: el embarazo había hecho que Alex se sintiera digna de atención por primera vez en su vida. Los repartidores de UPS, los camareros de la cafetería, los clientes e incluso los socios, como Jill y Paul, se habían fijado en ella en cuanto empezó a notarse el embarazo y le preguntaban cuándo iba a nacer, qué iba a tener y cómo se sentía. Pero Alex empezaba a comprender que mientras que el embarazo te hacía relevante, la maternidad te hacía invisible. Y mientras escudriñaba la oficina en busca de alguno de sus amigos y colegas, solo percibió algunas miradas breves e indiferentes en su dirección.

Sentada en su escritorio —un escritorio que Alex siempre había

mantenido despejado de objetos personales, pero que entonces estaba invadido por frascos de cosméticos, cactus en miniatura, revistas y un pequeño oso de peluche con un babero en forma de corazón y la frase garabateada "Solo para ti"— estaba Ashley. Y Alex estaba pensando en cómo saludar a una mujer que era su sustituta cuando Katie comenzó a llorar a todo pulmón y resolvió el problema.

En cuestión de minutos, se vio rodeada de mujeres, y Joyce, que a sus sesenta y cinco años había sido la más veterana del personal durante décadas, empezó a mover a Katie de arriba abajo en un intento por detener el llanto.

—¿Dónde está Jamie? —preguntó Alex por encima del ruido.

—Está terminando una reunión con el equipo de Energía y Sostenibilidad —respondió Ashley.

Alex miró hacia la sala de conferencias principal. Podía ver la ancha espalda de su jefe, que estaba hablando con la supervisora de proyectos especiales de la empresa, Nicole, a través del cristal.

—No quiero molestarlo. Puedo esperarlo… o volver otro día.

—No seas tonta —la regañó Joyce—. Terminará en un segundo.

—¡Sé que está ansioso por conocer a esa bebé! —exclamó Ashley y sonrió a Katie desde su silla.

Aunque Alex se obligó a devolverle la sonrisa, no pudo evitar darse cuenta de lo llena que estaba la bandeja de entrada de su sustituta. En el tabique divisorio de detrás, había un collage de fotos tomadas en una cabina; cada tira desplegaba imágenes de Ahsley con una paleta de rubio claro a rubio oscuro y cada rostro se inclinaba hacia la cámara con una mueca de Spice Girl. ¿Cómo era posible que esta chica hubiera durado tanto tiempo?, se preguntó Alex y enseguida se sintió culpable por pensar eso. De acuerdo, era obvio que Ashley no estaba compitiendo por ser la empleada del año, pero también estaba claro que no tenía ni idea de que sus días estaban contados o no habría convertido su escritorio en su dormitorio. Y conociendo a Jamie, tal vez le tocara a Alex comunicárselo…

—Me gusta el peluche —aventuró—. En serio, si no es un buen

momento, puedo regresar en un rato…

—No irás a ir a ninguna parte. —Mientras mecía a Katie en un brazo como la abuela de cuatro nietos que era, Joyce pulsó tres números en el teléfono más cercano—. Jamie, querido, tenemos una visita. Dos, en realidad. —Un guiño—. Bueno, una y media.

La respuesta de Jamie hizo reír a Joyce de una manera aniñada, algo poco característico en ella, y recordó a Alex que el atractivo de Jamie era siempre mayor de lo que ella imaginaba. ¿Sería ese aspecto de niño bonito que todavía conservaba bajo los seis kilos extra que entonces llevaba alrededor de la papada y la cintura? ¿La altura desde la que inclinaba la cabeza para sostener tu mirada un poco más de la cuenta? ¿La sonrisa de depredador que te hacía sentir afortunada de compartir la broma con él? Alex no estaba segura. Pero había visto a todas, desde mujeres de negocios atiborradas de bótox hasta las sensibles mileniales, emitir risitas tontas y nerviosas después de unos minutos con Jamie.

Para ella, al menos, el encanto de su jefe siempre había estado claro: Jamie te veía. Lo cual sonaba estúpido, pero a lo largo de los años, Alex había trabajado para hombres y mujeres que se las arreglaban para pasar ocho horas al día mirando por encima y a ambos lados de ella. Y desde el momento en el que Jamie la había hecho pasar a su oficina para una entrevista hacía poco más de un año, Alex se había sentido más valiosa: una persona real con opiniones e historias que merecían ser escuchadas.

—¡Al! —Allí estaba él, corriendo hacia ella en cámara lenta por la oficina. Por el rabillo del ojo, Alex vio cuerpos de mujeres que se enderezaban y dedos que peinaban—. Mírate. ¡Y mírate a ti!

Jamie bajó la vista hacia Katie, que seguía en brazos de Joyce, y puso cara de bobo.

—¿Un abrazo?

—Pensé que nunca me lo pedirías.

—A mí no, tonto. ¡A Katie! —Alex se rio; era agradable haber vuelto a las antiguas bromas.

Jamie levantó las manos con expresión de pesar.

—Mejor no, me he pasado toda la mañana estrechando la mano de agentes urbanísticos. Y ya sabemos lo sucios que son. No hay desinfectante de manos en el mundo que alcance. Pero, Al, ¡es diminuta! ¿Cuánto pesó? Elsa es un pequeño mamut.

—Dos kilos y medio, así que, sí, es chiquitita. Elsa es divina, Jamie. ¡Tan rubia! Enhorabuena.

Ambos asintieron, conscientes de que hablar de las bebés solo podía prolongarse hasta cierto punto… y que esa no era la verdadera razón por la que Alex estaba allí.

—¿Cómo está Maya?

—Muy bien, muy bien…, ya sabes. Es más fácil la segunda vez.

Joyce se las había ingeniado para tranquilizar a Katie, y mientras los tres contemplaban gorjear a su hija, Alex sintió que el nudo de tensión en su estómago se relajaba por primera vez en el día.

—Es una preciosidad, Al. Te felicito.

Jamie observó el círculo de piel pálido en su muñeca derecha, donde había llevado su reloj —un TAG Heuer que le había regalado su esposa para el aniversario y que les había quitado el sueño a ambos cuando él lo perdió— y señaló hacia su oficina con la barbilla.

—¿Quieres pasar para una charla rápida?

—Claro.

Alex se esforzó por no sonreír. Todo era tan transparente. Podrían haber tenido esta conversación por teléfono, sin que la pobre Ashley los espiara desde su escritorio y temiera lo peor. Pero Alex no podía mentirse a sí misma: la idea de que Jamie se sintiera nervioso por reunirse con ella, de que hasta hubiera ensayado el discurso para tentarla a regresar…, esa parte la estaba disfrutando. Con un “gracias” callado, volvió a tomar a Katie en brazos.

Pero Jamie no se movió.

—¿No prefieres… —sugirió, y se rascó la nuca con los ojos en Katie —… dejarla con Joyce?

—No te preocupes.

—¿En serio? Podría ser más fácil si…

—¡Jamie! —Alex se rio y se dirigió a la oficina—. Relájate, estará bien.

La última vez que se había sentado allí, en el sofá Roche Bobois gris antracita que era el orgullo y alegría de su jefe, Alex también había estado nerviosa, pero por un asunto muy diferente. Preocupada por dar la noticia de su embarazo a Jamie y contenta por primera vez en su vida de tener kilos extra detrás de los que esconderse, había pospuesto el momento más de lo debido. Pero una tranquila tarde de miércoles, con poco más de cinco meses de embarazo, lo había soltado mientras Jamie le dictaba un informe de la cartera. Había sido un accidente, había tartamudeado, consciente al hacerlo de que era demasiada información y que, además, no era del todo cierto. Y aunque no había planeado terminar siendo madre soltera a los veintinueve años, Alex le había asegurado que conseguiría una buena guardería pronto y volvería al trabajo lo antes posible. Su único error había sido suponer que Jamie ya conocía, por Hayden o por los rumores de la oficina, la identidad del padre.

—¿Hayden? —Un destello de algo entre incredulidad divertida y fastidio—. ¿Nuestro Hayden?

Había sonado como “mi amigo Hayden”.

—Lo siento. Pensé que lo sabías.

La sonrisa de Jamie era tensa.

—¿Por?

—Bueno, sé que vosotros dos son… íntimos. —Se rascó el esmalte del pulgar y continuó—: Y la gente, quiero decir…, bueno, parece que saben lo nuestro. Aunque intenté…

—Genial. —Jamie se había reclinado con brusquedad en la silla—.

Bueno, en respuesta a tu pregunta: no, no lo sabía.

Alex se había sentido desconcertada por la reacción de su jefe antes de recordar lo mucho que odiaba que lo mantuvieran al margen de cualquier cosa relacionada con BWL.

—Cuando digo "gente", no quiero decir que…

—Para serte sincero, me sorprende que hayas esperado tanto tiempo para contármelo —la había interrumpido—. ¿Dices que estás de cinco meses?

Cuando los ojos de él bajaron a su vientre, Alex reprimió la pizca de vergüenza que la embargó, como si hubieran retrocedido un siglo y ella fuera una mujer de mala vida que hubiera hecho caer a todos en descrédito.

—Sí. Un poco más.

—Y Hayden… ¿qué dice?

—En realidad no estamos… juntos.

Alex sabía que los hombres no solían hablar de su vida privada ni diseccionarla como lo hacían las mujeres, pero no pudo evitar sentirse un poco dolida por el hecho de que Hayden ni siquiera hubiera mencionado de pasada la relación entre ellos, o el fin de esta.

—Pero, escucha, si te preocupa que haya algún tipo de malestar en la oficina, olvídalo. Ambos somos adultos y esto no afectará de ninguna manera mi trabajo en el futuro, Jamie. Te lo prometo. Me encanta este trabajo —concluyó ya sin aliento—. Y espero que sepas que siempre te responderé con lo mejor de mí.

Al cabo de una breve pausa, Jamie se había apresurado a asegurarle que por supuesto que sí ("Todo el mundo sabe que eres una máquina, Al, y sabes que estaría perdido sin ti"). Había parecido sorprendido, pero también aliviado, de que ella ya tuviera decidida su fecha de regreso, y agradecido cuando llegó la sustituta de que Alex hubiera sido tan minuciosa. Y, sin embargo, a pesar de la exhaustiva carpeta que había preparado y la tarde completa que había insistido en pasar con Ashley, Alex se había marchado con la duda de que su

sustituta no fuera ni de lejos tan experta en el software del que dependía BWL como debería serlo. Lo que parecía un punto tan bueno como cualquier otro para iniciar la conversación de hoy: Jamie parecía necesitar un poco de ayuda.

—Escucha, hablaba en serio cuando me ofrecí a ayudar con cualquier cosa que Ashley no entendiera, Jamie. Sé que tuvo dificultades con la intranet.

—Alex —interpuso Jamie y se pasó una mano por la frente—. El problema no es Ashley. El problema eres tú.

Alex levantó a Katie contra su hombro y comenzó a frotarle la espalda. Su hija no había dado señales de tener gases, pero Alex era consciente de una necesidad imperiosa de hacer algo con sus manos; de simular, al menos, que su visión y audición periféricas no se habían bloqueado por completo y que las palabras que formaban los labios de Jamie no eran lo único en la línea de su visión en túnel. Y entonces un recuerdo resonó en algún lugar profundo de su interior. Las malas noticias, de esas que te cambian la vida, las que te da un hombre como si nada, las adivinabas siempre un milisegundo antes, tal como ella lo estaba haciendo entonces.

—Vamos a tener que invitarte a que te vayas, Alex.

CAPÍTULO 3

JILL

—¿Qué quieres decir con que empezaron hace una hora?

—El señor Ho llegó temprano —explicó Joyce—. Jamie pensó que en lugar de hacerlo esperar era mejor empezar.

—Bien.

No era raro que la asistente personal de Jill mantuviera toda una conversación sin apartar los ojos de la pantalla, pero algo en la dureza del tono de su jefa hizo que Joyce levantara la vista.

—Lo siento. Intenté llamarte, pero tu teléfono estaba apagado.

—Estaba en el hospital.

—Lo sé. Y le dije a Jamie que era probable que prefirieras que esperara, pero como no pude localizarte…

—Por supuesto. —Jill tocó el informe de un topógrafo en el escritorio de Joyce—. Ayer le recordé a la asistente temporal de Jamie que llegaría justo antes de la reunión.

—Mmm.

—¿Cómo dijiste que se llama?

—¿Ashley? La acaban de hacer fija. Ya sabes, como Alex ya no está…

Un estallido de risas resonó desde el interior de la sala de conferencias, donde Jamie gesticulaba frente a la maqueta del Hotel Lots Road en la que Jill había trabajado los últimos quince días con su maquetista con vistas a la reunión de ese día.

No era fácil sacarles una sonrisa a esos empresarios malayos. En todos los años en que el señor Ho había sido su cliente, Jill solo recordaba un par de momentos de sonrisas "de oreja a oreja" cuando por fin habían firmado un contrato que había sido largo y tedioso. Pero fuera cual fuera la broma que Jamie estaba contando en ese momento, tenía a Ho y a sus colegas de lo más sonrientes, dándose codazos unos a otros y repitiendo el chiste. Incluso Paul, reclinado en la silla mientras observaba a su carismático socio hacer lo que mejor sabía hacer, se reía y de alguna manera disfrutaba de un espectáculo que debía de haber presenciado miles de veces.

Eso era lo que tenía Jamie: era un artista. Además de su inusual habilidad para conectar con cualquier persona de cualquier clase o condición social, esta era la razón por la que ella y Stan habían incorporado a ese treintañero engreído que buscaba pasar de los bienes raíces empresariales a algo, según él, más "sustancioso": un término con matices depredadores que a Jill no le había gustado demasiado en un principio. Pero los proyectos de valor arquitectónico que ella y Stan querían proteger y para los que habían creado la empresa estaban repletos de historia y cultura, así que, sí, eran algo a lo que hincarle el diente. Y cuando su esposo decidió jubilarse, ambos sabían que solo había un hombre capaz de ocupar su lugar.

—Escucha, al menos participaré del final. El señor Ho se estará preguntando por qué no estoy ahí.

Era como si le estuviera pidiendo permiso a su asistente personal. Y Joyce, que había vuelto a teclear, se limitó a asentir con la cabeza y dejó a Jill preguntándose por el tono tentativo de sus palabras y el hecho de que todavía no hubiera hecho ningún movimiento en dirección a la sala de conferencias.

En los tres años en los que el nombre de Jamie había figurado junto al suyo y al de Paul en las paredes de mármol y en el material de oficina, en el software y las pantallas de presentación, jamás habían tenido motivo para arrepentirse de su decisión, pensó, en tanto volvía a observar al protegido que hacía tiempo que ya no tenía necesidad de su mentor. ¡Qué no daría ella por tener esa energía! Jill siempre había estado segura de sí misma, había sido dinámica, incluso cuando necesitaba activar ese lado suyo para enfrentarse a una sala de reuniones llena de gente, sin sufrir ni una sola vez el "síndrome del

impostor" del que tantas mujeres se quejaban. Pero la capacidad de Jamie para animar a los clientes a tomar decisiones ambiciosas, costosas y a veces imprudentes… ella nunca la había tenido. Ni a los veinte ni a los treinta años, y mucho menos entonces, cuando la poca fuerza vital que había conseguido recuperar tras la menopausia había caído en picado tras el diagnóstico de Stan. Y si alguien en esa sala la había estado esperando, se vio obligada a reconocer, ya no lo estaba haciendo.

No importaba que hubiera sido ella quien había convencido al conglomerado malayo de vender la central eléctrica en primer lugar. O que gracias a ella el señor Ho hubiera vendido los antiguos cuarteles de Chelsea Barracks por algo menos del doble del precio de venta de hacía cinco años. Ahora que ella había dejado todo listo, tal vez era natural, correcto, que Jamie hiciera lo que mejor sabía hacer y tentara el apetito de su cliente con un festín de posibles compradores.

—¿Jill?

—¿Sí?

—¿Me das tu…?

Jill siguió la mirada de Joyce y se dio cuenta de que seguía con el abrigo de verano puesto y el bolso que colgaba de su codo. Se quitó ambos con movimientos rápidos y se los entregó a su asistente personal.

—Gracias.

Pero ahora que había decidido que sería mejor perderse la reunión que entrar en esa sala de conferencias y verse obligada a ponerse al día, estaba enfadada con la decisión. En realidad, "mejor" significaba 'menos humillante', y la impotencia que sentía al ver desde fuera a esos hombres en su caja de cristal le resultaba horriblemente familiar. Le traía recuerdos de escenas idénticas de décadas atrás, cuando —con trajes más baratos y su pelo rubio natural— le habían hecho sentirse a menudo insignificante: que estaba de más.

—¿Joyce?

—¿Mmm?

—¿Qué pasó con la asistente personal de Jamie? Él no contó mucho.

—¿Alex? Ni siquiera sabía que se podía hacer eso: despedir a alguien con baja por maternidad. Entiendo que lo que ella hizo estuvo mal…

—¿Por?

—Disculpa. —Su asistente personal tecleó deprisa una última frase, pulsó "Retorno" y se volvió hacia ella—. Pues sí, al parecer hizo que Jamie firmara un informe de diligencia debida sin toda la documentación. Faltaban cosas claves como la confirmación del abogado sobre los controles de blanqueo del dinero, lo que sería impensable en el mejor de los casos, pero cuando tu comprador es un promotor de Georgia con el que nunca hemos hecho negocios…

—Ese tipo, Khalvashi —murmuró Jill.

—Podría haber sido un desastre si Paul no se hubiera dado cuenta.

Jill tenía su correspondencia en la mano y podría haber estado en su oficina abriéndola y empezando con sus llamadas matutinas, pero sentía una extraña incapacidad para hacer ninguna de las dos cosas.

—Lo raro es que Alex era buenísima. Mucho más eficiente que la anterior. —Joyce miró con gesto ceñudo la pantalla—. Tal vez fue "el cerebro de embarazada", como dijo Jamie.

—No debería decir esas cosas. Además, ni siquiera sabemos si existe algo así. Aunque no soy la más indicada para decirlo.

—Se supone que te vuelves un poco olvidadiza —rio su asistente personal—. Pero por como hablan los hombres, es como si sufriéramos una lobotomía al momento de concebir. —Hizo una pausa y frunció el entrecejo—. Me sorprendió un poco. Le será difícil encontrar a alguien tan meticuloso como Alex. Volvía locos a todos los conductores de Addison Lee, les pedía que le avisaran en cuanto Jamie estuviera "en camino" para poder ir enviando mensajes de texto con actualizaciones de su hora de llegada a quienquieraera que lo esperara, como si fuera el primer ministro o algo así.

—Estoy segura de que a él le encantaba.

En la sala de conferencias, los hombres estaban recogiendo los papeles y cerrando las carpetas, lo que indicaba que la reunión estaba a punto de terminar. Los malayos se pusieron de pie y se inclinaron haciendo sus pequeñas reverencias.

—Nunca le presté demasiada atención, excepto por todo ese asunto con Hayden. Fue la comidilla de toda la oficina. —Jill bajó la voz—. No puedo callármelo: sé que soy un vejestorio, ¿pero quedarse embarazada por accidente de un compañero de trabajo?

—No digas que en nuestra época no habría ocurrido.

—Bueno, pero es así, ¿o no?

Joyce dejó de teclear el tiempo suficiente para lanzarle a su jefa una mirada incrédula.

—Estoy segura de que ha ocurrido siempre en las fiestas de las compañías en todo el mundo.

—Ah, ¿ocurrió en la nuestra?

—En la cuadragésima de BWL, al menos eso es lo que he oído.

—Dios. Solía ser la primera en enterarme de estas cosas. ¿En qué momento me quedé tan al margen?

La respuesta permaneció en suspenso, sin ser dicha: “Cuando tu esposo enfermó de cáncer”.

Jill se pasó una mano por el pelo. Siempre se había sentido orgullosa de las pocas canas que tenía, incluso cuando se acercaba a los sesenta. Pero en los últimos meses había visto y sentido el cambio de color y textura, y con todo lo que ella y Stan estaban pasando, era como si la Madre Naturaleza estuviera hurgando en la herida con malicia.

—No estoy bien —murmuró más para sí misma que para Joyce—. Necesito quitarme de encima la sensación del hospital. ¿Puedes hacerme un favor y…?

—¿Un americano y un pastel danés de durazno?

—Eres mi salvación. —Jill sonrió—. ¿Cómo voy a arreglármelas sin ti?

—No lo hagas. He soñado con este momento durante años, y ahora la idea de marcar la casilla de "jubilada" en los formularios me da ganas de llorar. Tú dices eso, pero ¿qué voy a hacer yo todo el día?

Jill sacudió la cabeza.

—¿Subir fotos de los nietos a Facebook…?

Las voces masculinas ahogaron el final de la frase, y cuando todos empezaron a salir de la sala de conferencias, Jill se alisó la falda de Jaeger que había comprado en todos los colores —algo que hacía una vez cada dos años con los productos básicos de la oficina— y se acercó al grupo de hombres.

—Señora Barnes.

—Señor Ho. Me alegro de verlo y siento mucho no haber podido acompañarlos. Espero que el señor Lawrence les haya explicado que me retrasaría.

—No hay problema. Hemos planeado toda una estrategia de marketing, ¿no es cierto? Y el señor Lawrence parece estar seguro de que podremos vender para junio.

—Eso es en tres semanas.

—Dice que es posible. —El señor Ho se estiró y apoyó una mano con ligereza en la espalda de Jamie—. Y, señora Barnes, envíele mis mejores deseos a su esposo. No tenía ni idea de que había estado tan mal.

La sonrisa de Jill se congeló.

—Mi hermano pasó por lo mismo. —El señor Ho asintió con actitud compasiva—. Salió adelante, pero, bueno, la próstata: uno de los peores.

Cuando el señor Ho tomó su mano entre las de él, Jill sintió que la

rabia le subía y le bloqueaba la tráquea. Una sola cosa, una sola cosa que el estoico y poco exigente Stan había pedido desde el principio: "Asegúrate de que ninguno de los clientes se entere, ¿sí, cariño? Sé que los socios tendrán que hacerlo y también los altos cargos de la oficina, pero si alguien más lo supiera, todos los clientes con los que he trabajado a lo largo de los años…, bueno, no creo que pudiera soportarlo".

—Gracias —logró articular.

—Me sorprende que esté aquí ahora —continuó Ho—. Espero que no haya venido especialmente por mí, Jill.

—Oh, todavía…

—Porque Jamie me comentó que ha estado pasando todo el tiempo posible en casa, que es donde debería estar. No aquí en la oficina. Y este buen hombre se está ocupando de mí. —Sonrió y asintió en dirección a Jamie—. Pero no olvide enviarle al señor Barnes nuestros mejores deseos de recuperación.

Con otra pequeña reverencia, su cliente se encaminó hacia el ascensor, flanqueado por Jamie.

—Señor Ho… —El espanto por esas mujeres que se veían obligadas a trotar para seguirle el ritmo a los hombres hacía que Jill siempre usara tacones de cinco centímetros o menos y, sin embargo, los dos hombres caminaban tan rápido que le costaba mantenerse a la par—. Aunque confío en que Lots Road atraerá a muchos de nuestros compradores, todavía tenemos algunos obstáculos antes de poder empezar a mostrarlo, los obstáculos que les señalé a principios de año. Así que cuando hablamos de junio…

—Lo sé. Pero según el señor Lawrence, nos lo quitarán de… —El señor Ho giró sobre los tacones de sus pequeños y brillantes zapatos abotinados y se volvió hacia Jamie.

—De las manos. Lo harán, señor Ho. Lo harán.

—Jamie piensa "diferente", como dicen ustedes. Nos gusta eso. Mis amigos de la oficina de Hong Kong me han contado que es una estrella en ascenso.

—¿En ascenso? —Jamie hizo una mueca.

—¡En lo alto! —rio el señor Ho—. En lo alto, señor Lawrence…

—Jamie.

—Jamie, estemos en contacto.

Mientras la pequeña tropa de hombres con sus trajes impecables e idénticos entraba en el ascensor y desaparecía de la vista, Jill se dirigió a su oficina, donde Joyce ya estaba esperando con su correspondencia olvidada y su bolso. Pero antes de que comenzaran con el ritual de décadas de confirmar la agenda del día, Joyce hizo una pausa y apretó los labios.

—¿Qué?

Joyce parpadeó.

—No sabía que a Stan no le importaba que los clientes lo supieran.

Sin quitar los ojos de la autocomplaciente espalda de Jamie, sin molestarse en disimular una emoción que hasta aquel día había sido confusa, cuando a Jill le había quedado claro como el agua que su socio no solo era insensible, sino que la estaba desautorizando de forma deliberada, murmuró:

—Le importa.

CAPÍTULO 4

NICOLE

—Las molduras. ¡Por Dios, mira esas molduras!

Nicole había aprendido a guardar silencio en la pausa que seguía a la exclamación de asombro de un cliente. A dejar que se deleitaran con los túneles solares, los tragaluces o los balcones franceses. A no romper el hechizo con palabrería. No era que Rupert Jones fuera el típico cliente. Estaba segura de que sabía más que ella sobre los detalles de la arquitectura neoclásica.

Lo de Nicole era el brutalismo: sus líneas limpias y equitativas no solo estaban más en consonancia con sus principios, sino que la apasionaban a un nivel más profundo, mientras que el teatro Vale, por muy imponente que fuera en su esplendor marchito, no terminaba de impresionar sus sentidos. Y al cabo del minuto que ella y Rupert se habían pasado contemplando en silencio el techo del teatro, el entramado arremolinado de frutas, follaje y flores había empezado a parecer un tanto ridículo.

—Es evidente que necesita ser restaurado —comentó ella—. Pero si te imaginas esto como el vestíbulo central y tal vez un bar aquí y otro allá…

Los tres inversores que Rupert había llevado con él asentían con la cabeza, pero el que le importaba a Nicole era el multimillonario con jeans y Converse gastadas.

—Es mucho más factible de lo que pensé —precisó por fin su cliente—. Y Jamie me dijo que, en principio, el ayuntamiento no parece tener problemas con que se convierta en un club de socios.

—Al parecer no. Sé que lo investigó antes de que contactáramos contigo.

Había mucho más para mostrar y contarle a Rupert sobre la propiedad. Nicole sentía un orgullo particular por la peculiaridad arquitectónica que había encontrado oculta en el denso informe de Patrimonio Histórico.

En el tejado del teatro Vale, invisible para todos excepto para los pájaros y los aviones que pasaban por allí, había una pequeña cúpula octogonal de cristal que otrora había permitido la entrada de luz adicional antes de quedar oculta por una trampilla colocada con posterioridad. Esta estructura solo se repetía en un puñado de edificios históricos de todo el país, y Nicole la había encontrado tan fascinante que una semana antes había desafiado la escalera de Jacob que subía por encima del escenario hasta el falso techo. A solas, se había maravillado de la vista del noroeste de Londres y de las trampillas oxidadas que aún se abrían hacia el tejado después de todos estos años. Sin embargo, algo —quizá algo tan simple como guardarse el secreto un poco más— le impidió contárselo a Rupert en ese momento.

—Por cierto, ¿dónde está el señor Lawrence? Creí que vendría.

—Lo hará. —Nicole miró su celular.

—¿O deberíamos llamarlo "El señor de las ventas Lawrence"?

—Viste el artículo de Property Week.

—Difícil no hacerlo. —Rupert inclinó la cabeza hacia atrás para estudiar la totalidad del arco del proscenio—. ¿Cuántas páginas tenía, cinco, seis? No es que no se lo merezca: lograr ventas por dieciocho millones hoy no es tan frecuente como antes. BWL debe estar fascinada con su chico de oro.

—Lo está. —Nicole asintió, con la sensación de que su sonrisa se iba a romper—. En cualquier caso, llegará en cualquier momento. Y te pondrá al corriente de las conversaciones con el ayuntamiento. —Hizo una pausa; menos era más con Rupert—. Pero tú fuiste la primera persona en quien pensé cuando nos dieron el Vale.

—Bueno, no sería la primera vez que das en el clavo. ¿Podemos pasar ahora a los palcos?

Nicole siempre había disfrutado de sus negocios con Rupert. Sabía que él era consciente de su atractivo como mujer, pero solo de la manera objetiva y pasajera en que uno lo hace con el sexo o la etnia de una persona, no con la intención de sacar provecho de eso, como la mayoría de los hombres. De voz suave, puntual y educado, el empresario hotelero llevaba su éxito con ligereza, lo que era raro en el mundo precario y competitivo en el que ella vivía y algo que a Nicole le gustaba pensar que sería capaz de hacer cuando por fin llegara a donde quería estar.

—Voy a necesitar un café —anunció su cliente cuando terminaron el recorrido—. Urgente. ¿Qué tal si llamas a Jamie y le dices que se reúna con nosotros en Lytton House dentro de diez minutos? —Uno de los clubes boutique de Rupert, recordó ella, que quedaba justo al final de la calle—. Pediré que nos preparen unos refrescos en el comedor de arriba, así que avísale que lo esperamos allí.

Mientras Rupert daba instrucciones por teléfono, Nicole pulsó la tecla de acceso directo en el suyo y observó su pulgar suspendido sobre "Jamie" con la esperanza de que su jefe apareciera antes de que ella tuviera que hacer la llamada. Aunque, ¿por qué tenía que estar él allí? El teatro era un proyecto de Nicole.

—¿Todo bien? —Rupert enarcó una ceja y, a regañadientes, Nicole presionó el pequeño teléfono verde.

—¿Hola?

El odio se disparó como un fuego artificial en su interior.

—Jamie —pronunció con tono calmado—. Hemos terminado en el Vale y a Rupert se le ocurrió que podríamos reunirnos en Lytton House para repasar los detalles. —Nicole sonrió a su cliente—. El pobre necesita cafeína.

—Claro. Estoy en un atasco; debería llegar en veinte minutos.

Jamie tardó menos tiempo y atravesó la puerta doble del comedor con una sarta de explicaciones que a nadie le importaban, mucho menos a su cliente, ¿o no? Y, sin embargo, allí estaban los dos, absortos al instante en las penurias del tráfico londinense. "No estás atascado en el tráfico, eres el tráfico". Nicole se clavó una uña en el

muslo por debajo de la mesa, esperando la frase.

—Bueno, ya sabes lo que dicen —concluyó Jamie y chasqueó la lengua contra su paladar superior—. “No estás atascado en el tráfico, eres el tráfico”.

Bum. Predecible como el cáncer.

—Estábamos mirando los números en la página cinco de tu propuesta —murmuró ella, y dejó a los dos con sus cosas y se inclinó hacia los inversores. Dos de ellos empezaron a hojear las páginas de inmediato, pero el tercero, el más simpático, tuvo la delicadeza de sonreír primero.

—Espero que no te hayas pasado el soleado domingo trabajando. Según las noticias, hacía más calor que en Barbados.

El tiempo había sido inusual para mediados de mayo, las flores de los castaños de Indias que bordeaban los caminos del parque estaban tan erguidas como conos de helado contra el voluminoso follaje nuevo. Ese domingo había sido el día más caluroso de esa época del año. Pero en el fondo, Nicole se había alegrado secretamente de tener una razón para irse antes. Habían estado paseando por las concurridas orillas del Serpentine cuando Ben había sugerido alquilar una barca de pedales. Chloe estaba fascinada, pero Nicole no podía enfrentarse a las colas, los formularios de exención de responsabilidad y el alquiler de chalecos salvavidas. La logística siempre parecía quitarles la alegría a las salidas familiares.

“Mamá se tiene que volver a trabajar”, le había explicado a su hija después de agacharse frente a ella. “¿Por qué no van papá y tú en una de las barquitas y después cenamos todos juntos en casa?”.

Liberada por fin y embriagada de libertad, Nicole había caminado deprisa a través del parque hacia Bayswater Road, zigzagueando entre las familias diseminadas por las aceras con sus cochecitos, monopatines y niños pequeños fuera de control, y lanzando miradas furtivas a los padres que, imperturbables por el pandemonio, parecían estar disfrutando de verdad.

¿Era ella la única a quien la diversión del fin de semana le parecía tan forzada? ¿Ninguna de esas mujeres se sentía tan agotada al final

de las reuniones familiares, tanto formales como informales, como debía sentirse una actriz después del último saludo final? Por otra parte, su madre siempre le decía que esperaba demasiado. Transigir, le gustaba señalar a su madre, no era "ni ceder ni rendirse: de eso se trata la vida". Y, tal vez, tenía razón. Pero en el contexto profesional, transigir no tenía ninguna ventaja, lo cual era otra razón por la que a Nicole le resultaba más fácil desenvolverse en su vida profesional y por la que, a veces, se sentía más cómoda sentada alrededor de una mesa de hombres de negocios como esta que frente a Ben en casa. Incluso cuando Jamie era uno de esos hombres.

Aunque habían dejado el asiento en la cabecera de la mesa para Jamie, su jefe había optado por sentarse frente a ella y ahora estaba reclinado en su silla, con un mocasín de gamuza de Tom Ford apoyado en la rodilla opuesta y la parte inferior arrugada del pantalón que dejaba al descubierto cinco centímetros de tobillo pálido. Nicole trató de evitar mirar a Jamie todo lo que pudo, pero la blancura británica de aquel tobillo era como una llamarada en medio del color bermellón apagado de la habitación, y la tentaba a levantar la vista. Cuando por fin lo hizo, se topó con los ojos de él.

—Creo que Nicole ha explicado todas las restricciones grado II del Vale. Nuestra Nic es muy minuciosa. —Una pequeña sonrisa: ¿con qué intención? ¿Avergonzarla? ¿Intimidarla? En cualquier caso, no esperaba una respuesta, por lo que ella contestó con un ligero exceso de entusiasmo.

—Gracias, Jamie —respondió, y agregó—: Los edificios catalogados son una rara oportunidad, incluso para nosotros, y la historia de este edificio es alucinante.

—Dejemos que Rupert investigue todo eso a su debido tiempo —interpuso Jamie con una sonrisa zalamera hacia su cliente.

Los ventanales altos y arqueados del comedor habían aumentado el calor de media tarde, pero mientras que los otros hombres se habían quitado las chaquetas al comienzo de la reunión, Jamie se la había dejado puesta y unas gotas de sudor salpicaban ahora la parte delantera de su camisa azul claro. Cuando él alzó una mano para aflojarse el cuello de la camisa, Nicole sintió que le costaba respirar, como si se hubiera reducido el nivel de oxígeno en la sala.

—*¿Te gusta esto? ¿Quieres más?*

¿La misma camisa? Las mismas manchas de salpicaduras. Solo que las manchas habían estado a centímetros de su rostro y la mano de él se había alzado no hacia su propia garganta sino hacia la de ella.

—*Puedo sentir tus ganas, Nic.*

Le introduce el dedo. Y lo siente como una ofensa, del tipo que hizo que ella respondiera con una ofensa propia. Solo que cuando lo hizo y trató de empujar con fuerza hacia atrás el pecho húmedo de Jamie, él la giró con facilidad —la nariz de ella contra la pared de la sala de conferencias—, los dedos apretados alrededor del cuello, el anillo de boda frío contra su clavícula.

—¿Nicole? —Una hilera de rostros masculinos expectantes estaban vueltos hacia ella—. ¿Las paredes del jardín?

—¿Las…?

—¿Sabemos si se pueden derribar o mover?

—Me temo que no lo sabremos hasta que las autoridades de planificación se pongan en contacto con nosotros. Pero esperamos que sea una posibilidad. —Le temblaban las manos y tenía las mejillas tensas—. De todos modos —agregó y señaló con la cabeza a Rupert—, serás el primero en saberlo cuando tengamos esos detalles.

Mantener la charla durante el resto de la reunión ayudó a Nicole a recobrar una apariencia de compostura. Pero mientras señalaba hechos y cifras, sin dejarse acallar por los hombres ni permanecer en silencio durante demasiado tiempo, sintió que los ojos de Jamie se posaban en ella de forma inquisitiva. Tenía la sensación de que él le había leído la mente y había disfrutado de su incomodidad. Y que entonces le molestaba que se hubiera recuperado.

—Bien. —Rupert se puso de pie y los inversores lo imitaron—. Seguiremos la semana que viene cuando tengamos todos los detalles.

—Por supuesto. —Nicole quiso ser la primera en darle esa certeza. Mientras Rupert y sus hombres abandonaban la sala, ella recogió sus papeles tan rápido como pudo. Pero Jamie, siempre un caballero, ya

se había apostado junto a la puerta.

—¿Te veré el jueves en la despedida de Joyce? —le preguntó en voz baja cuando ella se acercó.

—Allí estaré.

El vano de la puerta se estrechaba por la presencia de Jamie, quien permanecía firme, inmóvil y sonriente a un lado, con el brazo extendido. Nicole vaciló.

—Después de ti.

Esas tres palabras encerraban muchas cosas: poder, sobre todo, y también un desafío, además de la diversión básica de un colegial por la incomodidad que le estaba causando. Y a pesar de todos sus esfuerzos por mantener la compostura, Nicole contuvo la respiración al pasar, como si de alguna manera pudiera encogerse hasta desaparecer, e ignoró el pulgar de Jamie que, con el pretexto de guiarla, se deslizó con ligereza, como acariciándola, a lo largo de su columna vertebral.

CAPÍTULO 5

ALEX

La primera copa de rosado le había hecho mucho efecto y Alex agradecía tener la barra para apoyarse. Desde su posición en el rincón del pub podía vigilar el flujo constante de gente de BWL que iba llegando y su pulso se aceleraba y desaceleraba cada vez que se abría la puerta y aparecía alguien… que no era Jamie.

—Ya basta. —Después de fumarse un cigarrillo fuera, Lydia había reaparecido envuelta en una brisa de tabaco mentolado.

—¿Basta de qué?

—Tal vez ni siquiera venga.

Ninguna de los dos dudó de que Lydia no se refería a Hayden, quien había viajado a una conferencia en Oxford.

—Jamie va a venir, quiere mucho a Joyce. —Era temprano, pero Alex calculaba que el número de personas que habían ido a despedir a su colega ya se estaba acercando a los cincuenta—. Mira toda esta gente: todo el mundo quiere a Joyce.

—De acuerdo, entonces quizá venga —aceptó Lydia a regañadientes—. Pero el lugar está lleno de gente. Mantente lejos de él. —Miró la copa vacía de Alex y puso un gesto de preocupación—. Y ten cuidado con eso. Ya sabes lo que dicen sobre las mujeres que acaban de parir: es como volver a ser virgen con el alcohol.

Alex no tenía ninguna intención de evitar a Jamie. Y no pensaba ser cuidadosa. Animada por una rabia que no había sentido en años, desde aquella última conversación con su padre (“Tu madre y yo creemos que es lo mejor”, como si pedirle a tu hija de dieciséis años que se marchara de casa fuera algo lamentable pero nada personal), esa mañana se había cortado el pelo hasta los hombros y había

logrado, por primera vez en casi un año, ponerse un pantalón que no era de embarazada.

—Estás divina —sonrió Lydia—. Me alegro de que hayas venido.

—No puedes creer que haya venido.

—Eso también. —Sacudió la cabeza—. Sé que no paro de decirlo, pero, Alex, lo siento mucho, todavía no puedo entenderlo.

—Somos dos. Pero, Lyds, no se lo contaste a nadie, ¿no? Jamie aceptó mantenerlo en secreto, ya sabes, decirle a todo el mundo que fue mi decisión. Necesito que la gente piense eso si quiero conseguir otro trabajo.

—Qué generoso de su parte. Imbécil. No te habría culpado si no hubieras venido.

Alex se encogió de hombros.

—Le dije a Joyce que lo haría.

Eso era cierto. Pero no era el motivo por el que se había tomado la molestia de darle un biberón a Katie solo por esa noche, había contratado su primera niñera por horas, había gastado dinero que no tenía en un corte de pelo que le diera la confianza que necesitaría y había viajado de Acton a Ravenscourt Park. No, por mucho cariño que le tuviera a Joyce, esa noche se trataba de algo más importante: acorralar a Jamie y conseguir que cumpliera su promesa.

—Todavía no me has contado lo que pasó. En un instante, eras pura sonrisa y te fuiste arriba con la pequeña Katie y al siguiente bajaste la escalera mecánica muy alterada y me dijiste que… —Lydia no se molestó en bajar la voz—. ¡Me dijiste que el hijo de puta te había despedido!

Alex se estremeció y, por enésima vez, deseó no haberle contado la verdad a su colega cuando había salido llorando de la oficina quince días atrás.

—¿Me estás despidiendo?

A Jamie tampoco le había gustado esa palabra.

—Te estoy invitando a que te vayas.

Mientras Alex intentaba asimilar lo que decía su jefe, su primer pensamiento había sido: por eso no quiso que trajera a Katie a la oficina. Esta era la razón por la que Jamie había querido que dejara a su hija con Joyce. Y mientras las ramificaciones de las palabras iban cayendo como fichas de dominó en su cabeza, Alex no había podido parar de pensar en eso. Esa era la última vez que pondría un pie en la oficina que se había convertido en su segundo hogar: un espacio seguro donde sabía que todos tenían en cuenta y apreciaban su eficiencia, lealtad y discreción. No habría más reuniones con clientes, en las que le encantaba participar, ni se quedaría dormida mientras su mente repasaba en silencio la agenda de Jamie para el día siguiente. ¿Qué le diría a la gente? ¿Qué pensarían de ella? Y el préstamo de su madre. Jesús, el préstamo. Sin un trabajo, no habría forma de que pudiera devolverlo a finales de agosto, como había prometido. Pero Jamie no había querido despedirla delante de su bebé, ¿por qué? Por la culpa. Por las mentiras. Porque nada de lo que le había dicho en su oficina ese día era cierto.

—¡Me dijiste que el informe estaba listo para firmar!

Alex se había quedado tan desconcertada por la desfachatez de esas mentiras que había abandonado el tono respetuoso.

—No. —Arrugó la frente. Esbozó una sonrisa crispada, como si fuera incómodo, en verdad vergonzoso, que ella lo pusiese en duda—. Te estás confundiendo. Y escucha, si entendiste mal…, pero no estamos aquí para debatir cómo sucedió.

—¡Sé cómo sucedió! —Que lo que ella sabía que era cierto fuera descartado con tanta facilidad hizo sentir a Alex como si estuviera atrapada en una pesadilla, impotente ante una fuerza superior que la hacía retroceder—. Lo recuerdo porque no me pareció bien en ese momento, Jamie, no sin la aprobación del abogado. Pero no: “Voy a firmar el expediente de Khalvashi”, dijiste. “Agregaré los últimos documentos cuando los tengamos”.

—Alex.

—Recuerdo haberlo cuestionado. Lo recuerdo. "¿No lo llaman diligencia debida por una razón?" ¿Porque acaso no era ese el objetivo de todo ese asunto acerca de la transparencia internacional que salió en los periódicos hace un tiempo? ¿Para que el dinero de hombres como Levan Khalvashi, magnates de la "importación-exportación" que nadie nunca sabía bien qué importaban o exportaban, tuviera que ser investigado antes de que fuera derramado en el país?

—Estoy tan desolado como tú, Alex. Créeme, para mí será como perder mi mano derecha. Y no voy a reprocharte nada. Estabas muy sobrecargada en ese momento, con... mmm... el embarazo y todo eso. —En ese momento, uno de sus ojos se había desviado a la pantalla y su ratón hizo un discreto clic. ¿Jamie estaba revisando sus correos electrónicos mientras la despedía?—. Está claro que fue un error y me doy cuenta de que te sientes fatal por eso, pero sabes que tenemos que ser infalibles con la diligencia debida. Si no se hubiera detectado, podría haber sido un desastre. Y estuvo cerca.

—¿Y? ¿Me vas a contar qué pasó?

Alex se sirvió otra copa de la botella que había en la hielera de la barra.

—Es barra libre hasta las diez. Bebe.

—De acuerdo. No tenemos que hablar de eso esta noche. Pero no dejaré que te vayas en cuanto llegue Jamie.

La puerta se abrió de nuevo y Alex contuvo la respiración. Pero era solo un grupo de mujeres de marketing.

—¡Alex! No te vas a ir, ¿verdad?

—No, no lo haré.

Más bien todo lo contrario. Alex no pensaba dejar ese pub hasta que tuviera la conversación que había intentado tener con Jamie durante las últimas dos semanas y que solo le había valido evasiones y postergaciones por teléfono y por correo electrónico tanto por parte de Jamie como, aún más humillante, de Ashley. En cada ocasión había

estado “en una reunión”, “en una visita a un inmueble” o, a principios de esa semana, cuando las excusas se habían agotado, “ocupado”.

Sin embargo, Alex confiaba en que Jamie se hubiera ceñido al argumento acordado sobre su marcha de BWL de “pasar más tiempo con la bebé”. Al igual que confiaba en que no habría “ninguna mención de este ‘descuido’ en los papeles, solo el hecho de que has renunciado”. Pero, sobre todo, confiaba en que cumpliría con lo que le había prometido. “Te he recomendado a un amigo en JLL, que está buscando una asistente personal nueva. Más que recomendarte. En realidad, es cuestión de que os ponga en contacto para que podáis dejar de lado las formalidades y fijar una fecha de inicio”. ¿Por qué confiaba en él? Porque él sabía tan bien como Alex que ella era el chivo expiatorio. Jamie se lo debía.

—Te acuerdas de Danielle, ¿verdad?

Las chicas de marketing se habían unido a ellas en la barra, se habían quitado los abrigos y se habían servido vino. Alex les sonrió y asintió a los saludos.

—¡Has venido!

No le gustó la sorpresa en la voz de Danielle, ni en sus ojos.

—Ss… sí.

Y menos le gustó lo que agregó a continuación.

—Siento mucho lo que pasó.

—¿Lo que pasó?

—Que te despidieran. —Danielle observó los ojos desorbitados de Lydia, se volvió a Alex y prosiguió con dificultad—. Y encima estando de baja por maternidad. Pero le será difícil encontrar a alguien tan buena como tú.

Consciente de que la conversación no estaba fluyendo como debería, Danielle se alejó, dejando a Alex muy quieta y con los ojos bajos.

—¿Qué mier…? —Lydia le apretó el brazo—. Yo no fui, Alex, te juro que no se lo conté a nadie.

—Lo sé.

—Me crees, ¿no es…?

Alex no escuchó el resto. Un estallido de gritos y palmadas lentas lo ahogaron.

—¡Llegó!

—Más vale tarde, ¿eh, viejo?

—¡Por fin!

Jamie había llegado.

A medida que el pub se llenaba y los grupos jerárquicos que se formaban al principio de cada fiesta de la empresa se dispersaban —los socios y los jefes de área entablaban conversación fácil con todo el mundo, desde el personal informático hasta los becarios—, unas cuantas personas más se acercaron a expresar su pesar por el despido de Alex. No utilizaron esa palabra. En su mayoría se hablaba de "invitar a retirarse" y hubo un "seguir adelante" que hizo que Alex se sintiera como si se hubiera muerto. Y a medida que el alcance de la traición de Jamie se hacía evidente, sintió que su ira la elevaba casi a un punto de levitación. Jamie no había esperado que ella apareciera en la fiesta, como tampoco ninguno de los demás; había supuesto que se había librado de ella.

Pero Alex necesitaba calmarse antes de pasar al abordaje. Lo único que importaba ahora era ese trabajo en JLL. Así que, mientras Jamie se quitaba por fin el estúpido "chaleco de poder" acolchado de Patagonia que ella había tenido que encargar al señor Porter después de que su jefe se lo hubiera visto puesto a Jeff Bezos —cuatrocientas libras por algo que se podía comprar por cuarenta en Snow + Rock— y bebía, reía y coqueteaba al otro lado de la sala, Alex trató de sumirse en charlas triviales: mostraba fotos de Katie cuando se lo pedían, sonreía en respuesta a los elogios y aseguraba a las caras preocupadas que en realidad ya tenía "otro trabajo arreglado", pero todo el tiempo pendiente de Jamie. Hasta que no pudo más.

—Vuelvo en un segundo, Lyds.

Alex ignoró la mirada preocupada de su colega y, con actitud decidida, empezó a abrirse paso en diagonal entre la multitud hacia Jamie.

—Hola.

Aun siendo más de treinta centímetros más alto que ella, su exjefe no la había visto llegar. Alex advirtió que le llevó un momento recomponer sus rasgos para dar una impresión convincente de civismo.

—Alex. —Jamie parpadeó y se lamió la espuma de cerveza de su labio superior—. Has venido.

—Así es.

El bróker que había estado hablando con él captó el extraño lenguaje corporal y se marchó; los dejó rodeados por la multitud y demasiado cerca uno del otro para no sentir incomodidad.

—Bonito corte de pelo.

—Gracias. —Alex no sonrió.

—Escucha, tenía la intención de responder tu último correo electrónico —le aseguró Jamie en tanto sus ojos recorrían la habitación en busca de alguna forma de escape.

—¿Y el anterior, Jamie? ¿También ibas a responder ese? ¿Y qué me dices de los tres mensajes que te dejé en el teléfono? —Alex se sorprendió de lo fácil que era hablar con su exjefe en un tono tan combativo, incluso entretenido. Pero tenía que contenerse: hasta que no estuviera instalada en su nuevo trabajo, todavía necesitaba a Jamie —. Escucha, lo entiendo. Conozco tus horarios, ¿recuerdas? Y, por supuesto, acabas de deshacerte de la mejor asistente personal que jamás vas a tener —añadió sin levantar la voz.

—Alex…

—No importa. Pero es solo que todavía no me han arreglado el

papeleo. —Hizo una pausa—. Y no quiero perder la oportunidad de ese trabajo en JLL. —Se obligó a mantener el contacto visual—. Necesito ese trabajo, Jamie.

Jamie terminó su cerveza e hizo un gesto para llamar a alguien en la barra antes de volver a centrar su atención en ella.

—De acuerdo, esta es la cuestión, Al. Tal vez entendí mal y pensaba dejarte una nota para explicártelo, pero…

—Espera. —Alex cerró los ojos y sacudió la cabeza—. ¿Qué quieres decir con "entendí mal"? ¿Tu amigo ya encontró a alguien?

—Bueno, creí que estaba buscando, pero resulta que…

Alex lo miraba con fijeza.

—¿Alguna vez existió ese trabajo, Jamie? ¿O fue una forma de asegurarte de que me fuera en silencio? Esto, y tu promesa, porque lo prometiste, de que diríamos que fue decisión mía marcharme. Y, sin embargo, todo el mundo aquí parece saber que me despidieron.

Jamie se encogió de hombros y pasó su peso de un pie a otro. La copa en la mano de Alex era como un peso muerto y la dejó sobre una mesa cercana.

Alguien gritó "¡Ey, Jamie!" desde el otro lado de la sala y él se volvió en esa dirección para tratar de localizar la fuente, ya sin intentar fingir que estaban disfrutando de una charla cordial.

—Será mejor que…

—No, espera. —Alex no recordaba haberla puesto ahí, pero tenía la mano en el antebrazo de él—. Espera. —Tragó saliva mientras registraba las implicaciones con lentitud—. ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

Jamie hizo una mueca.

—Para serte honesto, me habría encantado ayudarte, Al. Y, por supuesto, estaré muy atento y te avisaré si me entero de algo.

Otro grito desde el otro lado de la habitación: "¡Jaaamie!". El

discurso de Jill estaba a punto de comenzar.

—Lo siento. —Su mano estaba en el brazo de ella—. Me buscan. Ya aparecerá algo. —¿Fue eso un guiño? ¿De verdad le guiñó el ojo?—. Estoy seguro.

Junto a la barra, más allá de la espalda de Jamie, vio a Lydia que le hacía una seña para que volviera: era la hora del discurso. Aturdida, Alex se abrió paso hacia allí entre la gente que comenzaba a hacer silencio.

—¿Cómo te fue? —le susurró Lydia. El discurso de Jill ya había terminado, los aplausos se habían acallado y las conversaciones se habían reanudado—. ¿Qué le dijiste? —Luego, sin esperar respuesta, añadió—: Son las dos. ¿Estás viendo esto?

Habían subido el volumen de la música y, junto a la chimenea, Harry, el abogado principal de BWL, se había puesto a bailar con movimientos inconexos. La gente observaba, divertida y horrorizada, cómo el hombre de sesenta y dos años arrojaba su chaqueta a una silla cercana y se arremangaba la camisa. Iba a pasar al siguiente nivel.

—La última vez que ocurrió esto, el pobre Harry tuvo un AIT —señaló la voz de Jill junto a ellas en la barra—. ¿Están esperando a que les sirvan?

Lo estaban, junto a todos los demás. Pero ni Lydia ni Alex iban a decirle a la fundadora de la empresa que esperara su turno.

—Adelante.

Hubo un momento de incomodidad cuando el encargado de la barra descorchó otro rosado, y las dos mujeres se quedaron esperando que se fuera. Pero Jill no parecía tener ninguna prisa por volver al gentío y, en vez de eso, se volvió y apoyó su espalda en la barra.

—Necesito sentarme —dijo a nadie en particular—. ¿Está ocupada esa mesa?

Alex siguió su mirada hacia una mesa vacía en el rincón, excepto por una bandeja de aperitivos fritos.

—Creo que no. Pero yo no tocaría eso. Llevan un rato ahí.

Solo entonces, cuando Jill tomó asiento con un suspiro de agradecimiento, pareció darse cuenta de quién era Alex.

—Alex, ¿no es así? ¿Cómo estás?

Ya lo había soportado demasiadas veces esta noche. La mayoría iba acompañada de una inclinación de cabeza.

—Bien. —Consciente de que, como socia y la mujer que era conocida por haber sido la mentora de Jamie a lo largo de su ascenso en la empresa, era poco probable que Jill empatizara con su situación, Alex esperó a que Lydia llenara el silencio, pero su amiga se había excusado para salir a "fumar otro cigarrillo", y cuando Jill le señaló la silla frente a ella, Alex no pudo pensar en otra cosa que no fuera el alivio de poder sentarse.

¿Cuántas copas se había tomado ya? ¿Tres, cuatro? Las suficientes como para no sentir cómo le latían los dedos de los pies, aplastados en las puntas de sus zapatos… hasta ese momento. Necesitaba salir de allí y alejarse de ese hombre. Necesitaba irse a casa.

—¿Mejor? —sonrió Jill.

—Mucho. Por cierto, la felicito por el discurso. No tenía ni idea de que Joyce había estado con usted y con su esposo casi desde el principio. Debe de ser muy duro—. Luego, con los ojos todavía puestos en Harry, que seguía bailando, y consciente de que tenía que mantener la conversación al menos durante un minuto o dos hasta que encontrara la manera de salir de allí, agregó—: ¿Qué es un AIT?

—Un pequeño derrame cerebral. Y no debería bromear con eso porque juro por Dios que los hombres de la ambulancia del St John se lo llevaron en la mitad de nuestra fiesta de Navidad hace un par de años, lo cual no es tan sorprendente: el hombre tiene un par de años más que yo, pero yo no me voy a poner a gatear…

—Perrear.

—No voy a empezar a hacer ninguna de las dos cosas.

Sorprendida y halagada de que Jill estuviera feliz de pasar tiempo con una simple exasistente personal, en especial después del delito atroz que se suponía que había cometido, Alex se echó hacia atrás en la silla para tener una visión completa del espectáculo. Un puñado de personas se había unido a Harry en la improvisada pista de baile, y mientras Jill observaba con los ojos entrecerrados por la diversión, Alex la miró con disimulo.

Debía estar cerca de cumplir sesenta años y era atractiva como solo una mujer que nunca había sido atractiva podía serlo en la madurez. Su delicado jersey de cachemira y sus pantalones de pinzas eran caros pero discretos —Jaeger, o tal vez Hobbs—, llevaba el pelo corto y rubio ceniza peinado en un estilo eficiente y rígido, y una ligera inclinación de su labio superior revelaba una falta de interés por todo lo que no fuera necesario para parecer elegante y profesional. Pero su expresión era cálida y había un estoicismo en sus ojos que le recordó a Alex una pena personal que había oído mencionar a Jamie: su esposo, eso era todo.

—Lo siento. No se me ocurrió pedirte una copa. —Jill sonrió y la conexión entre ellas, tan inesperada, le dio ganas de llorar a Alex.

—¿Por qué no se quedan las dos aquí y yo consigo una botella?

Alex levantó la vista y vio a Nicole. Más severa y más espléndida que de costumbre, con un vestido rojo oscuro y unas botas bajas con tacones altos, era evidente que estaba allí para congraciarse con Jill. Junto con "divina", "voraz" había sido la palabra más utilizada para describir a Nicole en BWL, y Alex recordó la cantidad de veces que había creído ser la última en salir de la oficina y había visto a Nicole trabajando hasta altas horas de la noche en su escritorio. Un tête-à-tête con Jill era demasiado bueno para dejarlo pasar y Alex suspiró para sus adentros ante la perspectiva de estar ahí sentada en silencio mientras las dos mujeres hablaban de trabajo.

—Nunca nos hemos… Soy…

—Alex —masculló Nicole. Dio medio paso atrás—. Es el pelo —aventuró por fin—. Te lo cortaste.

—Y me lo teñí. —Alex sonrió, y recordó los pocos momentos en los que la chica "popular" del colegio se había dignado a hablar con ella.

Nicole asintió con impaciencia, como si esta última parte no viniera al caso.

—Pero a ti te…, ya no estás con nosotros, según tengo entendido.

—Me despidieron —dijo Alex. Inútil endulzarlo—. Sí.

La supervisora de proyectos especiales sacó una silla y se sentó. Pero en lugar de cruzar las piernas, Nicole las mantuvo un tanto separadas de una manera que a Alex le pareció deliberadamente masculina.

—No creo que haya servicio de mesa —agregó Alex mientras Nicole hacía gestos explicativos al chico del bar para que les llevara una botella de vino.

—¿Qué?

Nicole le clavó los ojos ahora y, al sentirse objeto de cientos de pequeñas críticas, Alex decidió hacer las propias.

El costoso atuendo de Nicole contrastaba con sus uñas sin pintar, mordidas casi hasta tener los dedos en carne viva: las uñas de una obrera. Su característico lápiz labial rojo cereza despojaba a su pálida piel de cualquier resto de color y se perdía en las diminutas arrugas verticales gemelas en las comisuras de su boca, lo que hacía suponer que rondaba los cuarenta años. Pero desde cualquier punto de vista, seguía siendo una mujer hermosa.

—Dije que no creo que haya…

Pero uno de los empleados de la barra ya estaba en camino con una botella en una hielera, y Jill rio con su copa de vino en los labios.

—Lo hay cuando te pareces a Nicole.

Complacida por el comentario, Nicole comenzó a llenar las copas. Como era de esperar, había hecho girar la conversación hacia el trabajo cuando un tintineo de metal contra cristal silenció la sala por segunda vez esa noche.

—Tal vez Jill piense que ha dicho todo lo que hay que decir en lo

que respecta a Joyce y a las razones por las que la vamos a echar de menos —empezó Jamie—, pero no estoy seguro de que haya…

—¿Por qué está dando él un discurso? —preguntó Nicole a Jill en un murmullo.

Por los labios tensos de Jill, Alex se dio cuenta de cuánto la mortificaba el hecho de que su despedida franca y sincera se viera superada por lo que sin duda sería una actuación mucho más pintoresca. Sin embargo, las tres mujeres no tuvieron más remedio que escuchar y permanecieron sentadas en silencio mientras Jamie se convertía en el personaje principal de su relato.

Cuando Jamie había rociado con Sprite a un conservacionista sin sentido del humor que pretendía impedir la venta de unos apartamentos de lujo en Olympia, le contó a la audiencia, fue Joyce y las toallitas húmedas que siempre tenía a mano las que habían salvado la situación. Cuando Reza Farhat, el it-boy iraní que era tan caprichoso con sus propiedades como su mujer con sus carteras Birkin, había pedido que le sirvieran una especie de pastel frito con jarabe de rosas durante la presentación de ventas de la tarde, fue Joyce, de nuevo, quien había peinado los rincones más alejados del mercado de Shepherd's Bush en busca de la "zulbia… zuliva… zul…". Alex odiaba que Jamie resultara tan encantador cuando se reía de sus propios chistes.

—Nadie podía pronunciarlo, ¿verdad, Joyce? Y ni hablar de comerlos.

—¡Bien que te comiste unos cuantos! —interrumpió alguien.

—Todo sea por una venta, amigo. Pero sabían a esas cosas que mi esposa coloca en boles por toda la casa. ¿No es así, Paul?

—¡Popurrí! —chilló una mujer en el frente.

Hubo risas y más interrupciones. No se necesitaba demasiado para animar a la gente a esas alturas de la noche y Jamie no era de los que dejaba una gota de protagonismo sin exprimir. Pero en la mesa en el rincón, Alex, Nicole y Jill tenían caras largas.

Jamie no sabía que ella seguía allí, observando, y sin duda le

importaba aún menos, lo que la dejaba libre para desmenuzar los gestos con los que se había familiarizado como con los de un pariente en los siete meses que había atendido cada una de sus necesidades.

¿Le habría dicho alguna novia que rascarse la nuca después de contar un chiste resultaba fascinante… y sensual? Toda la escena era propia de Hugh Grant, y a todas luces, falsa. ¿Cómo era posible que le hubiera llevado tanto tiempo darse cuenta de que su jefe era un fraude que se especializaba en hacer que incluso personas insignificantes como ella se sintieran especiales, una más del clan, hasta que se volvían prescindibles?

Desde el primer día de Alex en BWL, Jamie había hecho precisamente eso, sin cesar de asegurarle que la empresa era como "una gran familia", sin duda, "una familia disfuncional".

Incluso cuando ella le había confesado su embarazo y él había superado la molestia inicial de tener que buscar una sustituta (una molestia que ella había disfrutado porque significaba que era buena, incluso insustituible), se había mostrado muy cariñoso, le había comprado un paquete de caramelos de jengibre que Maya había descubierto que eran buenos para las náuseas y le había recomendado "una encantadora de bebés" a la que habían recurrido cuando su primogénita, Christel, tenía seis meses y seguía sin dormir toda la noche. Y cuando al mes de dar a luz y privada de sueño hasta las lágrimas Alex buscó en Google a la mujer y descubrió que costaba 250 libras la sesión, no se enfadó tanto como debería. Jamie era así: vivía en una burbuja propia, pero siempre tenía buenas intenciones.

—Si te sirve de algo —declaró Nicole, sin levantar la vista del teléfono—, lo odio casi tanto como tú.

CAPÍTULO 6

NICOLE

La sorpresa en la cara de Alex fue gratificante y Nicole interrumpió el correo electrónico que había estado escribiendo para asimilarla. Decir eso en voz alta le había hecho sentirse bien, y todavía mejor descubrir que no era la única.

—Yo no…

—Sí, lo haces. Y no te culpo. Así que continúa: ¿cuál es la verdadera historia?

—¿De qué…?

—¿Por qué Jamie se deshizo de ti? ¿Porque te quedaste embarazada? ¿Porque Hayden era su amigo? Ha habido rumores.

Por la mirada que Alex le dirigió a Jill y de nuevo a ella, Nicole se dio cuenta de que se había pasado de la raya. Pero algo más allá del alcohol en su sangre la empujaba a seguir presionando.

—Vamos. Creo que todos sabemos que el chico de oro es conocido por no ser muy escrupuloso cuando le conviene.

Nicole quería con desesperación que Jill se diera cuenta de esto. Tanto, que estaba dispuesta a correr el riesgo de manifestarse delante de su jefa. Porque, aunque Jill y Jamie siempre habían tenido una relación muy cercana, Jill siempre le había parecido, sobre todo, una figura ecuánime y profesional. Si su protegido había hecho algo fuera de lugar, era justo que Jill lo supiera.

—Si te sirve de algo, Joyce siempre dijo que eras brillante. —La voz de Jill, por lo general serena y grave, se elevó, vacilante por el alcohol, y Nicole pensó que, en todos estos años, nunca la había visto borracha.

La fundadora de BWL formaba parte de esa raza de la vieja escuela que nunca muestra ni un resquicio de vulnerabilidad en la oficina. Nicole jamás la había visto siquiera retocarse los labios en el baño de mujeres. Jill, justa y firme en la dirección de una empresa que ella y su esposo habían creado para preservar la historia en lugar de destruirla, era la prueba de lo que podían lograr las mujeres que no se dejaban frenar por los hombres. Lo que solo hacía que la necesidad de quitarle la venda de los ojos fuera mayor.

—¿Tiene razón Nicole? —prosiguió Jill con suavidad—. ¿Crees que Jamie tuvo algún, bueno, otro motivo para despedirte además del asunto de la diligencia debida?

Nicole observó a Alex evaluar la situación… y decidir que no tenía nada que perder.

—No iba a decir nada, pero todo el lío con Khalvashi no fue culpa mía, sino de Jamie. Me dijo muy concretamente que dejara la documentación sin terminar. Por qué, no lo sé, pero creo que fue porque sabía que el dinero de Khalvashi no era limpio y quería que la venta siguiera adelante a pesar de todo. Property Week acababa de publicar un artículo importante sobre él y, tal vez, la presión por mantener su imagen de "El señor de las ventas" lo afectó. —Hizo una pausa—. Luego, cuando usted y Paul descubrieron la carpeta incompleta, Jamie me culpó a mí y lo utilizó como excusa para deshacerse de mí. No iba a decir nada, porque Jamie me prometió que me compensaría, que me conseguiría otro trabajo. Y como una idiota le creí.

Mientras Jill asimilaba esto, Nicole observó a su jefa con atención. Estaba sorprendida, pero no escandalizada.

—Ha estado descuidado últimamente. Comportándose, no sé…

Fue el turno de Nicole de sorprenderse.

—Pensé que Jamie no podía hacer nada que no te pareciera bien.

—¿En serio? —Jill soltó una risita seca, tomó dos sorbos de vino seguidos y miró a Jamie, que por fin había dejado de hablar y estaba disfrutando de una ronda de tragos en la barra—. No. No, yo no iría tan lejos.

Las tres ya estaban mareadas, pero el cuello de Jill parecía haber perdido su capacidad de mantener la cabeza firme, y Nicole deseó que Alex no rellenara con tanta rapidez la copa de la mujer mayor.

—Sé que Jamie siempre la ha admirado —comentó Alex, y aunque Jill asintió, sus ojos permanecieron escépticos—. Después de todo lo que ha hecho por él, estoy segura de que siempre lo hará.

Lo que había empezado con una intención tranquilizadora sonaba entonces un poco como una provocación, como si Alex estuviera empujando a Jill a reconocer el monstruo en el que se había convertido su aprendiz. O tal vez siempre lo había sido, de manera encubierta.

—Fue usted quien lo trajo a la empresa, ¿no es así?

—Hace años, y siempre ha sido un poco engreído…

—Pero ahora es como que se siente superior, ¿no? —insistió Alex —. A mí me parecía lo mismo. Incluso antes de que me tomara la baja por maternidad, había algo en su actitud… una falta de respeto.

—¿Con respecto a mí? —Jill levantó la mirada con brusquedad.

—No se lo tome a mal…

—Continúa.

—Pero hacía esos comentarios… sobre que llegaba tarde. O que estaba en el hospital con su… esposo. —Al oír esto, Jill se estremeció —. Solo pequeños comentarios: “Ah, Jill tampoco participará esta vez”, o “Jill ni apareció”.

Alex la estaba provocando. Esa joven no solo estaba disgustada por haber perdido su trabajo, se dio cuenta Nicole, sino que estaba angustiada, y algo en la intensidad de sus ojos era preocupante, pero como Nicole también estaba interesada en prolongar la conversación, apartó ese pensamiento a un rincón de su cerebro.

—Lo que más me molestaba —añadió Alex, inclinándose hacia delante— era cuando hablaba así de usted delante de los clientes.

—¿Decía esas cosas delante de los clientes?

—Algunas veces. Y me parecía un poco desconsiderado. Su esposo…

—Tiene un tumor. —Jill tocó el tallo de su copa—. Stan está en tratamiento. Siempre ha querido mantener sus problemas de salud en privado por una serie de razones. Entre ellas, que no es asunto de nadie más. Pero ¿te enteraste por… Jamie?

—Sí… Yo… Lo mencionó de pasada.

—De pasada.

—Lo siento mucho, Jill, pero… —Miró a Nicole, como para comprobar si debía continuar—. Se lo contaba a casi todos. Siempre me hizo sentir incómoda. Como si estuviera usando la…

—¿La qué?

—Bueno, como si utilizara la… enfermedad de su esposo para hacer a un lado…

—¿Para hacerme a un lado a mí?

—Bueno, para ganar terreno él. Al menos esa era la impresión que me daba.

—Ajá. —Por el rápido ascenso y descenso del pecho de Jill bajo el jersey color avena, Nicole podía ver lo mucho que estaba luchando por contener su indignación.

Pero Alex no había terminado.

—Y después estaban las bromas —murmuró—. Sobre las mujeres. Sobre las mujeres mayores. —Lanzó a Jill una mirada de disculpa—. Y sí, sobre usted.

—Bueno, Jamie siempre ha tenido un sentido del humor inapropiado. Le dije más de una vez que se contuviera.

Jill estaba tratando de recuperar cierta sensación de control. Todo esto era absolutamente indigno. Pero por la cara de Alex, las cosas

solo iban a empeorar.

—Lo sé, y fíjese: la mayor parte del tiempo me parecía divertido. Pero luego decía esas cosas —agregó titubeando— sobre lo que llamaba…

Nicole sabía lo que Alex iba a decir. Había oído a Jamie hacer el mismo chiste. Y se debatía entre querer que Jill lo escuchara y la esperanza de que se lo ahorrara.

—… tu CCC.

—No entiendo.

—Cara de culo constante. —Alex pronunció las palabras en voz tan baja que por un segundo Nicole no estuvo segura de que Jill las hubiera oído—. Es un término de las redes sociales para las mujeres…, para esa mirada agresiva que a veces…, que todas a veces…

—Entiendo la idea. ¿Y qué? ¿Se supone que yo tengo… eso?

—Decía que la tenía en las reuniones… a veces. Que había empeorado a medida que usted, bueno, que se hacía mayor. Que era desagradable para los clientes.

—De acuerdo. —Jill asintió con brusquedad.

—Según él…

—Continúa.

—Bromeaba con que para su cumpleaños número sesenta la enviaría a Harley Street para que le hicieran un “rejuvenecimiento facial”.

Jill cerró los ojos.

—De acuerdo.

Consciente de que una vez terminados los discursos el nivel de ruido había disminuido, Alex bajó aún más la voz.

—Lo siento, Jill. Sé que esto es… duro. ¿Pero qué diablos le pasó?

—¿Porque antes era un tipo respetable? —Nicole inclinó su cuerpo hacia la pared para dar una calada disimulada a su vapeador. Esto provocó una expresión de alarma casi cómica en Alex, quien desvió la mirada de Nicole al personal de la barra y de nuevo a Nicole—. ¿Qué van a hacer, arrestarme? Relájate.

Pero Jill ni se dio cuenta, tan absorta estaba en sus propios pensamientos.

—Jamie nunca ha sido precisamente Don Sensible. Quiero decir, es uno de los hombres más competitivos que existen, pero eso es lo que lo hace tan bueno en su trabajo. Y su humor… Pero siempre pensé que tenía un buen corazón.

—Entonces me pregunto hasta qué punto lo conoces bien. —Nicole escupió las palabras a través de una bocanada de vapor de agua.

Al otro lado del pub, alguien gritó "¡Última ronda!" y solo cuando ninguna de ellas reaccionó, Nicole se dio cuenta del curioso giro que estaban tomando las cosas.

—¿Qué significa eso?

—Significa que… mierda. —Levantó la vista—. Está viniendo para acá. —Nicole se inclinó sobre su celular y sintió que Alex buscaba a tientas los zapatos que se había quitado antes debajo de la mesa, con la idea, supuso, de prepararse para escapar.

—Alex. ¿Sigues aquí?

Se podría creer que mostraría un atisbo de vergüenza ante la mujer que acababa de despedir, pero nada. Estaba allí para hablar con Jill. La gente solo le interesaba a Jamie mientras le fuera útil. Después de eso, dejaban de existir.

—¿Te gustó el discurso? —le preguntó a su socia.

—Me encantó —Jill tenía una expresión imperturbable—. Aunque no estábamos seguras de que fueras a parar de hablar en algún momento.

Nicole resopló y Jamie entrecerró los ojos.

—¿No creéis que ya ha sido suficiente, chicas? Mañana hay colegio.

Hubo una pausa de un milisegundo.

—No estoy segura de que puedas llamarnos "chicas", Jamie —susurró Nicole con los ojos todavía fijos en su teléfono—. Entre otras cosas, porque todas tenemos más de treinta. Y para que lo sepas, "señoritas", otra de tus favoritas, también está descartada.

Alex miró a Nicole, a Jamie y luego a Jill, y contuvo una sonrisa.

—Bueno, mujeres, las dejo entonces en su simposio feminista. Se está haciendo tarde. —Se encogió de hombros dentro de su chaleco acolchado y se marchó.

Una vez que la puerta se cerró detrás de él, la risa de las tres mujeres fue tan fuerte e inmediata que un puñado de invitados que todavía quedaban se volvieron para mirarlas.

—¿No creen que ya ha sido suficiente, chicas? —gruñó Nicole y su voz resonó por todo el pub.

Pero mientras las risas de las otras dos mujeres se apagaron con rapidez, Nicole parecía no poder parar, y solo cuando la alegría en los rostros de las dos mujeres fue sustituida por preocupación, se dio cuenta de que tenía los ojos húmedos.

Jill le deslizó una mano con cautela por la espalda.

—¿Estás bien?

—Sí. —Nicole se aclaró la garganta ruidosamente—. No. No, es que… hay algo…

—¿Qué?

—Pensé que podía superarlo. Quiero decir, mírenme: no soy esa clase de mujer, ¿verdad? Tengo cuarenta y tres malditos años y un sentido del humor bastante aceptable. Me gusta coquetear y… —Mientras las últimas personas que quedaban se dirigían hacia la puerta y las tres mujeres sonreían y saludaban, la conversación se

interrumpió—. Doy siempre lo mejor de mí. Siempre lo he hecho. Pero el comportamiento de Jamie…

—Nicole. —La voz de Jill era severa ahora—. Sea lo que sea, dilo.

Después de una larga inspiración, Nicole comenzó:

—Al principio solo era un coqueteo estúpido e inofensivo. Coqueteo profesional, ¿saben? Para que las cosas fluyeran mejor, que el día pasara un poco más rápido. De todos modos, supongo que él pensaba en mí como una presa. Todo el mundo sabía lo de Ian, ¿no? —Se volvió hacia Jill, con la esperanza de que la admisión de su breve y estúpida aventura en la oficina años atrás no afectara sus perspectivas en BWL. Pero, por supuesto, su jefa había oído los rumores, todo el mundo los había oído—. Fue mucho antes de que tú llegaras, Alex. Dejó la empresa hace años. Aunque supongo que incluso tú te has enterado.

Alex hizo una pausa y asintió con ligereza.

—Escucha, no estoy en posición de juzgar —admitió—. Soy la chica que se quedó embarazada de un tipo del trabajo, ¿recuerdas? Un tipo al que, por cierto, no le alcanzaron las piernas para salir corriendo.

—Ya me he enterado. Y lamento que Hayden haya sido tan… —Nicole tragó saliva—. Es mejor no esperar demasiado de los hombres, ¿eh? Pero al menos ni tú ni Hayden estaban casados. —Una carcajada —. Al menos no eres la puta.

Alex y Jill esperaron.

—Bueno, de todos modos, Jamie me veía claramente como una "presa". Hacía comentarios sobre lo que llevaba puesto: comentarios agradables y, luego, comentarios no tan agradables y entonces un día, mientras esperábamos para entrar en la sala de conferencias, me dice sin más: "Cómo te cogería hoy, Nic".

—Guau. —Alex estaba sorprendida, pero Jill se había quedado helada, con el vaso suspendido en el aire.

—¿Eso te dijo?

—Luego pasó a un abordaje más directo: se acercaba a mirar los planos de los proyectos en mi ordenador y se apretaba contra mi espalda para que pudiera sentirlo…

En cualquier otro contexto, la cara de Jill, floja por la incredulidad, habría sido divertida.

—Nicole —aventuró por fin—. No te lo tomes a mal, pero ¿hay alguna posibilidad de que lo hayas malinterpretado? ¿Que Jamie estuviera bromeando? ¿O que tú, bueno, le hicieras creer a Jamie que podría ser algo que tú deseabas?

—¿Se refiere a si ella "lo provocó"? —interrumpió Alex, y Nicole se alegró de la interrupción—. Ya sé que las cosas eran muy diferentes hace veinte años, pero "provocar" ya no es más una justificación.

—De acuerdo. —Jill levantó las manos—. Escuchen, tenía que preguntar. Y para el caso, las cosas no eran tan diferentes hace diez, veinte o treinta años. Por mucho que a todas les guste pensar ahora que son las primeras en denunciar a los hombres.

—Está bien, así que se podrá imaginar cómo se sintió Nicole.

—No necesito imaginarlo —replicó Jill—. Era más o menos el ambiente en el que nos movíamos en otra época. Y no era solo ese aspecto de los hombres con lo que teníamos que lidiar: ¿tienen idea de cuántas veces fui subestimada y marginada en mi carrera profesional? ¿Cuántos comentarios estúpidos sobre mi aspecto y mi ropa tuve que ignorar? ¿Cuánto más que cualquier hombre he tenido que trabajar para demostrar mi valía?

—O sea, que entiende que esto no tiene nada que ver con algo que haya hecho Nicole. Entiende que se trata de Jamie; que es acoso.

Jill palideció.

—Jesús. —Alex contempló a Nicole—. Siempre pensé que le gustabas. Quiero decir, me daba cuenta de que a veces te seguía con la mirada a través de la oficina, pero no habría sido el único. Y nunca pensé que haría algo, bueno, como eso.

Ambas mujeres observaron en silencio cómo Nicole se frotaba un

padrastro mientras decidía si debía o no continuar. Era una locura haber dicho todo lo que había dicho. Pero ya no había vuelta atrás.

—¿Por qué no lo denunciaste? —susurró Alex—. Ya no tenemos que aguantar estas cosas. ¿No es ese el objetivo de ser una mujer en la era del Me Too?

Nicole esbozó una sonrisa débil.

—Sí. Pero no quería darle demasiada importancia. Además, estoy casada y todo el mundo sabe que me acosté con un compañero de trabajo en el pasado, así que dudo mucho que Recursos Humanos se solidarice conmigo. Dios sabe que tampoco me ayudaría para conseguir trabajo en el futuro.

—¡Pero eso no tiene nada que ver!

—Lo sé, lo sé, pero escucha. —Nicole se inclinó para dar otra calada a su cigarrillo electrónico—. No voy a denunciarlo. Punto.

—Bien.

Tanto Nicole como Alex se volvieron hacia Jill. A juzgar por el tono muy diferente que acababa de utilizar, claro y pragmático, había pasado a la modalidad control de daños.

—Me refiero a que, como dice Nicole, entiendo por qué denunciarlo no sería conveniente.

—Tampoco sería conveniente para la empresa, ¿no?

Borracha o no, Jill parecía haber decidido que estaba harta de que le hablaran así.

—Ese no es el asunto. Lo que sea que esté pasando con Jamie, el acoso y el menosprecio y ahora esto: todo eso muere aquí. No me importa que sea un socio. No habrá ningún tipo de acoso en mi compañía. Yo… hablaré con él.

—¿Y qué te hace suponer que eso haría mi vida más fácil?

—Bueno, lo obligaría a que parase. —Jill apoyó su copa dando un golpe.

—Se detendría y luego encontraría la manera de hacérmelo pagar, ¿no es así? —Nicole sacudió la cabeza—. No podría volver a sentarme en una reunión con él. Tendría que irme. Y luego estás tú, la posición en la que quedarías, ahora que lo sabes. Porque si no lo denuncias, podrías ser acusada de encubrir cosas. —Jill no había pensado en eso —. Por otra parte, por lo que sé, has estado encubriendo a Jamie durante años.

En cuestión de minutos, la conversación había pasado de ser fraternal a ser hostil. Jamie se había marchado del pub y, de alguna manera, seguía causando problemas.

—Ey —interpuso Alex—. Tal vez haya otra forma de detener esto, de pararle los pies.

Nicole y Jill la miraron fijamente, ambas con el mismo pensamiento reflejado en los ojos: "Pero si tú ya no formas parte de esto".

—Lo habría dejado pasar si él hubiera hecho lo que prometió y me hubiera conseguido otro trabajo.

—Oh, Jamie dirá lo que necesite decir en el momento —lanzó Nicole, sin importarle si sonaba resentida; estaba resentida—. Y no le importa quién pague por sus errores mientras no sea él. Porque al final, para Jamie, las mujeres son convenientes o prescindibles.

—Pero no podemos dejar que se salga con la suya. Te mintió a ti, a Jill, a mí.

Frente a estos bombardeos sobre su antiguo protegido, Jill estaba conmocionada. Como la más veterana de las tres, sabía que le correspondía a ella intentar arreglarlo, y Nicole vio su oportunidad.

—Si Jamie intentó hacer eso con Khalvashi, ¿cómo sabemos que no lo hizo con otros clientes?

Jill asintió con la cabeza. Y cuando el encargado de la barra anunció que era hora de que fueran terminando sus copas, hizo algo sorprendente.

—Voy a darte esto —le dijo al muchacho, y le entregó un billete de

cincuenta libras doblado—. Y a cambio quiero que nos des una última botella de vino rosado y una hora más.

Solo cuando se cerraron las puertas del pub y llevaron una nueva botella de vino, Jill se volvió hacia Alex.

—Continúa.

—Lo que digo —prosiguió Alex, animada por la atención de las dos mujeres— es que hay que ponerlo en su lugar. Tiene que pagar.

—¿Y cómo se supone que vamos a hacerlo? —Aburrida de estar disimulando, Nicole vapeaba entonces abiertamente.

—Bueno, está claro que ni tú ni yo podemos ir por los canales formales. Yo porque perdería una demanda por despido improcedente en un abrir y cerrar de ojos, él ya se ha asegurado bien de eso, y tú porque…

—¿Porque sacarían a relucir a Ian si yo presentara una denuncia? Porque por mucho que nos digan que gritemos los nombres de estos hombres a los cuatro vientos, por mucho que nos digan que tenemos el poder, a nadie le importa mucho si hacer una denuncia pública nos convierte en leprosas profesionales, ¿verdad?

—Así es. —Alex hizo una pausa y disfrutó del segundo en que tuvo a ambas en suspenso—. Bueno, yo digo que encontremos otra manera. Porque hay diferentes tipos de poder y tal vez el nuestro es…

—Por favor, no digas “poder blando” —protestó Nicole—. Odio esa expresión.

—Yo también —convino Jill—. Como si eso fuera lo único que pueden hacer las mujeres.

—No están entendiendo la idea. Estoy hablando de arruinar a Jamie de una manera que nunca podría ser rastreada hasta nosotras, una manera en la que él mismo se arruinaría si no estuviera siempre cubierto y protegido.

Por el rabillo del ojo, Nicole vio que Jill parpadeaba dos veces seguidas, tomando el comentario como una indirecta hacia ella.

—Solo estoy hablando de darle un pequeño empujón. No tanto poder blando como…

—Poder silencioso. —Detrás del tono burlón, Nicole habló en serio.

—Y no sería difícil —precisó Jill—, teniendo en cuenta lo temerario que se ha vuelto.

—No, no… sería fácil. —Alex se inclinó hacia delante—. Las cosas que he visto. Las cosas que sé. Piensen simplemente en lo que descubrimos esta noche. Apuesto a que, si empezamos a indagar, Jamie resultará estar tan lejos de la persona que todo el mundo cree que es que ni siquiera será gracioso.

Por un momento, Nicole temió que Alex hubiera ido demasiado lejos, que hubieran perdido a Jill, al menos. Pero tras una pequeña vacilación, su jefa preguntó:

—Y estas cosas que viste mientras trabajabas con él, ¿crees que puedan ser útiles para nosotras?

De todos los acontecimientos imprevistos de esa noche —el vino, el parpadeo nervioso de los ojos de Jamie al tomar conciencia de la escena en su mesa y las revelaciones de estas dos mujeres con las que Nicole solo había intercambiado palabras profesionales antes de esta noche—, ese "nosotras" fue de alguna manera lo más agradable. Nada unía tanto como el odio, pensó con ironía.

—Entre las tres debemos tener mucho que podamos utilizar. —Alex hizo una pausa y se mordió el labio—. Solo es cuestión de averiguar cuáles son los puntos débiles de Jamie.

Por un momento, las tres mujeres bebieron de sus copas de vino. Luego, Nicole inspiró con fuerza.

—La lista D —dijo a Jill.

La "lista D" de Jamie era una broma interna entre la alta dirección de BWL. Una recopilación de todos los defectos estructurales y puntos débiles que podían hacer que una propiedad tuviera menos posibilidades de ser vendida, incluida una predicción detallada de todo lo que podía salir mal en el futuro; el documento era básicamente

un argumento anticompra que se eliminaba del disco duro de la oficina en el momento en el que se intercambiaban las escrituras.

En más de una ocasión, Nicole había oído a Jill reprocharle a Jaime el cinismo de este documento durante reuniones privadas de la empresa: "El mero hecho de saber que existe me pone nerviosa", había dicho. Y en el fondo, Nicole sentía lo mismo. Pero Jamie siempre se había reído de esas preocupaciones. Como recordatorio de lo que no se debe informar al cliente a menos que se esté legalmente obligado, la lista D era una parte crucial de su proceso de venta. "Si yo soy el único que la va a ver", protestaba, "¿cuál es el problema entonces?".

Jill sostuvo la mirada de Nicole.

—Quieres decir…

—Quiero decir… ¿qué pasaría si la lista D de Jamie se hiciera pública? Sería vergonzoso, ¿no?

Jill se mordió el interior de la boca.

—Sss… sí. Pero también para nosotros, además de para él.

Nicole tuvo que admitir que tenía razón.

—Es cierto.

—Lo siento —intervino Alex—, ¿pero qué vendría a ser la lista D…?

Nicole se dio cuenta de que, como asistente personal, Alex no habría estado al tanto del tipo de reuniones en las que había surgido el dudoso dosier de Jamie, y los ojos de la joven se abrieron como platos cuando se lo explicó.

—Pero debería haber otras formas de… ¿hacerle una pequeña advertencia? —presionó Jill.

—O mejor una llamada de atención a gran escala. —Alex estaba sonrojada—. Porque de lo contrario, los hombres siempre se salen con la suya… en todo, ¿no? Y cada vez que eso ocurre, saben que la próxima vez pueden llevar las cosas un poco más lejos.

Por un instante, Nicole se preguntó hasta dónde llegaba la aversión de Alex hacia los hombres. ¿Se habría consolidado a lo largo de los años, como la de ella, o se habría desencadenado por algo mucho peor que el trato de Hayden y Jamie hacia ella?

—Así que solo es cuestión de encontrar la oportunidad adecuada para atrapar a Jamie con las manos en la masa y ponerlo en evidencia —concluyó Alex—. En realidad, le estaríamos haciendo un favor.

—Les haríamos un favor a las mujeres —agregó Nicole, y levantó su copa para invitarlas a brindar por el hombre que se había comportado con impunidad durante demasiado tiempo—. Por Jamie.

Alex levantó la suya:

—Por la caída de un hombre que deja mucho que desear.

CAPÍTULO 7

JILL

5 de agosto. Comisaría de Kilburn

—Según sus palabras, el señor Lawrence era un hombre muy apreciado.

—Sí.

—¿Por sus clientes y colegas?

—Sí.

—Más que popular, era una especie de celebridad en su mundo, el mundo inmobiliario.

Era más una afirmación que una pregunta, y sin saber si debía añadir algo, Jill se limitó a asentir.

—Ganó premios, fue objeto de reseñas en las revistas del sector.

Mientras hojeaba el expediente, el inspector encontró lo que buscaba y señaló un recorte delante de él. Incluso al revés, Jill reconoció el retrato que le habían tomado a su colega en una sala de reuniones de BWL el año anterior. Jamie se había quejado en su momento, alegando que la luz tan intensa había hecho que su cara pareciera "una marioneta de Spitting Image".

—Jamie era un bróker inmobiliario muy bueno. Tiene… —Jill tragó saliva—. Tenía un gran don de gentes, que es una parte importante del trabajo. Atraía a muchos clientes de perfil alto; le daba notoriedad a la empresa.

—Pero no todo era buena publicidad, ¿verdad? De hecho, en los últimos dos meses ha habido algunas noticias muy negativas relacionadas con el señor Lawrence: una disputa con los

conservacionistas por una propiedad protegida que fue destruida y un par de menciones en blogs de chismes inmobiliarios sobre percances profesionales que deben de haber sido incómodos para la empresa.

Jill miró el vaso de plástico vacío que había sobre la mesa y deseó que alguien lo rellenara con agua.

—Percances que fueron corroborados por empleados con los que hemos hablado, que nos han dicho… —El inspector continuó revisando el expediente—. Sí, aquí está, que el señor Lawrence había estado "diferente" en los últimos meses, "distraído" y que se había estado comportando de forma extraña. Que había estado "cometiendo muchos errores". Uno de sus colegas incluso lo describe como "en aprietos".

—Es cierto que no estaba bien. —La voz de Jill sonaba demasiado aguda—. Lo siento. Estoy… estamos todos conmovidos.

—Por supuesto. Tómese su tiempo. —Una pausa—. Y, luego, está la denuncia interna más grave que acabamos de conocer.

De nuevo, Jill se limitó a asentir. La habitación olía a Ajax y su necesidad de agua era entonces tan imperiosa que cuando el inspector abrió la boca para hablar de nuevo, se vio obligada a leer los labios.

—¿Conoce usted bien a Nicole Harper, señora Barnes, y a Alex Fuller?

CAPÍTULO 8

JILL

Dos meses y medio antes

—Muévete un poco. —Jill sintió una punzada en la parte baja de la espalda cuando encajó la tumbona de su marido en la última posición. —Listo. No se puede reclinar más. ¿Estás mejor?

Había sido una idea fantástica: un almuerzo tardío en la cubierta del Lady J. Y cosa sorprendente, de Stan. Cuando él la llamó a la oficina para ver cómo llevaba la resaca y sugerirle que volviera a casa temprano, Jill había apagado de inmediato el ordenador y había cogido un taxi.

Durante casi un año, todo en su vida había girado en torno a las tres P militares: planificación y preparación precisas, y salvo por alguna que otra cena planificada y preparada por demás y con precisión, casi no habían salido de Blomfield Road. En todo ese tiempo, ninguno de los dos se había siquiera planteado cruzar la calle para cuidar el jardín junto al canal del que tanto se habían enorgullecido a lo largo de los años, y mucho menos subirse a su barcaza.

Lady J era una embarcación resistente. Con el tanque vacío en el invierno, podía estar amarrada sin problema durante meses. Pero el abandono del jardín lo había convertido en una maraña de malas hierbas que se enroscaban de manera protectora alrededor de las latas, los envases de cartón y los envoltorios de comida rápida que los turistas de Little Venice habían arrojado por encima de las rejas. Y una vez que se dieron cuenta de que subir a la terraza del Lady J era demasiado ambicioso para Stan, se vieron obligados a conformarse con arreglar un poco un espacio del jardín y hacer un picnic junto al canal.

Todo iba muy bien hasta que Jill abrió el paté de caballa, lo que provocó que su esposo vomitara allí mismo, sobre el cemento

ardiente. Además de las náuseas, las inyecciones de Prostap habían ocasionado a Stan una mayor sensibilidad a los olores, algo que Jill sabía, pero que había pasado por alto en su entusiasmo por "volver a la normalidad". Y el incidente la había dejado sintiéndose culpable e injustamente enfadada con su esposo por recordarles por qué las alegrías simples de su vida pasada ya no estaban permitidas.

Acomodado por fin en su silla, con la raya del pelo untada con factor 50, Stan se había quedado dormido, y Jill había aprovechado para deleitarse con la vista que habían disfrutado todos los veranos durante algo más de dos décadas. Cerró los ojos por un momento y trató de perderse en el calor adormecedor del sol, pero retazos de la noche anterior seguían regresando a su memoria, frases que no podía creer que hubiese pronunciado.

Haber dicho tanto sobre Jamie como lo había hecho, haber sido tan indiscreta, la desconcertaba. Sí, las revelaciones de Nicole y Alex la habían tomado por sorpresa, pero a Jill no le gustaba la indiscreción. Ella no era así. Tampoco era una gran bebedora y, sin embargo, la noche anterior había tenido una sed insaciable, como si hubiera querido alcanzar un estado alterado que le permitiera escuchar, decir y aceptar cosas que normalmente no haría. Y no podía negar que la sensación había sido muy agradable, justo hasta que se había metido en la cama y la carga de la responsabilidad por esas dos mujeres la había golpeado con fuerza. ¿Sería todo un espejismo por la mañana? ¿Quedaría borrado todo lo que se había dicho y olvidado todo lo que se había oído?

Sin embargo, al recordar la cara de Jamie en medio del discurso —el tenue rubor alcohólico en sus mejillas y sus grandilocuentes gestos de showman—, algo se endureció en el interior de Jill, igual que la noche anterior, cuando los sentimientos que había intentado identificar durante meses, si tenía que ser sincera consigo misma, se habían condensado en odio.

No importaba que se tratara de un hombre al que conocía desde hacía años, un hombre que había cenado y se había emborrachado en su casa en más de una ocasión —antes de que Maya y los niños aparecieran en escena—, que se había desmayado en su habitación de invitados y había visitado a Stan en el hospital. Jamie era alguien cuyos defectos —debilidades, había pensado ella con indulgencia—

eran lo bastante familiares como para ser divertidos. Era alguien en quien se sentía segura de poder confiar, llegado el momento. Solo que, cuando ese momento había llegado, su protegido parecía haber aprovechado cada oportunidad que se le había presentado para "ganar terreno", como había dicho Alex. Y el hecho de que la hubiera menoscabado a ella y a Stan delante de los clientes, cuando ambos se sentían ya tan mermados, era deplorable.

¿De esto se trataba? ¿De ira desplazada ante la nueva realidad de su vida y su matrimonio? "No es fácil ser el cuidador de alguien", había comentado la enfermera de radioterapia la semana anterior con un suave apretón del brazo. Y no fue tanto la obviedad de la afirmación y el tono empático lo que le habían molestado como la mediocridad de esa palabra, una palabra con la que Jill no quería estar relacionada. A lo largo de los años, había visto cómo la maternidad desgastaba a sus amigas, y cuando fue evidente que ella nunca se convertiría en madre, se sintió secretamente agradecida. Al menos podría seguir adelante sin sentirse desbordada por las necesidades abrumadoras de una personita. Y eso es lo que había hecho, hasta entonces. Así que no, no era fácil ser la cuidadora de alguien.

Jill retrocedió en el tiempo y vio a Jamie a sus treinta años, cuando ella y Stan lo habían incorporado a la empresa: igual de arrogante pero más delgado, más trabajador y con más pelo. La agresividad de ese joven vendedor le había sido muy útil en la compañía de Essex de la que provenía y lo había hecho destacarse entre los demás candidatos que habían solicitado el puesto. Pero en un principio, esto mismo había sido motivo de preocupación para Jill: ¿serviría esa impetuosidad para captar clientes de alto nivel para BWL? Sin embargo, se habían arriesgado con Jamie y, a los pocos días de empezar, habían comprendido la envergadura de sus habilidades. No existían muchas personas que pudieran desarmar a los hombres y encantar a las mujeres. Pero la verdadera sorpresa fue que Jamie no se limitaba a desplegar su talento ante el público. También lo hacía en el ámbito personal. No solo con los clientes, sino con sus colegas y subordinados, con Paul y con ella.

Había ascendido con más rapidez y frecuencia que nadie en la historia de la empresa, pero en ese tiempo, Jill nunca había notado que su deferencia hacia ella disminuyera. ¿Cuándo había empezado

eso? ¿Cuándo había pasado Jamie de admirarla a despreciarla? Porque ahora que lo pensaba, había habido señales mucho antes de que Stan fuera diagnosticado: llamadas telefónicas a Jill que Jamie había interceptado de algún modo; reuniones a las que se había sumado y de las que se había hecho cargo "porque tú tienes cosas más importantes que hacer"; resúmenes de proyectos que ella había estado esbozando y que Jamie había elaborado con días de antelación. En el momento, Jill lo había interpretado como entusiasmo. Y cuando algunos de sus clientes habían empezado a gravitar hacia su subalterno, no siempre le había importado. Pero a menudo le había molestado.

Estaba el pomposo promotor de Milán que nunca había superado el malestar de hacer negocios con una mujer. "Me siento más cómodo con Jamie, como si tuviéramos más cosas en común", había confesado por fin, como si fuera tan aceptable declarar una preferencia anatómica por la persona con la que uno quería hacer negocios como pedir té en lugar de café en una reunión de negocios. Y quizás Jamie no se había mostrado tan consternado por ella como debería haberlo hecho. Había replicado enseguida —¿demasiado enseguida?— con un "Bueno, lo que haga falta con tal de hacer la venta, ¿no?". Así que Jamie era un oportunista y un misógino. Pero ¿un depredador que canjearía cada gramo de lealtad hacia ella y hacia Stan en pos de su propia gloria?

—¿Stan? —Jill sabía que debía dejar dormir a su esposo, pero sentía una necesidad urgente de él y hacía meses que no se permitía necesitarlo.

—Mmm… —Stan abrió un ojo y lo volvió a cerrar. Luego murmuró —: ¿Cuánto tiempo llevo aquí afuera?

—El suficiente para empezar a tomar color —sonrió ella.

Jill se sentó en el borde de la tumbona junto a su marido y le frotó más crema en las sienes antes de volverse para ver pasar al restaurante flotante Prince Regent, abarrotado de clientes.

—¿Estás bien, querida?

—Mejor que esta mañana. Qué buena idea fue esto.

Stan le tomó la mano y comenzó a trazar las líneas de la palma

como solía hacer cuando ella estaba cansada o agobiada.

—¿Cómo va el dolor de cabeza?

—Ya casi desapareció.

Él asintió con la cabeza, paciente.

—¿Y todo lo demás?

Con la espalda erguida y un poco de color en las mejillas, parecía el antiguo Stan: alguien lo bastante fuerte como para confiar en él. Porque en treinta y cinco años, nunca habían tenido secretos. Y no contarle lo de la noche anterior le estaba revolviendo el estómago.

—La despedida de Joyce fue un poco… rara.

—Iba a ser difícil decirle adiós, amor. Ha estado con nosotros mucho tiempo.

—No fue solo eso.

Los dos estaban reclinados en las tumbonas de nuevo, con los ojos en el canal, y el paisaje en cámara lenta —los barcos que se deslizaban y los patos que reñían— iba a hacerlo más fácil.

—¿Te acuerdas de Nicole, nuestra jefa de proyectos especiales? La habrás conocido en la fiesta de Navidad.

—¿La de las piernas?

—Estoy bastante segura de que todas tenían piernas —respondió ella con una risita. Tal vez no iba a ser tan difícil.

—Estuvimos conversando. Y, Cristo, Stan, contó que Jamie se le ha estado insinuando. No solo diciéndole cosas, cosas espantosas, sino, ya sabes, tocándola, en la oficina.

Oyó el crujido de los resortes de la tumbona cuando Stan se volvió hacia ella, pero no se atrevió a mirarlo a los ojos hasta que hubo terminado.

—Dice que la ha estado acosando y que lleva meses haciéndolo.

—¿Le crees?

—Bueno, tiene su pasado. Está casada y tiene hijos, uno o dos, no me acuerdo. Y ha tenido un par de aventuras en la oficina desde que está con nosotros. Una que sé con seguridad. ¿Recuerdas a un tal Ian?

—Sí, ahora lo recuerdo.

—Todos escuchamos rumores en su momento, ¿no es así?

—¿Y eso significa…?

—Tal vez nada. Solo te estoy contando qué clase de mujer es.

—No estoy seguro de que eso la defina, amor. Y, sea como sea, no cambia que lo que Jamie ha estado haciendo está mal.

Stan siempre había sido el más feminista de los dos. Solían reírse de eso, pero entonces, su defensa automática de Nicole fue como un dedo en la llaga.

—Lo sé. Solo te estoy poniendo al corriente de sus… antecedentes. Quiero decir, en realidad no sabemos si Jamie ha hecho algo.

—Oh, creo que lo sabemos.

La risa incrédula de Stan —un retumbo grave en el fondo de su garganta— fue lo último que Jill esperaba oír. Su esposo era alguien que siempre veía lo mejor de la gente. Bajó las piernas de la tumbona y se volvió hacia él.

—¿Crees que es uno de esos depredadores de los que hablan los periódicos? —Espantó una mosca de su pierna—. ¿Uno de esos hombres del Me Too?

—No lo sé, pero…

—¿Qué?

—Bueno, nunca dije nada en su momento, pero ¿te acuerdas de esa asistente personal, hace mucho tiempo, la joven que solo estuvo con nosotros un par de meses, la que él llevó a la conferencia de Lisboa?

—Oporto.

—Esa.

—Volvió a la universidad.

—No, no lo hizo. Se fue a Curtis & Hawk. —Stan se frotó la nuca —. Y les contó a todos allí que Jamie había tratado de seducirla… de manera bastante agresiva.

Jill se incorporó y se subió las gafas de sol a la frente.

—Nunca dijiste nada.

—No quería preocuparte. Y por suerte para nosotros, nunca presentó una acusación formal. Pero no me gustaba la idea de que anduviera difundiendo ese rumor. No podemos permitir que la gente piense que esas cosas pasan en BWL. —Una imagen de la joven, de ojos azules profundos y mejillas pecosas, se formó en la mente de Jill, y ambos recordaron al unísono—. Jessica.

—Gracias a Dios pasó, así que nunca le hablé a él del tema. Pero acoso. —Stan dio un silbido silencioso—. Eso va a ser un problema.

No era el único problema: también estaban las indiscreciones de Jamie sobre la salud de Stan. Y aunque Jill no podía soportar contarle a su marido que era objeto de cotilleos —peor aún, de una compasión que él no quería—, tenía que contarle lo de Khalvashi.

—Hay algo más: algo que podría ser igual de perjudicial para la reputación de BWL. Alex, la exasistente personal de Jamie, alega que fue despedida por algo que hizo él. Según ella, él sabía que un informe de diligencia debida sobre un promotor de Georgia sobre el que yo tenía mis dudas estaba incompleto, pero trató de seguir adelante con la venta.

—¿Qué?

—Ajá.

Stan puso un gesto de preocupación.

—Pero, de nuevo, ¿es su palabra contra la de él?

—Así es. Pero te digo, Stan, Jamie se ha vuelto…, no sé, más descuidado últimamente, como si se sintiera más empoderado.

—Esta chica, Alex, está bastante resentida, ¿no?

—Bueno, sí: la despidieron. —Odiaba las líneas paralelas que marcaban la frente de su esposo—. Pero tal vez tengas razón. Es probable que esté enfadada y solo quiera desquitarse.

—Podría ser.

—De todos modos, no quiero que pienses en eso. Ya tienes bastante con lo tuyo. Nicole no va a denunciar el comportamiento de Jamie, así que ya es algo. Y tal vez lo de anoche no fue más que una reunión de brujas. Tal vez todo lo que ellas —no dijo "nosotras"— necesitaban era ventilar sus rencores. Pero si de verdad crees que tiene antecedentes con las mujeres… Pobre Maya.

Ambos se callaron y Jill agradeció la distracción de otro barco de crucero que pasaba por allí. Al observar la hilera de rostros japoneses, impasibles tras las gafas de sol, vio su existencia privilegiada a través de los ojos de otras personas. "Imagínate tener esa vida", estarían pensando. Y durante todos aquellos años, habrían tenido razón.

CAPÍTULO 9

NICOLE

—Como una vía de acceso de más de una hectárea, señores, debo confesar que nunca he visto nada parecido en el centro de Londres.

—No estoy seguro de que Gunnersbury pueda considerarse realmente "el centro de Londres", Jamie —señaló Patrick O'Ceallaigh con buen humor.

Su hermano se rio.

—Pienso lo mismo.

—John. —Jamie giró cuarenta y cinco grados para sonreírle al mellizo del rostro más grande y que estaba sentado en la cabecera de la mesa de conferencias, y Nicole se asombró, como cada vez que se encontraba con este poderoso dúo inmobiliario, de que esos dos pudieran haber compartido el mismo vientre—. Respáldame en esto. Si Shepherd's Bush es el centro de Londres, Gunnersbury no puede estar muy lejos. Diablos, para esta época, el año que viene, Richmond también será el centro de Londres. ¿No es así?

—Así es. Y es cierto que tiene un índice de paso muy bajo y un acceso fácil a la M٤. Está claro que hasta que no veamos el plano total del lugar es difícil imaginar cuánto trabajo demandaría Minerva, pero no tengo duda de que Pat coincidirá en que tenemos el suficiente interés como para pedirte que no se lo enseñes a nadie más por el momento.

—Estoy de acuerdo —asintió su hermano mientras examinaba el mapa de todos los centros comerciales importantes en un radio de quince kilómetros que habían elaborado con mucha minuciosidad—. Es del tamaño exacto que hemos estado buscando. Y, por cierto, con el complejo de cines más cercano a cinco kilómetros de distancia en Shepherd's Bush, tendríamos, ¿qué, todo Chiswick, South Acton y Kew

solo para nosotros?

—Todas ellas zonas llenas de adictas a las compras de alta gama que hoy sacan a pasear las tarjetas Amex de sus maridos en Westfield —continuó Jamie—. Dios sabe la cantidad de tiempo y dinero que las mujeres despilfarran allí.

Nicole se alegró de que las carcajadas masculinas ahogaran su risa hueca. Podía fingir la risa como la mejor; mierda, ella misma podría haber hecho ese chiste si hubiera estado haciendo la presentación. "Ya sabéis cómo somos: una zapatería y la Amex de nuestro esposo, y estamos en el paraíso". No importaba que en ese momento fuera la tarjeta Barclaycard de Nicole la que estuviera en la cartera de su esposo, ni que más tarde ella verificaría los movimientos semanales de Ben en internet; movimientos que siempre eran desalentadores y predecibles. El centro de educación infantil Little Monkeys, la cafetería con juegos para niños Corner House Play Room, el supermercado Waitrose y ese horrible café lleno de niños gritones que pintaban cerámica al que una vez la había arrastrado: esos eran los principales establecimientos, con algún que otro par de cientos de libras gastadas cada dos meses en The Kit Room. Más equipos de filmación para trabajos que Ben nunca conseguiría y que acabarían guardados en la habitación de huéspedes cuando se convirtieran en un recordatorio demasiado incómodo de sus fracasos profesionales. Sin embargo, era más fácil atenerse al discurso aceptado en cuanto a que todas las mujeres dependían de los hombres, ¿verdad?

—Lo que yo añadiría, Jamie, si me lo permites —interpuso Nicole, y no esperó a que su jefe asintiera—, es que el Parque Industrial Minerva podría dividirse en dos entidades separadas: por ejemplo, el centro comercial y el complejo de cines que andan buscando por un lado, y un gimnasio independiente de última generación por el otro. Y, como Jamie ha señalado, la falta de competencia inmediata en la zona circundante es en verdad algo único.

—Exacto —convino Jamie—. Gracias, Nic. De hecho, iba a mostrarles cómo podrían ubicarse dos desarrollos adyacentes en el plano de emplazamiento. Ahora bien, permítanme que les muestre… —Jamie tecleó en su tableta hasta que apareció la primera página del plano de Minerva en la pantalla—. Bien… esto de aquí les da una buena idea de las especificaciones del edificio. Es categoría… ¿dos?

¿Nic?

Nicole sabía la respuesta, ya que había leído la propuesta esa misma mañana, pero era imposible estar sentada frente a Jamie sin sentir que cada una de sus preguntas era una burla, la comisura de sus labios la obligaban a una especie de complicidad de la que no quería formar parte.

—Lo necesitabas, ¿verdad?

Desde ese ángulo —y todavía inmovilizada contra la pared por su peso— Nicole captó el brillo metálico de un empaste en el fondo de su mandíbula.

—Me doy cuenta. Siempre sé lo que necesitas, ¿verdad?

Jamie separó sus muslos húmedos de los de ella y se apartó. Por un momento, liberada por fin de la presión de él, Nicole temió deslizarse hasta el suelo. Cerró los ojos y escuchó cómo él se acomodaba la ropa —la cremallera, los botones y el cinturón—, sorprendida por la banalidad de esos ruidos.

—¿Piensas quedarte así?

Ella bajó la vista y vio que tenía la falda todavía recogida en la cintura y las bragas enrolladas en un pie. Debajo de la camisa abierta, el sujetador se había levantado y estaba encajado sobre un pecho. Debía tener un aspecto cómico, grotesco. Pero no le importaba.

—No.

—Bien. Tenemos una reunión a las cuatro.

Y mientras salía de la sala de reuniones hacia la oficina a oscuras, Jamie había empezado a silbar.

Desde algún lugar encima de ella, el zumbido del aire acondicionado pareció intensificarse de forma opresiva, los ojos de todos aquellos hombres se volvieron lascivos y sus sonrisas, conspiradoras, como si todos lo supieran, como si se estuvieran riendo de ella. Si abría la boca para hablar, ¿saldría alguna palabra? Nicole se imaginó levantándose y saliendo de la sala. Podría explicarlo más tarde: decirles que se sentía mal.

—Categoría dos. —Su voz baja estaba llena de vergüenza, como lo había estado con su esposo cuando había llegado a su casa después de aquella primera vez, sin delatar nada—. Así es, Jamie.

—Eso pensé. —Jamie asintió y sus ojos se demoraron en ella con recelo.

—Y si miramos el plan del ala este, Jamie…

—¿Qué… qué demonios es eso?

La voz de Pat, cuyo acento irlandés ya no era afable sino punzante, la hizo levantar la vista de los archivos. Eso no era el ala este en la pantalla: era… mierda. Era la lista D de Jamie.

—"Cimientos inadecuados" —leyó Patrick—. "Mampostería sin reforzar." ¿Qué clase de broma es esta, Jamie?

—Espera. —La cara de Jamie estaba blanca, su dedo corazón golpeaba la tableta en un intento desesperado por hacer desaparecer esa aberración de la pantalla—. No es…, se supone que no es…

—¿Parte de la venta? Sí, ya nos hemos dado cuenta, viejo.

Todos los ojos en la habitación estaban clavados en la pantalla, incapaces de apartarse de la horrible lista oculta de las deficiencias de Minerva, en negrita y letra de imprenta roja, para empeorar las cosas.

—¿Estás viendo esto, Pat? —preguntó John el gentil, ya no tan gentil—. ¿"Muros de madera bajos sin riostrar"? ¿Realmente pensabas que no íbamos a descubrir toda esta mierda?

—Patrick, John…, por supuesto que iba a comentarles todas estas cuestiones.

Pero ellos no estaban escuchando, absortos en otra imagen que llenaba la pantalla. Por muy malo que fuera lo que acababan de ver, aquello era mucho pero mucho peor.

El intercambio de correos electrónicos era breve, directo… y la letra estaba tan ampliada que resultaba grotesca.

Asunto: Minerva - Aviso

De: HugoMears@JLL.com a

JamieLawrence@bwl.com

Solo para confirmarte que Westfield irá para delante con la compra de nuestro terreno en Kew al otro lado del puente, viejo. La venta no se firmará ni se hará pública hasta principios de julio, pero en aras de la transparencia, deberías alertar a los compradores que mencionaste de que cualquier plan de un complejo de cines podría ser un problema.

De: JamieLawrence@bwl.com a

HugoMears@JLL.com

Gracias por avisar. Les pondré al tanto.

El correo electrónico estaba fechado hacía poco más de un mes: dos semanas antes de que Jamie hiciera la presentación de Minerva a los hermanos O'Ceallaigh.

—Pat, John. Les digo con sinceridad…

—No creo que puedas decirnos una mierda con sinceridad, viejo. Y escucha, llevamos mucho tiempo en esto. No somos tan ingenuos como para pensar que van a incluir las ubsidencia en un prospecto. ¿Pero esto? Sabías lo que queríamos hacer con el lugar, sabías lo de Kew, ¿y aun así contactaste con nosotros? Nos dejaste pensar…

—No, no, John. —Jamie juntó las manos en lo que parecía una imploración o una plegaria patética—. Siempre he sido sincero con ustedes. Y escuchen…, ¿desde cuándo ha sido malo un poco de competencia? Hasta podría ser bueno para los dos. Podría traer…

En ese momento, la pantalla decidió por fin hacer lo que se le había dicho y volvió a exhibir el logotipo de BWL blanco sobre gris grafito. Pero de alguna manera, esto solo empeoró las cosas: era como

fingir que nunca has dicho unas palabras que todos han escuchado con claridad.

—Pat. —John O'Ceallaigh apartó su silla de la mesa. Con un hábil gesto de la barbilla, instó a su mellizo a que lo siguiera y se encaminó hacia la puerta, con su hermano justo detrás. Jamie no intentó detenerlos y observó cómo cruzaban la oficina hacia el ascensor. Junto con todos los demás, era muy consciente de que la situación era imposible de salvar.

Claramente aliviados de no haber sido ellos los responsables de lo que sin duda pasaría a ser una de las mayores meteduras de pata en la historia de BWL, la gente comenzó a regresar a sus escritorios. Pero durante cinco minutos, Jamie permaneció fuera de la sala, encorvado y quieto. Y mientras Nicole lo observaba desde su escritorio, sintió que su boca se abría en una sonrisa tan amplia que tuvo que girarse para que nadie la viera.

El plan que habían trazado en el pub —ese plan que se había desvanecido sin dejar rastro, sin que Alex dijera ni una palabra desde entonces ni Jill mostrara el más somero reconocimiento de que la conversación había tenido lugar—, una de ellas lo estaba poniendo en práctica. Y no podía ser Jill, que había descartado el uso de la lista D esa noche. Lo que dejaba solo a Alex. Pero Alex ya no estaba en la empresa, así que ¿cómo diablos podía haberlo hecho?

CAPÍTULO 10

ALEX

¿Por qué la leche hervía mucho más rápido que cualquier otra cosa? ¿Cómo podía ser que en cuestión de segundos pasara de temblar y estar decorada con espuma a burbujear y lanzar escupitajos como lo hacía ahora? Alex contempló, hipnotizada, cómo los furiosos puntos blancos golpeaban contra la parte trasera de la cocina y desaparecían entre la grasa y las salpicaduras de comida que se habían acumulado desde que Katie había nacido. Observó cómo las marcas que se formaban en el interior de la cacerola devenían marrones, como la nicotina, y el líquido se reducía a sopa coagulada. Apagó el fuego. De todos modos, no quería un chocolate caliente. Todo lo que quería era dormir bien esa noche… y recuperar su trabajo.

Katie gorjeó desde su alfombra de juegos y Alex se volvió, culpable de haber olvidado la existencia de su hija, aunque fuera por un minuto.

—¿Y si te vas de tu casa y te olvidas el bebé? —le había preguntado a Joyce cuando estaba embarazada.

—No es como las llaves —había respondido su colega riendo—. El bebé está en el frente y en el fondo de tu mente, las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Son personitas de verdad, recuerda, incluso antes de que puedan hablar.

Solo que Katie no parecía una personita. Su hija, que ahora la miraba desde el suelo con sus hermosos ojos azules inexpresivos, parecía más bien una criatura extraterrestre que la juzgaba en silencio por todos sus fracasos.

—¿Te estás divirtiendo ahí abajo?

Alex se inclinó junto a su hija, se tapó la nariz a causa del penetrante olor a talco para bebés y sacudió uno de los monitos que

colgaban en lo alto. Había comprado el gimnasio de juegos de ochenta libras por quince en Fara Kids, una ganga que solo cobró sentido unos días después cuando descubrió que el elefante electrónico con las orejas que se iluminaban solo tocaba una de las "veinte alegres melodías" anunciadas en la caja maltrecha. Gracias a ese defecto de funcionamiento, la canción "Las ruedas del autobús" arrancaba su enfermiza melodía sin que nadie se lo pidiera —incluso una vez las despertó a ambas de madrugada— solo porque podía hacerlo. Tres meses después, Alex se sorprendía apretando los dientes cuando las primeras notas resonaban en el apartamento y entonces alargó la mano para apagar la canción.

¿Cómo era posible que algo tan pequeño necesitara tantas cosas? Había adquirido todo lo más barato posible, en tiendas de caridad o en eBay, pero las siete mil libras que le había prestado su madre ya se habían esfumado y Alex era demasiado consciente de que en unos meses habría una nueva lista de necesidades: habría que cambiar el moisés por una cuna con un colchón nuevo, y pronto necesitaría una silla para comer y otra para el baño, barandillas de seguridad y asientos elevadores.

Pensó en la fecha límite de agosto que su madre le había hecho jurar que cumpliría. Alex tenía que devolverle el dinero prestado para entonces… o su padre se enteraría.

—Él no debe saberlo —le había susurrado su madre por teléfono.

Desde que Alex tenía memoria, se habían referido a su padre con ese temible "él". Y esa vez era más temible aún.

—Saqué el dinero de la nueva cuenta que abrimos, así que no notará que falta hasta que tengamos que transferir el depósito.

—¿El depósito?

—Para la casa nueva.

Alex no mencionó que ella ni siquiera había visto la casa vieja, que nunca la habían invitado, y que la mayoría de la gente no tenía que esperar una invitación de sus propios padres.

También temerosa de lo que "él" pudiera decir, Alex ni siquiera se

había atrevido a contarle a su madre que había perdido el trabajo, y solo se había permitido un momento de sinceridad.

—Te necesito, mamá. Quiero que compartas estos primeros meses, que compartas a Katie conmigo. No esperaba que papá se subiera al primer avión… —¿Pero, qué clase de hombre no deja que su esposa conozca a su única nieta?

La madre de Alex, que solía defender tan bien a su marido —"Está cansado", "Está de mal humor" y el siempre útil "No habla en serio"—, se había quedado callada en el otro extremo de la línea, antes de pronunciar un resignado "Ya sabes cómo es tu padre". Alex lo sabía. Solo que no esperaba que los otros hombres en su vida fueran así de malos.

Sacó el teléfono del bolsillo del albornoz que se había puesto encima de los vaqueros y la camiseta en lugar de un suéter, desplazó la pantalla hasta el número de Hayden y espiró profundamente. La cara de él, incrédula y, luego, horrorizada cuando se lo dijo. Su voz, fría, recelosa: "¿Cómo sabes que es mío?". No podía hacerlo. No cuando sus últimas palabras hacia él habían sido: "Si no quieres participar en la vida de Katie, lo haré sola. Te prometo que nunca te pediré nada". No cuando le había hecho la misma promesa a su propio padre trece años antes, cuando la poca crianza que él le había dado había concluido con brusquedad contractual antes de que ella siquiera tuviera edad suficiente para votar.

Siguió desplazando la pantalla hasta llegar a la J: otro espacio desperdiciado para un cobarde, que se sumaba a los de su amante y su padre. "Casa Jamie", "Móvil Jamie", "Casa Devon Jamie". Tenía más números del hombre que había sido el centro de su mundo durante el último año que de sus propios padres… y una profunda reticencia a llamar a cualquiera de ellos. Desvió la vista de los números al reloj que parpadeaba debajo del televisor, las 5.24 p. m., y de nuevo a Katie, y deseó que su hija le diera algún tipo de señal, pero solo se topó con esos ojos azules inexpresivos: pozos interminables de necesidad. Ella era la única que podía responder a esa necesidad; sintiendo que se esfumaba su último vestigio de dignidad, Alex tocó el teléfono y se lo acercó a la oreja.

Jamie contestó enseguida.

—Estoy ocupado, Al.

Alex oyó el zumbido lejano de la música de un pub y el tintineo de copas, el tono en ascenso de un chiste y la sorpresa del remate. Incluso para los parámetros de Jamie, era temprano para empezar en Firkin.

—Seré breve. —Habló con los ojos cerrados—. Bebí un poco de más… en la fiesta de Joyce. Y tal vez estuve un poco agresiva… —Pero no tan agresiva como me hubiera gustado, inservible y traicionero hijo de puta—. De todos modos, me doy cuenta de que no era el momento adecuado para tener esa discusión. Lo siento.

Disculparse con él le daba náuseas, pero ya había pasado más de una semana y aún no había sabido nada de Jill ni de Nicole. Si todavía había una posibilidad —cualquier posibilidad— de que Jamie pudiera ayudarla, valdría la pena.

—Pero ese trabajo…, de verdad contaba con él… —Se estiró para tomar el diminuto pie de su hija y lo apretó lo suficiente como para que Katie entornara los ojos con una mueca previa a las lágrimas antes de soltarlo—. Necesito ese trabajo, Jamie. Casi no tengo dinero. Y si de verdad crees que tu amigo no necesita a nadie… —Inspiró profundamente—. Quiero decir, ¿hay…? ¿Habrá alguien más que lo necesite? ¿O sería posible…? —Se estremeció ante lo que iba a pedir —. Porque los dos sabemos que lo que pasó no fue culpa mía. Estás en deuda conmigo, Jamie… Estoy en una situación complicada, como verás. Necesito algo para salir del paso.

—Alex. —Jamie sonaba más aburrido que molesto y ella se lo imaginó de pie junto a la puerta del pub, donde había menos ruido, y haciendo señas a sus compañeros de copas de BWL para indicarles que volvería enseguida—. Como te dije, no hay tal trabajo. Me confundí. Y de verdad lo siento y te deseo lo mejor. Espero que lo sepas. Ahora tienes a la pequeña…

—Katie.

—Ahora tienes a la pequeña Katie. Y al final, lo que más importa es la familia, ¿verdad? Ahora sí me tengo que ir.

Al oír el clic, Alex apartó el teléfono de su oreja y lo miró con incredulidad.

—¡Hijo de puta!

Asustada por el tono de su madre, Katie soltó un hipo y un alarido agudo. Era demasiado pronto para darle de comer y el visitador médico del Sistema Nacional de Salud le había advertido de manera amenazante acerca de "sobrealimentarla", pero Alex se subió la camiseta.

—Toma. Toma. —Una vez más, Katie se negó a prenderse y apartó la cabeza como lo había hecho desde la noche de la despedida de Joyce.

Alex no era supersticiosa, pero había empezado a preguntarse si el hecho de no haberle dado el pecho durante aquella única noche y de dejarse consumir por el odio que entonces corría por sus venas como un veneno habría agriado su leche.

La mañana siguiente a la fiesta se había despertado con resaca y falta de sueño, pero optimista. No había sido la única engañada por Jamie, y por muy impactantes que hubieran sido las revelaciones de Nicole, eran la validación que necesitaba. Alex no había hecho nada malo, pero ¿Jamie? Se había equivocado de cabo a rabo. Y ahora que la fundadora de BWL sabía quién era de verdad su protegido, Alex podía respirar tranquila, con la certeza que la hora de pagar estaba cerca. Pero a medida que transcurría ese día y, luego, el siguiente sin el esperado mensaje o la llamada de Jill o de Nicole, la euforia de Alex se había convertido en duda. ¿Había exagerado la ira de las dos mujeres? ¿Había imaginado su complicidad en el plan? No. No eran ideas de Alex. Estaban hablando de instinto de supervivencia.

Sosteniendo el pecho hinchado en dirección a Katie con una mano, Alex se secó las lágrimas con el dorso de la otra y susurró:

—¿Quieres el biberón? Lo tendrás. —Demasiado cansada para resistirse, preparó uno, acomodó a su hija en su regazo y contuvo la respiración hasta que vio que los músculos en las mejillas de Katie reducían su succión mecánica a la nada y sus ojos se cerraban.

¿Cómo podían soportarlo las mamás que se quedaban en casa con estos días interminables? Alex había trabajado muchas horas en BWL, y en los momentos previos a una conferencia o a una venta importante el trabajo podía ser agotador, pero no como esto. Nada como esto. No

había ningún empleador en el mundo occidental que no te permitiera orinar cuando lo necesitabas. Aunque, por supuesto, si tuviera pareja, alguien con quien compartir la crianza, las cosas serían diferentes. Para empezar, habría alguna forma de interacción humana.

¿Con quién había hablado Alex desde que se había despertado —la habían despertado— poco antes de las cuatro de la madrugada? Con la recepcionista agobiada de su médico, en una conversación que había durado menos de treinta segundos. Con una voz automática en el contestador de sus padres. "¿Por qué Katie no quiere tomar más el pecho?", había querido preguntarle con desesperación a su madre. "¿Por qué? Es lo único que sé hacer". Y, sin embargo, no había dejado un mensaje porque sabía que su padre podría interceptarlo y oír la desesperación en su voz. El tipo del 7-Eleven se las había ingeniado para llevar a cabo toda la transacción de esa mañana sin siquiera asentir con la cabeza, harto de la interacción humana, sin duda, o movido por un cierto rechazo hacia el baboso bebé sujetado contra su pecho. La forma en que algunas personas te miraban cuando te sentabas a su lado en el autobús o en el metro, como si estuvieras enferma. Y Alex no culpaba a los que se alejaban con expresión exasperada ante los gritos de Katie. Los bebés eran sucios, malolientes y ruidosos, incluso los propios.

Su portátil estaba tentadoramente cerca; asomaba por debajo de un viejo ejemplar de Metro manchado con círculos de café sobre la mesita de centro y Alex hizo la rápida evaluación de riesgos que toda madre de un bebé dormido se ve obligada a hacer para asegurarse unos preciosos minutos de libertad. Después de trasladar con éxito a Katie de sus brazos al sofá, hizo clic en la bandeja de entrada que había estado revisando una docena de veces al día con la esperanza de encontrar un mensaje conciliador de Jamie… y se quedó sin aliento al ver el correo electrónico.

Entre el boletín de noticias de su tarjeta de Tesco y un recordatorio de eBay sobre el "pago de un saco de dormir de bebé" había un mensaje de Ashley Bucknall; el asunto era: "Rescisión de contrato". Enseguida sintió que algo no iba bien. Durante un minuto, el dedo de Alex quedó en suspenso sobre el mensaje, y cuando hizo doble clic en él, se sorprendió al ver que no contenía texto, sino solo un documento de Word adjunto. El documento contenía tres páginas y Alex comenzó a leer la primera, una carta:

Estimada Sra. Fuller: Como hablamos en persona el 4 de mayo de este año, le informamos que BWL procede a rescindir su contrato con fecha de inicio…

Mientras leía, las uñas de Alex se clavaron en el sofá:

Se adjuntan al presente los detalles de los pagos completos y finales correspondientes a la licencia por maternidad. Con esto estaríamos al día. Como es habitual en un despido por falta profesional grave…

Aquí las palabras empezaron a desdibujarse en la pantalla. "¿Falta grave?" Se volvió hacia Katie, como si su bebé dormido pudiera ayudarla a entenderlo. Solo que, por supuesto, no podía. Nada podía. Y la magnitud de la duplicidad de Jamie se desplegó ante ella. Nada de lo que había dicho en aquella reunión había sido cierto: ni la "falta profesional" que se suponía que ella había cometido, ni la promesa de mantener su despido en secreto y de que la documentación se limitaría a mencionar "el hecho de que has renunciado". ¿Cómo iba a conseguir otro trabajo con ese antecedente? Pero la mayor mentira de todas había sido la del trabajo en JLL, que Jamie le había balanceado frente a la nariz como una zanahoria para que ella se marchara en silencio… y que había hecho desaparecer una vez que se hubo asegurado de haberla quitado de en medio.

Es curioso la corta distancia que separa el amor del odio; lo fuerte que es el deseo de ver la cara de esa persona, cuando una está atrapada en el vórtice de uno de ellos. Como una adolescente, Alex buscó imágenes en Google y se mordió la parte interna de las mejillas mientras pasaba una foto tras otra de Jamie, el hipócrita de ojos dulces. En todo el tiempo que había trabajado para él, nunca se le había ocurrido investigar sus redes sociales: las complejidades diarias de la vida de su jefe la mantenían ocupada. Y a la mayoría de la gente le habría resultado difícil sentir curiosidad por un hombre que

compartía tanto como Jamie cuando tenía una pinta de cerveza encima. Cualquier cliente de paso en Firkin era capaz de enterarse de todo, desde las peleas matrimoniales cuando él volvía a fumar ("Juro que ella lo huele a dos kilómetros de distancia") y su tendencia a dejar su anillo de boda tirado por todas partes ("Si alguna vez lo pierdo, Maya me matará"), hasta el exorbitante costo de la suite frente a la playa de Antigua que estaba "a punto de confirmar" para Año Nuevo. Pero cuando se desplazó hacia abajo para encontrar las páginas de Facebook e Instagram, Alex sintió como si descubriera oro virtual.

Allí, al alcance de su mano, había diez años de la vida de Jamie: un tesoro de cumpleaños, aniversarios y minirrupturas matrimoniales, noches de pub y noches de citas y todo de lo que se pudiera presumir en el medio. Y a medida que cliqueaba a través de una serie de publicaciones de "hombre de familia", Alex comenzó a sentirse cada vez más intrigada por la mujer que se había dejado engañar tanto por este fraude como para casarse con él.

Había visto muchas fotos de la esposa de Jamie, que parecía una modelo, en los estantes de la oficina y en el teléfono de su exjefe como para estar familiarizada con el agradable contraste de las cejas oscuras y el cabello rubio miel, los pómulos afilados y los labios carnosos, y como él siempre había hablado de la belleza de su esposa como si fuera un mérito suyo, Alex no le había prestado atención. Pero al ampliar ahora la imagen de Maya, se vio obligada a reconocer que esta esposa trofeo del oeste de Londres tenía algo que la elevaba por encima del resto.

La suya era una belleza limpia, de catálogo, que lograba ser a la vez agradable y alienante. Pero era su frescura —del tipo que muy pocas mujeres poseen después de los veinte años— lo que resultaba más desconcertante. Maya tenía unos cuantos años más que Alex y, sin embargo, todo, desde su pelo y sus labios, al natural salvo por un toque de brillo rosa coral, hasta la piel algo bronceada de sus brazos, poseía una cualidad intacta, una novedad; como si la vida no la hubiera tocado o como si Maya hubiera estado protegida de cualquier cosa desagradable que pudiera haberle dejado una marca.

Alex volvió a una imagen de Instagram en particular. Tomada unos meses antes, dieciséis días exactos después de dar a luz (Alex lo calculó), mostraba a Maya de pie en su jardín trasero de Bedford Park,

con vaqueros y un jersey. Mientras Maya había extendido una mano con un guante de jardinería hacia quien estaba tomando la foto —se suponía que Jamie— con la boca abierta en señal de protesta, el jersey se le había levantado para dejar al descubierto unos centímetros de la parte inferior del estómago. Alex casi podía oírla gritar a su orgulloso esposo: "¡No se te ocurra!". Porque, aunque a los ojos de Alex lucía tan perfecta que daba escalofríos, sin una várice ni una estría a la vista, para la mente de Maya, aún no había recuperado su figura. Jamie debió de saber cómo se sentía su mujer. Ella se lo habría dicho aquella mañana cuando él rodó, sin aliento, de encima de ella y ella se pellizcó el más mínimo centímetro de abdomen entre su pulgar y el índice y se quejó con un mohín: "Mira lo que me hiciste". Y Jamie se habría reído y le habría asegurado que estaba tan divina como siempre, y hasta se habría inclinado para besarle el estómago.

Jamie solo había hecho una publicación desde ese día. Una escena en un parque del oeste de Londres el primer fin de semana de mayo. La lona de cuadros escoceses estaba allí, pero los restos no eran los de un típico picnic: nada de huevos escoceses ni salchichas de cóctel para esta familia. En su lugar, había algo parecido a una tarta en una bolsa de papel marrón de comida orgánica Daylesford, un pomelo pelado y cortado en cuartos, y el cuello verde y brillante de lo que debía ser un sancerre o un chablis —ambos los favoritos de Jamie, como bien sabía Alex— que asomaba por una nevera. La pequeña Elsa dormía sobre el pecho de Maya y Christel hacía una mueca detrás de su padre: "Mis chicas".

Esas dos publicaciones impulsaron a Alex a una búsqueda laberíntica en relación con Maya. Jamie podía ser un mentiroso, un acosador y casi con certeza un tramposo, pero no cabía duda de que seguía fascinado por la mujer con la que se había casado. Y si Maya era una de las cosas que más valoraba Jamie, además de su trabajo, entonces Alex iba a tener que acercarse un poco más… y averiguar cómo sacar provecho de eso.

Movió los dedos a la velocidad del rayo por el teclado y buscó "Maya Lawrence" en Google antes de lanzarse a un acoso sin reservas en las redes sociales. ¿Cómo no se le había ocurrido hacerlo antes? El Facebook y el Instagram de Maya se remontaban a cuando era Maya Juhl, "diseñadora de interiores", y aparecía apoyada contra un tablero de diseño en su estudio de Copenhague con unos vaqueros amplios y

rotos. Demasiado bonita para que la tomaran en serio, en los meses siguientes había adoptado unas pesadas gafas con montura negra y una expresión desafiante: siempre sentada en el brazo de algún sofá minimalista absurdo o cruzando los brazos en el primer plano del vestíbulo de un hotel monocromático que se suponía que debíamos creer que había diseñado ella misma. Pero algo había sucedido cuando se mudó a Londres: ¿Jamie? Y Maya se había convertido en una mujer más tierna y juguetona; una mujer que usaba vestidos de verano y zapatillas de deporte, se chupaba la espuma de la cerveza del labio superior y se hacía selfis besando a un Jamie más joven y delgado.

El período de las bebés —Christel y, luego, Elsa— había llegado después, y Alex se maravilló de la autocomplacencia de los fotogénicos Lawrence, quienes restregaban por las narices de la gente una imagen tras otra de su descendencia perfecta en lo que se anunciaba como una muestra de amor desinteresado, pero que, de hecho, era un narcisismo extremo. Al igual que el sinfín de fotografías del exuberante jardín trasero y el invernadero en Bedford Park, las tomateras que Maya se esforzaba por hacer creer que había cultivado ella misma y una publicación de la semana anterior, al mejor estilo de "la esposa perfecta", de uno de esos pastilleros semanales de todos colores repleto de cápsulas de aspecto virtuoso. "¡Organizándole las vitaminas a mi marido!".

La publicación más reciente era una especie de "Mamá y yo en clase". Fotografiada en un círculo de mamás de Chiswick consentidas y risueñas, con sus piernas enfundadas en licra, formando un rombo delante de ella, Maya estaba muy concentrada en la cabecita de Elsa, apoyada en sus pies. Y cuando Alex amplió el pie de la foto: "Clase de gimnasia en Bumps & Babies. ¡El mejor lugar para hacer amigas nuevas!", se le revolvió el estómago al darse cuenta de lo diferentes que podían ser las experiencias de dos mujeres en sus primeros años de maternidad.

El quejido y gruñido de un escúter espabiló a Alex y se acercó a la ventana para contemplar la familiar figura encapuchada en la esquina y sus sombríos clientes que emergían de los coches y las puertas para hacer sus pedidos nocturnos, la bolsa Fila cruzada en cuyo interior el sujeto revolvía una y otra vez con rapidez en busca de cocaína, hierba y cualquier otra cosa de la que la gente necesitaba abastecerse con alarmante regularidad. Eran más de las ocho, y como había dejado

que Katie se durmiera demasiado temprano, su hija estaría despierta toda la noche. Pero, de todos modos, ella también estaría despierta toda la noche. Siempre lo estaba. Y aunque se sentía cansada, estaba demasiado nerviosa para dormir, casi tan nerviosa como lo había estado en las primeras horas de la mañana después de la fiesta de Joyce, cuando había descubierto lo fácil que sería poner en práctica el plan que habían discutido en el pub.

El "traspapelado" de la Lista D y el correo electrónico de Hugo Mears habían sido un experimento. Si lograba su cometido y, además, conseguía intranquilizar a Jill y a Nicole, tanto mejor. Alex no había esperado que su antiguo código de acceso a la intranet de BWL funcionara; el que había utilizado para cambiar los horarios de las reuniones y los vuelos de Jamie, reservar los coches de Addison Lee que podía rastrear en la base de datos de la oficina desde el punto de recogida hasta el punto de destino y editar documentos cuando estaba fuera de la oficina. Y, por cierto, no había funcionado. La idea de que el siempre ocupado Jamie se hubiera molestado en hacer que el departamento de informática cambiara el código la había irritado en su momento y, luego, recordó una broma que él había hecho sobre un artículo del Evening Standard sobre las claves telefónicas menos seguras. "Vamos, ¿quién sigue usando la fecha de su cumpleaños como clave?", se había burlado Alex. "Yo", había respondido su jefe con una mueca. Y había tenido que regañar a Jamie por esa falta de seguridad. Jamie no era estúpido, pero sí perezoso, y cuando Alex había probado "123456" —el código que proporcionaba el departamento de informática con la condición de que uno lo cambiara de inmediato—, el portal de BWL se había desplegado ante ella.

En el portal principal, había una lista de los miembros del personal a cargo de cada proyecto, junto con documentos que detallaban las visitas y las operaciones exitosas y fallidas de la semana, pero se necesitaba otra contraseña para acceder al correo electrónico y la agenda, y esto no había resultado tan fácil. El día de la boda de Jamie estaba descartado, y los cumpleaños de Maya, Christel y Elsa rebotaban, con y sin un "1" al final. Las pequeñas palabras rojas "¿Olvidaste la contraseña?" se burlaban de ella. ¿Cuántos intentos más antes de que le bloquearan el acceso? ¿Uno, dos? Alex se volvió hacia la ventana para observar la hilera de casas victorianas adosadas y descuidadas enfrente y se obligó a poner la mente en blanco, algo que hacía en las raras ocasiones en las que se olvidaba la contraseña de su

tarjeta de crédito. Entonces tecleó seis letras: “NICOLE”. “Depredador hijo de puta”, murmuró mientras la bandeja de entrada de Jamie se abría ante ella.

Alex había sabido lo que tenía que hacer en cuanto vio la reunión para la presentación de Minerva con los O’Ceallaigh en el calendario de Jamie. Si la lista D era una broma interna en BWL, y Jill y Nicole estaban al tanto de ella, seguramente habría personas con acceso al archivo. Y cuando una rápida búsqueda de palabras clave en la bandeja de entrada de Jamie había revelado el correo electrónico de Mears aconsejando “transparencia” —algo de lo que Alex ahora sabía muy bien que su exjefe no era un fanático—, había decidido incluirlo por diversión: para ese toque extra de vergüenza. Con unos pocos clics había transferido ambos documentos al archivo de presentación de Minerva, que estaba segura de que Jamie no se molestaría en revisar antes de la reunión: nunca lo hacía. Pero por mucho que hubiera disfrutado leyendo los intercambios de correos electrónicos sobre la “la metedura de pata con Minerva” que seguían circulando días después, Jamie ya parecía estar escabulléndose del asunto.

En los días posteriores a la despedida de Joyce, Alex había estado desesperada por cualquier clase de señal de reconocimiento por parte de Nicole o de Jill. En ese momento, era evidente que la habían borrado de sus mentes junto con el plan. Pero Alex no podía. No lo haría. Y un poco de vergüenza profesional no era suficiente. Ni para Jamie… ni para Alex. Abrió de nuevo su portátil y entró en Bumps & Babies. ¿Qué era lo que él decía siempre, sin darse cuenta de la angustia que le causaba? ¿“Lo más importante es la familia”? Tras una mínima duda, pulsó “Reservar una clase”.

CAPÍTULO 11

JILL

—No sé qué más decirte.

Jamie hablaba despacio, alargaba las vocales y puntuaba cada cláusula con un movimiento de cabeza, y Jill estuvo tentada de señalarle que ella no era ni su hija ni su asistente personal.

—De verdad no sé cómo ocurrió. Tenía el plano en la tableta y había revisado el archivo de presentación de Minerva el día anterior. Debió de haber un error en el nombre del archivo. ¿O tal vez un fallo informático?

"Debió de haber" era una de las frases favoritas de Jamie, su reacción por defecto ante cualquier descuido o equivocación. Pero esta vez, Jill sospechaba que su evidente asombro podría ser genuino. ¿Era obra de Nicole? ¿De Alex? ¿Acaso ambas estaban poniendo en marcha un plan que ella había descartado como una bravuconada de una noche de copas?

—Escucha, ya hemos hablado de esto una y otra vez. Está más que claro que la culpa es mía, ¿no? No estoy cuestionando eso.

Jill ladeó la cabeza y escudriñó a su colega. Su lenguaje corporal seguía siendo lánguido, empoderado: las piernas largas extendidas, las manos entrelazadas en la nuca. Jill deseó que estuvieran teniendo esta conversación en la oficina de ella, donde la dinámica de poder se inclinaría a su favor. También deseó que Jamie se mostrara más tímido y menos combativo.

—No se trata de culpar a nadie, Jamie. —Consultó su reloj y suspiró—. Se trata de asegurarnos de que cuando los hermanos O'Ceallaigh aparezcan en menos de dos horas estemos preparados como corresponde.

—Lo estoy —insistió—. Voy a entrar allí y les diré la verdad sobre todos los puntos débiles de Minerva y les explicaré que la razón por la que no mencioné la venta del lote de JLL en las cercanías fue porque no estaba convencido de que fuera a concretarse…

—O sea, que les vas a mentir.

—… y, luego, les volveré a vender todo de nuevo. Les diré que tener un Westfield al otro lado del puente les traerá más beneficios que perjuicios, bla, bla, bla. —Se inclinó hacia delante—. ¿Crees que no sé lo importante que es esto? Soy mayorcito, Jill.

—¿Entonces estás seguro de que no me quieres en la reunión?

—Sí.

—Mira que nos ha costado mucho convencerlos de que vuelvan.

—Soy consciente de eso, en gran parte porque soy yo quien se ha pasado la última semana tratando de hacerlo.

—Una semana en la que podríamos haber estado mostrando Minerva a otras personas, Jamie. Pero tú insististe en que esperáramos. —Se encogió de hombros—. Hasta donde sabemos, los O'Ceallaigh no quieren saber nada de nosotros y ya han empezado a husmear por JLL, nuestros colegas más "transparentes".

—¡Jill! Puedo arreglarlo. ¿No eras tú la que siempre me decía, hace ya tiempo, que no fuera corriendo a la gente cuando cometía un error: "Solo arréglalo"?

—Así es. —Se alegró de que lo recordara—. Y el Glenlochy añejo fue un toque magistral.

—Gracias. Es casi como si supiera lo que estoy haciendo.

—Dios, estás tan a la defensiva.

Jamie respiró hondo y se tragó lo que estaba a punto de decir.

—Solo necesito que dejes de controlarme cada detalle. Tengo esto resuelto.

—De acuerdo. —Se alisó la falda—. ¿Es nueva esa foto de la pequeña Elsa?

Jamie giró su silla para tomar la fotografía familiar enmarcada de la biblioteca de detrás de su escritorio.

—¿No es preciosa? —Pasó un pulgar por tres sonrisas blancas y brillantes y el bulto parpadeante en el centro y le pasó la fotografía a Jill.

—Es encantadora. —A lo largo de los años, había aprendido a adoptar esos tonos tiernos, aunque nunca sintiera esa punzada en las entrañas, como imaginaba que sentiría una madre—. ¿Maya está pensando en volver a trabajar? Mencionó algo al respecto hace un tiempo.

—Oh, no lo creo. No por ahora. Tenemos ayuda, pero no voy a dejar que mis hijas sean criadas por una extraña.

Jamie volvió a poner la foto en el estante, junto a una antigua foto de su esposa en la que lucía como la mujer perfecta en una playa también perfecta. Y aunque Jill había visto la foto un millón de veces y notado los pantalones cortos, la camiseta transparente y las pulseras brillando bajo el sol, aunque era muy consciente de que en términos de deseo masculino esta mujer era básicamente un arquetipo, la frase que le vino a la cabeza, sin quererlo, mientras se dirigía a su oficina fue “una mujer para cogerse”.

“Cómo te cogería hoy” ¿No era eso lo que Nicole alegaba que le había dicho Jamie? Desterró el recuerdo con un movimiento de cabeza y tomó el teléfono para empezar a devolver las llamadas a los clientes de la lista que la nueva asistente personal había dejado sobre su mesa, consternada, aunque no sorprendida, al ver que Kellie, con “ie”, tenía la letra de una niña de primaria.

—Edward, soy Jill. Quería saber si habías decidido algo acerca de la propiedad de Portland Road.

A Edward Dinnigan le gustaba charlar, y después de ponerlo en altavoz, Jill verificó su móvil para ver si tenía mensajes de Stan antes de pasar a sus correos electrónicos. Cuando hubo contestado todos menos los tres últimos, Edward seguía sin dar señales de terminar de

describir su viaje en yate de una semana en Èze.

—Demonios —exclamó ella al hacer clic demasiado rápido en un mensaje que parecía correo basura.

—¿Qué dijiste?

—Nada, o sea, que fue una suerte que tuvieras los estabilizadores.

Raxugdy@sharklaser.com; asunto: con amigos como estos.

No tenía buena pinta. Llamaría a Tara de informática para ver si tenía un virus. Pero el mensaje no le pedía que hiciera clic en un enlace ni que hiciera nada. No, alguien le había reenviado una secuencia de mensajes que habían intercambiado Jamie y Paul en el mes de enero. El asunto era Clarendon Centre, una propiedad comercial de 150 000 metros cuadrados que habían vendido a regañadientes al mes siguiente por mucho menos del precio de venta, y la idea central del intercambio de mensajes era la dificultad que estaba teniendo BWL para venderla. Solo cuando llegó al tercer correo electrónico, de Jamie, Jill comprendió por qué le habían reenviado la conversación.

¿No te parece que deberíamos ocuparnos nosotros de esto? YSQ está con la cabeza en otra parte estos días. ¡Y encima se le vienen los seniles sesenta! Podría ser…, como sea, no estoy seguro de que ella sea el tipo de imagen que queremos proyectar ahora. Y, de todos modos, ¿no debería tomarse un tiempo libre para quedarse en casa con Stan?

—¿Edward?

—Lo siento. Estoy hablando demasiado. Ahora, con respecto a Portland Road…

—Discúlpame.

Jill podía sentir una ola de calor que le subía por la cara, como en una caricatura. Solo que ni eso ni tampoco la sensación de que las proporciones de la habitación habían cambiado tenían nada de gracioso.

—Tengo a alguien en la otra línea que está siendo muy pesado. —Su voz sonaba como si perteneciera a otra persona—. ¿Puedo llamarte más tarde?

Si no hubiera sido por la referencia a la edad, pensó Jill, mientras releía los mensajes, esta vez con lentitud, observando y apreciando la negativa de Paul a sumarse a las peores partes del correo electrónico de Jamie…

Ha pasado momentos difíciles, pero tengo la sensación de que el trabajo ha sido una ayuda, no un obstáculo…

… podría haberse convencido de que los dos hombres no hablaban de ella. Pero lo cierto era que no tenía ninguna duda de que “Ya Sabes Quién” era ella, y que, si de verdad Jamie había escrito esas palabras, no era solo el depredador y oportunista que ella había descubierto aquella noche en el pub, sino algo mucho peor.

CAPÍTULO 12

NICOLE

—¿Por qué no me despertaste?

Eran más de las nueve cuando Nicole bajó a la cocina. Y, aunque Ben siempre la dejaba dormir hasta tarde los sábados, era raro que ella lo hiciera más allá de las ocho.

—Parecía que lo necesitabas. —Su esposo sonrió y se inclinó para darle un beso.

—Hueles a café —murmuró ella, soñolienta.

Era verdad, y a Nicole le apetecía uno, y cuando él se apartara para prepararlo, cosa que ella sabía que haría, Ben se vería obligado a soltarle los hombros. La necesidad de contacto matutino de su esposo le había resultado siempre un poco asfixiante.

—¿Es del rico? ¿El de la tienda de Charleville Road?

—Ajá. Le dije a mamma Anna que el otro te parecía demasiado flojo.

—No sé si flojo, tiene como demasiado gusto a nuez… o algo así. ¿Dónde está Chlo?

—En el cuarto. —Ben señaló con la barbilla la habitación contigua, donde se oían los chillidos de helio de Bob Esponja—. ¡Ven a darle los buenos días a mamá, Chlo!

—Ahora voy yo. —Nicole se colocó un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja y se frotó los ojos—. Un segundo. Repíteme cuál de ellas es mamma Anna.

Ben se rio. El hecho de que no pudiera identificar cuál de las amables señoras de la tienda gourmet italiana era mamma Anna

podría parecerle extraño a su esposo, quien se tuteaba con la mayoría de los camareros de la zona, pero en la mente de Nicole, lo raro era el interés de Ben por la existencia de esas personas periféricas.

—¡La dueña! Su marido, Rocco, murió el año pasado, ¿te acuerdas? La que le regala a Chloe bombones Baci.

—¿La vieja que gusta de ti?

—Les gusto a todas —replicó él con un guiño.

Era bastante probable. Con su metro ochenta de altura, piernas y cara largas, unas pestañas por las que Nicole mataría y una sonrisa que le llegaba hasta las melancólicas cejas, Ben siempre había sido un éxito entre las abuelas y las madres. Diablos, hasta las niñeras parecían quedarse unos buenos veinte minutos de más al final de la noche, empeñadas en pedirle consejo a su marido sobre cómo enmarcar sus publicaciones de Instagram.

Fiable y amable y criado en una casa llena de mujeres, Ben no era tanto un gran seductor, sino el tipo con quien buscabas consuelo cuando te dejaban… y del que acababas enamorándote. “El Príncipe Azul”, ese era su esposo, y se habían conocido al estilo de Cuando Harry conoció a Sally, en el tercer año de ambos en Bristol.

—De todos modos, este es fortissimo, según mamma Anna, come tua moglie.

Nicole enarcó una ceja.

—Como tu esposa.

—Ah. —Tomó un sorbo. Era fuerte y amargo y Nicole trató de no extender el símil de mamma Anna en su cabeza—. Hola, cariño.

Empujó la puerta doble que separaba la cocina de la sala de juegos, pintada de rosa por Ben la semana anterior, dejó el café en el suelo y alzó a Chloe en su regazo. La nuca de su hija de cuatro años olía a Burt’s Bees y, en ese momento, nada más importaba.

—¿Qué estás mirando?

—Bob Esponja. Está peleando con una anguila.

—¿En serio?

—¿Se pueden comer las anguilas?

—Sí. No son muy agradables. Son medio pegajosas. ¿Este pijama es nuevo?

Chloe asintió con los ojos pegados a la pantalla y a Nicole no le importó mucho que su hija no estuviera de humor para hablar. En el fondo, le gustaba cuando Chloe estaba absorta en algo que no fuera ella. Lo que le costaba era cuando abría la puerta de su casa al atardecer de un día laborable y su hija salía corriendo a saludarla. No poder quitarse los zapatos, sentarse un minuto y respirar mientras ese cuerpo pequeño y tibio se envolvía a su alrededor.

Y después venían las preguntas; montones de preguntas. No solo de Chloe, sino también de Ben. ¿Cómo fue su día? ¿Alguna venta? ¿Adónde fue y a quién vio? Como si fuera una colegiala con coleta que se moría de ganas de contarles a los dos todo lo que había aprendido sobre la Gran Muralla China y, a la vez, la persona que tomaba las decisiones en la familia. ¿Comemos carne o salmón? ¿Ha podido leer los formularios escolares que él le envió por correo electrónico? Y, por cierto, ¿qué le parece construir una oficina en el fondo del jardín? Nicole tenía el control en el trabajo, era una especie de director general en su casa, y a veces fantaseaba con renunciar a todo ese control, con tener a alguien que le dijera lo que quería y necesitaba y con entregarse a eso.

El peso combinado de las expectativas de Chloe y Ben solía ser suficiente para que Nicole subiera a darse una ducha. El consejo que le había dado su madre el día de su boda —“Acuérdate siempre de ofrecerle a Ben una copa, algo de comer y media hora de tranquilidad cuando vuelva del trabajo”— parecía aplicarse solo a los hombres. La implicación era que las mujeres que trabajaban ya tenían su “tiempo personal” en la oficina y que el hecho de que se les permitiera trabajar era una gratificación para ellas.

—¿Qué quieres hacer hoy? —susurró Nicole a su hija.

—¡Vamos al parque! ¡Papi dijo que sí! ¡Papi dijo que sí!

—Lo dije. —Ben apareció en la puerta con expresión algo arrepentida y una cafetera humeante en la mano—. Pero mamá va a necesitar cafeína para ir al parque.

Por encima de los brillantes rizos oscuros de Chloe, se miraron a los ojos, y Nicole sintió una oleada de culpa y de amor, dos cosas tan entrelazadas en lo que concernía a Ben y a Chloe que eran casi indistinguibles. Casi no los había visto en toda la semana y no había razón para que anduvieran de puntillas a su alrededor.

—Es un día precioso, no tengo nada que hacer y el parque es divertido, ¿no es así, bichito? ¿Subimos a vestirnos? Si llegamos temprano, tal vez no haya muchos matones grandotes en los puentes colgantes.

—La verdad es que el ayuntamiento quitó los puentes el mes pasado —indicó Ben—. Por una cuestión de salud y seguridad.

—¿En serio?

No fue una indirecta, uno de esos pequeños recordatorios incisivos de los momentos en la vida de su hija que Nicole se había perdido, desde ropa que nunca le había visto puesta hasta alguna gracia nueva que para cuando Nicole la advertía había dejado de ser nueva. Pero, de todas formas, siempre sentía el escozor.

—¿No crees que la habitación es demasiado rosa? —susurró mientras Chloe subía las escaleras.

—No —respondió Ben—. ¿Te parece?

—Es que… no me gusta todo este tema del rosa.

—Ya lo dijiste.

—En serio, el otro día había un artículo en el Guardian sobre el condicionamiento de la conducta y no quiero que Chloe sienta que tiene que crecer de acuerdo con un conjunto de reglas que la sociedad estableció para ella hace siglos.

—¿Eso piensas cuando llegas del trabajo y te encuentras con el amo de casa?

—No seas tonto. —Lo golpeó a modo de juego—. No eres un amo de casa. Es una mala racha. Ya aparecerá algo.

—De hecho —contestó Ben con una sonrisa—, parece que ya apareció. Vístete. Te lo contaré por el camino.

Cuando lo hizo, y le mostró un correo electrónico en su teléfono de un renombrado diseñador de interiores de Notting Hill interesado en que Ben grabara un video de una marca comercial para Estados Unidos, Nicole trató de parecer optimista. Pero dudaba de que Oscar, que era lo bastante famoso y egocéntrico como para ser conocido solo por su nombre de pila, apreciara el estilo discreto de Ben. Además, en los últimos tres años había habido suficientes posibilidades profesionales fallidas como para que Nicole quisiera entusiasmar demasiado a su marido.

—¿Les enviaste el video promocional que grabaste para Afshin?

—No. ¡No te acerques tanto a la calle, Chloe, por favor! ¿Crees que debería?

—Bueno, sí. —¿Por qué le costaba tanto a su esposo esforzarse por progresar?— Es lo primero que yo les habría mostrado.

Habían llegado al parque, y mientras Ben abría la verja y permitía que Chloe fuera arrastrada al área de los juegos por un flujo repentino de niños detrás de ella, Nicole captó la tensión en el rostro de su marido: el endurecimiento de su labio superior y la negativa a mirarla a los ojos.

—De todos modos, haz lo que te parezca —lo tranquilizó, aliviada, como solía sentirse con frecuencia, de que tuvieran que vigilar a Chloe —. Tú sabrás qué es lo mejor.

—Parece que no. Si supiera qué es mejor, me darían el trabajo, ¿no?

—No, Ben… Dios, no quise decir eso. No te preocupes por exagerar tus méritos, eso es todo lo que digo. Tienes mucho talento y hay demasiada mierda ahí afuera. Es cuestión de que la gente lo vea.

Uno de los tres únicos y muy codiciados bancos en el área de

juegos estaba vacío y se sentaron en silencio durante unos minutos mientras Nicole apartaba la cara para dar caladas a su cigarrillo electrónico.

—Ojalá no fumaras eso.

—Es mejor que los cigarrillos.

—Dejar de fumar sería mejor todavía. De todos modos, apesta.

De mala gana, Nicole lo guardó en su bolso.

—Tiene sabor a vainilla.

Nada.

—Si quieres, mañana te puedo ayudar a preparar una carpeta de presentación nueva. Y nos aseguraremos de incluir el video promocional de Afshin.

—¿Te parece? —Ben le lanzó una mirada de reojo.

—Sí. Hagámoslo. La antigua tiene ¿cuánto… dos años?

—Tres. Tal vez cuatro.

—Ben.

—Lo sé…

Nicole le tomó la mano y se la apretó.

—Quédate de ese lado —le gritó entonces a Chloe, quien se abría paso con habilidad, alrededor del soporte de la soga para escalar, hacia el grupo de chicos mayores vestidos con Adidas que trepaban por el otro lado.

—No le pasa nada.

—Son esos cabroncitos los que no me gustan.

—Son niños de ocho años, Nic.

—¿Los viste sacudir a propósito los puentes de cuerda la última vez que estuvimos aquí? Los niños de ocho años pueden ser unos cabroncitos. —Se puso de pie.

—¿Qué estás haciendo?

—Solo quiero vigilarlos. No voy a dejar que la intimiden, Ben.

—Por el amor de Dios. —Ben la sujetó de una mano y la obligó a sentarse de nuevo.

—No están intimidando a nadie. Mira.

Tenía razón. Los niños se habían separado para permitir que Chloe subiera a la parte superior de la estructura.

—Incluso el otro día, solo estaban…

—¿Haciendo cosas de chicos?

—Exacto.

—Dios, no me hubiera gustado estar en el mismo columpio de cuerdas que tú cuando eras pequeño.

—No, no te habría gustado.

Le encantaba imaginarse a sí misma de niña a través de los ojos llenos de admiración de Ben. Él nunca habría supuesto que ella no había venido al mundo con la dura coraza de la que se enorgullecía entonces. Que le había costado años de enfrentarse primero a sus tres hermanos mayores, que la apartaban de sus juegos y se burlaban de sus opiniones en la mesa cuando era niña. Que cada comentario misógino casual que se había obligado a ignorar en las reuniones a lo largo de los años la retrotraía a los escolares adolescentes que habían intentado ahogar sus respuestas en clase con gritos de "¡A Nicole se le ve la tira del sostén!". Porque los pequeños cabroncitos crecían y se convertían en grandes cabrones.

Consciente de que Ben seguía enfurruñado, Nicole esbozó una sonrisa.

—Mírala. Es intrépida, ¿verdad?

Ambos soltaron lo que pareció la primera risa relajada de la mañana.

¿Era eso la felicidad? ¿Estar sentada en un banco con tu marido bajo el sol de la mañana viendo cómo el pequeño ser humano que había requerido cinco años y dos intentos de fertilización in vitro para ser concebido se convertía en alguien capaz y fuerte? ¿Reírse de la cara de determinación de tu hija mientras lo intentaba y fallaba y lo volvía a intentar? Nicole sabía que esa determinación era pura herencia de su madre y que dependía de ella cultivarla en su hija y empujar a Chloe a ignorar las dudas y a elevarse cada vez más alto.

El hecho de que pudiera haber puesto todo esto en peligro por alguien tan insignificante como Ian no le resultaba tan equivocado, después de todos estos años, sino más bien extraño: como las acciones de otra persona. Por otra parte, su necesidad de sexo nunca había guardado coherencia con el resto de ella; con sus principios, con su desprecio por los hombres. Y, cuando años atrás había encontrado por casualidad un artículo en una revista sobre “la fricción erótica” escrito por un famoso psiquiatra estadounidense, la frase le había parecido muy acertada. Porque su deseo físico por los hombres se contradecía con ese otro lado lógico de ella: le generaba una picazón que necesitaba ser aliviada. Esto no solo era incómodo sino humillante, y Nicole había tenido la esperanza de que el matrimonio fuera un bálsamo. Además, una no podía ceder a esos impulsos, ¿verdad? Pero, tal vez, había sido tan simple como que Nicole había querido una aventura y había sentido que se la merecía después de años de hormonas y la subsiguiente llegada de Chloe.

Por cierto, Ian no había sido relevante. Trasladado de la oficina de Nottingham para gestionar las propiedades corporativas, simplemente había estado allí… y dispuesto. Nicole se había sorprendido en primer lugar por la poca culpa que sentía; y segundo, por lo mucho que había mejorado como ser humano en casi todos los ámbitos de su vida. Su energía y eficiencia en el trabajo habían aumentado y, en su casa, se mostraba más paciente con Chloe y más cariñosa con Ben. Sin embargo, no habían sido lo bastante cuidadosos, y cuando la esposa de Ian se había enterado junto con uno o dos miembros del personal de BWL, cuando los rumores se habían extendido y él se había marchado, Nicole se había sentido aliviada por sí misma y agradecida de que Ben nunca se hubiera enterado.

Dio una calada profunda a su cigarrillo electrónico al recordar la incomodidad en los rostros de Alex y Jill cuando ella había mencionado a Ian. Recordarle a la gente algo que, con el tiempo, había pasado de ser conocimiento general a un simple rumor había sido una estupidez; nunca lo habría hecho estando sobria. Y tampoco habría dicho lo que dijo sobre Jamie. Había sido peligroso. Pero Nicole seguía muy enfadada.

—No eres como otras mujeres —le había dicho él la segunda vez—. Lo supe el día que entraste en la oficina con esos zapatos de putita.

—No eran de putita.

Jamie había ignorado la respuesta.

—Eres dura. Puedes soportar más que otras mujeres.

—Me estás haciendo daño, Jamie.

—Pero te gusta.

—No.

—¿No?

Y, de pronto, le había soltado las manos, que había mantenido inmovilizadas por encima de la cabeza de ella sobre el frío suelo de baldosas del vestuario del gimnasio de la oficina. Luego, había observado con frialdad su estómago expuesto, donde se le había levantado la camiseta.

—Todavía tenemos un poco de barriguita de embarazada, ¿no? —Había sonreído—. Es curioso. No te imagino como madre.

—¡Mami, mami! ¡Mírame! —La voz de su hija le llegó desde lo alto del columpio para trepar. Se le había soltado un mechón y la cara de Chloe quedaba oculta de manera parcial por una cortina oscura de pelo, pero la media sonrisa que Nicole alcanzó a ver casi le llegaba a la oreja.

—¡Mírate, bichito!

—Cariño, estás demasiado alto.

—No pasa nada, Ben. ¡Bien hecho! Ahora sujétate fuerte al bajar.

Nicole permaneció callada en el camino de regreso, contenta de caminar detrás de Ben y de Chloe, bastante aliviada por el parloteo entre ellos. Tras comprobar que su padre nunca había escalado una montaña ni la torre Eiffel, su hija había ajustado sus niveles de expectativa en consecuencia y ahora había pasado del Big Ben —al que él le había asegurado que estaba prohibido subir— a su casa.

—¿Una vez? —preguntó Chloe, consternada.

—¿Si subí una sola vez al tejado de casa? —Ben se rio—. Sí. Siento decepcionarte de nuevo, Chlo. Solo una vez para limpiar los canalones.

—¿Canalones? ¿Y mamá?

—¿Mmm?

Padre e hija se habían vuelto hacia ella, en medio de las risas, pero Nicole no levantó la vista y desaceleró el paso casi hasta detenerse. Un correo electrónico grupal enviado por Jamie —novedades sobre Minerva— acababa de entrar, y Nicole se quedó paralizada por el tono usado. Pomposo y autocomplaciente, describía la reunión del día anterior con los hermanos O'Ceallaigh como "una salvación de última hora" y predecía "un avance en la operación de Minerva" para finales de mes. Con la frase final, "¡Vamos por todo!", de alguna manera minimizaba una de las mayores cagadas de la carrera de Jamie, si no de la historia de BWL. Y ya estaban entrando los correos electrónicos elogiosos: "¡Felicitaciones, viejo!"; "¡Parece que conseguiste dar vuelta la cosa!". Si cualquier mujer hubiera cometido un error de esa magnitud, la habrían apartado en cuestión de horas. Pero se necesitaba más de uno o dos golpes para impactar en la carrera de un hombre, y, como era de esperar, de alguna manera, Jamie iba a salir ileso.

—¿Tú lo hiciste, mamá?

—¿Si hice qué?

—El tejado, mamá, ¿alguna vez subiste al tejado de casa?

—No, bichito. ¿Por qué iba a hacerlo?

Llegaron a casa en silencio; la distracción de Nicole había aguado el momento. Y mientras Chloe construía una complicada fortaleza para Mis Pequeños Ponis, Ben empezó a preparar el almuerzo.

—Vas a tener que dejar de hacer eso, Nic —pronunció por fin, sin levantar la vista de la tabla de cortar. Y, de hecho, Nicole se sintió aliviada. Lo que más temía eran los silencios de su esposo.

—¿Hacer qué?

—No estar aquí cuando estás con nosotros. Estar con eso —agregó, y señaló el iPhone junto a ella en el sofá con la punta del cuchillo— cuando deberías estar interactuando con tu hija.

—¿Interactuando? ¿Has estado pasando demasiado tiempo otra vez en Mamasnet? Chloe sabe que tengo un trabajo, Ben. Lo siento si no siempre se limita al horario de nueve a cinco, pero poco puedo hacer al respecto. Y, en realidad, creo que es bueno para ella ver a su madre trabajando: entender que las mujeres son más que solo madres y…

Pero Ben estaba negando con la cabeza.

—No estoy seguro de que le importe la igualdad de género en esta etapa —susurró mirando a Chloe—. Lo único que quiere es que su mamá la escuche cuando le habla. Solo quiere divertirse un poco contigo.

—De acuerdo. —Nicole intentó mantener el tono de voz—. Fue solo un correo electrónico, Ben, y bastante importante. ¿Podemos no convertirlo en un problema?

Durante el almuerzo y después, mientras veían Los 101 dálmatas, compartían un envase de Häagen-Dazs y se deleitaban con las risas de su hija, toda manchada con helado de caramelo, los dos hicieron un esfuerzo convincente por enterrar cualquier resentimiento. No fue sino hasta que Chloe se durmió y Nicole emergió de un baño tan largo y caliente como le fue posible y se encontró a Ben todavía despierto y viendo fotos en su notebook cuando la tensión residual se hizo sentir.

—Eres una gran madre, ¿sabes? —susurró él, apagó la luz y atrajo

el cuerpo enrojecido por el calor hacia el suyo.

Y, tal vez, lo que la irritó fue la sensación de que Ben necesitaba esa confirmación más que ella. O, tal vez, fue la certeza de que el comentario de su esposo, como todo lo demás, la haría pensar de nuevo en Jamie —"No te imagino como madre"—, quien había empañado aquel día como lo haría con cada día hasta que estuviera fuera de su vida.

—Ben —comenzó, y su voz sonó demasiado fuerte en la oscuridad —. Lo siento si he estado un poco distante. El trabajo… me…

—¿Te deprime?

—Sí.

—Déjalo. —Un crujido de sábanas cuando se levantó sobre un codo—. Déjalo de una vez. Nos irá bien.

Nicole no dijo nada y agradeció que él no pudiera ver su rostro. Pero su marido tenía razón. Si las cosas que ella había dicho aquella noche en el pub probaban algo, era que ella o Jamie iban a tener que irse. Y Nicole estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para asegurarse de que no fuera ella.

CAPÍTULO 13

ALEX

Llegó media hora antes. A pesar del largo ataque de llanto de Katie en las entrañas de la estación de Hammersmith, de haber deshecho y vuelto a hacer el bolso de bebé en un banco del andén y de haber buscado de manera exhaustiva un cubo de basura en el que no deseaba colocar un explosivo, sino solo un pañal maloliente, Alex había logrado llegar a Bumps & Babies con media hora de anticipación.

Al cruzar la puerta, Katie por fin había dejado de lloriquear y se había quedado dormida en su portabebés Babybjörn, saciada de leche maternizada, y Alex se desplomó en una silla de la amplia área de recepción, demasiado agradecida por un momento de tranquilidad como para preguntarse qué estaba haciendo allí.

El club, situado entre una tienda de artículos para el hogar y una cafetería "artesanal" en Chiswick High Road, era luminoso, espacioso y mostraba un diseño exagerado. La recepción tenía el aspecto de una cocina provenzal, con azulejos craquelados, accesorios de color gris gaviota y muebles rústicos de granja, y, junto a la hilera de botes de esmalte francés con efecto envejecido y etiquetados "Café", "Thé" y "Sucre", un letrero rezaba: "Mamis y papis, sírvanse ustedes mismos". En la mesa de pino macizo en el centro de la habitación, había una bandeja de tortitas caseras que Alex estaba desesperada por probar, pero no se atrevía.

A través de una puerta abierta en el pasillo principal, vislumbró a un grupo de mujeres embarazadas que enrollaban sus esterillas de yoga; sus graznidos propios de Chiswick eran audibles desde donde ella estaba sentada.

—¿Te imaginas hacer una oferta por el premio de una subasta que no puedes pagar?

—Jules debió de estar muerta de vergüenza.

—Yo lo estaría.

Cuando pasaron junto a ella, las mujeres evaluaron a Alex con la mirada, y las sonrisas subsiguientes llegaron como una ocurrencia tardía. Y ella no pudo evitar notar que, incluso a punto de explotar, se veían más elegantes y mejor arregladas que ella.

Todavía no había aparecido ningún empleado y la idea de que Alex podía largarse de este lugar en el que no debería estar y al que no pertenecía le provocó una descarga de adrenalina. Ya habría alguna forma de echarse atrás con el depósito para la membresía con el que se había comprometido sin reflexionar esa noche, cuando se inscribió con el diminutivo "Lexie", como habían insistido en llamarla en su clase de informática en Norwich para distinguirla de la otra Alex más bonita. Solo que el hecho de ponerse de pie tan deprisa despertó a Katie, y, cuando Alex abrió la puerta principal, desesperada por marcharse antes de que apareciera alguien, allí estaba una mujer de cabello rubio como la miel con un bebé de casi la misma edad envuelto en un fular portabebés color carmesí: Maya.

—¡Ups, lo siento! Tú primero.

Aparte de las vocales llanas y la forma muy ligera en la que hacía rodar las erres, nadie habría adivinado que el inglés no era su lengua materna. Alex ya lo había notado en sus breves conversaciones telefónicas con Maya. Pero lo que no había podido conocer, hasta ver a la esposa de Jamie en persona, era la empatía en sus ojos verdes, la profundidad con que parecían ver dentro de ti. Y, a pesar de haber disipado unos minutos antes cualquier preocupación acerca de que esa mujer que no conocía pudiera reconocerla de alguna manera, Alex sintió un renovado terror a que Maya la mirase con gesto ceñudo y le preguntara: "¿Qué estás haciendo tú aquí?"

—Oh, cielos. Alguien no está contenta.

—¿Perdón?

—Tu bebita.

"Bebita", "tesorito": Alex no estaba segura de cuál odiaba más.

Mientras las dos mujeres hacían un baile en la puerta y se balanceaban con torpeza de un lado a otro, los gimoteos de Katie se convirtieron en un estallido a gran escala.

—Tiene cólicos —explicó Alex en voz baja, y trató de colocar el chupete en la boca de su hija—. Al menos, eso creo. —Con un aullido irritado, Katie hizo volar el chupete.

En ese punto, Alex solo necesitaba salir de allí. Humillada, una vez más, por las disparidades entre ella y esta rubia de rostro amable que podía ponerse unas calzas de red a los cuatro meses de haber dado a luz, intentó —pero no consiguió— recuperar el chupete del suelo. Aquello no iba a ser posible, no con Katie sujetada a su pecho.

—Vuelve a entrar —rio Maya—. Yo te lo recojo. No estás apurada, ¿no?

—Yo… —Dándose por vencida, Alex retrocedió hacia la zona de recepción y se sentó de nuevo.

Separada por un momento de Maya por una hilera de mamás, Alex trató de idear un argumento que la sacara de allí con rapidez. Pero para cuando las mujeres hubieron pasado, Maya ya había recogido el chupete de su hija, había dejado a Elsa en la colchoneta con juegos del rincón y se acercaba a Katie con los brazos extendidos.

—¿Me dejas probar algo? —preguntó elevando la voz por encima de los gritos de Katie—. Mi primera hija tenía unos cólicos terribles y hay una cosa que te recomiendan los médicos daneses. Ah… —Sacudió la cabeza y se rio, y no había nada afectado en su turbación —. Soy danesa. Mi esposo siempre dice que empiezo las conversaciones por la mitad. Rebobino: Mi nombre es Maya.

—Yo soy… —Los hombros de Alex se encorvaron ante la angustia desgarrada de los gritos de Katie—. Lexie. Lamento todo esto.

—Regla número uno de la maternidad: nunca te disculpes por cosas que están fuera de tu control. ¿Es el primero?

Alex asintió.

—Dámela.

Alex lo hizo. Porque no había otra cosa que hacer. Porque las mujeres mandonas siempre la habían acobardado y porque había visto que una morena musculosa junto a las tortitas hacía una mueca a causa del ruido.

—Te quitaremos el dolor de esa barriguita, ¿sí? —Ver a la esposa de Jamie manipular a su hija debería haberle molestado más de lo que lo hacía.

Pero Maya era suave y precisa con sus movimientos y llevó a Katie hasta un banco acolchado en un rincón de la sala, donde la tumbó de espaldas y empezó a mover las piernas de su hija hacia delante y hacia atrás hasta que Katie dejó de llorar.

—Ayuda a liberar la presión en el estómago —explicó mientras pasaba la palma de la mano por la barriga de Katie—. A veces me gustaría que alguien me lo hiciera a mí. —Levantó la vista hacia Alex, quien sintió que se le escapaba una risita.

Pero Maya la miraba ahora de forma interrogativa.

—¿Lexie? ¿No eres tú?

Alex se volvió; una pelirroja con un corte de pelo tipo duende y una hoja impresa en la mano miraba alrededor de la habitación.

—¿Lexie? ¿Hay alguien aquí llamada Lexie?

La esposa de Jamie había dejado de acariciar a su hija y se había enderezado, con los ojos clavados en Alex.

—Me parece que te atraparon.

Alex sintió que se le cerraba la garganta.

—Yo… ¿perdón?

—Estabas a punto de largarte, ¿no? Yo casi hice lo mismo la primera vez que vine. Tampoco soy de esas mamás que se pasan el día entero haciendo cosas con sus hijos. Pero, en realidad, es bastante divertido.

—Estoy segura…

—¡Aquí está Lexie! —exclamó Maya.

Ya no había escapatoria.

—De acuerdo. Parece que estamos todas. Los niños de yoga empiezan al mediodía, así que los de la sala uno, ¡a clase!

La clase le dio tanta vergüenza ajena como Alex había temido y, sin embargo, se sorprendió al descubrir que la estaba disfrutando, y hasta tuvo que reprimir un ataque de risa ante una mueca de Maya cuando la instructora habló de "un enfoque de crianza piel-alma".

—¿Para dónde vas? —Cuando todas empezaron a recoger sus cosas, la pregunta de Maya la tomó desprevenida.

—A casa.

—¿Y dónde queda… casa?

—Queda … en Stamford Brook.

No había ninguna razón para que alguien que viviera en Acton fuera miembro de Bumps & Babies. Y Alex estaba familiarizada con Stamford Brook, ya que había pasado un verano cuidando la casa de un amigo en Shepherd's Bush Road.

—¡Me encanta esa zona! —Maya parecía no tener prisa por ir a ningún sitio y eso estaba poniendo nerviosa a Alex de nuevo—. Estuvimos buscando una casa por ahí, pero yo quería un jardín grande. De todos modos, acabamos en The Park…, en Bedford Park, así que no me puedo quejar.

Maya colocó a la todavía serena Elsa en su arnés, tomó dos botellas de cortesía de algo que se promocionaba como "agua alcalina" al salir, le pasó una a Alex y echó a caminar junto a ella sin inmutarse.

—La instructora es un poco exagerada, pero he conocido a un par de mujeres agradables a través de ByB a lo largo de los años.

—¿A lo largo de los años?

El comentario fue despectivo, con la pregunta implícita "¿Así es cómo pasas tus días?" demasiado obvia, y Maya pareció dolida.

—Bueno, cuando tienes dos, es como que sigues sin pensarlo. Y como se llevan unos veinte meses de diferencia, tampoco tuve mucho tiempo para recuperarme.

Alex visualizó la espaciosa casa de Norman Shaw que había escudriñado en internet, con su jardín trasero rectangular y cuidado. Imaginó la ayuda que Maya tendría disponible: la suegra de la que Jamie nunca dejaba de quejarse, las amigas que la apoyaban y las niñeras. ¿Cuánto tiempo para recuperarse podía necesitar?

—A ver, tengo suerte —admitió Maya como si leyera la mente de Alex—. Tenemos una niñera estupenda. Pero mi marido trabaja demasiado.

—¿En…?

—En el sector inmobiliario. Es socio de BWL y tiene que viajar bastante, así que el pobre siempre se siente culpable por no pasar suficiente tiempo con las niñas…

¿Todas esas noches bebiendo en hoteles de lujo por Europa con su amigo Hayden y Jamie aún encuentra tiempo para sentirse culpable?

—… y después se enoja conmigo porque está demasiado cansado para hacer todos los planes familiares que tengo previstos.

Maya sacudió la cabeza con…, no, no podía ser, no. Sí: ¡esta mujer tan espléndida se avergonzaba de verdad por ser la clase de esposa que era… para Jamie! El mismo Jamie que no perdía la oportunidad de decirle a todo el mundo lo devoto y comprometido que era como padre.

—Pero bueno, es comprensible que esas cosas no sean tan importantes para él.

—Tal vez deberían serlo. —Mientras surcaba las concurridas aceras de Chiswick a la hora del almuerzo, Alex trató de mantener un tono ligero.

Pero Maya la miraba con gesto curioso.

—¿Tu marido es un superpadre?

—Lo admito.

—Qué suerte tienes. Siempre me siento mal por cargar a Jamie con cosas adicionales. Quiero decir, cuando necesito que "se sume" a algo, le pido ayuda. Cosas estúpidas como la entrevista de Christel en la guardería esta semana…

—¿Una entrevista para la guardería? —Alex se arrepintió en el momento en el que lo dijo: era obvio que las mujeres como Maya enviarían a sus hijos a los lugares más elitistas que el oeste de Londres tenía para ofrecer.

—Bueno, ya sabes cómo es Greenleaf, no es cualquier guardería.

—Sí, claro.

Incluso Alex había oído hablar de Greenleaf, con sus madres supermodelos, sus padres inversores y su interminable lista de espera.

—¿Y entrevistan a Christel?

Maya se rio.

—Eres graciosa. ¿Te imaginas entrevistar a una niña de dos años? De hecho, está bastante contenta en la guardería local, pero obviamente Greenleaf es el santo grial.

—Obvio.

—De todos modos, ha sido muy estresante; hay que presentar una gran cantidad de papeles y casi tienes que andar humillándote. Hay muy pocas plazas. Pero por fin conseguí esta entrevista y cuento con que Jamie despliegue su encanto y los compre a todos.

La mente de Alex iba registrando estos pequeños datos potencialmente útiles. Era el tipo de información que había ido a buscar.

Cuando Alex tomó un trago de agua, Maya se fijó en su mano.

—Dejo la alianza y el anillo de compromiso en casa cuando vengo a la clase —se adelantó.

—Yo debería hacer lo mismo. Pero después te tienes que acordar dónde lo dejaste. Mi marido está siempre jugueteando con el suyo y lo deja por todos lados en casa. Me saca de quicio. Y tu esposo… ¿qué hace?

Alex esquivó un cochecito de bebés doble que se dirigía directamente hacia ella.

—Trabaja en la City.

Estaba bastante segura de que nunca había escuchado a nadie profundizar en eso; al parecer muy poca gente entendía o se preocupaba por lo que pasaba allí.

—¿Y tú, Lexie?

Esto no era tan fácil. Pero se estaban acercando a Turnham Green Terrace, donde Alex esperaba que Maya se desviara hacia su casa, y sus ojos se dirigieron a una mujer que se reía a carcajadas en el teléfono en la puerta de Space NK.

—En marketing... belleza. —En cuanto lo dijo, Alex se dio cuenta de lo estúpido que era. La gente que trabajaba en el sector de la belleza no tenía su aspecto—. Pero estoy en la parte de tecnología —agregó, y bajó la cabeza en un gesto hacia sí misma—. Como es obvio.

Las dos mujeres se habían detenido al llegar a lo alto de la calle y Alex tuvo sentimientos encontrados: alivio por el hecho de que las preguntas que le resultaban cada vez más difíciles de responder se acabarían y fastidio al darse cuenta de que había disfrutado de la compañía de Maya.

—¿Por qué haces eso? —Imperturbable por el ajetreo de la gente que se apresuraba para ir a comer, Maya estaba de pie en la esquina, con los ojos entrecerrados—. Subestimarte todo el tiempo. Lo has estado haciendo toda la mañana.

—Yo solo… —Alex renunció a encontrar una forma de descartar el comentario con ligereza—. No lo sé.

—Lo siento. Los daneses somos directos.

—No. —Una vez más, Alex sintió que Maya tenía una curiosa habilidad para ver dentro de ella, detectar los equívocos y las bravuconadas—. Ser directa… es bueno.

Estaban estorbando a todo el mundo, y sin duda tenían una pinta absurda, una frente a la otra con los bebés sujetos al pecho, pero Maya no se movió.

—Yo era una diseñadora de interiores bastante exitosa —precisó—. Ya sabes, antes. —Y este dato, con toda la vulnerabilidad que contenía, quedó en suspenso durante un momento.

—Te creo.

Maya parpadeó dos veces. Atravesada por la luz del sol, sus ojos eran de un color verde caqui de intensidad casi sintética. Alex se dio cuenta de que no era solo una belleza de catálogo. Tenía algo más. Esto también la fastidió. Jamie no se merecía nada raro o diferente.

—Pensaba volver a trabajar antes de que llegara esta pequeña. Pero cuando llevas tres o cuatro años sin hacerlo, es como que tienes que preguntarte qué puedes ofrecer.

—Estoy segura de que tienes mucho que ofrecer.

Parecía que había pasado mucho tiempo desde que Alex se había encontrado frente a alguien que quería algo más. Solo que no se trataba de un hombre que esperaba un beso al final de la noche, y justo antes de que Maya abriera la boca para hablar, Alex se dio cuenta de qué era lo que quería.

—Me muero de hambre. ¿Quieres comer… en mi casa?

—Oh. —Fue tan inesperado que Alex no pudo pensar en una evasiva rápida—. Es una gran idea, pero en realidad tengo que ir a un sitio y Katie tiene que dormir la siesta…

Siempre una única excusa. ¿No era eso lo que decía la gente? Dos ya sonaba a mentira.

—Por supuesto.

Maya pareció dolida de nuevo, pero lo disimuló enseguida, igual que la primera vez. Alex estaba desconcertada. Maya no podía sentirse sola, ¿verdad? Decepcionada por la mierda con la que se había casado, tal vez. ¿Pero sola?

—Lo siento. ¡Otra vez será! —Ya había empezado a alejarse, pero lo que de verdad quería hacer era huir: lejos de Maya y de su hija extraña e inerte, lejos de la asfixiante riqueza de estos cafés y tiendas gourmet que vendían cúrcuma seca y premios consuelo por esposos ausentes e infieles. Lejos de sus propias mentiras sin sentido.

Pero Maya no se rendía con tanta facilidad.

—Espera, Lexie.

Así que Alex esperó y escuchó cómo Maya le rogaba sin aliento: —Ven a casa a almorzar y a tomar unacopa de vino en el jardín conmigo. Hoy es el día libre de la niñera, y la verdad es que por mucho que ame a esta pequeña, me voy a volver loca si no converso con un adulto.

Y, cuando terminó, Alex sonrió. Era arriesgado y equivocado. Era una locura. Sin embargo, se oyó a sí misma decir:

—De acuerdo, me encantaría conocer tu casa.

CAPÍTULO 14

JILL

—¿Pueden bajar la voz? —susurró Jill al pequeño grupo reunido fuera de su oficina—. Estoy en una conferencia con Doha y no puedo oír ni una maldita palabra.

—Lo siento.

Paul tuvo la delicadeza de disculparse, pero Jamie se limitó a lanzarle una mirada furibunda.

—O hablen todo lo alto que quieran —murmuró ella, y cerró la puerta—,pero en sus oficinas, ¿sí?

Sin embargo, estaba claro que algo había salido mal, y mientras Jill concluía la llamada con la única frase en árabe que sabía a modo de gesto final ostentoso y algo bochornoso, imaginó con desazón de qué se trataba: Minerva.

"¿Se bajaron?", le preguntó a Jamie por correo electrónico. Y la respuesta le llegó en cuestión de segundos: "Sí".

Jill se quedó mirando el mensaje de una sola palabra y se preguntó cuándo y por qué el hombre al que había considerado un colega leal y un amigo durante años no solo había perdido todo respeto por ella, sino que había decidido que ella era el enemigo.

Había pasado una semana desde que Jill había recibido el correo electrónico anónimo y en ese tiempo había examinado y reexaminado cada palabra y cada frase, incluso se había levantado en la mitad de la noche para cotejar las fechas y las horas de la secuencia de mensajes con las de las reuniones en el calendario de la intranet de BWL. Ni Jamie ni Paul habían estado en reuniones a la hora exacta en la que se habían enviado los mensajes. Otra búsqueda rápida en su bandeja de entrada también había revelado que Jamie nunca había utilizado

“YSQ” en una conversación con ella.

Había una última opción: Paul. Observó la oficina al otro lado del espacio común, donde su socio estaba inclinado sobre el plano de una obra, y se sintió reticente. El mero hecho de mostrarle el intercambio de mensajes la haría parecer insegura, como si en el fondo ella misma temiera que los “sesenta” la estuvieran afectando. Incluso podría sembrar la duda en Paul de que ya estuviera demasiado vieja. Además, los dos hombres eran amigos y se habían acercado más desde que el matrimonio de Paul se había desmoronado; de hecho, Paul prefería repasar los tortuosos detalles de su divorcio con Jamie antes que con ella, algo por lo que Jill se había sentido agradecida, hasta ese momento. Si Paul reconocía las crueles palabras de Jamie como las que le había enviado por correo electrónico meses atrás, ¿lo admitiría siquiera? ¿O seguiría siendo leal a su colega masculino?

Después de haber oscilado una y otra vez entre la convicción absoluta de que el correo electrónico era auténtico y la certeza de que era falso o había sido alterado, Jill había decidido poner fin a la locura a primera hora de esa mañana y llamar a Tara de informática a su oficina.

—Es un tema un poco delicado, así que tendrá que quedar entre nosotras —comenzó con vacilación antes de lanzarse a ello; todo el asunto ya le había quitado demasiado tiempo—. Será mejor que te acerques y leas.

Mientras la joven se inclinaba sobre la pantalla para leer los mensajes, Jill observó sus reacciones. Con una mueca crispada de la boca por la vergüenza de las palabras que había leído, Tara se enderezó y se dirigió a su jefa:

—¿Quiere saber quién envió esto? Porque no va a ser fácil.

Jill recordó los ojos febriles de Alex aquella noche en el pub —“solo estoy hablando de darle un pequeño empujón”— y la leve sonrisa de Nicole mientras murmuraba las palabras “poder silencioso”. Si alguna de las dos mujeres, o ambas, estaban detrás de la humillación de Jamie con la lista D, ¿no era posible que el correo electrónico fuera una maniobra similar? Pero si lo habían escrito y enviado para recordarle a Jill el pacto del pub que ella había

incumplido, lo estaban haciendo todo mal. Esa noche habían bebido y dicho demasiado, y aunque Jill seguía conmocionada por lo que había descubierto sobre Jamie y era consciente de que entonces ya no podía ignorar su comportamiento, tenía que haber una forma mejor de lidiar con él que el plan pueril que se les había ocurrido.

—Todo lo que quiero saber, Tara, es si es genuino: si los mensajes fueron escritos como aparecen o si pudieron haber sido, bueno, editados.

—Eso lo puedo hacer. ¿Me das un par de horas?

El teléfono sonó, y por un momento, Jill esperó que fuera Jamie quien llamaba para disculparse y asegurarle que lo había juzgado mal con respecto a esto y a todo lo demás. Pero el número que aparecía en la pantalla era el suyo propio.

—Stan, ¿va todo bien?

—Sí y no, cariño. Pero no quiero que te preocupes. He tenido bastantes dolores y mareos desde esta mañana temprano. El doctor Jacks cree que lo mejor es que vaya al hospital.

—¿Desde esta mañana? ¿Por qué no me dijiste nada?

—Te lo estoy diciendo ahora, cariño.

Stan siempre había sido imperturbable y, de manera perversa, el cáncer parecía haberlo vuelto más imperturbable todavía, impregnándolo de una especie de tranquilidad fatalista que lejos de tranquilizar a Jill la volvía loca por dentro.

—De acuerdo. Dame cuarenta minutos y estaré allí.

—No, no, por favor, no vengas. Te prometo que te llamaré en cuanto terminemos y, de hecho, en la página web de Prostate UK dice que esto puede ocurrir.

—Pensé que habíamos acordado que el doctor Google quedaba vedado.

En el otro extremo de la oficina, Jill vio a Jamie que salía del

ascensor con uno de esos cafés helados con azúcar que le gustaban. Todos estos años, ella había presenciado su afición por los dulces con gran diversión. Pero, en esos momentos, cuando debería andar con la cabeza gacha y tratando con desesperación de compensar el desastre que había hecho, le parecía escandaloso que saliera a darse el gusto de un café espumoso.

Lo observó abrirse paso a través de la sección de marketing y detenerse junto al escritorio de una morena bonita de ojos almendrados con un vestido de verano azul aciano. Tenía un apellido medio italiano, recordó Jill, algo sexy y exótico, y el labio superior levantado mantenía su boca entreabierta todo el tiempo de una forma muy sensual. Pero, en lugar de parecer complacida por las atenciones de Jamie, Jill se dio cuenta de que la chica parecía incómoda.

—Preferiría estar en el hospital contigo.

—Ya lo sé. Pero, en serio, no quiero que vengas, y el taxi ya está aquí, así que te llamaré desde el hospital.

—No dejes de hacerlo. Llámame en cuanto…

Pero Stan había colgado.

Jamie seguía charlando con la morena y de vez en cuando tomaba algo de un paquete que había sobre el escritorio, lo lanzaba al aire y lo atrapaba con la boca, como una foca. Sin quitarle los ojos de encima, Jill llenó un vaso con Evian de la botella que siempre tenía en su escritorio y se lo bebió de un trago.

Mirar a Jamie entonces era como mirar a alguien en una de esas aplicaciones para “deformar caras” que su sobrina adolescente les había hecho probar una vez a ella y a Stan. Ahí estaba: alguien conocido, pero a la vez grotesco y macabro. ¿Y estaba acosando a esa joven, tal como había hecho con Nicole, allí mismo, delante de todos? ¿De verdad había estado tan ciega todo este tiempo?

Impulsada por la ira, Jill abrió de un tirón la puerta de su oficina y pasó por delante de una sorprendida Kellie.

—¡El tipo de las tasaciones llamará en dos minutos! —exclamó, y se dirigió en una diagonal decidida hacia Jamie.

La chica la vio antes que él, y la desagradable imagen de sí misma como una especie de maestra de escuela envejecida en pie de guerra no hizo nada para calmar a Jill.

—¿Jamie?

Él se giró sorprendido, pero también, pensó ella, un tanto desafiante.

—Jill.

—¿Tienes un momento?

A lo largo de los años, había estado en situaciones profesionales difíciles y, hasta entonces, siempre le había resultado fácil mantener la calma. El hecho de que hoy en día se aceptara que las mujeres jóvenes mostraran sus emociones en el trabajo, como si su sexo fuera la única excusa, le resultaba desconcertante. Jill podía contar con los dedos de una mano las veces que había levantado la voz en la oficina y, desde luego, nunca se había permitido exhibir su enfado con señales más físicas.

La semana anterior le había mostrado a Stan un artículo del Financial Times sobre el llanto en la oficina como una "reacción humana aceptable a la que, a menudo, sucumben las personas de alto rendimiento" y ambos se habían reído de la idea de ella llorando a todo pulmón en la sala de reuniones. "Nunca has sido llorona, ni siquiera en privado", había comentado él. Y aunque era cierto que no había derramado ni una lágrima cuando les habían dado el diagnóstico de cáncer, Jill se alegró de que Stan no la hubiera visto al día siguiente de que estuvieran los resultados de las pruebas. Estaba acostado en la cama del hospital, con el rostro pálido vuelto hacia la ventana mientras el oncólogo le hablaba del "equipo multidisciplinario" que formaría parte de su vida en el futuro y de los efectos secundarios inmediatos tanto de la medicación como de la radioterapia: la "exacerbación tumoral" inicial que podría experimentar, el dolor de huesos, el dolor de espalda y la sangre en la orina a la que debía estar atento. Y ella había asentido y bromeado antes de "ir al baño", donde apoyó la frente en la pared de azulejos y soltó un sollozo tan violento que la dejó temblando.

—En efecto, tengo un momento —respondió Jamie con una sonrisa

tensa, y Jill se alegró al menos de eso. Si le hubiera dicho que no podían hablar entonces, delante de la joven, Jill se lo habría tomado como un desafío.

—Parece que tus almendras con miel se han salvado —añadió con una sonrisa hacia la chica—. Aunque me parece que te voy a robar la última. —Jamie la lanzó al aire, estiró el cuello y atrapó la almendra con la boca. Luego hizo una pequeña reverencia—. ¿Conoces a Sophia, Jill? Viene de la oficina de Manchester, está aquí desde marzo.

Pero todo esto era una especie de juego de poder para el que Jill no tenía tiempo. Con una inclinación de cabeza impaciente hacia la joven, hizo una señal hacia su oficina.

—¿Vamos?

No cruzaron ni una palabra hasta que llegaron a la sala de reuniones, donde Jamie le sostuvo la puerta en uno de esos excesos de caballerosidad que antes le habían parecido encantadores, pero que entonces sospechaba que eran falsos: todo formaba parte de la duplicidad general de Jamie.

—Agua —jadeó él, y dejó los restos de su café helado y se sirvió un vaso de la Evian de ella—. Esto me da sed.

Jill optó por permanecer de pie mientras él bebía. Cuando terminó, Jamie se volvió hacia ella con una sonrisa inquisitiva.

—¿Cuál es exactamente tu problema, Jill?

—¿Mi problema? —preguntó ella y trató de disimular lo sorprendida que estaba por su tono.

—Sí. —Jamie se sentó con las piernas separadas.

—Iba a preguntarte lo mismo. Acabamos de perder a un cliente importante y lo único que recibo de ti es un correo electrónico de una sola palabra.

—No lo perdimos, Jill. Decidieron bajarse de la operación.

—De acuerdo, perfecto, ahora hay que ver si vuelven a nosotros

para hacer otra.

—Te prometo que lo harán. —Jamie se inclinó hacia atrás en la silla y se llevó las manos a la nuca, expandiendo el pecho. Jill no podía dejar pasar su actitud petulante.

—¿Cómo? —Caminó con paso vigoroso alrededor del escritorio para enfrentarse a él, pero no se sentó—. Siempre he admirado tu confianza, Jamie, pero hay un punto en el que se convierte en temeridad. Te dije que tu lista D era una mala idea, pero no me escuchaste. Y quiero estar más informada. —El sonido de la palma de su mano contra el escritorio la sobresaltó: esa no era ella, no se comportaba así—. Quiero decir, ni siquiera pensaste en venir a contármelo en cuanto supiste que los O'Ceallaigh se retiraban de la operación.

—Fue hace unas horas.

—¿Vinieron a la oficina?

—No. —Una sombra cruzó su rostro—. No, hubo un malentendido y… de todos modos, esta vez fue culpa de ellos.

Jill se sentó por fin.

—¿Qué fue culpa de ellos?

—Pensaron que íbamos a reunirnos en sus oficinas, pero habíamos quedado que lo haríamos aquí…

—Espera un segundo, ¿metiste la pata otra vez?

—No, Jill. Se equivocaron ellos. En el calendario de la intranet estaba bien claro que la reunión era aquí, en BWL. —Meneó la cabeza —. No importa. Hablamos por teléfono.

—Me cuesta creer que no importe. En cualquier caso, a mí, como a Paul, nos gustaría saber estas cosas en el momento en que ocurren.

—¿Puedo terminar?

—Por favor.

—Créeme, nadie se siente peor que yo por lo de Minerva. Pero todo lo que puedo hacer ahora es tratar de conseguir otro comprador para…

—De acuerdo. —Jill no pudo evitarlo—. Así que concéntrate en eso y no en la chica de marketing.

—¿Perdón?

—Sabes a qué me refiero.

—Mmm. —Hizo un ademán de llevarse la mano a la barbilla en señal de perplejidad—. No estoy seguro de saberlo. En serio, ¿estás escuchando lo que dices? Se llama Sophia. Yo pensaba que eras tú la que siempre decía que debíamos hacer sentir cómodos a los nuevos.

—En este momento, me importa un bledo cómo se llama.

El silencio que siguió podría haberse transformado en algo más hostil si un suave golpe en el cristal detrás de ella no los hubiera interrumpido.

—Lo siento, Jill, es tu marido otra vez —articuló con los labios su asistente personal. Por supuesto, ella había silenciado su móvil.

—Gracias, Kellie. —Se puso de pie. Pero de pronto, Jamie estaba a su lado, con sus brillantes ojos castaños llenos de compasión.

—¿Stan está bien?

Ella asintió con la cabeza, pero él había advertido su vacilación.

—Ve a estar con tu esposo.

Entonces Jamie hizo algo que solo había hecho en un puñado de ocasiones a lo largo de los años: la abrazó. Y, en lugar de intentar liberarse, como podría haber hecho incluso media hora antes, Jill sintió que parte de su rabia disminuía y se encontró devolviéndole el abrazo. Eran tiempos difíciles para ambos, tan difíciles para ella que lo había puesto todo en duda: incluso a él.

Parecía obvio que lo de Minerva había sido una trampa. ¿Y por qué creer en Nicole o en Alex en vez de en alguien a quien ella

conocía mucho mejor?, y ni qué decir de creerse un correo electrónico que era evidente que había sido enviado por alguien motivado por la venganza. Pensar que le había pedido a Tara que investigara le daba vergüenzaahora. Le diría que olvidara todo el asunto y, luego, iría a ver cómo estaba Stan.

—Necesito que confíes en que puedo manejar las cosas —concluyó Jamie, y la soltó—. Es muy importante para mí con todo lo que están pasando Stan y tú.

Jill volvió a asentir con la cabeza, esta vez más conforme, y cuando fue a cerrar la sesión en su ordenador vio con alivio que Tara ya había enviado un correo electrónico. Estaba “99 por ciento segura de que esos correos fueron escritos por el remitente en esas fechas y horas”. También lamentaba “mucho si no es lo que quería oír”.

CAPÍTULO 15

JILL

5 de agosto

—¿Vas a poder hacerlo?

A través de su visión de ojo de pez, el rostro inquisitivo de Paul se veía deformado y la oficina abierta más allá de la pared de vidrio aparecía distorsionada en una curva panorámica de pesadilla.

—No lo sé.

—He redactado algo. Un correo electrónico. Para enviar a toda la empresa. El anuncio debería ser en la misma línea, ¿no crees?

Paul sacó una hoja de papel de la bandeja de la impresora y se la entregó.

Para: Todo el personal

Asunto: [Nombre de la empresa] lamenta la pérdida de [Insertar puesto de trabajo], [Insertar nombre y apellido del empleado].

Estimado equipo de [Nombre de la empresa],

En [Insertar fecha], nuestro equipo sufrió una terrible pérdida. Nuestro [Insertar puesto de trabajo], [Insertar nombre y apellido del empleado], falleció después de [Insertar causa de muerte]. Era un/a gran trabajador/a y todos echaremos de menos su optimismo.

Jill levantó la vista de la impresión borrosa y le devolvió la hoja.

—¿Qué es esto?

—Mierda. Ese es el correo electrónico de muestra.

Paul revisó los papeles en la bandeja y encontró lo que necesitaba.

—Aquí está.

Jill se quedó mirándolo.

—Hay un modelo de correo electrónico para…

—Para anuncios de empleados fallecidos, sí. Me lo pasó Recursos Humanos. Porque ahora que ya es público, ya está en las noticias… y la policía nos dijo que necesitarían hablar con la gente, tomar más declaraciones. Así que tenemos que hacerlo ahora.

El documento correcto estaba en su mano, pero Jill no intentó leerlo, seguía con los ojos clavados en Paul.

—O sea que rellenaste los espacios en blanco. Pusiste la causa de muerte de Jamie —murmuró—. ¿Mencionaste que todavía estaba vivo cuando lo encontraron esta mañana? Eso es lo que dijeron en las noticias. Algo debió de amortiguar su caída, dijeron, de lo contrario habría muerto de inmediato. Pero, en lugar de eso, sobrevivió durante horas. Horas. Hasta que cortaron las rejas para sacarlo. Entonces se desangró.

—Jill.

—Pero “era un gran trabajador”. “¿Extrañaremos su optimismo?”

—Sé que esto es difícil.

—No. —Jill negó con la cabeza—. En respuesta a tu pregunta: no. No puedo hacerlo.

CAPÍTULO 16

NICOLE

Seis semanas antes

—Nunca le dije eso, Jen, te lo juro. Solo le dije que estabas soltera.

—Pero es que tampoco sé si estoy buscando algo, eso es todo.

—Lo sé, y eso es lo que le dije. Podemos ir y tomar una copa nada más.

—Sí.

—Quizás dos si es tan guapo como parece en Insta. ¡Pásame el rímel!

Siempre que podía, Nicole prefería utilizar el baño de mujeres del tercer piso. Ese en el que se encontraba ahora era más grande y tenía mejor iluminación, pero a las seis de la tarde de un viernes los lavabos estaban repletos de maquillaje, los cubículos llenos de mujeres jóvenes que se cambiaban la ropa por otra más ajustada, y eso la irritaba. Porque ella nunca había salido con hombres tanto tiempo y de esta manera tan gloriosamente inconsciente como lo hacían estas chicas. Dios, a esa edad, ya estaba casada. Y porque cuando se disponía a encontrarse con su esposo para cenar fuera al final de un largo día como ahora, no sentía esa misma excitación que te hacía arder las mejillas. En cambio, se sentía cansada, y en el fondo resentida, porque no se quedaran a comer pollo al curri frente al televisor.

Sin embargo, Nicole había trabajado hasta tarde tres noches esa semana y Ben, cuya única vena aventurera consistía en estar al tanto de todas las aperturas de restaurantes en el oeste de Londres, había reservado una mesa en un nuevo local de tapas en Fulham Road que había sido reseñado por Jay Rayner. Ya no había manera de que ella pudiera cancelarlo.

Evitó el fajo de pañuelos de papel manchados con base de maquillaje que había junto al lavabo y se inclinó hacia el espejo para pintarse los labios. Por lo general, el proceso de delinear y rellenar lo que los hombres le habían dicho siempre que era su mejor rasgo la tranquilizaba, pero aquel día, las líneas le salieron irregulares y su tono de confianza parecía absorber todo el color de su cara. Sacó un pañuelo de papel del dispensador y se lo quitó todo.

—Demasiado oscuro —señaló con voz chillona la mujer a sus espaldas.

—¿Qué dijiste?

—Eres divina. Pero ese lápiz de labios… te hace parecer un fantasma.

Nicole tuvo la tentación de decirle que lo había estado usando durante casi una década.

—Prueba este.

El brillo rosa peonía con un toque nacarado era demasiado juvenil para Nicole, y la idea de tomar prestado el pintalabios de otra mujer siempre le había parecido antihigiénico, pero se lo agradeció y experimentó un extraño placer al aplicárselo mientras imaginaba la cara de sorpresa de Ben cuando la viera aparecer con ese aspecto tan diferente.

—Anda, sigue.

Las dos mujeres reanudaron la charla.

—Le había preguntado a Sophia si estaba saliendo con alguien, así, como de pasada. Y después le largó un “Espero que te hayan hecho sentir cómoda. Deberíamos tomar una copa después del trabajo, ya sabes, para conocernos”.

—No te creo.

—Créeme.

—Y después, escucha esto, le dice: “Deberías saber que no acepto

un no por respuesta".

—No me jodas.

—Eso parece.

El estruendo residual de risas femeninas y el sonido de labios pegajosos que se apretaban unos contra otros marcaron la pausa en la conversación.

—No me molestaría tomar una copa con él para conocernos.

—Espera. Sophia fue a tomar la copa.

—¿De verdad?

—Sí. Y al día siguiente le cuenta a Sandra, que se lo dijo a Emma, que es cierto que él no acepta un no por respuesta, parece que se asustó.

—¿La presionó mucho?

—Demasiado…

Una señal, que Nicole no vio, la silenció.

—¿De quién están hablando, chicas? —Nicole se cuidó de mantener los ojos en el espejo.

Las dos mujeres se miraron y solo entonces se dieron cuenta de que Nicole era una ejecutiva.

—Solo tengo curiosidad —aclaró con una risita—. Y si es un secreto de Estado, será mejor que no anden chismorreando en el baño de damas.

—Es una amiga nuestra de marketing.

—No, me refiero al hombre que quería que se sintiera "cómoda".

—Ah. —Otra mirada cómplice.

—¿Jamie?

Ambas mujeres se volvieron hacia ella, horrorizadas por su propia indiscreción.

—Bueno…

—Dios, todo el mundo sabe cómo es. Y lo que se cuenta en el baño de damas…

—Queda en el baño de damas —rio la de la voz más fuerte—. Sí, Jamie. Pero que no se sepa. Sophia es una chica dulce y no lleva mucho tiempo aquí. No querrá causar ningún problema. Ni siquiera sé si le gustan los tipos casados.

—De acuerdo.

Nicole cerró su bolsa de maquillaje, se miró por última vez y se detuvo al abrir la puerta para salir.

—Por cierto, según mi experiencia, los que causan problemas son los tipos casados.

—¡Lo siento, lo siento!

Si Ben no llegara siempre temprano, no la haría sentir que ella siempre llegaba tarde. Pero había conseguido una buena mesa con vista a Fulham Road y Nicole se dio cuenta de que su marido había disfrutado observando a las chicas bonitas de Chelsea y a sus novios de camisa Ralph Lauren salir en tropel a las aceras desde los pubs y bares cercanos.

Tomó el gin-tonic de Ben, que estaba casi vacío, y bebió lo que quedaba.

—Necesito uno de estos urgente.

Ben le hizo una seña al camarero para ordenarle dos tragos más antes de levantar su vaso, ahora manchado con brillo rosado intenso.

—¿Y esto?

No le gustó. Por supuesto que no le gustaría. Nunca había conocido

a nadie más reacio al cambio que Ben, en particular en lo que a ella se refería.

—Solamente lo estoy probando. Lo odias.

—¿Qué? Dame una oportunidad. —Ben echó la cabeza hacia atrás y la estudió—. Te hace parecer… No sé, diferente. ¿Un día difícil?

—Solo… largo. Tuve que llevar a unos clientes nuevos al antiguo teatro y, luego, volver a Kensington para otra reunión. Me pasé toda la mañana atascada en el tráfico y la propiedad de Shepherd's Bush que me dieron para la venta en marzo no está atrayendo ningún interés. —Se encogió de hombros y espiró profundamente—. Tal vez la gente no está comprando en este momento. En cualquier caso, todo es aburrido, aburrido, aburrido. Cuéntame de tu día.

—Bueno, esa madre soltera de cara amarga que odias, la de las cejas, le tocó a ella llevar a las niñas hoy.

—Ah, es insufrible.

—En realidad, por una vez estuvo bastante conversadora. Incluso mencionó la posibilidad de quedar un día para jugar.

—No te creo. —Nicole miró con ansiedad hacia atrás, al interior del abarrotado restaurante y en dirección al bar.

—Dale un segundo, Nic.

—Se está tomando su tiempo.

—El lugar está que explota.

—Entonces deberían contratar más personal.

—De todos modos —continuó Ben con entusiasmo—, Chloe contó que hoy estuvo hablando de nosotros en la escuela. Sobre todo de ti, en realidad. Parece que tenían que describir el trabajo de sus padres.

—¿En serio?

—Sí. Así que dijo: "Mi mamá vende edificios… de los grandes".

—¿De verdad dijo eso? —Su bebida estaba en camino y Nicole se sintió más relajada. Si pudiera fingir que no había escuchado esa conversación en el baño de damas…

—Y "mi papá me cuida".

Había muchas emociones encontradas en la sonrisa de Ben, y, a pesar de su distracción, Nicole podía descifrar la mayoría de ellas: orgullo y vergüenza; pudor y desafío. Las mismas emociones que debía sentir cada vez que marcaba la humillante casilla de "responsable principal" en los formularios. Pero, aunque no hubiera adquirido el título por elección propia, Ben debía de saber lo valiosa que era su contribución y odiar la idea de ser menospreciado por hacer el trabajo más importante de todos.

Nicole le tomó la mano.

—Nunca doy eso por sentado, ¿sabes? Y Chlo te adora. Es como si los dos fueran uno. Para ser sincera, a veces me pone celosa.

—Todo va bien mientras te tengamos a ti. —Ben sonrió.

La respuesta debió haberla hecho sentir segura, amada, pero, en vez de eso, solo le produjo la habitual sensación de ser asfixiada con lentitud.

Nicole se fijó en las sienes bronceadas que su marido había adquirido en las tardes en el parque y el azul frío de sus ojos y sintió la punzada también familiar de no ser merecedora.

—No puedo ni imaginarme cómo se las arregla la gente sola —prosiguió Ben, consciente de que cualquier cosa que se pareciera a la sensiblería incomodaba a su mujer—. Bueno, ¿qué vamos a comer? —Volvió su atención al menú—. ¿Pido varios "platos pequeños"? Según Rayner, el tartar es "imperdible". Ah, y hay un menú de degustación, pero a ti nunca te gustan demasiado.

—Mientras incluya calamares y algunas de esas croquetas, soy feliz.

Pero cuando Ben empezó a leerle la lista de platos al camarero, Nicole sintió cualquier cosa menos felicidad. No podía quitarse de la

cabeza la conversación que acababa de escuchar por casualidad. Luego estaba el comentario de Ben sobre la madre soltera de la escuela, que le había recordado a Alex. Nicole pensó en la mujer con la que había estado sentada hasta altas horas de la noche: el esfuerzo que había puesto en el corte de pelo nuevo y sus sombrías murmuraciones sobre "las cosas que he visto. Las cosas que sé". Alex había parecido tan agradecida de que Nicole y Jill le prestaran aquel momento del día, tan dispuesta a congraciarse con ellas. Como si todo lo que deseara fuera pertenecer. Algo en esa gratitud tan evidente le había puesto los nervios de punta al principio. Pero al final de la noche, Nicole recordaba haber sentido un vínculo con esa mujer intensa y de rostro pecoso en la que nunca se había fijado antes, y también un cierto deseo de protegerla. Si lo que había dicho era cierto, Alex había sido utilizada como chivo expiatorio y entonces andaba sin rumbo como una madre soltera sin perspectivas de volver a trabajar después de su baja por maternidad. Quizá estaba tan inmersa en la maternidad que ya no le importaba; quizá ya tenía otro trabajo. O, tal vez, había decidido poner en práctica su "llamada de atención" sola.

Mientras Ben seguía citando la reseña de Rayner, Nicole se acordó de la única vez que la habían despedido, cuando era una estudiante que intentaba ganar algo de dinero extra en un pequeño y pretencioso local de sándwiches de Bristol. Cuando el dueño la llamó un día al almacén e invocó la "actitud" de ella como la razón principal junto con el hecho de que no dejaba de "pasarse los dedos por el pelo" mientras atendía a los clientes, Nicole había asentido con la cabeza, había tomado el dinero que le debía y, al girarse para irse, había dicho: "Se pronuncia cia-batta, Lee, no sia-batar". Cuando su mente evocó la imagen de esa cara gorda y ordinaria, Nicole se sorprendió al descubrir que todavía lo odiaba.

—Estaba cantado que Oscar contrataría a Westwick para el vídeo de la marca. Te dije que lo haría, ¿no?

—¿Te contestó? —Nicole se sirvió otro pimiento de Padrón—. No me sorprende. Era obvio que iba a elegir a alguien tan engreído como él. Se lo pierde. Si hubiera sido yo, habría echado un vistazo a tu carpeta y te habría contratado en el acto. Quedó genial después que la actualizásemos.

Ben parpadeó.

—Dime que le enviaste la que actualizamos.

—Pensé que si de verdad me quería…

—Ben.

Nicole se desplomó en la silla, cansada de ser siempre el motor detrás de su esposo titubeante.

—Déjalo, ¿quieres? Déjalo.

Comieron en silencio durante unos minutos, quitando las gambas de los pinchos y escupiendo con discreción trozos de cáscara en la palma de la mano, ambos muy conscientes de lo tensos y amargados que debían de parecer en comparación con los coqueteos ruidosos que se producían fuera, en los bares de enfrente.

—¿Quién está cuidando a Chlo?

—Susanna.

—¿Crees que la sigue haciendo jugar a los médicos?

¿Era esta la razón por la que las parejas se compraban perros cuando los hijos se iban de la casa? ¿Para tener algo con lo que llenar los silencios?

—Es probable.

—Lo siento. —Nicole se inclinó hacia él—. Está siendo todo un poco caótico en el trabajo y es muy estresante.

—¿Caótico en qué sentido?

—Jill y Paul están furiosos con Jamie después del desastre de Minerva del que te hablé. Los clientes se retiraron.

—Pero no tiene nada que ver contigo, ¿verdad? Fue una metedura de pata de Jamie.

A Nicole no le gustaba oír el nombre de Jamie en boca de su

esposo, pero no había podido resistirse a contárselo.

—Sí, pero ahora estamos todos presionados para compensarlo. —Y aunque Jamie era la última persona de la que quería hablar, Nicole se oyó a sí misma lanzarse a contar sus errores recientes y la facilidad con la que había conseguido desestimar su importancia.

—¿Puedo decir algo? —Ben frunció el ceño—. Me parece que pasas demasiado tiempo preocupándote por Jamie Lawrence.

Nicole bajó la albóndiga que había pinchado y la dejó de nuevo en el plato.

—No es cierto.

—Sí lo es.

—Porque solo un hombre se saldría con la suya en algo así. Y cada vez que se sale con la suya… —continuó y repitió, sin darse cuenta, las palabras de Alex de aquella noche—, sabe que la próxima vez puede llevar las cosas un poco más lejos.

—Pero no parece que se esté saliendo con la suya.

Nicole se quedó mirando a su esposo, sin verlo. Había sentido un cierto alivio después de aquella conversación entre copas en el pub, como si el hecho de contarles a esas mujeres lo que le había pasado, escuchar sus propias experiencias y decidir que Jamie debía ser castigado por su comportamiento hubiera sido suficiente para templar su ira. Solo que esa furia se había vuelto a recrudecer cuando lo había visto salir airoso de Minerva. Y de nuevo en el baño de damas antes. “Deberías saber que no acepto un no por respuesta”: eso fue lo que le había dicho a esa chica Sophia. Y Nicole sabía muy bien que era muy cierto.

Una vez que retiró los últimos platos, el camarero se acercó.

—¿Les gustaría ver la carta de postres?

Ambos respondieron a la vez.

—¿Por qué no?

—No, gracias.

Lo que Nicole quería en ese momento, lo que necesitaba más que nada, era saber si Alex estaba realmente detrás de Minerva. No iba a poder escabullirse durante el fin de semana y esperar hasta la próxima semana para averiguarlo era impensable. Porque si Alex estaba llevando adelante el plan de alguna manera, no estaba funcionando. Y Nicole entonces sabía que necesitaba con desesperación que lo hiciera.

—Tengo que irme, Ben.

Lo había murmurado sin pensar, pero en cuanto escuchó sus propias palabras, Nicole supo lo que tenía que hacer.

—¿De qué estás hablando?

Volvió a concentrarse en Ben: Ben, que había recortado la reseña del restaurante hacía meses y se había tomado la molestia de poner su nombre en una lista de espera. Ben, que se veía más sexy en verano, cuando se dejaba crecer la barba, algo que ella olvidaba y que volvía a recordar cada junio. Ben, que siempre pedía demasiada comida y le gustaban las cenas largas de cuatro horas.

—Me olvidé de mandar un archivo… y es urgente. Tengo que volver a la oficina, pero no tardaré nada.

—¿Qué? Hazlo desde ahí.

Tocó el iPhone, que ella siempre mantenía junto a su plato a la hora de comer, para fastidio de él.

—No lo tengo aquí. Lo tengo en el ordenador de la oficina.

Consciente de que lo que estaba diciendo no tenía mucho sentido y de que sonaba a mentira porque era mentira, Nicole pasó una mano por la manga de su chaqueta de cuero y buscó su bolso con la otra.

—Lo siento, Ben. Soy una idiota. Pero estuvo genial. Rayner tenía razón. —Eso no era suficiente—. No querías pudin, ¿verdad?

—Creí que tal vez sí. —Ben la miraba con furia, como si hubiera enloquecido—. ¿En serio vas a volver a la oficina ahora?

—Tengo que hacerlo. Lo siento. Toma. —Dejó su tarjeta de crédito sobre la mesa.

—Por el amor de Dios. Puedo pagar yo.

"¿Con qué?", se preguntó ella; la impaciencia la volvía mala. Pero el taxi negro al que había hecho señas con un gesto enérgico se detuvo y acercó su rostro al semblante furibundo de Ben.

—Tengo que arreglarlo. Si no, me volveré loca todo el fin de semana. Estaré en casa en una hora como máximo.

Para cuando encontró la dirección que necesitaba en la intranet de BWL y llegó a Acton, ya eran casi las diez. La calle de Alex era un lío, y era evidente que el grupo de jóvenes encapuchados en la esquina estaban en medio de algún tipo de transacción, de modo que Nicole tuvo que pedirle al taxista que retrocediera después de que pasaran de largo frente al edificio.

Vaciló un momento antes de tocar el timbre sin identificar. Pero ya estaba allí y necesitaba aclaraciones. Al oír que se abría una ventana en el segundo piso, Nicole retrocedió dos pasos y se obligó a sonreír cuando vio el rostro cansado de Alex que se asomaba.

CAPÍTULO 17

ALEX

Arrullada por el zumbido del motor del extractor de leche, Alex entraba y salía de las tres habitaciones de su apartamento mientras masticaba una galleta Hobnob de chocolate. Con esas dos bolsas de almacenamiento llenas y "listas para beber", tendría diez bolsas, todas fechadas con rotulador, alineadas en la puerta del refrigerador: la idea la llenaba de satisfacción.

Ese momento del día, el período entre las nueve y las diez de la noche en el que por fin se metía en la cama, consciente de que tendría que levantarse una hora y media más tarde, era el único momento en el que Alex se sentía ella misma. A veces, también era el único momento en el que podía disfrutar de Katie. Acostada en su moisés, respirando de esa forma superficial e imperceptible que en las primeras semanas solía dejar a Alex en estado de pánico, parecía tranquila: liberada de la tiranía de sus antojos constantes e insaciables.

Después de comprobar que la sábana no tapara la cara de su hija —"los juguetes blandos, las cuñas o cojines de contención deben retirarse antes de dormir", había estipulado First Time Parent —, Alex se sentó en su escritorio y todavía con el extractor en el pecho, hizo doble clic en el portal de BWL.

Desde aquella tarde en la casa de Maya, revisar los movimientos diarios de Jamie se había convertido en un ritual nocturno que esperaba con impaciencia.

Esa noche, las comisuras de su boca se torcieron casi en una sonrisa al captar el tono tenso de los correos electrónicos de Jill a su socio cada vez más negligente. "Los tres socios debemos estar presentes en las reuniones de financiación, J. Esta reunión estaba programada hacía semanas". Todos esos meses que había trabajado para Jamie le habían enseñado a Alex que su exjefe reaccionaba mal a las reprimendas. Y, como era de esperar, su respuesta —"Llegué veinte

minutos tarde, Jill. Estoy seguro de que no me perdí nada"— estuvo lejos de mostrar el arrepentimiento que su socia esperaba.

Estaba claro que Jill se había pasado de la raya aquella noche en el pub y que a la mañana siguiente se había arrepentido de su franqueza. Tenía que entender que su reacción no había sido exagerada, sino adecuada. Y ahora debía de estar furiosa. Paul, sin embargo, parecía bastante imperturbable por el comportamiento de Jamie, y salvo por una reprimenda leve después de lo de Minerva, mantenía el mismo trato amable de siempre en los correos electrónicos. Mientras el extractor seguía funcionando, Alex revisó el resto de los mensajes del día; sabría lo que estaba buscando cuando lo viera.

Había estado releyendo un furioso correo electrónico de Maya, un mensaje reenviado de la guardería Greenleaf en el que expresaban su pesar por no poder ofrecer una plaza a Christel —"Cuando se falta a la cita de entrevista sin previo aviso, se entiende que la escolarización de su hijo en Greenleaf no es una prioridad"— y estaba tratando de sofocar una punzada de remordimiento por la mujer cuya amabilidad la había desarmado a principios de esa semana, cuando sonó el timbre.

Preparada para gritarle al chico de Deliveroo que el adicto a la comida para llevar era el del apartamento 3, Alex se cubrió con un jersey los pechos aún con el extractor, abrió la ventana y se quedó mirando a la mujer de abajo, de pie frente a su puerta principal.

—¿Nicole?

Con los ojos brillantes, el nacimiento del pelo con gotas de sudor que reflejaba la luz del reflector de seguridad y cierto brillo en los labios, su antigua colega parecía haber estado bebiendo.

—Lo siento. Sé que es tarde.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Su voz sonó más severa de lo deseado—. Espera un segundo.

Se quitó el arnés de velcro y maldijo cuando la leche se deslizó por las boquillas y bajó por su estómago. Luego se abotonó el jersey y corrió escaleras abajo.

—¿Quieres entrar? —De nuevo, se dio cuenta de que su tono era descortés.

Pero ver a esa mujer elegante y un poco fría a quien solo conocía en el ámbito profesional de pie en el vano de la puerta de entrada de su edificio la había inquietado. ¿Habrían despedido a Jamie? No. Se habría enterado. ¿Le habría hecho algo a Nicole?

—Será mejor que pases.

Solo cuando llegaron a la parte superior de la escalera, Alex tomó conciencia del aspecto que debía de tener su apartamento a los ojos de un extraño. Durante los dos primeros meses, cuando el visitador médico del SNS iba con regularidad, había intentado mantener el orden, pero en las últimas semanas, el cesto de la ropa había desaparecido bajo una pila de ropa sucia y había empezado a patear la ropa sucia a los rincones.

La corteza de un sándwich de queso tostado que se había preparado a primera hora de la mañana, muerta de hambre de tanto extraerse leche, había quedado en un plato sobre el sofá, junto a un montón de correo basura y correspondencia sin abrir. Sobre la mesita de centro, entre los tubos de plástico del extractor de leche, estaban los dos biberones a medio llenar de leche materna.

—Déjame que quite esto de en medio —murmuró mientras recogía el humillante artefacto de extracción y lo llevaba a la cocina—. ¿Quieres…, eh…, un té?

—Por favor. —Nicole había recogido el sándwich a medio comer y la siguió—. O… ¿podría ser algo más fuerte?

—No hace falta que hables en voz baja. Katie está dormida.

—Ah.

En el congelador, Alex encontró una vieja botella de vodka, un regalo de la antepenúltima Navidad que había olvidado.

—Lo siento. —¿Por qué no paraba de disculparse?—. Esto es lo único que hay. Y no tengo ni idea de qué gusto tiene el vodka con sabor a canela.

—Me da igual cualquier cosa.

—No tengo hielo.

—No importa.

—¿Vamos a…? —Alex señaló la sala de estar y las dos mujeres se sentaron con incomodidad en ambos extremos del sofá.

—Qué práctico tener un distribuidor local en la puerta.

Si el nerviosismo de Nicole era una forma de admitir que le molestaba el silencio de Alex, esta no la iba a ayudar con eso.

—Sí, ¿no? —Miró hacia la ventana—. Debe de ganar un buen dinero. Está allí todas las noches vendiendo Dios sabe qué.

—Ritalin. —Nicole se aclaró la garganta—. Por lo visto, todos los jóvenes lo toman. La llaman la "droga para estudiar", te ayuda a pasar la noche en vela, te mantiene despierto.

—No es algo con lo que necesite ayuda en este momento.

—No. Y, por supuesto, en mi época nos arreglábamos con Pro-Plus y un litro de Coca-Cola.

Alex asintió y esperó.

—Escucha, sé que esto es raro y que no hemos hablado desde lo de Joyce…

Tuvo la delicadeza de parecer avergonzada. Porque esa noche había habido una cercanía entre ellas. Alex no lo había imaginado. Habían hecho un plan, intercambiado números y, luego, nada durante casi dos semanas. Pero Nicole estaba desesperada por salir del apuro.

—Habíamos bebido mucho. —Alex se encogió de hombros—. Y, escucha, tampoco es que…

—Bueno, no. Pero yo debería haber dado la cara… ver cómo estabas.

Una pausa.

—¿De eso se trata? ¿De dar la cara?

—No. —Nicole tomó un sorbo de vodka y se estremeció—. Raro. Pero rico. No, vine porque han pasado cosas…, bueno, extrañas en el trabajo, desde aquella noche. Jamie… —agregó, y su boca tembló con emoción al pronunciar su nombre—, bueno, arruinó una operación importante.

Alex la miró con gesto ceñudo; disfrutaba de la sensación de ser quien controlaba la situación.

—¿Qué operación?

—¿Recuerdas la urbanización Minerva? ¿La que está cerca de Gunnersbury? Es una larga historia, pero teníamos a los hermanos O'Ceallaigh listos para hacer una oferta y Jamie echó a perder la venta. —Consciente de que Nicole la observaba con atención, Alex tomó un sorbo de su bebida y la escupió enseguida.

—Es asqueroso. Tiene gusto a talco para bebés. Ese olor… se mete por todas partes. Tú ya lo habrás olvidado. De todos modos, sigamos con el tema de la urbanización.

—La lista D de la que hablamos esa noche. De alguna manera, apareció en su carpeta de presentación. —Hizo una pausa, con los ojos todavía fijos en Alex—. Y ha habido otras cosas desde entonces. Cosas pequeñas. Se ha estado confundiendo de lugares y horas. Llega tarde a las reuniones. Y sé que Jamie puede ser arrogante y perezoso a veces, pero…

—¿Pero?

—Pero no creo que Jill quiera crear problemas, sin importar lo que se dijo esa noche…

—Lo que dijimos esa noche.

—Sí, claro. Sobre ponerlo en su lugar.

—Oh, yo recuerdo muy bien lo que dijimos. Son tú y Jill quienes parecen haberlo borrado de su cabeza, lo cual no es del todo sorprendente dado que ambas tienen buenos trabajos que les gustaría

conservar.

Nicole negó con la cabeza.

—No he olvidado nada de lo que hablamos. No he podido —continuó, y las palabras salían a borbotones de su boca—. Y, escucha, no puedo hablar por Jill, casi no hemos intercambiado una palabra desde aquella noche, y ya sabes lo unidos que han estado siempre ella y Jamie. Pero hace un rato estaba cenando con mi marido y le estaba contando lo tensas que han estado las cosas en la oficina y, Alex… — Nicole se inclinó hacia ella y su expresión pasó de la preocupación a la curiosidad—. Minerva y el resto. Fuiste tú, ¿verdad?

Alex pasó un dedo por una gota de condensación que se deslizó por un lado de su vaso, pero no dijo nada.

—Por Dios, Alex. No quise…, no llores.

Hasta que Nicole lo dijo, Alex no se había dado cuenta de que estaba llorando. Pero le hacía bien. Porque no había llorado desde el parto y esas habían sido lágrimas de esfuerzo, no de tristeza, ni siquiera de dolor, gracias a las drogas. Y cuando había regresado al apartamento al día siguiente, con el peso de Katie en su sillita para el coche que jalaba de su útero implosionado y las palabras de un artículo horripilante del Daily Mail que resonaba en sus oídos —"Cargar a los recién nacidos en las sillas para coches genera riesgo de prolapso de órganos en las madres que acaban de dar a luz"—, lo único que había querido hacer era acurrucarse en la cama y llorar. Lo cierto era que no había nadie más que pudiera cargarla. Y la persona que ella más deseaba estaba a kilómetros de distancia, en Portugal, pidiéndole permiso a su esposo para volar hasta allí. Pero no había tenido tiempo de llorar porque las sábanas seguían manchadas de un rosa veteado por la rotura de las aguas y cuando Alex las había retirado para descubrir que el colchón también estaba empapado, las ganas de llorar habían sido sustituidas por la rabia. Nada de eso… nada de eso podía deshacerse.

Nicole sacó un pañuelo de papel del fondo de su bolso y se lo dio.

—Cambié de lugar algunos documentos y modifiqué un par de fechas y horas. Minerva… fue tan fácil. Jamie nunca lee los informes de presentación. Yo solía dejárselos sobre el escritorio y pedirle que

los revisara una última vez, pero… Siempre se las ingeniaba para no hacer el trabajo y no asumir la responsabilidad. Así que pensé que si Jill y Paul pudieran ver esta actitud que tiene de creerse con privilegios y la forma en la que crea sus propias reglas sobre la marcha, entonces…

—¿Entonces qué? —la urgió Nicole, pero no parecía sorprendida ni enfadada—. ¿Qué lo despedirían? Te contamos lo de la lista D en confianza. Se suponía que no debías usarlo.

Un sonido agudo como el de una sirena recorrió el apartamento.

—Mierda. —Alex dejó el vaso y se limpió la nariz con la manga—. Se despertó.

—Shhh… —Nicole se llevó un dedo a los labios—. Espera.

Ambas permanecieron sentadas durante un minuto. Nada.

—Si cada vez que emite un ruido sales corriendo, nunca aprenderá a quedarse sola.

Alex esbozó una débil sonrisa.

—No te imaginaba como una madre con los pies en la tierra.

—¿Por qué todo el mundo dice eso? Y tal vez no lo soy, pero, Dios, amo a mi hija más de lo que puedo soportar la mayor parte del tiempo. Solo que mi marido… —Se encogió de hombros—. Él se ocupa más que yo; mejor que yo. Y todo esto, por lo que estás pasando, ahora parece que fue hace muchísimo tiempo. Es increíble lo rápido que te olvidas. Aunque hay cosas de las que una no se olvida. —Con unos cuantos tragos encima, Nicole parecía mucho más amable —. Escúchame —agregó con suavidad—. No voy a fingir que no me alegró verlo acorralado. Y, después de lo que te hizo, entiendo por qué querrías que supiera lo que se siente pagar por algo de lo que no eres responsable. ¿Pero cómo lo hiciste? ¿Hackeaste… el sistema?

Alex la miró a los ojos, pero mantuvo la boca cerrada.

—Es un delito penal, ¿no?

—Es probable —admitió Alex. Era algo en lo que había evitado pensar expresamente—. Jamie había cambiado la contraseña de la intranet, pero no fue difícil adivinar la nueva. Y solo lo hice porque mintió. Mintió en todo. No solo me despidieron, me despidieron por "falta grave". ¿Y cómo demonios se supone que voy a encontrar otro trabajo ahora? ¿Cómo diablos voy a pagar…? —Pensó en el temblor en la voz de su madre cuando la había llamado ese mismo día para advertirle que "podría necesitar un poco más de tiempo… para el préstamo". Que su madre hubiera empezado a susurrar le había confirmado lo importante que era para ella que el padre de Alex nunca se enterara del dinero que le había prestado, y cómo el mero hecho de descubrir el engaño podría desencadenar el tipo de escena que Alex había querido bloquear de su memoria, aun cuando sabía que nunca podría hacerlo mientras su madre y su padre siguieran viviendo bajo el mismo techo.

—Lo siento. —Nicole apretó los labios—. ¿Pero estás diciendo que también entraste en sus correos electrónicos?

Alex decidió ir sobre seguro.

—Solo una vez.

—¿Hace poco?

—Anoche eché un vistazo.

Algo indescifrable atravesó la cara de Nicole y abrió la boca como si fuera a hacer una pregunta antes de volver a cerrarla.

—Sé que no debería haberlo hecho y juro que no lo volveré a hacer. Solo quería verificar si lo de Minerva había…

—¿Salido conforme el plan? Bueno, así fue. Pero no puedes volver a hacerlo. En serio. Aparte de todo, te atraparán.

—No lo haré. Pero ha sido tan… difícil. —La palabra brotó lenta, deliberada y llena de odio—. Lo miro a él y a su familia perfecta y pienso en lo fácil que es todo para ellos.

Si las dos mujeres no hubieran estado sentadas tan cerca, Alex no habría notado el estremecimiento de Nicole.

—¿Conoces a Maya?

Nicole sacudió la cabeza.

—La vi hace poco en la otra punta del salón, sabes, en la fiesta de aniversario de BWL. Y parecía… No sé. No hablamos. ¿Tú?

—No. —Un experto en lenguaje corporal se habría dado cuenta de que el meneo de cabeza había ocurrido un milisegundo tarde—. Hablamos por teléfono un par de veces —prosiguió Alex, y omitió el hecho de que la última vez había sido la tarde anterior, para programar otra tarde de ocio en la casa de Maya y Jamie—. En realidad, me pareció…

—¿Buena tipa?

—Sí. Hasta agradable.

¿Era por eso por lo que Alex había accedido a ver a Maya de nuevo? ¿Era tan simple como eso? ¿O era algo más malévolo: mantener cerca a tus enemigos? Hasta la próxima vez, Alex no podría estar segura.

—Quiero decir, están lejos de ser la pareja perfecta. La forma en la que él se portó contigo…, y no habrás sido la única.

Nicole desvió la mirada.

—No.

—Pero son buenos actores.

Alex se estiró para tomar su iPhone y dio golpecitos en la pantalla hasta que una imagen de Jamie y Maya la llenó por completo.

—Míralos, mira su vida perfecta de catálogo escandinavo. —Había querido hacer reír a Nicole, o al menos arrancarle una sonrisa para aliviar la pesadez de la conversación, pero cuando levantó la vista, Nicole no parecía divertida, estaba demudada.

—¿Qué haces mirando eso?

—Es el Instagram de Jamie y no es privado. Toma, echa un vistazo

a esta publicación del fin de semana pasado.

—No. —Nicole apartó el teléfono—. No quiero verlo. Todas esas cosas, su vida, no es asunto nuestro. Y no tengo ningún problema con Maya. No se la puede culpar por lo que hace su marido.

—Su esposo hace de todo, créeme.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que incluso estando en capilla por algunos errores bastante importantes, y estos son solo los que BWL conoce, incluso cuando debería mantener la cabeza baja, Jamie todavía parece encontrar el tiempo para mostrarse baboso con las empleadas nuevas y bonitas.

Nicole pareció contener la respiración y Alex se dio cuenta de lo insensible que estaba siendo.

—Lo siento. Lo que te hizo…

—Eso no importa. ¿De quién estás hablando?

—Hay una chica nueva en la oficina, Sophia algo. Jamie le ha estado enviando correos electrónicos. Creo que hasta fueron a tomar una copa y parece que…

Pero su invitada estaba de pie.

—Mierda, es más de medianoche. Escucha, siento haber venido tan tarde. Tengo que irme. Le dije a mi esposo que iría directo a casa. —Nicole miraba alrededor de la habitación como fuera de sí—. ¿Mi chaqueta?

—En la cocina.

Pero cuando no se movió, Alex adivinó que había algo más. Algo que Nicole nunca había dicho en voz alta. Y estaba bastante segura de que sabía lo que era.

—No fue solo acoso, ¿verdad?

Un latido. Nicole volvió a sentarse.

—Voy a necesitar otro trago.

CAPÍTULO 18

JILL

El informe trimestral de ventas se reducía siempre a una lectura fáctica, pero a Jill le gustaba lo fáctico —lo fáctico la tranquilizaba—, y, mientras bajaba el dedo índice con lentitud por la lista de ventas potenciales y pasadas y hacía anotaciones ocasionales en el margen con la pluma Cartier que Stan había hecho grabar con la fecha de su enlace para sus bodas de rubí, se sintió más tranquila de lo que se había sentido en semanas.

Solo cuando llegó a las ventas de Jamie, entrecerró un poco más los ojos. Sus gastos siempre habían sido un poco elevados, sus números no solían cuadrar demasiado. Pero aquel día no le llamaron la atención las habituales discrepancias, sino lo elevado de sus cifras trimestrales.

Jill esperaba que sus números hubieran bajado de manera significativa debido al revés en la operación de Minerva, pero en el último trimestre, Jamie había hecho una venta que nunca le había mencionado y que había elevado el total a un nivel decente.

Que Jamie no hubiera presumido de la venta del pub al final de Westbourne Grove era desconcertante. Jill nunca había sido fan de Adrian Spiro, el promotor griego que quería convertirlo en un hotel boutique, pero eso no era lo que la desorientaba. Entonces recordó: en un principio, Spiro se había retirado en el último minuto. Algo relacionado con la planificación o la designación histórica.

Envió un correo electrónico de una sola línea a Jamie: “¿Cómo conseguiste dar vuelta la operación con Spiro?”.

La respuesta fue inmediata: “Hice lo mío”, con dos emojis de músculos flexionados. Y aunque Jill sabía que esto significaría alardes insufribles durante los días siguientes, no podía ser maleducada, y estaba enviando un “felicitaciones” cuando le llegó otro correo

electrónico.

Raxugdy@sharklaser.com.

Hizo clic en él con vacilación: otra secuencia de mensajes. Esa vez —como si alguien hubiera estado mirando por encima de su hombro— entre Jamie… y Spiro.

El inglés del multimillonario griego no era muy bueno y, en cualquier caso, los dos hombres parecían hablar en una especie de código que Jill tardó unos segundos en descifrar. La "escalera de roble tallada" había sido el problema, recordó, después de localizar el archivo original en el sistema. Esa escalera se había convertido en la pesadilla de cualquier promotor en el momento en el que se había mencionado la posibilidad de una ordenanza de preservación.

"Para tu información: el ayuntamiento no emitirá esa ordenanza hasta dentro de diez días", había señalado Jamie en un correo electrónico en respuesta a la decisión de último momento de Spiro de echarse atrás con la operación. "Y sé que habías planeado empezar a trabajar en el lugar a principios de la semana que viene. Avísanos cuando recibas esto, ¿sí?".

El siguiente correo electrónico no hacía referencia a ninguna conversación telefónica y era una simple confirmación de que Spiro había cambiado de opinión y estaba dispuesto a cerrar la operación "lo antes posible". Todo un giro de 180 grados.

Jill se fijó en la fecha de envío del correo electrónico y, luego, llamó a Paul.

—Estoy de camino a una reunión con mi abogado, Jill. Olivia se ha vuelto loca de nuevo. ¿Puedes creer que ahora quiere la casa de Devon? Eso, además de la cuota de manutención exorbitante que está pidiendo y la custodia de Barnaby.

—Perdón…, ¿Barnaby?

—Nuestro galgo.

—Bien. —Jill realmente no tenía tiempo para una de las maratones de furia de Paul disparadas por su divorcio.

—Solo una pregunta rápida: el pub en Westbourne Grove que compró Spiro. Ni siquiera me enteré que la venta se había realizado, y tan rápido. ¿Sabes cuándo empezaron a trabajar ahí?

—A principios de esta semana, creo. —Sonaba tenso—. ¿Contactó contigo el Telegraph?

—¿Qué? No. ¿Por qué?

—Estaba por llamarte para ver si te habías enterado.

—¿Enterado de qué?

—De la escalera, la maldita escalera isabelina o jacobina… Bueno, como sea, la maldita cosa se vino abajo anoche. Al parecer, la estructura no era tan sólida como los obreros esperaban y después de que empezaran a trabajar…

Pero cuando Paul pronunció las palabras “los conservacionistas están que trinan”, Jill dejó de escuchar.

—Paul. —Dejó correr un dedo por encima de las cinco palabras del membrete sobre las que Stan y ella habían deliberado tanto hacía décadas: Nuestra historia. Nuestro patrimonio. Preservémoslo—. Cuando termines con tu abogado necesito que hablemos. Porque vamos a tener que ordenar una auditoría interna de esto… y de Jamie.

Luego, encontró el correo electrónico original de Raxugdy@shark-laser.com con el asunto: “¿Con amigos como estos?”. Justo antes de reenviarlo con tres hábiles clics, añadió una sola línea en la parte superior de su mensaje: “¿Con amigos como estos, Jamie?”.

CAPÍTULO 19

NICOLE

—¡Esto tiene que ser una broma!

Estaba de espaldas a la pared, tratando de encontrar el mejor ángulo para captar con su teléfono las columnas ornamentales que rodeaban el escenario cuando se apagaron las luces. La electricidad había saltado cuando había llevado a Rupert Jones de vuelta al teatro para una segunda visita, pero el técnico topográfico se las había arreglado para volver a encenderlas, y, aunque Nicole estaba bastante segura de que podía recordar dónde había encontrado el técnico la caja de fusibles, tratar de llegar a esta a tientas en la oscuridad iba a ser un desafío.

Era primera hora de la tarde, pero con una ligera franja de luz natural que entraba por las ventanas situadas a ambos lados de la entrada principal, el auditorio abovedado era un conjunto de áreas sombrías. Que el lugar pudiera estar tan silencioso, con una ocasional sirena o bocina sorda de Kilburn Lane que resonaba a través de las paredes carmesí, distaba mucho de ser tranquilizador, y Nicole deseó haber llevado a alguien con ella para recopilar los detalles que le faltaban a Rupert y que había solicitado. Su mente pasó de las antiguas escaleras de incendios que daban al edificio en obras que había detrás a los indigentes que había visto tirados en sus sacos de dormir empapados de orina junto a la estación. Si aún no habían descubierto el albergue más espectacular del noroeste de Londres, era solo una cuestión de tiempo.

Utilizando el teléfono para iluminar el camino, Nicole anduvo con vacilación por el pasillo central de la platea, pasando por las filas de horribles reproducciones de sillas Ambassador que debían de haberse colocado en los años setenta o principios de los ochenta. A la izquierda del escenario, camuflada por molduras neoclásicas, estaba la estrecha puerta que ella recordaba que el técnico topográfico había empujado, pero ¿dónde estaba el pomo? Deslizó la palma de la mano

por el marco, pero no encontró nada.

—Mierda.

Hizo una mueca de dolor cuando una astilla se clavó bajo su piel y levantó el iPhone para inspeccionar el daño. Ahí estaba: una pequeña raya negra justo dentro de la curva de su línea de vida. Se habría sacado la astilla ahí mismo en la penumbra si algo más, que se reflejó en la pantalla de su teléfono, no le hubiera llamado la atención. Un movimiento detrás de su oreja izquierda; luego el blanco húmedo de un ojo.

Antes de que pudiera girarse, Jamie la había tomado por el brazo y la había girado hacia él.

—¿A qué demonios estabas jugando al enviar a Jill ese correo electrónico? ¿Crees que no me iba a enterar? ¿Crees que no me iba a dar cuenta de que eras tú?

—¡Jamie! Casi me matas de un susto. —Se sacudió para intentar liberarse—. ¿Qué te pasa?

Algo pasaba: eso era evidente. Tenía la boca seca y descamada, y su aliento era rancio. La miraba con fijeza mientras jalaba con los dientes de un trozo de piel del labio inferior.

—¿Qué crees que pasa, Nic?

—No tengo ni idea. ¿Puedes soltarme? —Él todavía le sujetaba el brazo con fuerza, con demasiada fuerza para que ella pudiera soltarse sin perder el equilibrio, y en un doble paso poco elegante, la pareja se tambaleó hacia atrás y se golpeó contra los asientos delanteros—. ¡Auch!

—¿Crees que me vas a joder con tus jueguitos? —susurró Jamie mientras la hacía retroceder tanto hacia una de las butacas Ambassador que se vio obligada a apoyarse en los apoyabrazos para mantenerse en pie—. ¿Crees que vas a poner a mis socios en mi contra enviándoles toda esa mierda que se supone que yo he escrito?

—No sé de qué estás hablando. —Nicole odió el titubeo de su voz —. Suéltame.

—Pero eso no es lo que quieres, ¿verdad?

Jamie estaba tan cerca ahora que cuando se rio con suavidad en su cara, Nicole sintió un olor tibio, a pan y cerveza, debajo de la nota alcohólica. Luego le subió la falda y le apartó las bragas en una serie de gestos casi metódicos, como los de un guardia de prisión en una requisa personal.

—No estoy bromeando, Jamie. Déjame… —Pero la mano de él se había desplazado hasta su garganta y le apretaba la tráquea; la última palabra brotó como algo entre un gorjeo y un gemido.

La risa de Jamie fue entonces estridente y resonó en el auditorio a oscuras.

—¿Qué dijiste? No te oí.

Y, sin poder contenerse más, Nicole empezó a reírse también, un sonido ronco y descontrolado, y aplastó su boca contra la de él, disfrutando, como siempre hacía, de ese momento de sumisión.

La postergación del momento aumentaba el placer de ella. Lo había comprobado al principio de la aventura. Pero no fue sino hasta el final de los dieciocho meses de relación cuando comprendió por qué: ceder demasiado pronto no solo banalizaba lo que hacían juntos, sino que lo asemejaba demasiado a lo que ella y Ben hacían dos veces por semana. Una siempre los domingos por la mañana, antes de que se despertara Chloe. Y había algo más. Cuanto más lóbrego se volvía el asunto, más profundos eran sus sentimientos por Jamie: lo bastante profundos como para ser amor, pero un tipo de amor salvaje que nunca había sentido por su marido. El tipo de amor que con el paso del tiempo había cesado de satisfacerla y la dejaba deseando el próximo encuentro antes de siquiera apartarse del lado de Jamie.

Cuando se había atrevido a poner en palabras ese pensamiento, cinco meses atrás, Jamie había admitido que sentía lo mismo y le había prometido que dejaría a su esposa y que haría que esto funcionase, “sin importar las consecuencias”. Y, tal vez, fue culpa de ella por creerle. Pero cuando él había incumplido esa promesa, Nicole se había quedado amargada, rota y condenada a pasar un día tras otro en las salas de reuniones con un hombre que ahora detestaba.

Sin duda, ese era el motivo por el que todo el mundo te prevenía sobre involucrarte con compañeros de trabajo. No por los riesgos que ella y Jamie habían corrido cuando estaban juntos —los achuchones en los ascensores de BWL y el sexo frenético y furioso del que habían disfrutado en salas de reuniones a oscuras y, aquella única vez, en el suelo del vestuario del gimnasio de la oficina—, sino por lo imposible que se volvía la vida laboral una vez que la aventura había terminado.

El hecho de que la de ellos hubiera sido tan diferente del típico amorío de oficina, o de cualquier otra relación que Nicole hubiera tenido jamás, solo la había vuelto más difícil de olvidar. Incapaz de evitar reproducir los salvajes encuentros cada vez que se encontraba en la misma habitación que Jamie, se había sentido tan traicionada por su propio cuerpo y por el deseo que seguía sintiendo en los últimos meses como por él.

—Lo que dije aquella noche en Frankfurt fue en serio.

Jamie se había apoyado en un codo y ella recordó que él siempre hablaba demasiado pronto después de hacerlo, mientras que a ella le gustaba quedarse callada y quieta y disfrutar de los estremecedores temblores posteriores.

—¿La noche que prometiste dejar a Maya? —Volvió el rostro para que él no viera el dolor en sus ojos—. Ah, pero no lo hiciste.

Nicole se concentró en los números en el respaldo de los asientos —8A, 8B— y se preguntó quién se habría sentado en ellos a lo largo de los años. ¿Habrían conseguido todo lo que querían en la vida o se habrían conformado?

—Mírate —prosiguió—, todavía con la encantadora señora Lawrence y compartiendo la felicidad de tu prole con un montón de extraños en las redes sociales. Nunca pensaste hacerlo, Jamie. Ni una de tus palabras iba en serio.

Unos meses atrás, a Nicole le habría resultado difícil mantener el tono de su voz. Todas esas promesas y planes que habían hecho mientras se acababan los aperitivos del minibar en una habitación del hotel Hilton con el aire acondicionado demasiado alto: ella se los había tomado en serio. ¿Tal vez él no se había dado cuenta? Tal vez la tenía por el tipo de mujer que tenía aventuras, como parecía hacerlo

todo el mundo en BWL después de que se hubiera conocido aquel primer y estúpido flirteo. Pero para Nicole, esos planes habían sido la promesa de una vida nueva. Y cuando ella y Jamie habían hecho la presentación al Grupo Zech a la mañana siguiente, Nicole no había empujado su pierna contra la de él por debajo de la mesa de reuniones como habría hecho normalmente, convencida de que, en cuestión de semanas, días, horas, ya no necesitarían robar momentos.

Sí, llegar a ese punto sería doloroso, pero Chloe era demasiado pequeña para entender o recordar demasiado una separación, y, si ella y Ben hacían las cosas bien (que lo harían, ya que su esposo era un hombre decente), podrían acabar siendo una de esas parejas divorciadas que permanecen unidas y que incluso comparten alguna que otra queja sobre sus respectivos cónyuges nuevos mientras toman un café.

Pasar de la planificación de esa vida nueva y las conversaciones telefónicas con un abogado especializado en divorcios que había encontrado en internet a que todo se acabara en una única frase susurrante: "Ahora no es el momento", había dejado a Nicole tan anonadada que ni siquiera se había molestado en intentar ocultarlo. El martes antes de Navidad se había metido en la cama, alegando una infección estomacal, y había permanecido allí durante toda una semana con la misma camiseta descolorida. Luego, una mañana, Chloe le había llevado su ejemplar de La hormiga, la abeja y el doctor y había inventado las palabras que aún no sabía leer en un esfuerzo por animar a su madre. Cuando las lágrimas dejaron de correr por las mejillas de Nicole, consiguió articular: "¿Puedes decirle a papá que venga?".

Cuando Ben se había sentado en silencio en el borde de la cama, esperando que ella hablara primero, Nicole había estado segura de que él lo sabía. Se lo iba a confesar todo, hasta su plan de dejarlo y empezar una vida nueva con Jamie. Pero antes de que pudiera hacerlo, su marido empezó a relatar una conversación telefónica que había mantenido un rato antes con un amigo de un amigo: un terapeuta que pensaba que Nicole podría estar sufriendo de depresión, "muy posiblemente algo hormonal". Así que Ben se había adelantado y le había reservado una cita.

La risa de ella los había sorprendido a ambos.

—Ben, si crees que tengo una especie de depresión premenopáusica —señaló con tono disonante, después de secarse los ojos—, estás tan equivocado que ni siquiera es gracioso. Tengo cuarenta y un años, no cincuenta y uno.

Al oír las risas, Chloe había regresado al dormitorio y preguntado en voz baja:

—Papá dice que no eres tú misma. ¿Quién eres entonces, mamá?

Eso había significado volver a secarse los ojos.

—Soy yo, bichito. Estoy aquí. Y no me iré a ninguna parte, te lo prometo.

Eso y la distracción de la Navidad la habían devuelto a la vida. Esa vez, Nicole había decidido que no se limitaría a conformarse, sino que sería la mejor madre y esposa posible. Y salvo por el reloj TAG que había guardado como recuerdo debajo de un montón de jeans en el último cajón después de que él lo hubiera dejado en la mesita de noche de un hotel meses atrás, había conseguido erradicar a Jamie de su vida.

—¿Así que todos estos meses me has odiado? —Jamie le apartaba el cabello disperso, mechón oscuro a mechón oscuro, de la cara—. No te culparía si así fuera.

—Bueno. Sí, lo he hecho.

Era obvio que a él esto le resultaba más halagador que molesto, y eso la irritó.

—Dejaste de responder mis mensajes. Pasaste a ignorarme por completo.

—¡Me dijiste que habíamos terminado! ¿Qué esperabas? —Y cuando él no contestó—: ¿De verdad creías que iba a querer seguir como estábamos? —Mientras recordaba las mil y una razones por las que había jurado no volver a sucumbir a él, Nicole se sentó y empezó a palpar el suelo bajo los asientos en busca de su teléfono perdido—. Bueno, no. Lo siento. No. —¿Cómo había acabado ahí de nuevo?—. Me tengo que ir.

—Espera, Nic. —Se incorporó para estar a la altura de ella—. Necesito que creas que lo dije en serio, esa noche, cada palabra. Incluso lo había planeado todo mentalmente. Los lugares adonde íbamos a ir de vacaciones. Dónde íbamos a vivir y cómo se llevarían las niñas cuando fueran un poco más mayores.

Nicole meneó la cabeza.

—Todo el tiempo que Maya estuvo embarazada, no dejaba de pensar que no podríamos hacer nada hasta que lo tuviera, la tuviera. Pero, luego, cuando nació Elsa… y no sé si fue porque era una niña o porque era tan pequeñita, ¿sabes?

—Prematura por dos semanas. Lo sé.

Dios, cómo odiaba saber esas cosas. La fecha de parto de Maya, el queso feta que se le había antojado durante el último trimestre y los celos de Christel, quien había pellizcado el muslo de su nueva hermana con tanta fuerza como para hacerla aullar cuando llegó a su casa desde el hospital. Saber esas cosas la hacía sentir como si estuviera asomada a una ventana observando su vida familiar. Una vida que no podía ser tan envidiable, ya que Jamie estaba acostado allí con ella. Y, aunque "¿Y ahora qué?" era la pregunta obvia después de todos estos meses separados, Nicole detestaba esa súplica femenina implícita después del sexo y no estaba segura de poder soportar la humillación de hacerla.

Ben era el único hombre que había conocido que le había hecho esa súplica —palabra por palabra— después de la primera vez. Y, a pesar de que Nicole sabía desde antes de casarse que lo que ella y Ben tenían nunca podría saciarla, él era su mejor amigo. Así que cuando la había llevado a cenar a aquel espantoso restaurante flotante de Bristol el día después de los exámenes finales, ella había contemplado a través de los ojos de buey el río Severn, color verde oliva, y había esperado que él sacara el anillo que ella había encontrado escondido en el cajón de su escritorio unas semanas antes.

La noche en que Nicole encontró el anillo fue la primera vez que había engañado a Ben y había creído de verdad que sería la última. No recordaba el rostro del hombre, pero sí el techo húmedo y abovedado de aquel club en un sótano, en algún lugar debajo del

centro de la ciudad de Bristol, y los golpes en la puerta del baño de damas cuando terminaron. También recordaba el alivio, la sensación de haber llegado a un cierre cuando hubo terminado, como si entonces esa extraña y retorcida parte de sí misma que anhelaba ser dominada, doblegada, pudiera ser desechada casi sin resistencia. Ben iba a pedirle que se casara con él y ella diría que sí. Todo iba a ser más sencillo a partir de entonces, con las cartas sobre la mesa. Y lo había sido, hasta Ian. El estúpido e irrelevante Ian, la "droga de iniciación" que la había dejado con un vacío de romance en su vida, y la había conducido a las drogas duras.

—Nunca quise hacerte daño —continuó Jamie—. Solo que nació Elsa y… Y me preguntaba quién las protegería a ella y a Christel si su papá no estaba ahí.

Nicole se reblandeció un poco al recordar que había tenido esos mismos pensamientos sobre Chloe cuando la idea de dejar a Ben había empezado a parecer real y asintió.

—Y sabía que Maya encontraría a otra persona, así —agregó, y chasqueó los dedos—, en un santiamén.

—Sí, claro, entiendo que a tu esposa no le van a faltar candidatos, Jamie. —Nicole empezó a buscar sus zapatos y a abrocharse la blusa.

—Yo no…, o sea, la idea de que otro tipo cuidara de mis hijas, cuando debería ser yo, ya sabes, porque mi padre se pasaba la vida trabajando…

—Y mira lo jodido que saliste.

—Exactamente.

Nicole hizo una pausa y le pasó el dedo índice por la mejilla.

—No eres un jodido. —Y, por un momento, los dos pararon de abrocharse y subirse la cremallera y se miraron con atención.

—Sin embargo, te he jodido, ¿no?

Ella no iba a darle la satisfacción de que supiera cuánto.

—Vamos. —Le tomó la mano y tiró de su amante para que se pusiera en pie—. Tengo que volver a la oficina. Pero antes quiero mostrarte algo. —¿Era esta la razón por la que no le había contado a Rupert lo del fanal el otro día?—. No se ve desde el suelo y en los planos parece parte del techo. Es una locura: no lo vas a creer.

Tanteando el camino a través del pasadizo oculto detrás del escenario, subieron una serie de escaleras de madera estrechas y con olor a moho hasta llegar al falso techo. Allí, entre una maraña de cables eléctricos, había una escalera de Jacob que conducía a una trampilla en el techo del teatro.

—¿Adónde me llevas?

—Confía en mí —replicó ella mientras subía con cautela por encima de él—, vale la pena. Fíjate dónde pisas.

—En este momento estoy demasiado ocupado mirando otra cosa.

Desde su peligrosa posición detrás de ella en la escalera, Jamie sonrió y Nicole sintió una punzada de la antigua excitación mientras empujaba la trampilla y salía con la mayor elegancia posible al interior de la estructura de cristal abovedada en el techo del edificio: una especie de campana de cristal, lo bastante grande como para que cupieran dos personas sentadas.

—¿Vas bien?

Jamie la siguió y se quedó con la boca abierta ante el espectáculo que se expandía frente a ellos.

Desde esa posición dentro del mirador de cristal en el techo se desplegaba la vista de 360 grados del noroeste de Londres que Nicole había contemplado el otro día, con el área verde de Queen's Park delante y la curva en forma de cadera del cementerio Kensal Green a la izquierda. La ciudad, trazada con tanta precisión como una aldea de juguete, se extendía hacia el cielo azul de primavera, empañado por algunas nubes.

—¿No es increíble? —Jamie solo podía sacudir la cabeza con asombro mientras Nicole hablaba—. Y falta lo mejor.

Se estiró hacia una escotilla en la base de la cúpula de cristal y abrió de par en par el panel de una ventana curva; luego, le indicó a Jamie que la siguiera afuera a una pequeña zona plana de techo de pizarra.

—Ven.

Durante un momento, permanecieron sentados allí, con las rodillas apretadas contra el pecho, perdidos en la contemplación callada de un Londres silencioso que, desde esa posición sagrada y secreta, parecía pertenecerles solo a ellos.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos? —balbuceó Jamie entre risas.

—Te dije que valía la pena —respondió Nicole, y observó como la sonrisa de él se ensanchaba mientras ella describía en detalle la mecánica de la estructura.

—Qué friki eres —susurró Jamie, y le tomó la mano—. Cómo te gustan estas cosas.

—¿A ti no? —Se volvió hacia él—. ¿No es eso lo que nos diferencia de esos brókeres desalmados a los que les importa un bledo lo que venden o si seguirá en pie un año después?

—Por supuesto.

Sin querer pensar demasiado en las motivaciones profesionales de Jamie, Nicole volvió su atención a la vista.

—Todo parece tan pequeño, tan poco importante desde aquí. —Enroscó sus dedos alrededor de los de él.

—Quizás lo es. —Jamie se inclinó para besarle el cuello y la engañosa naturalidad de su actitud hizo que Nicole recuperara la perspectiva de golpe.

¿Creía que podía embaucarla como había hecho con Sophia, la chica nueva? Después de lo que le había hecho pasar a fines del año pasado, Nicole no le permitiría pensar que podía tenerla así como así. Por muy débil que ella hubiera sido aquel día, las cosas habían cambiado. Agotada por el tira y afloja constante, apartó la cara con

firmeza.

—No lo hagas. —Ni siquiera sonó convincente para sí misma—. No podemos volver al pasado. ¿Y la forma en que me hablaste antes? ¿Acusándome de cosas? ¿Qué fue eso?

—Lo sé. Dios, lo siento. No sabía qué pensar.

—Ni siquiera me explicaste qué se supone que he hecho: ¿este correo electrónico que se supone que te mandé?

Jamie gimió.

—Olvídate de lo que dije. Me doy cuenta de que no fuiste tú.

—Entonces, cuéntamelo.

Vacilante, le habló del correo electrónico que Jill le había reenviado y de la auditoría interna que había ordenado después de que el Telegraph hubiera convertido el "Escándalo Spiro" en un artículo a toda página.

—Esto podría ser grave. Pero juro que nunca escribí las palabras en ese correo electrónico, Nic. ¿Estaba preocupado por Jill? Sí, claro. Y todavía lo estoy. Porque no está del todo bien estos días. Ha estado así desde que Stan enfermó.

—Su marido tiene cáncer. ¿Cómo estarías tú de concentrado si Maya tuviera cáncer?

—Escucha. —Jamie espiró profundamente—. Conozco a Stan y a Jill desde hace años. Ellos me trajeron a la empresa, ¿recuerdas? Y no… no hables de Maya.

Nicole se irritó.

—Mierda. Lo siento.

—Pero no sería tan estúpido como para escribir ese tipo de cosas en un correo electrónico. De todos modos, no importa. Pero si me preguntas si creo que Jill debería dar algo más que, bueno, un paso atrás temporal, sí. Está en edad de jubilarse.

Nicole hizo una mueca.

—Mi padre trabajó hasta los setenta y dos años. No recuerdo que nadie lo cuestionara por eso.

Jamie trató de deslizar una mano alrededor de su cintura.

—¿Qué pasa? ¿Se trata de un asunto feminista?

Las sugerencias de igualdad de género más básicas tendían a provocar una expresión de exasperación por parte de Jamie; se había convertido en un chiste cuando estaban juntos. Solo que ahora el estado de ánimo de Nicole era tan precario como su posición en esa azotea, a treinta metros de altura, y no se atrevió a reírse.

—Vamos, tengo que irme.

—¿Por qué te importa tanto esto? Ni siquiera conoces a Jill.

—Me tengo que ir, en serio. —Nicole se arrastró hacia la trampilla —. Pero supongo que me importa Jill porque he tenido suficiente trato con ella para saber que es muy buena en su trabajo. Y que tú, de entre toda la gente, hables de ella de la manera en que lo haces a sus espaldas me parece…, después de todo, tal vez la lealtad no sea tu fuerte.

Bajaron la escalera de Jacob con un ánimo muy diferente y, hombro con hombro pero en silencio, se dirigieron a través del auditorio hacia la puerta. Fuera, en medio del caos londinense de la hora punta, Jamie se volvió hacia ella.

—Yo no escribí ese correo electrónico.

—Te creo. —Nicole suspiró aliviada, porque al decirlo, descubrió que era cierto—. Supongo que pensé que podrías ser un mentiroso, además de infiel.

—Bien —dijo Jamie con rotundidad, harto ya de tanto juicio—. Y, tal vez, me merezca eso de ti. Pero si tú no lo hiciste, Nic, ¿quién lo hizo?

—No tengo ni idea —replicó ella mientras giraba sobre los talones

y, con un saludo poco entusiasta, se alejaba por Kilburn Lane.

Nicole no pensaba contarle que todo aquello llevaba la firma de Alex, y mucho menos, el papel que ella misma había desempeñado en motivar a su exasistente personal a seguir adelante con "el plan". Todo lo que había dicho aquella noche en el pub era cierto… con respecto al preámbulo de su aventura. Solo había omitido la parte de que ella había incitado los gestos y palabras "inapropiados" de Jamie. Omitió mencionar que el día en el que él le había dicho "cómo te cogería hoy", ella se había ido a su casa y lo había repetido una y otra vez mientras Ben dormía a su lado, y había ahogado su último gemido estremecido en una almohada.

Todo lo que le había contado a Alex en su apartamento aquella noche también había sido verdad. Cuando se enteró de que Jamie había intentado embarcarse en juegos similares con Sophia, Nicole había recordado aquella vez —y había sido solo una— en la que Jamie había llevado las cosas demasiado lejos. Si él había malinterpretado sus señales o se había excitado viéndola sacudirse y farfullar, Nicole nunca lo sabría. El episodio había tenido lugar tan próximo a la separación que lo había enterrado junto con todo lo demás… hasta aquella noche en el pub. Escuchar a Alex y a Jill hablar de sus propias humillaciones a manos de Jamie y comprender por primera vez lo mucho que él disfrutaba del juego de poder con las mujeres en todos los ámbitos de su vida había despertado el recuerdo. El suelo de una habitación de hotel: la cabeza de ella vuelta dolorosamente contra la válvula de un radiador; la mano derecha de él que le apretaba el cuello más y más fuerte. Mientras él ignoraba sus jadeos —"Basta"—, ella había forzado una risa estrangulada, con la esperanza de poder disipar la agresividad que hubieran provocado juntos. "Bueno. Por favor. Para". Nunca habían tenido una "palabra clave", ni siquiera habían discutido la idea de una. ¿Habría cambiado algo si la hubieran tenido? Al recordar la vacuidad en las pupilas de Jamie, su mandíbula floja, su ritmo que se aceleraba en sacudidas furiosas —y cómo se había desplomado luego sobre ella—, no podía estar segura. Pero el estupor en su rostro cuando ella consiguió por fin quitarse su peso muerto de encima y, entre patadas y maldiciones, se puso en pie, eso había parecido muy genuino.

—¡Dios, te hice daño en serio! —había gemido él.

Nicole se había sentido agradecida de que las continuas disculpas y súplicas de perdón hubieran ahogado la pregunta que no cesaba de dar vueltas dentro de su cabeza: “Pero no paraste. ¿Por qué no paraste cuando te lo pedí, Jamie?”

Nicole nunca, ni siquiera para sí misma, había utilizado la palabra que su cerebro había rechazado por inexacta —¿imposible?— en ese momento. Y esa noche con Alex, no había necesitado hacerlo. Porque en la locura que se apoderó de ella después de ver aquellas fotos de la gloriosa vida familiar de Jamie y oír hablar de su nueva víctima en la oficina, Nicole había pasado de querer detener a su exasistente personal para que no hundiera sus incisivos en los talones de Jamie como un rottweiler a desear que lo despedazara.

Solo que no había imaginado ni por un segundo que podría regresar con Jamie. Eso que ya había puesto en marcha, ¿sería demasiado tarde para detenerlo?

CAPÍTULO 20

ALEX

—¡No te atrevas a quitarte los zapatos! Vuelve a ponértelos.

—¿En serio?

Alex estaba apoyada en la pared del vestíbulo de Maya, empujando hacia abajo el talón de su zapatilla derecha.

—Lexie —dijo Maya, riendo—, ya pasamos por esto la semana pasada. No somos suizos. Además, acabo de convencer a mi marido para que compre una de esas nuevas aspiradoras Dyson Cyclone o como se llamen. Parecen una espada láser, y como buen aficionado de La guerra de las galaxias, a Jamie le va a encantar. Ahora pasa, vamos a almorzar.

Cuando había entrado allí la semana anterior, eufórica por el riesgo que estaba corriendo incluso después de haberse asegurado de que su exjefe estaría en la oficina hasta tarde, su primer pensamiento había sido que las redes sociales se habían quedado cortas a la hora de reflejar la magnitud del lugar. La casa adosada de estilo victoriano había sido reconfigurada con inteligencia y convertida en una moderna casa familiar de planta abierta, con muebles minimalistas y arte contemporáneo de vanguardia en las paredes. Por dentro, parecía valer mucho más que los 3 250 000 libras en que la empresa inmobiliaria Zoopla la había tasado.

—Guau. Este lugar es fantástico, Maya. Es como si no estuviéramos en Londres.

—¿De verdad? Nos llevó años tenerla como queríamos. Pero como soy un culo inquieto, ya estoy pensando en mudarnos más lejos, aunque no demasiado. Richmond o Barnes, tal vez.

Después de sacar a Elsa del fular portabebés rojo que parecía llevar

siempre colgado del cuello, listo para cargar a su hija, Maya había instalado a las niñas en el gimnasio de juegos situado en la esquina más alejada de la habitación, donde la cocina colindaba con un invernadero enrejado que servía de comedor. Allí, las dos niñas habían gorjeado con satisfacción mientras sus madres disfrutaban del tipo de tarde de ocio que Alex había empezado a pensar que nunca volvería a poder permitirse.

Aquel día, en lugar de sentarse a la mesa de la cocina, Maya llevó a Alex al invernadero que daba al jardín. Entre las dos magnolias que caían en cascada en los extremos del jardín había un columpio y un tobogán: no esos feos de plástico que había en los parques públicos, sino un juego retro, de madera y pintado a mano, que tal vez el propio Jamie se había esmerado en montar.

El sol en lo alto se filtraba a través del cristal sobre la ancha mesa de haya y un embriagador aroma a orquídeas y madera caliente llenaba la habitación.

—Me pasaría todo el día aquí si pudiera, pero en esta época del año hace demasiado calor para las niñas.

—Ay, Maya, es increíble. ¿Christel está en la guardería?

—Sí. La pasará a buscar la niñera, lo que significa que no tengo que conducir y podemos tomarnos una copa de vino.

—Genial. —Alex sonrió.

Solo que la fantasía que había estado viviendo desde que había llegado a Bumps & Babies esa mañana acababa de implosionar. Porque un recuerdo se estaba colando en su mente: de una filipina de rostro alegre que dejaba a Christel con su padre en la oficina al final de un día, meses atrás. El embarazo de Alex estaba bastante avanzado en ese momento y las dos mujeres habían charlado. De qué había tratado la charla y si había sido lo bastante larga como para que la mujer pudiera reconocer a Alex ahora no lo sabía. Pero de pronto, la conciencia del riesgo que estaba corriendo y de la locura de estar allí como “Lexie, una mamá de Chiswick” en la casa de su antiguo jefe la impactó con tanta fuerza que se levantó con rapidez y, al hacerlo, golpeó su copa de vino con el dorso de la mano y esta se estrelló contra el suelo de baldosas.

—Lo siento mucho, Maya. Déjame… ¿tienes papel de cocina?

—Por favor, yo me ocupo.

En un instante, regresó de la cocina con una pala pequeña y un cepillo.

—Yo aquí llenándote de vino y lo que necesitas es comida, ¿no?

—Sabes, pensándolo bien, quizá deberíamos almorzar otro día. —Alex tenía la garganta seca y sus ojos fueron de Katie en la colchoneta de juegos a su bolso en el sofá mientras evaluaba la rapidez con la que podría marchase sin que pareciera extraño—. En cualquier momento llegará la pequeña Christel y…

Maya levantó la vista de su posición en cuclillas en el suelo, donde casi había terminado de limpiar el lío que había armado Alex.

—Van a ir al parque después de la escuela, así que no volverán hasta las cuatro y pico… ¡Relájate!

Y cuando Alex miró el reloj de la pared por el rabillo del ojo y vio que aún no eran las dos, sintió el alivio recorrer su cuerpo.

—Voy a preparar una ensalada César con pollo, ¿te gusta? No tardaré ni dos minutos. —Luego, desde la cocina—: Yo también tengo esos bajones de azúcar, es la lactancia. ¿No te dejan hecha polvo?

—Eso y levantarme cinco veces por noche —respondió Alex.

—Creo que los hombres nunca entenderán cómo te puede afectar ese nivel de cansancio. Y, sin embargo, seguimos adelante. Jamie es uno de los hombres con más energía que he conocido, pero es un fetichista del sueño. No puede sobrevivir sin él. Si no duerme ocho horas, el tipo es un desastre.

“Lo sé, lo recuerdo. Yo era la que tenía que arreglar todas sus pifiadas en la oficina cuando estaba con desfase horario o se había quedado bebiendo hasta tarde”.

—Mi marido es igual —rio Alex, entonces más tranquila.

Era muy agradable estar en esa casa blanca y espaciosa con aquella

mujer rubia y brillante. Sí, Maya era una malcriada y vivía en otro mundo, pero las dos mujeres parecían compartir muchas de las mismas preocupaciones, y había algo tranquilizador en su presencia física: desde su tez con efecto difuminado y sus rasgos escandinavos simétricos hasta su forma llana de pronunciar las vocales que ahogaban la incesante charla interior de Alex. Hasta Katie parecía más tranquila en su compañía. Y mientras las dos mujeres habían paseado sin prisas por Chiswick High Road después de la clase de gimnasia para bebés, intercambiando comentarios tontos ("¿Esos pezones del tamaño de un plato que tienes ahora? No te asustes, volverán a la normalidad") y asuntos más serios ("Nadie te cuenta del aislamiento de los primeros meses"), Alex se había sentido más feliz y relajada de lo que se había sentido en meses.

Pero la amabilidad de Maya era lo que más le había sorprendido en la mujer que había elegido casarse con Jamie Lawrence. ¿Tenía idea de la clase de monstruo con el que estaba viviendo? "Espero que no te importe que te haya llamado", le había susurrado al principio de la clase. "Para ser sincera, me quedé pensando en ti". "Con la impresión de que…", había agregado, y parecía avergonzada, "no sé…, de que te vendría bien una compinche. A mí me vendría bien".

Alex se dio cuenta de que Maya había elegido una expresión cursi para aligerar la afirmación. Y eso, de por sí, era dulce. No había querido dar por sentado ni insinuar que Alex no tuviera amigas, pero la frustración evidente que ambas sentían como mujeres trabajadoras convertidas en madres no era algo que muchas admitieran de la manera fácil e inmediata en la que ellas lo habían hecho el primer día que se habían conocido. Y por muy diferentes que fueran sus estilos de vida, eso las unía. Por eso, cuando Maya volvió a proponerle almorzar en su casa, esa vez Alex no se había resistido.

La curiosidad, malévola en medio de un día tan despreocupado, solo había surgido una vez dentro de la casa de Jamie. Porque hasta que Alex volvió a enfrentarse a esas fotos de su antiguo jefe en los estantes, había sido fácil olvidar que existía algún vínculo entre Jamie y esa mujer que, de mala gana, empezaba a caerle bien. Y al pasar de una fotografía de su exjefe y Maya riendo bajo una lluvia de confeti el día de su boda a otra de la pareja con absurdos jerséis navideños en algún lugar opulento y nevado, Alex se vio obligada a reprimir un escalofrío al pensar en lo que aquel padre de familia de rostro sociable

le había hecho a Nicole.

Maya acababa de servir la ensalada cuando el portazo de la puerta principal las sobresaltó a ambas.

—Hooola —exclamó una voz filipina cantarina desde el vestíbulo —. Volvimos temprano. Christel no se siente muy bien.

—Ay, cariño. —Cuando Maya salió corriendo a saludar a su hija, Alex, con la sangre que le palpitaba en los oídos, se obligó a pensar. Tenía que haber una forma de escapar de la situación.

—¿Tienes hambre, mi amor? —Alex levantó a Katie del gimnasio de juegos, rogando que Maya no recordara que le había dado el biberón hacía poco, y se escabulló al invernadero con el cuerpo inclinado hacia la pared como si estuviera dando de mamar a su bebe —. ¡Toma el biberón! —susurró, e inclinó la cabeza en señal de agradecimiento cuando su hija lo hizo.

No había nada que distrajera tanto como los propios hijos, y, al oír los murmullos maternales de Maya en la habitación de al lado, Alex se sintió segura de que las dos mujeres estarían lo bastante concentradas en la pequeña Christel como para ignorarla.

—¿Comió algo camino a casa? —oyó que Maya le preguntaba a la niñera entre arrullos.

—Solo esos palitos de pan y algunas pasas. ¿Todavía tendrá hambre? ¿Le preparo algo?

“Di que no”. No, gracias. Puedes irte a casa. Estamos bien. Porque Katie había decidido que había tomado suficiente leche maternizada y sus mejillas se estaban sonrojando y cubriendo con manchas por el calor amplificado del invernadero. En cualquier momento empezaría a llorar y alertaría a la niñera de su presencia.

Alex aún estaba elaborando una estrategia cuando oyó que Maya le decía a la niñera que no, que estarían bien. ¿Por qué no se iba a su casa? Cerrando los ojos, Alex dejó escapar una respiración larga y controlada: alguien la estaba cuidando.

Cuando los abrió de nuevo, una mujer pequeña y de cabello lacio

estaba de pie en la puerta del invernadero con un vaso de agua helada.

—Pensé que querría esto. ¡Hace mucho calor aquí!

Su sonrisa era tan ancha y franca como lo había sido aquella tarde en la oficina, pero cuando Alex tomó el vaso de su mano, los ojos de la niñera pasaron de Katie a la cara de Alex, donde se detuvieron, con un signo de interrogación implícito.

—Gracias. Yo… Soy Lexie.

—María.

Pero la mujer no se movió.

—Me estoy muriendo de calor —murmuró Alex en la muselina de Katie, ansiosa por no levantar el rostro—. Pero terminaré de darle de comer.

La mujer frunció el ceño.

—¿Usted y… el señor Lawrence?

Fue en parte una afirmación y en parte una pregunta, y antes de que Alex pudiera pensar en una respuesta, Maya asomó la cabeza por la puerta y rio.

—No, ella es mi amiga Lexie. De Bumps & Babies. Katie es un mes mayor que Elsa.

Alex se estremeció al darse cuenta de que este hecho volvía a resonar en la conciencia de María. Ese día en la oficina habrían comparado las fechas de parto; en efecto, recordó que lo habían hecho.

—Anda, vete. —Maya la estaba salvando y ni siquiera lo sabía—. Christel va a ver un poco de televisión, ¿no es así, mi amor? ¿Descansarás un rato mientras mamá y Lexie terminan su almuerzo? Katie y Elsa podrían dormir la siesta.

Por cierto, Katie parecía estar a punto de quedarse dormida en el calor, y después de un movimiento de cabeza casi imperceptible —¿se

acordaría?— María se rindió, saludó con la mano y se marchó.

—Sé que es un día lectivo, y prometo que no soy una alcohólica —agregó Maya, y se mordió el labio mientras recogía los platos—, pero ¿por qué no tomamos otra copa? A no ser que tengas que ir a algún sitio.

Alex se rio, en parte porque después de lo que acababa de ocurrir no había nada que necesitara más y en parte por la idea de tener que estar en algún sitio. Gracias al pendejo de tu esposo, pensó mientras las dos mujeres brindaban, no tenía otro lugar adonde ir.

Con la segunda copa, Alex ya tenía la misma sensación irracional de bienestar que había sentido en esa casa la semana anterior. Maya parecía encontrarla divertida y echaba la cabeza hacia atrás y resoplaba de risa con algunas de las historias sobre Kieran (Alex estaba orgullosa de la rapidez con que se le había ocurrido el nombre de su marido ficticio). Y cuando brindaron, Alex se sorprendió a sí misma con una anécdota sobre sus padres.

—A mi padre no le gusta que mi madre beba. En realidad, no le gusta que haga casi nada. Es… —Buscó la palabra adecuada, antes de conformarse con un eufemismo—: controlador. Recuerdo que una vez la dejó unirse a un club de lectura. Y ella estaba tan emocionada de estar en compañía de otras mujeres, de sentirse libre, supongo, que volvió de su primera sesión un poco achispada. Eso fue todo. —Alex sacudió la cabeza—. Nunca más la dejó volver después de eso. La llamó “una vergüenza”.

—Qué espanto, Lexie.

—Sí, ¿no? —Nunca le había contado estas cosas a nadie—. Su matrimonio. No es algo a lo que yo podría sobrevivir. Gracias a Dios encontré a un hombre como Kieran.

—Pero igual es difícil, ¿no? —aventuró Maya, con los ojos oscurecidos casi hasta un verde alga por el vino—. Me refiero a que te adoran durante un tiempo, pero, luego, poco a poco, es como que te vuelves, no sé, irritante, en muchas cosas pequeñas. Y no hay nada que puedas hacer al respecto.

—Yo creo que Jamie todavía te adora. Quiero decir, eso parece,

por lo que dices. Y debería, ¿no? Además, ¿no lo encuentras tú irritante a veces?

—Claro que sí. Pero soy afortunada. Me casé con un buen hombre. —Maya se apoyó una mano en el pecho—. Así que, si alguna vez algo me molesta en serio, se lo digo y lo hablamos, y casi siempre entiende mi punto de vista y deja de hacerlo. Por ejemplo, el hecho de fumar en secreto del que te hablé la semana pasada. Una vez lo enfrenté y le dije lo mucho que me molestaba y él juró no volver a hacerlo y sé que lo cumplirá. Lo que no me gusta son los secretos, ¿sabes?

—Parece que te respeta de verdad. —Alex sonrió, pero por dentro estaba haciendo una mueca burlona. Sí, Jamie respetaba tanto a su mujer que guardaba un paquete de Marlboro Light en el último cajón de la oficina. La respetaba tanto que violaba a sus compañeras de trabajo.

—Al final el respeto es lo más importante —señaló Maya—. El resto… —añadió y bajó la voz a un susurro avergonzado—, la intimidad. Bueno, sé que es importante, pero cuando llevas unos cuantos años juntos… —Sus ojos pasaron de la cara de Alex a su propia mano sobre la copa de vino, como si estuviera tratando de evaluar si lo que quería decir sería demasiado, demasiado pronto—. Y es más difícil tener ganas con un recién nacido. Me acuerdo con Christel. Pero ahora, con dos, y yo que estoy un poco más mayor…

—¡Pero si pareces una veinteañera, Maya!

—¡Ojalá! —resopló—. Cumplo treinta y seis la semana que viene. De todos modos, esta vez me está costando más retomar… ya sabes.

A Alex le estaba gustando aquello. Ya se le estaba ocurriendo una idea de cómo aprovechar esas confidencias.

—No debe de ser fácil para los hombres —deslizó.

—No. —El tono de Maya se había endurecido—. Pero me parece que teniendo en cuenta por lo que pasamos nosotras, podrían ser un poco más…

—¿Sensibles?

—¡Sí!

—Porque la presión solo sirve para empeorar las cosas.

—¡Exacto! —Maya parecía aliviada—. Jamie siempre ha sido bastante insaciable en ese aspecto, lo cual me encantaba, pero en este momento… Para ser sincera, nos hemos peleado un par de veces por eso.

—Estoy segura de que a la mayoría de las parejas les pasa lo mismo. Tengo suerte de que Kieran entienda por lo que he pasado. —Alex estaba empezando a encariñarse bastante con su marido de fantasía—. Y no conozco a Jamie, pero tienes todo el derecho de molestarte si él está siendo desconsiderado.

—Tienes razón.

—¿Puedo pasar al baño, Maya?

Alex subió las escaleras, como le había indicado, hacia el baño en el rellano —"Es más bonito para los invitados"— y revisó con rapidez el pequeño armario con espejo en la pared. No había nada más que una vela Diptyque de repuesto y el pastillero semanal de todos colores lleno de vitaminas multicolores que Alex reconoció de la publicación de Maya en Instagram. Cuando se disponía a salir del baño, vio algo metálico en el alféizar de la ventana. La alianza de Jamie.

Al oír que Maya intentaba con gentileza despertar a Christel de la siesta en el piso de abajo, Alex se guardó el anillo en el bolsillo y se encaminó hacia el piso siguiente, aunque se detuvo para deslizar el paquete medio vacío de Marlboro Light que había llevado con ella debajo de una toalla en el armario de la ropa de cama en el rellano, donde sería descubierto con facilidad, antes de asomarse al dormitorio de Jamie y Maya. Era peligroso, lo sabía, pero quería ver dónde dormía Jamie.

Grande, con pocos muebles y pintada de color azul claro, la habitación daba al jardín desde un enorme mirador con ventanal doble. Alex se quedó mirando un momento y trató de imaginar cómo se sentiría Jamie cuando corría las cortinas por la mañana mientras Maya yacía con un camisón de seda como el que asomaba entonces debajo de su almohada y planeaba sin apuro qué iban a desayunar.

¿Acaso desviaba los ojos de esa mujer hermosa, amable e inteligente que claramente lo adoraba hacia la vista desde su castillo y se preguntaba cuánto tiempo… cuánto tiempo tendría hasta que lo atraparan? ¿Tenía siquiera conciencia de que era un fraude que no merecía todo aquello? La respuesta a ambas preguntas tenía que ser no. Nadie que apreciara lo que tenía podía ponerlo en peligro de la forma en la que Jamie lo había estado haciendo durante años, tanto profesional como personalmente. Alex no era estúpida: entendía que el peligro en sí era lo que lo excitaba, al igual que a los miembros del Parlamento con sus colaboradoras y a los presidentes con sus becarias. Era la provocación machista del patio de recreo: "No puedes atraparme". Solo que Jamie estaba a punto de ser atrapado en todos los sentidos. Y, quizá, entonces apreciaría todo lo que había perdido.

Sus tardes con Maya le estaban aportando mucha información. Pero, aunque todo ese conocimiento interno había entusiasmado a Alex la primera vez que había estado en la casa, y cambiar la hora de la entrevista en Greenleaf le había dado la misma inyección de poder que modificar el lugar de la reunión para la "última oportunidad" con los hermanos O'Ceallaigh en el calendario online de Jamie, su relación con su mujer había tomado un giro inesperado: el de una amistad genuina. Había algo muy honesto en Maya, se le había ocurrido a Alex mientras ella y Katie volvían a casa esa tarde, deteniéndose un instante para arrojar la fina alianza de oro que llevaba en el bolsillo dentro un contenedor. La ironía de que Maya estuviera casada con un hombre que no parecía capaz de abrir la boca sin mentir no se le escapaba.

Alex se había estado preguntando si su sed de venganza estaría a punto de saciarse cuando se había conectado a la intranet de BWL y había visto el intercambio de correos electrónicos entre Jamie y Jill sobre Spiro en tiempo real. Si la pregunta de Jill sobre cómo Jamie había "conseguido dar vuelta" una operación que parecía una causa perdida —y que había sido reflotada a una velocidad vertiginosa— no hubiera sido suficiente para despertar las sospechas de Alex, el uso excesivo de emojis lo habría sido. Al igual que su sonrisa extragrande, los emojis eran siempre un signo de duplicidad en Jamie, y Alex no había podido resistirse a develar el pequeño plan secreto de Jamie con Spiro. Su pulso se había acelerado mientras sus dedos recorrían el teclado como impulsados por alguna fuerza externa.

Qué fácil había sido volver a leer sus correos electrónicos hasta encontrar el que alentaba al escurridizo promotor griego a tomar cartas en el asunto. Alex nunca sabría si Jamie había estado involucrado en algo más que eso, pero una rápida llamada anónima al Telegraph había logrado que alguien con habilidades de investigación superiores a las suyas se pusiera a indagar con rapidez. Y aunque el artículo que se publicó resultó más condenatorio para Spiro que para "El señor de las ventas Jamie Lawrence", el impacto que eso tendría en la reputación de BWL no podía ser ignorado por Jill ni por Paul. Teniendo en cuenta que era muy probable que la suave sacudida que ella le había dado al mundo de Jamie fuera suficiente para que su exjefe zozobrara por sí mismo, tal vez lo único que le quedaba por hacer a Alex era sentarse y observar.

Sin embargo, mientras esperaba que se abriera la bandeja de entrada esa noche, experimentó el habitual y no del todo desagradable aleteo en su estómago. ¿Habría descubierto Jamie lo que ella había estado haciendo y habría cambiado su contraseña? Pero ya estaba dentro, y se desplazó de un mensaje a otro hasta tener una imagen completa del día de Jamie Lawrence, con todas las tensiones crecientes y las microhumillaciones que se merecía.

Pero algo le llamó la atención: demasiado impaciente para leer los correos electrónicos en orden cronológico, Alex había hecho clic en uno enviado a última hora de la tarde en el que Jamie quedaba en tomar una cerveza esa noche con un amigo como "celebración". En respuesta a la pregunta de su amigo: "¿Qué vamos a celebrar, viejo?". Jamie había respondido: "Un temita que me preocupaba y que parece que se va a solucionar. Hablamos más tarde".

Mientras se deslizaba con rapidez por la bandeja de entrada, la de salida y la papelera de Jamie, e ignoraba los extractos bancarios, los recibos de compras online y los nombres femeninos irreconocibles en los que por lo general habría hecho doble clic, Alex se sintió inquieta. Todavía podía oler el talco Johnson que estaba segura que se había quitado de las manos: ese olor floral enfermizo la seguía por todas partes. Iba a tener que volver a lavarse las manos con algo más fuerte, aunque nada parecía funcionar. Incluso el perfume que se había echado un día solo había conseguido reavivar el olor del polvo de una forma curiosa. Se preguntó si algún tipo de detergente para platos sería lo bastante fuerte como para matarlo. Pero primero tenía que

asegurarse de que Jamie no hubiera conseguido escabullirse otra vez.

Había un breve correo electrónico de Paul:

Hice lo que pude, amigo. Ella sabe que tiene que haber acuerdo de todos los socios para una revisión y no estoy seguro de que tenga la energía necesaria para convencerme en este momento, así que cruza los dedos para que se olvide del tema Spiro. Por supuesto que creo que no tuviste nada que ver con eso, el tipo siempre pareció bastante turbio. Y el hecho de que Ainsley ande rondándole a Minerva va a ayudar, obvio.

Alex frunció el ceño. Paul debía de referirse a Harry Ainsley, el magnate convertido en estrella de la televisión, lo cual era un golpe maestro para Jamie… y un revés para ella.

P. S.: Afloja con Jill, ¿quieres? No lo ha pasado nada bien últimamente. Pero quizás tengas razón en lo otro.

Era evidente que la red de los viejos muchachos estaba vivita y coleando. Y Alex estaba dispuesta a apostar que "lo otro" eran los supuestos celos profesionales de Jill. Porque así eran las mujeres, ¿no? Celosas y mezquinas.

Descubrió una serie de correos electrónicos posteriores de Jill:

Paul parece pensar que podríamos resolver esto sin una revisión formal. Y, si decidimos eso y logras presentarle tus cuentas a Alan a tiempo, podría ser más fácil para todos. Espero que entiendas que esto nunca fue personal, a diferencia de tu correo electrónico del 8 de enero.

Jamie había respondido:

Creo que los dos sabemos que eso es mentira. El hecho de que ni siquiera te molestases en preguntar si yo lo había escrito (no lo hice) demuestra que tenías un problema conmigo mucho antes de esto. Y a eso lo llamo personal.

"No te dejes engañar", murmuró Alex para sí. Pero Jill había guardado silencio y el ojo de Alex había detectado el nombre de Hayden, que aparecía dos veces en rápida sucesión más abajo en la bandeja de entrada de Jamie: a las 11.02 y a las 11.14.

En un acto de desesperación impulsado por una conversación con su madre —"No quiero ser pesada, pero el dinero…, me lo devolverás en tiempo, ¿no?"— esa mañana, Alex había decidido llamar a Hayden antes de dejar el apartamento para encontrarse con Maya en Bumps & Babies. Hayden había reaccionado como se esperaba, con un cortante "¡No! ¿Qué pasó con lo de dejarme afuera de esto?", lo que hizo que Alex se odiara un poco más a sí misma. Y entonces, incluso antes de hacer clic en los correos electrónicos, sabía que serían sobre ella.

Acabo de hablar por teléfono con "atracción fatal". Quiere dinero (no pienso dárselo). Para empezar, todavía no creo que sea mío.

Eso te pasa por coger por compasión, viejo.

Había respondido Jamie.

Alex se quedó helada. ¿Era un término de Jamie o algo que Hayden había utilizado en una conversación con él? Sin duda, las comillas sugerían lo segundo.

Al recordar la noche en la que Katie había sido concebida y en

cómo aquellos brazos masculinos fuertes la habían hecho sentir tan plena en ese momento, Alex experimentó una ira tan intensa que la dejó mareada.

El olor que subía ahora de sus dedos era insoportable. Alex podía imaginar cómo con cada inhalación aspiraba las partículas de talco para bebés hacia su cavidad nasal y sus pulmones. Allí se adherirían a esos diminutos pelos —cuyo nombre había sido la respuesta a una pregunta de un examen de secundaria— y obstruirían sus vías respiratorias antes de acabar asfixiándola. Pero, mientras se inclinaba sobre el lavabo del baño y se frotaba hasta hacer desaparecer cualquier rastro de olor, la idea que había nacido en la mesa de la cocina de Maya se cristalizó en un plan muy nítido. De hecho, ahora tenía toda una serie de planes, gracias al aire limpio que podía respirar y a una tarde paliativa con Maya. Y el primero de ellos podía ponerlo en práctica de inmediato.

Alex podría haberse quedado una hora entera en la página web de Agent Provocateur, pasando de un conjunto de lencería con elásticos tipo arnés llamado Whitney, cuyas "copas con tiras colocadas de manera estratégica" permitían "vestir o desvestir el pezón a gusto", al Clancie de satén color morado, con sus elaborados "efectos de recorte". Ganó el Whitney, que evocaba, tal como alegaba, "una sensación de aprisionamiento", lo que era perfecto. Y después de teclear el número de la tarjeta Amex de Jamie, que servía para la compra de regalos como aquel, Alex añadió una nota: "No puedo esperar a vértelo puesto. Jx". Maya se merecía algo mejor que un hombre que había hecho lo que Jamie le había hecho a Nicole; un hombre que hablaba de las mujeres con tanta despreocupación como lo había hecho su esposo en sus correos electrónicos a Hayden; y Alex se iba a asegurar de que así fuera. Cuando Maya descubriera lo que su marido había hecho, jamás se arrepentiría de echarlo de su vida. Y aunque podría ser duro durante un tiempo, Alex estaría allí para ayudarla a superarlo.

CAPÍTULO 21

JILL

—¡Jill!

Ya había atravesado los torniquetes y se estaba apresurando hacia las escaleras cuando los gritos de la recepcionista la obligaron a volverse.

Jill le tenía cariño a Lydia, pero una vez que esa chica te atrapaba, no te soltaba más.

—Estoy un poco atrasada.

—¡Lo siento! Solo quería darte esto. —Lydia le entregó un pequeño sobre blanco con su nombre—. Alguien lo dejó en mi escritorio hace un rato.

No fue sino hasta que devolvió las llamadas que no había podido atender esa mañana y empezó a comer la ensalada griega de M&S que Kellie le había comprado para el almuerzocuando Jill se acordó del sobre. Cuando lo abrió y desdobló la hoja A4 que contenía, paró de masticar y escupió un carozo de aceituna en su mano. Parecía ser una captura de pantalla de una carta formal enviada por Jamie dos días antes, y un día después de que ella hubiera ordenado una revisión formal de su participación en el caso Spiro, al consejo de supervisión de BWL. Jill la leyó dos veces para estar segura, pero ahí estaba, con todas las letras: la carta sugería que debían obligarla a que se jubilase.

Como cofundadora de BWL, la señora Barnes es responsable de la creación de una de las empresas de propiedades históricas más poderosas e importantes del país. Además, como socia, ha constituido un activo para nosotros durante más de veinte años y ha contribuido a timonear la compañía a través de aguas en ocasiones turbulentas. De

más está decir que su experiencia en el mercado y su capacidad de gestión son insuperables y me siento honrado de haber podido trabajar bajo sus órdenes y junto a una bróker de su calibre a lo largo de los años.

Por desgracia, creo que el complejo problema personal al que se está enfrentando en su hogar, por muy trágico que sea, ha afectado esas capacidades, así como mi confianza en ella para liderar a BWL hacia su próxima etapa. Los mercados están cambiando y con ellos el elenco de compradores y desarrolladores: compradores y desarrolladores que en más de una ocasión han insinuado que preferirían trabajar con alguien más en sintonía con la perspectiva actual.

Por mucho que me entristezca verme obligado a señalar esto, mi principal responsabilidad es y será siempre con BWL, y escribo esta carta con el corazón encogido y siempre pensando en lo mejor para la empresa. Aunque Paul Wilkinson me ha dejado en claro que no comparte mis opiniones sobre la señora Barnes, estoy convencido de que esto cambiará en el futuro, y les pido respetuosamente un momento de su tiempo para discutir esta delicada situación en forma personal.

Atentamente,

Jamie Lawrence

Tal vez habían sido los acontecimientos de las últimas semanas, que habían culminado con ese correo electrónico anónimo y la constatación renuente de que uno podía pasar doce años en estrecha proximidad profesional y personal con alguien a quien nunca había conocido de verdad. O podía ser que, con todo lo que había pasado con Stan, Jill se estuviera volviendo inmune a las sorpresas desagradables. Fuera cual fuera la razón, lo único que sentía en ese momento era agotamiento.

—¿Jill? —Kellie había asomado la cabeza por la puerta, pero Jill no levantó la vista de la carta.

—¿Mmm?

—¿La reunión? ¿Con Harry Ainsley? Está empezando.

—Oh, Dios. Tienes razón.

Jill tomó la carpeta de Minerva y la agenda gastada de la que Jamie y Paul solían burlarse y caminó solo lo bastante rápido para no llamar la atención hacia la sala de reuniones situada en un rincón.

—¡Harry! Qué alegría verte.

La estrella de la televisión, delgado y con barba, se inclinó hacia delante y dejó que le besaran la mejilla, y con un pequeño suspiro, Jill reparó en la frente, siempre con el entrecejo fruncido, y en el lustroso traje de tres piezas hecho a medida que se había convertido en su característica recurrente. Desde que su programa ¡Defraudados! se había convertido en un éxito de audiencia, Harry había empezado a creerse su propia verbosidad publicitaria y aquel día Jill no estaba de humor para la cantinela alborotadora y brusca con la que convencía a sus espectadores en el horario de máxima audiencia.

—¿Tomamos asiento?

Dirigió la pregunta a Harry y a su séquito —todos ellos muchachos exitosos del East End, de alrededor de 1,65 metros de estatura y enfundados en trajes igualmente brillantes— más que a Jamie, que estaba de pie junto a la ventana con una expresión de infinita paciencia.

—Por supuesto. Te estábamos esperando a ti.

—Pues aquí estoy. —Jill no podía mirarlo, aún le costaba digerir la carta que acababa de leer, y, desde luego, no iba a disculparse por llegar tres minutos tarde—. Bien, Harry, sé que te han enviado el paquete de venta de Minerva y que te han informado de una venta de JLL a Westfield justo al otro lado del río, por si tenías pensado hacer algo parecido con el lugar. —En este punto se aseguró de captar la atención de Jamie—. Y creo que tenemos algunas imágenes aquí que podrían ayudar a incentivar tu imaginación.

—No tengo ningún problema con mi imaginación, por lo menos hasta la última vez que la usé —gruñó Harry. El grupo emitió un coro de risitas nerviosas como debía hacer cada vez que Harry decía algo al

mejor estilo del “Harry clásico”.

—Claro que no. —Jill sintió las palabras pastosas en la boca, y su sonrisa, falsa—. Pero nos darás la satisfacción de que te mostremos lo que nuestros talentos del área digital fueron capaces de idear, ¿verdad? ¿Jamie?

Jill clavó los ojos en las grandes pupilas negras de Jamie, y cuando él se agitó en su asiento con nerviosismo y movimientos espasmódicos de una forma que ella nunca había visto antes, pareció imposible que no pudiera leer las preguntas que ella le estaba haciendo. Fuiste tú el que le escribió ese correo electrónico a Paul, ¿verdad, Jamie? ¿Y la carta, esa carta? Todos estos meses has estado tratando de quitarme de en medio. ¿Por qué? ¿Porque ya no tienes confianza en mis capacidades? ¿O porque ahora que te ayudé a llegar donde quieres estar soy un recordatorio de donde alguna vez estuviste? Llamaste a lo que le pasó a Stan “trágico”, y te equivocas. Porque Stan no murió, ¿verdad? Y gracias a Dios nunca he pensado en ti como un hijo, como alguna vez dijo mi esposo. Porque como hijo, no solo decepcionarías a una madre, sino que le romperías el corazón.

—Jamie. —Se aclaró la garganta—. ¿Vemos esas imágenes?

Una vez que la filmación de veintidós minutos comenzó y Harry fue guiado habitación por habitación a través de cinco posibles estructuras virtuales, Jill tomó aire y abrió su agenda en el regazo; antes de ir hacia atrás en el calendario hasta la primera semana de enero, sabía lo que encontraría.

Por supuesto, ahí estaba: “J, Ivy - 7.30 p. m.”. Stan había sido ingresado en el hospital con una retención urinaria aguda dos días antes. La infección consiguiente había sido tan virulenta que cuando Jamie lo visitó esa tarde, su esposo estaba delirando. Y cuando Stan había confundido a Jill con una enfermera, ella se había alterado tanto que había tenido que abandonar la habitación un momento para tranquilizarse.

Después, Jamie había insistido en llevarla a cenar. “No voy a dejar que te quedes sentada en esa sala de espera toda la noche molestando a las enfermeras para que te den el último parte. Necesitas comer, beber vino y desahogarte”.

Había tenido razón. En una mesa en un rincón, Jill había hablado y bebido durante horas. Y Jamie había escuchado y solo la había interrumpido para decir las cosas correctas. Nadie que hubiera visto a Jamie manipulando una multitud adivinaría que era capaz de ese tipo de intimidad, siempre dispuesto a sondear más profundo con otra pregunta. Quizás era una de las razones por las que atraía tanto a las mujeres. Porque si había algo que les gustaba a las mujeres era que les hicieran preguntas. "¿Cómo te hizo sentir eso en el momento?" "¿Y después?" Y aunque Jill nunca se había considerado una típica exponente de su sexo, en ese momento había sido justo lo que necesitaba. Tal vez por eso no había visto nada extraño en lo que en aquel momento se daba cuenta de que eran preguntas premeditadas en torno a la idea de la jubilación.

"Stan te va a necesitar más que nunca de aquí en adelante". "Lo importante es que estés ahí para él ahora, ¿no crees?" Y: "Le has dado tu vida a BWL, Jill. Tú y Stan, los dos. ¿No habrá llegado el momento de que se ocupen de ustedes? ¿De soltar las amarras del Lady J y disfrutar de los frutos?".

Pero la pregunta que más sobresalía ahora, meses después, la que le hacía pensar si en el fondo Jamie podría no ser solo un amoral despreocupado, sino uno de esos "psicópatas cotidianos" de los que hablaban en la televisión, era la que le había hecho mientras la ayudaba a subir a un taxi al final de la noche. "Sabes que siempre puedes contar conmigo, ¿verdad?"

La película seguía reproduciéndose y Harry, que tenía los codos apoyados sobre la mesa y el rostro sobre las manos, jalaba con las manos de sus mejillas hacia abajo con aire de bulldog. Jamie se movía de una manera algo frenética que empezaba a atraer la atención del séquito de Harry mientras miraba algo o a alguien más allá de las paredes de cristal. Un giro de la cabeza reveló que se trataba de Nicole, que estaba inclinada sobre el escritorio del técnico topográfico principal y señalaba algo en su pantalla. Su atuendo, un vestido verde hoja que destacaba sus piernas y su cintura torneadas, se tensaba ligeramente en las caderas con el movimiento, y la curva de un lado se delineaba con claridad debajo de la tela. "Porque al final, para Jamie, las mujeres son convenientes o prescindibles", había pronunciado Nicole aquella noche.

Lejos de ser una burbuja de locura, esa conversación —ese plan— estaba resultando ser una de las conversaciones más lúcidas que Jill había tenido en años. Y aunque ella había erradicado de su mente los pensamientos de venganza, tal vez Nicole y Alex lo habían llevado a cabo en silencio.

—¿Hay algún peligro si le ponemos fin a esto? —El tono truculento de Harry la llevó de regreso a la realidad.

—Más que interesante, ¿no?

Con una sonrisa nerviosa, Jamie se lanzó a su verborrea vendedora, solo que esa vez no era tan fluida como de costumbre. De hecho, era confusa. Y estaba interrumpida por pausas en las que se pasaba la lengua de un lado a otro por los dientes, vacilaba, utilizaba muletillas y parecía perder el hilo de sus pensamientos. Algo no iba bien y Ainsley se daba cuenta.

—A decir verdad, se podría construir una urbanización de lujo entera en un sitio de ese tamaño.

Cuando hablaba con Harry, Jamie relajaba el final de las palabras y descendía toda una clase social. Y aunque esto nunca le había molestado a Jill, aquel día le parecía significativo. Jamie podía adaptar su personaje a lo que se necesitaba en el momento. Lo que fuera necesario para hacer la venta; ¿no era eso lo que ella siempre le había dicho? Jamie se había vendido durante años. Y Jill lo había comprado.

—En cualquier caso, espero que esto te haya dado una idea completa del potencial del lugar —comentó ella entonces—. Sé que Jamie y tú tienen planeada otra visita. Me encantaría ir si fuera útil.

—No será necesario. —Harry se puso de pie y Jill no se molestó en acercarse esa vez—. Ya está todo arreglado.

—Bueno, me alegro de verte, Harry.

—Siempre es un placer, Jamie. Mi asistente se pondrá en contacto contigo para organizar la visita.

—Es una opción excelente. —Jamie empezó con la lengua de

nuevo. ¿Estaría… estaría bajo los efectos de algo?—. ¿Qué pasa con esa cena? Vamos a organizar algo, ¿eh?

Los subalternos de Harry ya se habían marchado, pero Jamie se había detenido para hacer la pregunta en el vano de la puerta y había bloqueado el camino de Jill a propósito. Quería que ella lo escuchara.

—¿Dijimos el viernes? Maya está desesperada por conocer a Trish.

Jill trató de mantenerse ocupada con la carpeta que tenía en las manos; cualquier cosa para ocultar el fastidio que Jamie sabía que le provocaría la conversación. Tanto ella como Jamie llevaban años intentando que Harry aceptara una invitación a cenar. Si Jamie lo conseguía, estaría en camino de hacer borrón y cuenta nueva ante los ojos de la junta de supervisión.

—Sí. Solo Dios sabe cómo te enganchaste esa chica —masculló Harry—. Está por encima de tus posibilidades.

—Creo que en este momento Maya estaría de acuerdo contigo —rio Jamie mientras acompañaba a Ainsley con lentitud hacia la salida, con una mano entre los omóplatos de su cliente en actitud posesiva.

¿Era la imaginación de Jill o Jamie estaba hablando demasiado rápido, moviéndose demasiado rápido?

—Me temo que estoy castigado. —Jill no estaba segura de que debiera escuchar esta parte, así que agudizó el oído—. Esto te va a gustar, Harry. Yo solía comprarle ropa interior en ese lugar, ya sabes, Agent no sé cuánto, para su cumpleaños. —Se rio como un colegial—. Y este año no lo hice, por la bebé nueva y todo eso. Pero no sé qué pasó, la tienda se equivocó y mandó varias cosas. —Bajó la voz—. Estamos hablando de juguetes sexuales, ¿entiendes? Mucho cuero y tachuelas. Así que, como era de esperar, Maya se puso hecha una furia.

Jill no podía creer lo que estaba oyendo. Una vez más, Jamie intentaba fingir que su dolorosa falta de sensibilidad era culpa de otra persona.

En ese momento, solo alcanzaba a ver a Harry de espaldas, pero Jill sabía que era un hombre de familia, adoraba a su esposa y

observaba el sabbat. Jamie lo había juzgado mal, al igual que el regalo de cumpleaños de Maya, y por la expresión de su cara, lo sabía. Pero ahora tenía que terminar su anécdota.

—De todos modos, fue un error de la tienda y se disculparon por el "trastorno", muy gracioso todo.

Los dos hombres quedaron fuera del alcance del oído, pero Jill pensó que Harry parecía aún más desconcertado que de costumbre cuando las puertas del ascensor se cerraron y el grito final de Jamie, "Concretemos esa cena, ¿eh?", tuvo un claro tinte de desesperación.

Todo el episodio no solo había sido extraño, sino preocupante. El juicio y la intuición de Jamie eran los atributos que lo habían impulsado a ascender en la empresa, y parecía como si todo lo que una vez lo había hecho más perspicaz, más relajado y mejor en su trabajo que los demás se estuviera erosionando ante los ojos de su socia. ¿O habría sido siempre una ilusión? Jill no tenía tiempo de seguir reflexionando. Después de tomar su cartera de la mesa, Jamie había salido del edificio, sin duda para comprar una de sus dosis de azúcar, y eso significaba que no tardaría demasiado.

—¿Fuiste tú? —Jill extendió la carta frente al rostro de Nicole.

—¿Perdón?

Era la primera vez que las dos mujeres hacían algo más que intercambiar algunas frases de cortesía desde la fiesta de Joyce y, sin duda, la primera vez que Jill se acercaba al escritorio de Nicole.

—La carta. —Bajó la voz—. Y el correo electrónico. Sé lo que tú y Alex están tratando de hacer, Nicole, y si esto tiene que ver con todo lo que hablamos esa… esa noche, bueno, no hace falta: ya se me ha caído la venda de los ojos, por completo. Pero no estoy segura de que esta sea la manera…

—Jill —la interrumpió Nicole. Solo había echado un vistazo a la carta mientras seguía tecleando con intensidad—. No sé de qué estás hablando.

—Te pido que leas esto.

La mujer más joven se quedó mirándola, y parecía como si estuviera deliberando sobre algo, sobre qué, Jill no tenía la más remota idea. Por fin, después de comprobar que nadie las observaba, Nicole tomó la carta, tragó saliva y la leyó.

—Yo no… No tengo nada que ver con esto, Jill. —Jill asintió. Eso estaba claro—. Y no estoy convencida de que Jamie la haya escrito.

—¿Crees que…? —Las dos se callaron cuando el director de marketing pasó junto a ellas con un cliente—. ¿Crees que podría ser Alex —susurró Jill—, tratando de acelerar las cosas? ¿Has sabido algo de ella?

Nicole volvió a tragar saliva.

—No. Lo más probable es que sea alguien a quien le guste revolver mierda. Te juro que no tengo nada que ver con esto.

—¿A pesar de lo que él…?

Nicole parecía tan mortificada que Jill se sintió culpable por sacar el tema.

—Preferiría que olvidáramos que dije algo sobre eso.

—Lo siento.

—No, no, es que… Tengo una cita con un cliente.

—Sí, claro. Lo siento de nuevo. Es que… No quería que pensaras que lo toleraré más. Me lo dirías, ¿no? De acuerdo, de acuerdo, te dejo en paz.

Cuando recogió la carta del escritorio, Jill vio que había una foto de una niña de cabello oscuro y ojos claros sentada en el regazo de su padre clavada en el tabique divisorio. Se dio cuenta de que no sabía nada sobre Nicole. Y, sin embargo, a causa de lo que se había dicho aquella noche en el pub, había una extraña familiaridad entre ellas.

—¿Es tu hija?

Nicole asintió con la cabeza. Estaba apagando el ordenador y tomando su bolso. Y con las dos pinceladas rosadas que habían

aparecido en sus pómulos mientras las dos mujeres hablaban y sus ojos tan maquillados como estaban, Jill pensó que nunca había visto a Nicole tan bella.

—De verdad, me tengo que ir…

—Por supuesto, vete.

Jill la observó doblar la esquina hacia el ascensor y pulsar varias veces el botón mientras esperaba, y tardó un momento en darse cuenta de que lo que sentía era decepción. ¿Y si todo lo que habían dicho esa noche era cierto? ¿Y si Jamie sí necesitaba un pequeño empujón?

CAPÍTULO 22

NICOLE

Maldita Jill. Justo tenía que estar ahí cuando llegó el mensaje: "¿En Old Ship a las 4?".

Nicole no creía que lo hubiera visto; estaba bastante segura de que no lo había hecho.

¿Cuántas veces le había dicho a Jamie que no escribiera mensajes en el asunto del correo electrónico? ¿Que no escribiera correos electrónicos y punto? Pero, como siempre, se había comportado con impunidad; Jamie parecía creerse intocable.

Con Jill no tenía ningún problema. A Nicole siempre le había gustado la fundadora de la empresa. Ella y todo lo que representaba: sin hijos y, sin embargo, al parecer feliz; ambiciosa y realizada solo por su trabajo de una manera que se suponía que las mujeres no debían estarlo o no se les permitía. Pero después de lo que les había contado de forma precipitada a ella y —lo que era peor— a Alex, Nicole había puesto en marcha algo que se sentía incapaz de detener. Pero no había tenido noticias de Alex desde su visita nocturna. ¿Quizás con la bebé en su vida —incluso después de lo que Nicole le había contado— había decidido dejar a Jamie en paz?

Mientras se apresuraba por King Street hacia el río, dividida entre el deseo de hacer esperar a Jamie y la necesidad de averiguar de qué se trataba esa cita, Nicole se preguntó si la carta que Jill le había mostrado podría ser auténtica. En ese caso, ¿no era posible que Jamie tuviera motivos reales para estar preocupado? Después de todo, Jill había tenido muchas cosas en la cabeza. Y, por otra parte, a juzgar por la forma inquietante en que había hablado Alex cuando Nicole la había visitado en ese apartamento mugriento, esto bien podría haber sido obra suya. Una vez más, Nicole sintió que se le contraía el estómago, ese retorcijón que se tiene de niño segundos antes de romper un jarrón o una ventana, cuando la pelota aún está en

movimiento. Ella había puesto esa pelota en movimiento, primero en el pub una noche y, luego, otra noche en el apartamento de Alex.

Era el primer día de lo que los periódicos llamaban "nuestra propia ola de calor de Honolulú". Las actividades deportivas escolares se cancelaban y se alentaba a los jardineros a "hacerse amigos de su césped marrón" en un intento por preservar el agua. Y aunque la temperatura todavía no había alcanzado los cuarenta grados previstos para ese fin de semana, la ausencia de cualquier tipo de brisa había impuesto una curiosa inmovilidad en las calles de Hammersmith, como si todo el vecindario estuviera participando en uno de esos retos del maniquí que se habían vuelto virales un par de años atrás. Fuera de las cafeterías para vapear y las tiendas de todo por una libra vacías, los empleados se apoyaban, quietos y callados, contra los escaparates, y hasta los escolares que esperaban en las paradas de autobús parecían abatidos de una forma inusual.

Nicole, en cambio, se sentía más viva de lo que se había sentido durante meses, como si una descarga eléctrica hubiera activado todo su sistema. Una vieja canción de Oasis que había escuchado hasta el agotamiento en la universidad resonaba desde el interior de una tienda de teléfonos móviles y, a medida que se acercaba al estribillo, Nicole volvió a sentir la belleza de la melodía. ¿Sería por eso que la gente tenía aventuras? ¿Por esa sensación de que la vida te renovaba desde cero, como una inyección de juventud? Lo único que Nicole supo de pronto y con certeza, mientras el eco de sus tacones contra las baldosas del paso subterráneo se aceleraba y emergía a la luz de la orilla del río que la hacía parpadear, era que ya no estaba dispuesta a volver a sentirse anestesiada.

Se pasó un dedo por debajo de cada ojo, donde el rímel se habría abierto paso hacia los pliegues, y adoptó una expresión menos ansiosa. Fuera del Old Ship, la parte posterior de la cabeza de un hombre, en parte oscurecida, resultó no ser la de Jamie, y trató en vano de recordar de qué color era la camisa que llevaba en la oficina.

—¡Nic!

Ahí estaba él, un poco alejado, con un cigarrillo en la mano y de espaldas al muro bajo del río sobre el que descansaba su cerveza.

—¿Estás fumando de nuevo? —preguntó ella cuando estuvieron lo bastante cerca como para tocarse.

—Más o menos. El otro día Maya encontró un paquete que ni siquiera era mío, seguro que lo dejó el técnico de la caldera o alguien, y se puso como loca. Lo más irónico es que no había tocado un cigarrillo en meses, pero si la gente quiere creer lo peor de ti, no hay forma de que…

Aunque su corazón se había encogido ante la mención inmediata de Maya, Nicole se puso contenta. Era obvio que había problemas en casa, y que Jamie estuviera fumando significaba que había recaído en otros sentidos. Solo una cosa —la idea de que ella formara parte de esa recaída, un mal hábito— la irritaba.

—¿Por qué estoy aquí?

Le arrancó el cigarrillo de la mano y le dio una calada; la acción le despertó recuerdos vagos de poses adolescentes: dibujos de corazones atravesados por flechas en muslos suaves, estallidos de risa lo bastante fuertes como para que los chicos los oyeran. Y debajo de todo eso, la angustia adolescente.

—Me había olvidado de que sabía tan bien.

—¿De verdad? —Jamie se lamió la espuma de la cerveza del labio superior y la atrajo hacia él.

—¡Ey! —Ella se tapó los ojos con una mano y miró a su alrededor —. Nos pueden ver.

—Ya hice una misión de reconocimiento.

—¿De verdad?

—Relájate.

—Lo haré en cuanto me traigas una copa.

—A la mierda con el trago.

—Qué encantador.

A centímetros de distancia, se miraron con fijeza, y Nicole se preguntó cómo sería llegar a conocer ese rostro, con todas sus pecas, surcos y marcas, de la misma manera que conocía el de Ben; aceptar que formaría parte de su vida diaria. Verlo envejecer.

—¿Por qué estoy aquí, Jamie?

—¿Por qué? Porque no he podido parar de pensar en ti y en mí… en el teatro. —Nicole sintió que se le contraía el bajo vientre. Odiaba el poder que él tenía sobre su cuerpo, incluso cuando no había fuerza, ni contacto, solo palabras—. Porque tiene que haber una razón por la que no podemos estar separados.

Nicole miró más allá de él, hacia el río. Un equipo de remeros se deslizaba con destreza a las órdenes del timonel.

—Solía pensar eso. Pero ahora…

—¿Ahora qué?

Se encogió de hombros.

—Ahora sé que es solo un juego para ti. Porque lo es, ¿no?

—¡No! —Los dedos de él se cerraron sobre la tela verde del vestido y la atrajeron más cerca entre sus piernas. Cuando estaba enfadado o se sentía desafiante, Jamie parecía muy joven. Nicole lo había olvidado—. Eso no es cierto.

—Pero amas a tu esposa.

Decirlo en voz alta no fue tan doloroso como había creído. De hecho, la hizo sentirse adulta, civilizada. Solo que no podía tocarlo mientras lo decía. Ni siquiera podía mirarlo. Nicole se movió a un lado y quedó de pie junto a la pared, observando las turbias profundidades del Támesis.

—De verdad pienso que todavía amas a Maya. Y sé que quieres a tus hijas. Sé que separarte de ellas, bueno, puedo imaginar cómo te sentirías. Para las mujeres es distinto. Así que lo entiendo. Aunque yo dejara a Ben, seguiría teniendo a Chloe. Seguiría levantándola por las mañanas y acostándola por las noches. —Incluso mientras lo decía, se

preguntaba cómo funcionaría eso, al recordar la cara fruncida de su hija en las raras ocasiones en las que había tenido que alejarla de su padre, y trató de imaginar cómo sería tener que decirle que no se preocupara, que volvería a ver a papá el próximo fin de semana—. He estado pensando desde, bueno, desde aquella tarde en el Vale. Pensaba que te había sacado de mi vida. De verdad lo pensaba. Pero volver a ser lo que éramos…, no puedo hacerlo. No después de lo que pasó la última vez. —Sacudió la cabeza—. No es lo que quiero. Ya no estoy enfadada, pero…

—¿Sabes que el próximo miércoles… se cumplirán dos años? —Se inclinó y le besó el cuello.

—¡No hagas eso! —Se giró, enfadada con él y consigo misma—. No actúes como si esto fuera algo más que una aventura. Tú y yo las hemos tenido antes; no hace falta fingir.

—No, Nic. Quiero que esto sea algo más. Quiero que nos demos una oportunidad. No puedo dormir; no puedo trabajar. Es como que mi cabeza da vueltas y vueltas…

Tenía que admitir que había algo frenético en su comportamiento: sus palabras se atropellaban unas a otras y…

—Estás temblando, Jamie. ¿Cuánto café has tomado hoy?

—Porque esta vez estoy listo. Las cosas en casa… no están funcionando entre Maya y yo. Para ser sincero, siento que no puedo hacer nada bien, como si ella estuviera tratando de encontrar errores en mí o sorprenderme en algo. —Sacó otro cigarrillo del paquete—. El otro día perdí mi anillo de boda. Literalmente desapareció. Y ella empezó con: “¡Te lo dije!” y “Tal vez sea una señal”. No tengo tiempo para ese tipo de mierdas supersticiosas.

—¿O sea que todo esto se trata de ella? —La boca de Nicole estaba rígida: el resentimiento la volvía fea por fuera y por dentro—. ¿Tu querida y dulce esposa no te presta suficiente atención? Déjame preguntarte algo, Jamie: ¿alguna vez dejarás de necesitar más atención?

Sorprendido por el tono, Jamie la miró con fijeza.

—¿Cuándo te volviste tan resentida?

—Ah, no lo sé. En algún momento durante los últimos dos años. —Por un instante, ninguno de los dos habló—. Ben quiere que me vaya. Que busque otro trabajo.

—¿Qué?

—Se da cuenta de que soy infeliz. No sabe por qué, cree que es el trabajo, pero tal vez tenga razón.

—No. —Jamie meneó la cabeza—. No. Eres infeliz por él, no por el trabajo o por mí. Y puedes intentar renunciar si quieres, pero no te dejaré. No cobrarás ni un penique. Ni siquiera te daré referencias, y me aseguraré de que te incluyan en la lista negra de todas las agencias inmobiliarias de Londres.

—Jamie…

—No.

La levantó con firmeza y la sentó sobre el muro. Y cuando él avanzó entre sus piernas, ella lo envolvió con las suyas en un acto instintivo, de una forma para la que sabía que era demasiado mayor, pero no le importaba. Se besaron, y fue algo tan profundo, íntimo y satisfactorio como el sexo. Nicole se oyó a sí misma gemir.

—Te amo, Nic. Y quiero estar contigo. Nunca vas a ser feliz con Ben. Ahora lo sabes. Y cuanto antes puedas seguir adelante con tu vida, conmigo, antes podrán empezar a sanar todo.

—Escúchate, todo zen.

Jamie no sonrió.

—Es cierto.

Una lágrima se deslizó en una vertical perfecta desde debajo de sus gafas de sol y Jamie la enjugó. Nicole nunca se había permitido llorar delante de él y parecía significativo que ahora pudiera hacerlo.

—Nic. —Le subió las gafas hasta el pelo y le sujetó la mandíbula con una mano temblorosa.

—No estás bien, ¿verdad?

—No. Mírame. No sé qué me está pasando. Estos últimos días no he podido concentrarme en nada. Estoy nervioso, no puedo comer nada y…, Nic, no estar contigo me está matando. Pero sí, esta vez estoy preparado.

—No te creo.

—¿Por lo de antes? Maya estaba embarazada, por el amor de Dios. Tienes que entender que no era el momento adecuado.

Ella asintió muy levemente.

—Pero necesito saber que tienes intenciones reales de decírselo a Ben.

De la nada, una imagen cruzó por la mente de Nicole: Ben sujetaba a una llorosa Chloe contra su hombro en Hyde Park mientras su globo de helio de la Patrulla Canina se elevaba más y más hacia el cielo. “Piensa en todos los demás globos que han subido al cielo de los globos”, había murmurado él. “Así que no estará solo”. Y al recordar las palabras “el cielo de los globos”, las lágrimas de Chloe se redoblaron.

—No soy yo quien rompió la promesa la última vez.

—No. —Jamie asintió—. Pero tampoco recuerdo que hayas prometido nada.

Nicole sabía lo que estaba haciendo: intentar que ella compartiera la responsabilidad de lo que había sucedido —o no había sucedido— la última vez.

—No estarás insinuando que no confías en que lo haga, ¿verdad?

—¿Cómo sé que lo harás?

—Jamie…

—No, me refiero a que ¿cómo lo sabemos cualquiera de los dos? — Acarició el vaso de cerveza con los dedos, pensativo—. ¿Y si hubiera una forma de estar seguros los dos? Una forma de hacerlo al mismo

tiempo, incluso en el mismo lugar…

—¿Que Maya y Ben se reúnan con nosotros en algún tipo de terapia de grupo, por ejemplo?

—Podría ser una idea —respondió impávido, y le pasó el pulgar por el interior del muslo—. No, me refiero a que los llevemos a un lugar público: un restaurante grande y lleno de gente. Pero por separado. Tú reservas tu mesa, yo reservo la mía, y no podremos irnos hasta que ambos lo hayamos hecho.

Nicole se apartó.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí. Piénsalo: estaríamos pasando por lo mismo al mismo tiempo. Y para ayudarnos a superarlo, podríamos encontrarnos en algún sitio después, en un hotel. Donde sea.

Nicole lo miró. Era una idea loca, demencial. Pero también podía ser una genialidad. Porque por mucho que todo su ser se resistiera a decírselo a Ben y a hacer estallar su vida por el aire con una sola frase, saber que Jamie estaba allí en el salón, verlo pasar por el mismo infierno, bueno, eso podría darle el valor que necesitaba.

—Es una locura. Y arriesgado.

—¿Por qué? —Jamie bebió un largo trago de cerveza, y no por primera vez, Nicole se preguntó si él percibiría las consecuencias de sus palabras y sus actos igual que otras personas.

—Bueno, ¿y si Maya me reconoce?

—No se han visto nunca.

—Hemos estado en la misma habitación dos veces. —La precisión era humillante, de modo que se anduvo con rodeos en la siguiente parte—: En un par de eventos, una fiesta de Navidad y otra celebración. Y las mujeres…

Jamie enarcó una ceja.

—A diferencia de ustedes, nosotras nos fijamos en las cosas, en las

personas, los trasfondos.

—De acuerdo. Pero no estoy sugiriendo que vayamos a un lugar íntimo y pequeño. Estoy pensando en un lugar grande y ruidoso como Angelini's —explicó Jamie. Angelini's era una cervecería grande en Green Park con bancos corridos que solía congregar a celebridades de segunda categoría y jóvenes de negocios de la ciudad—. Y podemos especificar dónde queremos sentarnos para que no estemos en mesas vecinas, pero que al menos podamos vernos al otro lado de la sala.

Debería de haber sido absurdo, pero a la amante de emociones fuertes que había en Nicole le gustó la idea. Les daría a ambos una cita de la que no podrían echarse atrás y acabaría con la angustia que había alimentado durante demasiado tiempo. Además, nada podía ser peor que el statu quo.

—Y a partir de esa noche, ¿ambos seríamos libres?

—Exacto. ¿No sería genial?

Debajo del vestido, la mano de Jamie había subido hasta el elástico de las bragas.

—Imagínate —continuó— todas las cosas que podríamos hacer cuando seamos libres. Podríamos irnos de viaje este verano. Podríamos ir a cualquier lugar que quisieras, ese sitio en Antibes del que siempre hablas. Adonde sea.

—Vayamos a Biarritz.

Él rio.

—De acuerdo. ¿Por qué?

—No lo sé. Siempre quise ir. ¿Será por el surf?

Jamie echó la cabeza hacia atrás.

—¿Haces surf?

—No.

—Yo tampoco.

Frente contra frente, se rieron.

—No sabemos mucho el uno del otro, ¿verdad?

Y el beso entonces fue diferente: largo, lento y lleno de emoción mutua contenida por la decisión drástica que acababan de tomar.

—Pero piensa cuánto nos vamos a divertir descubriéndolo todo.

Nicole cerró los ojos por un segundo y se permitió un momento de pura felicidad. El bulto tibio y sólido de Jamie estaba allí entre sus piernas, sentía pegajoso el cuero de su cinturón contra el interior de sus muslos, y hasta que ella decidiera soltarlo, él era suyo.

Una risa femenina, estridente por el alcohol, llegó hasta ellos, y Nicole adivinó sin mirar que esa mujer sin rostro estaba con un hombre, un esposo o un amante. Detrás de ella, otro equipo de remeros se deslizaba por el agua. “¡Siguiente brazada!”. “¡Despacio!”. El llanto de un bebé ahogó las últimas palabras de la orden del timonel. Sonó como “brazada completa” y ella intentó hacer una broma —el tipo de broma tonta de doble sentido que ella y Jamie solían hacerse—, pero el llanto del bebé era ahora estremecedor, y cuando Nicole abrió los ojos, irritada por la interrupción y decidida a buscar el origen, vio a una mujer de pie, un poco alejada, en la triste zona verde junto al pub. La mujer tenía un bebé sujeto al pecho y la miraba con fijeza: Alex.

CAPÍTULO 23

ALEX

—Mentirosa hija de puta.

Alex había esperado en el paso subterráneo porque sabía que Nicole iría tras ella, y cuando oyó sus pasos aterrados que bajaban la rampa hacia el espacio frío y gris debajo de Great West Road, sintió una nueva oleada de ira, más fuerte que la primera. Salió del hueco en la pared donde había estado al acecho y le escupió las palabras en la cara.

Las dos mujeres se miraron durante un momento; Nicole luchaba por recuperar el aliento y Alex era consciente, aunque no le importaba, de que un hilo de saliva colgaba de su labio inferior y amenazaba con caer.

—Veo que Jamie te dejó sola. —Todavía no había rastro de él en el paso subterráneo—. Maldito cobarde.

—No te vio, gracias a Dios. ¿Qué estás haciendo aquí, Alex?

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Cuando se había subido a un Uber para dirigirse al Old Ship, Alex no se había detenido a pensar en lo que haría cuando llegara allí, y mucho menos en cómo explicaría su presencia. Pero después de entrar en el correo electrónico de Jamie por tercera vez ese día y ver sus intercambios con Nicole en tiempo real, tuvo que averiguar de qué se trataba ese encuentro. ¿Por qué había aceptado Nicole? ¿Y qué quería Jamie de ella?

—¿Cómo sabías que íbamos a…? —Entonces Nicole entendió—. Has vuelto a leer sus correos electrónicos.

—Por supuesto que sí. Nunca dejé de hacerlo.

Con las mejillas húmedas, despeinada, y con un círculo rosado alrededor de la boca como un payaso donde los besos habían corrido el labial, Nicole parecía estar batallando con diversas emociones. Por las miradas rápidas que dirigía al pecho de Alex, era evidente que una de ellas era aprensión por la escena que se estaba desarrollando delante de Katie. Alex había olvidado que seguía atada a su pecho y no paraba de llorar a los gritos.

—Tu hija…

—Katie. Se llama Katie.

—Bueno, Katie está descontrolada. ¿Tiene hambre? —La preocupación en la cara de Nicole solo aumentó la furia de Alex.

—¿De verdad me vas a enseñar cómo criar a mi hija? Cuando les estás mintiendo a tu esposo y a tu hija… ¡y a todos los demás!

—No estoy tratando de enseñarte. Yo solo…

La silueta de una pareja apareció recortada contra la boca blanca y brillante del paso subterráneo. Al ver la escena, sus risas se apagaron y pasaron en silencio.

—Eres una maldita mentirosa, eso es lo que eres. Me mentiste a mí y le mentiste a Jill. Luego me buscaste, viniste a mi apartamento y me contaste más mentiras.

Nicole cerró los ojos.

—¿Qué? Ustedes dos… —Solo decir eso le revolvió el estómago—. No es la primera vez que sucede, ¿verdad?

—No.

—¿Desde cuándo?

Nicole desvió la mirada.

—¿Desde cuándo?

—Mira, no debí decir lo que dije aquella noche en el pub. Y después, cuando fui a tu apartamento, estaba tan enfadada que no

podía ni pensar. Pero no… —Nicole se interrumpió y volvió a intentarlo—. No te mentí. Jamie y yo, lo que hacemos, lo que tenemos… es complicado.

—¿Complicado? —Había parecido bastante sencillo desde donde Alex estaba—. Me dijiste que te había violado.

—Nunca usé esa palabra.

Pero Nicole ya no la miraba.

—¡Alex!

Alex siguió la mirada de Nicole hasta su hija, quien ahora tenía arcadas con la boca abierta en una "O" inquietante, y le resultó extraño no haber oído a su hija hasta que Nicole se lo había señalado, no desde que se había quedado helada en aquel trozo de césped verde raído junto al río, paralizada por la visión de Jamie y Nicole enredados como dos adolescentes en la pared.

Alex no estaba segura de cuánto tiempo había permanecido allí, pero fue suficiente para captar la salvaje sensualidad en la risa de Nicole y la familiaridad de las caderas de Jamie entre sus piernas. Aquellos dos cuerpos se conocían bien. ¿Y que Nicole le hubiera mentido sobre el acoso y le hubiera hecho creer algo mucho peor, que se hubiera sentado en el sofá de Alex —"Le dije que no; le pedí que parara"— cuando todo el tiempo la relación había sido consentida? Eso no era solo una traición; era algo que Alex no podía aceptar y no aceptaría. Había ido demasiado lejos.

—¿Tienes leche?

—¿Qué? —Alex rebuscó en su bolso y encontró un biberón que llevó a la boca de su hija—. ¿Qué palabra usarías entonces? ¿Para lo que "hacen" tú y Jamie?

—Nosotros… —La voz de Nicole bajó tanto que era casi inaudible —. Jugamos. Siempre lo hemos hecho. A veces las cosas se ponen difíciles. Una vez —una sola vez— le pedí que parara, y no lo entendió o no me oyó o pensó que yo…

—¿A quién le gusta jugar, a ti o a él? —Esto estaba empezando a

tener sentido—. Porque a veces las cosas pueden empezar como un juego, solo que cuando una quiere parar de jugar la otra persona no te deja.

—No.

—Y si esa persona tiene todo el poder, si esa persona es tu jefe, entonces sigue siendo un abuso. Si esa persona no se detiene cuando tú dices "no", ya sea tu jefe, tu novio o incluso tu marido, sigue siendo una violación.

—No, te equivocas.

Todo el remordimiento había desaparecido del rostro de Nicole para dejar atrás una impaciencia poco disimulada. Sin embargo, Alex continuó arremetiendo:

—Creo que me contaste lo que sucedió esa noche porque sabías que lo que había pasado entre ustedes estaba mal. Solo que tal vez Jamie te hizo creer que estaba bien. O tal vez le tienes terror, así de simple.

Nicole sacudía la cabeza y murmuraba palabras que Alex ya no podía entender.

—¿Por qué no puedes ver lo que te está haciendo?

Nicole alisó su pelo hacia atrás y suspiró.

—Porque estoy enamorada de él.

Alex se quedó mirándola, a ella y a su estúpida boca manchada. Luego se rio.

—Sea lo que sea que te pasa con Jamie, y, por cierto, los terapeutas tendrán un término para eso, no estás enamorada de él.

—No sé qué malas experiencias has tenido, Alex, y tal vez se trate de eso, pero lo mío con Jamie… no es lo que piensas. Tienes que entender cómo me sentía cuando te conté lo que te conté. Si hubiera tenido la más mínima idea de que íbamos a volver a estar juntos…

—¿Volver a estar juntos? —Alex repitió las palabras con una voz

adolescente desagradable.

—Estoy tratando de explicártelo. Pensé que tendría la oportunidad de hacerlo antes de que tú…

—¿De que yo descubriera que eras una hija de puta mentirosa que se acostaba con el tipo que se suponía que íbamos a destruir?

Nicole la miró con gesto preocupado, pero no por el insulto.

—¿Qué te pasó en la mano?

Alex se miró la mano derecha, en carne viva de tanto frotarse y que, de alguna manera, seguía apestando a talco para bebés.

—Es un eczema. A veces me sale. Continúa.

—Estaba tan dolida. Jamie me había hecho una promesa en Frankfurt. Habíamos decidido intentarlo.

—¿Estuvieron juntos en…? —gimió Alex—. Por supuesto. ¿Para qué sirven las conferencias si no es para acostarte con tu jefe? Te das cuenta de que todo esto es un puto cliché, ¿verdad?

—Entiendo que lo veas así. —Nicole se encogió de hombros—. Pero la gente a veces se equivoca la primera vez. Y no puedes culpar ni a una parte ni a la otra por eso. No estás casada, no sabes cómo es.

—Creo que sí. —Alex pensó en su madre y en el hecho de que cada uno de sus movimientos era dictado por su marido. Y pensó en Hayden. Nicole se equivocaba con respecto a la culpa: siempre estaba claro quién la tenía.

—Bueno. —Entonces Nicole se había enderezado, desafiante después de la sorpresa inicial de haber sido descubierta—. Mira, no te ofendas, pero a estas alturas no me importa lo que le parezca a nadie.

—De acuerdo. Pero déjame preguntarte una última cosa: ¿qué cambió? Desde antes, quiero decir. Desde que querías destruir a Jamie, desde que me dijiste que te había violado…

—Tienes que dejar de decir eso.

—Desde que me dijiste que te había violado, Nicole —repitió Alex, más fuerte.

—¡No estás escuchando! Iba a dejar a Maya, antes de Navidad, y pensé que lo decía en serio. —Alex resopló—. Pero estaba embarazada de Elsa y después de que naciese, bueno, no podía soportar la idea de dejar a su hija tan pequeña.

—Ah, Jamie, el papá del año.

—No te pido que me creas, solo intento explicarte por qué hice lo que hice, que no estaba jugando. Realmente lo odiaba tanto como tú. Y de verdad creía que lo nuestro había terminado. ¿Por qué diablos habría accedido a lo que planeamos si no hubiera sido así? Pero entonces, la semana pasada, Jamie y yo…

—Oh, ahórrame los detalles.

Alex empezó a mecer a Katie, de cuyo pañal emanaba calor.

—Como quieras. —Nicole intentó sonreír—. De todos modos, hemos solucionado las cosas. Hace justo un rato. Y Jamie está muy alterado, Alex. Por eso sé que esta vez va a ser diferente. Nunca lo he visto así. Dice que no puede ni comer…

—¿En serio? Apuesto a que también tiene problemas para dormir.

—Sí. Sí, así es. Está hecho un desastre.

A pesar de la furia, Alex no pudo evitar sonreír. Después de todos estos meses de dirigir su pequeño y lucrativo negocio en la esquina de su casa y despertar a Katie con su maldita motoneta, aquel traficante de drogas había resultado útil. También Nicole, sin saberlo, había desempeñado su papel. Puede que el vendedor nunca hubiera tenido una clienta con un bebé atado al pecho, pero cuando Alex le pidió Ritalin —"la dosis más fuerte que tengas"—, él no había mostrado ni sorpresa ni juicio y había introducido la mano en su bolsa Fila y contado catorce pastillas blancas de aspecto anodino. Alex había metido las pastillas en el pastillero semanal de Jamie en su siguiente visita a la casa de Maya. Que supiera lo que se siente al estar despierto toda la noche con el corazón y la mente acelerados.

—Así que así están las cosas —estaba diciendo Nicole, y su calma hizo que Alex tuviera ganas de gritarle: "¡No es el amor lo que tiene a tu hombre hecho un desastre, nena, es una buena dosis de estimulantes!"—. Pero esto no es asunto tuyo. Esta vez vamos a intentar hacer las cosas bien.

Alex dio un paso atrás.

—¿Te refieres a que se lo dirán a tu marido y a Maya?

Un destello de algo. ¿Preocupación? ¿Sospecha? La referencia a la mujer de Jamie había sido demasiado natural, familiar.

—Nunca… no has contactado con Maya, ¿verdad?

—Eso te lo dejo a ti. Y qué divertida será esa conversación, si es que algo de esto sucede de verdad.

—Sucederá.

—¿Cuándo?

—Pronto. —Nicole se volvió hacia la luz que entraba al final del paso subterráneo; era obvio que estaba desesperada por escapar—. Lamento todo lo que estás pasando, y también lamento haberte ocultado cosas. Pero como dije, esto ya no es asunto tuyo. —Nicole tragó saliva—. Sé que has estado tratando de poner nerviosa a Jill, Alex. Sé lo de los correos electrónicos y las cartas.

—¿Perdón?

—Déjalo. Sé que fuiste tú. Y ha ido demasiado lejos. Jamie tiene sus defectos, pero no escribiría ese tipo de cosas sin una buena razón.

—¿Una buena razón? ¡No puedo creerlo!

—Tal vez él piensa verdaderamente que sería bueno para la empresa y para Jill que ella diera un paso atrás…

—¿Y yo? No hubo nada "verdadero" acerca de mi despido, ¿no?

Nicole la estaba examinando de una manera que no le gustaba. En absoluto.

—¿Alguna vez pensaste que podría haber razones válidas? Porque, aunque suene duro, por la forma en la que te has estado comportando, tampoco estoy segura de que me sintiera cómoda teniéndote cerca. Esta obsesión tuya…

—¿Obsesión?

—¿No te das cuenta de que se ha convertido en eso? Pero lo que hagas no va a cambiar nada. —Luego, con voz más suave, agregó—: Ahora deberías concentrarte en Katie, no en tu exjefe, ni en mí ni en nada de esto.

Ni idea. Nicole no tenía la menor idea.

—Ey, yo era más que buena en mi trabajo, era la mejor. Pregúntale a cualquiera. Y Jamie me lo quitó para salvar su propio pellejo. Él…

Pero de pronto, Alex se rindió. Estaba cansada y tenía sed, mucha sed. Y entonces que el estupor de la aventura de Nicole y Jamie comenzaba a calar en ella, empezó a ver la situación bajo una luz del todo nueva. Jamie no tendría las agallas para acabar con su matrimonio, pero Maya podría hacerlo. Y necesitaría una amiga cuando lo hiciera. Alex podría ser esa amiga, ayudarla a recoger los pedazos, hacerse indispensable.

Sin siquiera una última mirada a Nicole, comenzó a alejarse.

—Tengo que llevarla a casa a dormir la siesta.

—¡Oye! —Nicole trotó detrás de ella—. No vas a hacer ninguna tontería, ¿verdad? ¿Alex? Sé que Jamie ha cometido errores, se ha portado mal, pero yo también. ¡Y tú también! Es hora de que pongamos un punto final a todo esto.

Alex salió parpadeando a la brillante extensión de Great West Road y se volvió hacia Nicole por última vez:

—Imbécil.

El sol iluminó dos canas a ambos lados de la raya de Nicole y Alex casi sintió pena por ella.

—¿Esos correos electrónicos que he estado leyendo? Se remontan a meses, años… incluso antes de que yo trabajara para Jamie. Son lo primero que leo cuando me despierto y lo último que leo después de alimentar a Katie y acostarla. Por eso sé que el viernes pasado él y Maya entregaron un depósito por una casa de cinco habitaciones en Barnes. Es de estilo georgiano. A Maya siempre le ha gustado la arquitectura georgiana. Y necesitaban más espacio, ya sabes, en caso de que ella ceda y tenga un tercer hijo, como Jamie ya le está rogando que haga.

El tráfico pasaba zumbando junto a ellas en oleadas sonoras y Alex se dio cuenta de que no era solo una expresión: de hecho, el color podía desaparecer del rostro de una persona, absorbido por la conmoción.

—Tiene doble entrada para coches y aleros de almacenamiento, sea lo que sea eso. Pero fue el patio lo que convenció a Maya.

—Dirías cualquier cosa, ¿no? Bueno, no te creo. —Los nudillos de Nicole alrededor de la correa de su bolso estaban blancos.

—Deberías.

—Esto se acabó.

Nicole había empezado a alejarse, pero Alex no iba a desistir. La alcanzó en dos pasos rápidos. Pero esa vez, tuvo cuidado de mantener un tono moderado.

—Si Jamie no resulta ser el hombre que crees que es. Si tengo razón…

Nicole hizo un gesto de impaciencia con la cabeza.

—Llámame. Es todo lo que te pido. Porque sé lo que haría falta para acabar con él. Y no es mucho.

—Busca ayuda, Alex. La necesitas. —El tráfico casi ahogó la última frase de Nicole—: Y nunca vuelvas a llamarme.

CAPÍTULO 24

JILL

—Tranquilízate, Harry. Lo que dices no tiene sentido.

Enderezándose, Jill se frotó la base de la columna donde la postura estaba empezando a hacer mella. Sus vecinos tenían un jardinero que cuidaba la pequeña parcela de vegetación junto a su barco, pero Stan siempre había sido demasiado orgulloso para hacer lo mismo. Sabiendo lo molesto que le resultaba el espino crecido y la acumulación de basura en las macetas, Jill, que nunca se había interesado mucho por la jardinería, dedicaba unas horas a un cuidado básico los sábados por la mañana mientras su marido leía a su lado.

—No, no he hablado con Jamie.

Junto a la cerca, el brillo de un envoltorio de caramelo le llamó la atención y volvió a inclinarse para recogerlo. ¿Por qué la gente era tan asquerosa?

—Sí, anoche… tú y Trish fueron a cenar allí, ¿no?

Ante la ceja interrogante de Stan, Jill articuló en silencio: "Ainsley". Su esposo levantó la vista del libro de tapa dura A través de los canales franceses que ella le había regalado la Navidad pasada y puso los ojos en blanco.

—Eso no suena… sí, me imagino… Apuesto a que sí. No puedo imaginar en qué estaba pensando. Jamie ha estado un poco, bueno, por supuesto que no está tomando nada. Harry, déjame llamarlo ahora, pero estoy segura de que hablo en nombre de todos cuando digo lo mucho que lo siento. Por lo que cuentas fue un desastre total, y conozco a Jamie, debe de estar muerto de vergüenza. Escucha, te llamaré en cuanto termine de hablar con él, ¿de acuerdo? ¿Qué? ¿En serio? Bueno, ¿puedo al menos… no? Sí. De acuerdo. Por favor, no dejes que esto afecte nuestra relación de trabajo. ¿Harry? ¿Harry?

—¿Qué fue eso?

Jill se sentó en el extremo de la tumbona de Stan y se quitó los guantes.

—Algo rarísimo. Jamie invitó a Ainsley y a su mujer a cenar anoche. Ya sabes el tiempo que llevamos intentando congraciarnos con él, pero es un cabrón difícil, así que habíamos apostado mucho a esta cena con Jamie. Te conté que se ha mostrado interesado en Minerva, ¿no? El caso es que Ainsley acaba de llamar para decir que la cena fue un desastre total. ¡Un desastre! Maya sirvió carne de cerdo…

—¿Qué? ¿No sabía que él y Trish son judíos?

—¿Cómo no iba a saberlo? Y no solo eso, sino que habían enviado toda una lista de alergias y preferencias. Tengo la impresión de que Trish es muy exigente, como es de esperar, y parece que Maya lo ignoró todo.

—Qué raro, conociendo a Maya.

—Stan, sirvió vino blanco con el cerdo, que al parecer le da "acidez crónica" a Harry. —A Jill no le gustó la preocupación en la cara de su marido, así que sonrió—. Y cuando parecía que las cosas no podían ser peores, Harry va al baño y… —Jill se llevó las manos a la cara—. Dios, Stan, dijo que había un pañal, un pañal sucio, en el suelo del baño de invitados. Maya debió de cambiar a la pequeña a último momento y se olvidó de tirarlo o algo así.

Al oír esto, Stan bajó el libro que estaba leyendo y se enderezó.

—Eso es…

—Horripilante. Lo sé.

—Pero al mismo tiempo muy inusual. Quiero decir, nunca he visto a Maya ser descuidada. Es una persona muy equilibrada, ¿no?

—Así es, pero Jamie ha estado muy inestable, como sabes. El otro día se portó de una forma muy maniática con Ainsley en la reunión de presentación. Quiero decir, fue muy raro. Tal vez este segundo bebé, no sé, los ha alterado… a los dos. Tal vez tienen problemas.

—Bueno, si él ha estado acosando mujeres en la oficina, apuesto a que sí. ¿Estás segura de que todo ese asunto ya se ha calmado?

—Oh, sí. —Jill se incorporó y se volvió a poner los guantes—. La mujer, Nicole, tiene muy claro que quiere dejar todo eso atrás. Pero voy a vigilar a Jamie. Y si llega a hacer el más mínimo movimiento equivocado en ese sentido…, pero ahora necesito averiguar qué pasó anoche.

—Buena idea. No queremos alejar a Ainsley, ¿verdad? —Jill advirtió que Stan no hizo amago de retomar su libro. Y, de nuevo, se sintió estúpida por haberle contado sobre la llamada.

—Todo va a ir bien, ¿sabes? De verdad.

—¿Cuándo echemos a Jamie?

La sorpresa la obligó a sentarse de nuevo junto a él. Le había hablado a su esposo de la auditoría que había ordenado cuando las rarezas de Spiro habían salido a la luz, pero no lo del correo electrónico y la carta, pues aún no estaba segura de que no fueran obra de Alex.

—¿Qué te hace decir eso?

—Bueno, no puede seguir metiendo la pata así, ¿verdad? Y mira cómo te pone, tener que arreglar todos los líos que arma. Por no hablar de lo que le está costando a la empresa. Ese asunto con Nicole… ¿y después Spiro? Ya es bastante malo que salga publicado en el Telegraph, pero si alguna vez se constata y se hace público que Jamie lo animó a destruir un edificio protegido, sería el fin de la reputación de BWL. Nuestra empresa, Jill, nuestro bebé.

—Shhh… —Besó a su marido en la frente—. No quiero que te preocupes por nada. Dime, ¿tomaste tus píldoras?

—Sí, enfermera Ratched.

—Bien hecho. —Levantó su teléfono—. Ve a dormir la siesta. Solo tardaré un par de minutos.

Le llevó mucho más que eso. Con la cabeza gacha y la voz furiosa

de Jamie en un oído, Jill se paseó a lo largo del canal hasta Puppet Theatre Barge. Jamie había planeado todo con meticulosidad, incluso había conseguido que la asistente personal de Harry le enviara por correo electrónico una lista de sus vinos y postres favoritos para que Maya pudiera incluirlos en la cena. Pero las cosas habían empezado a ir mal desde el principio, explicó, con el jamón de Parma y el Montrachet. Y Maya, que había estado "de un humor raro" desde que él había llegado tarde del trabajo, había reaccionado mal cuando él la había llevado a otra habitación para criticárselo.

—No era mucho pedir, ¿verdad, Jill? Quiero decir, le había dado una lista de instrucciones, por el amor de Dios. ¿Y te contó Ainsley… —agregó, y su voz sonó ronca por la incredulidad— lo que la tipa se dejó en el baño?

—Bueno, si le hablaste así, no me sorprende que se lo tomara a mal. Tal vez Maya se hartó, Jamie. Y te mandó a la mierda.

En su impaciencia por saber si la cena había sido de verdad tan catastrófica como Harry le había hecho creer, Jill se había olvidado del oportunismo, el menosprecio y la carta. Había dejado de lado su aversión. Pero esas palabras llenas de desdén —"la tipa"— habían reavivado todo. Y, cuando con voz empapada de sarcasmo, él le había rogado que se dejara de "tanto 'pobrecita' por un segundo para que podamos ocuparnos de esto", Jill había hecho una pausa y tomado cinco respiraciones profundas, como el estúpido manual de apoyo del SNS de Stan les recomendaba hacer en momentos de emoción intensa.

—¿Podamos?

Cuando las cosas no salían bien, siempre era "nosotros" y "nuestro". Jamie era generoso a la hora de compartir su malestar y repartir la responsabilidad de sus errores.

—¿Sabes qué? Creo que esto te corresponde arreglarlo a ti. Me cansé de cubrirte.

—¿Cubrirme? ¿Cuándo has tenido que cubrirme?

—¿Y qué tal si dejas de culpar a tu mujer y asumes parte de la responsabilidad?

—¡No fue culpa mía!

—De acuerdo, entonces al menos acepta los hechos. —Jill esquivó con agilidad a un turista que estaba en cuclillas leyendo un mapa a la sombra del puente de Warwick Avenue—. Harry se sentirá ofendido de manera mortal por lo que pasó y es probable que se esfuerce por mantenerse lo más lejos posible de BWL en el futuro. Para ser honesta, no estoy segura de poder culparlo. Lo que significará no una, sino dos operaciones importantes perdidas… por tu culpa. ¿Y se supone que yo soy la que no está en condiciones de trabajar? Es bastante gracioso, Jamie. Porque yo diría que, en este momento, tu trabajo pende de un hilo.

Eufórica hasta la embriaguez, pulsó el pequeño botón rojo y se apoyó contra la barandilla, con los brazos extendidos y la cara alzada hacia el sol. ¿De verdad podía ser tan simple? Pero al hurgar en sí misma en busca de algo que se pareciera a la culpa o la nostalgia, alguna punzada en el corazón, por leve que fuera, Jill se sintió aliviada al descubrir que la idea de sacar a Jamie de su vida para siempre no le producía más que satisfacción.

CAPÍTULO 25

NICOLE

—¿Tiene equipaje?

Nicole se quedó mirando a la chica. No podía tener más de dieciocho años. Sin duda era su primer trabajo. La camisa blanca parecía una reliquia del uniforme escolar y el pequeño agujero debajo de su labio había sostenido un piercing hacía poco.

—No. —Balanceó su bolso Longchamp lo bastante alto por encima del mostrador de recepción como para que se viera—. Solo esto.

Bien podría haber dicho: "Solo estoy aquí para coger", y la chica habría acusado recibo con un parpadeo.

—¿Y la copa de champán de bienvenida?

—Quizá la tomemos después de la cena, cuando llegue mi… —Nicole se esforzó por encontrar la palabra adecuada, algo que celebraría no tener que volver a hacer después de esta noche—. Cuando llegue mi pareja.

El lujoso y discreto hotel había sido elección de Nicole —"Si sé que nos encontraremos ahí esa noche, será más llevadero"— y mientras subía a la "suite superior" que había reservado para ellos en el tercer piso, trató de imaginarse la cara de Jamie cuando llegara a la puerta de la casa adosada de estuco blanco, oculta en parte por sus glicinas colgantes, en una calle lateral de South Kensington.

Seguro que se sorprendería. Cuando a los pocos meses de la relación Jamie había sugerido que fueran a Blakes, Nicole se había quejado. Nada mataba tanto el sexo como los hoteles diseñados para ello, por lo que siempre había preferido los Hilton y los Best Western: cubos de color beige con tiras de luces y aires acondicionados que zumbaban. Y eso si es que tenían que usar algo tan trillado como una

habitación de hotel. Si hubiera podido elegir, Nicole habría optado siempre por un cubículo de inodoro o un callejón. Solo que esa noche era diferente: esta noche era el comienzo de su nueva vida.

Fresca y bonita, con espejos de mosaicos y cojines de ikat que contrastaban de manera ingeniosa sobre la cama king size, la habitación parecía salida de Elle Decoration o la casa de vacaciones del tipo de madres amas de casa obsesionadas con el estatus que medían lo lejos que habían llegado por la marca de las velas en las cuatro esquinas de su bañera.

Eran poco más de las seis y Nicole sabía que tenía que ducharse y cambiarse antes de llamar un Uber para que la dejara en Angelini's a las siete y cuarto de la tarde, un cuarto de hora antes que Ben. Eso le daría tiempo en caso de que hubiera algún error con las mesas o fuera necesario mover alguna de ellas, aunque esperaba haber sido lo bastante precisa por teléfono. Si conseguía llamar la atención de Jamie de antemano, eso le daría el valor que necesitaba.

Sin embargo, en lugar de desvestirse, se quedó junto a la ventana y observó a los turistas que "tomaban el té" en el pequeño jardín debajo y trató de no imaginar el rostro y la voz de Ben cuando se lo dijera. Sus labios se movían mientras ensayaba las palabras que había decidido utilizar: "Todavía te amo y siempre lo haré, pero creo que jamás podré hacerte feliz".

Era cobarde tergiversar las palabras, como si el bienestar de Ben fuera lo único que le importara, pero, por el momento, ella y Jamie tenían que mantener su aventura al margen. Dentro de unos meses, la relación podría salir a la luz como algo que había sucedido de modo inesperado, natural, cuando ambos se encontraran solteros. "Recuerda que con que sea algo creíble a medias estará bien", había señalado ella. "Es más piadoso darles la opción de que crean que no empezó antes". Pero ¿había de verdad piedad en lo que estaban a punto de hacer?

Después de haber anhelado ese momento durante meses, Nicole habría dado ahora cualquier cosa por una semana, un día o una hora más. El vestido azul que había elegido a última hora de la noche anterior se le antojaba poco apropiado: demasiado juvenil, demasiado coqueto. Pero ¿cómo se vestía una para poner fin a un matrimonio de

diecisiete años? Los pantalones y la blusa que había elegido en un principio le habían parecido fríos, formales. Y como el vestido era bastante nuevo, tenía la ventaja de no evocar recuerdos asociados.

—Qué buena idea. —Ben había sonreído y había levantado la vista con sorpresa del Guardian cuando ella le había hablado sobre la reserva del restaurante esa mañana—. Lástima que no me hayas avisado antes. Aunque estoy seguro de que encontraré a alguien que cuide a Chlo.

No fue sino hasta que Nicole le dijo a su esposo que ya lo había arreglado con Suzy, que vivía al otro lado de la calle, para que cuidara a la niña, cuando sintió que sus mejillas enrojecían bajo su mirada. Ben siempre había sido quien se ocupaba del cuidado de Chloe y de los restaurantes. Todo el asunto corría el riesgo de sonar demasiado bien orquestado.

—¿Y a qué se debe esto?

"¿Debo tener una razón para salir con mi marido?", era la respuesta obvia, pero Nicole no se atrevió a decir algo tan frívolo, y agradeció el llanto de su hija.

—No me gusta Suzy.

—Por supuesto que te gusta Suzy, cariño. Siempre juegan al dominó, ¿recuerdas?

La conversación estaba tomando demasiada relevancia y Nicole se había alejado de su marido y su hija para hacer unas tostadas que nadie quería. La idea de que Ben repitiera las mentiras de ella en su mente cuando despertara solo a la mañana siguiente le hacía sentirse mal.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿A qué viene esto?

—Nada, pensé que sería agradable.

¿Agradable oír cómo la vida que creías que tenías queda reducida a la nada mientras comes un cangrejo aderezado? La idea parecía cada vez más loca y equivocada, pero Nicole debía seguir adelante con ella. Ambos tenían que hacerlo.

—Aquí tienes, cariño. Cómete tu tostada.

—Ya comí tostadas con papá.

—Bueno. —Nicole tragó—. Pero tienes que desayunar como es debido o a las diez ya tendrás hambre.

Se dio cuenta de que estaba sosteniendo la tostada en la palma de la mano como una camarera lo haría con una bandeja. Era ridículo. Toda la escena en la habitación le había parecido una escenificación morbosa.

—Mamá ya te la preparó, cariño. Cómetela. —Nicole dobló la tostada por la mitad y se la acercó a su hija.

—¡Pero yo no quería!

—No me importa. Tómala.

—No la quiero. No tengo hambre.

Ben la miraba con el ceño fruncido.

—Nic, creo que ha comido suficiente.

—Perfecto.

Dejando caer el triángulo seco en el plato de desayuno de su marido, Nicole había captado la mirada interrogativa de Chloe hacia su padre. En lugar de hacerla sentir culpable, como sería lo normal, la mirada solo la había hecho sentir más molesta. Había abandonado la casa con el pensamiento vengativo de que por muy desgarradores que fueran los próximos meses, al menos le darían la oportunidad de recuperar un poco de espacio en el corazón de su hija, un pensamiento del que ahora se avergonzó mientras se miraba por última vez en el espejo de la habitación del hotel y salía por la puerta.

Cuando llegó a Angelini’s, el lugar ya estaba lleno de gente. No

había ni rastro de Jamie, pero un puñado de parejas se inclinaban sobre los menús y dos grandes grupos de hombres de negocios que era obvio que llevaban allí desde el almuerzo reían a carcajadas a ambos lados de la barra central. Los niveles de ruido la arrancaron del trance en el que se encontraba desde que se había registrado en el hotel: aquello era real.

—¿Disculpe?

La rubia de la recepción se volvió hacia ella; tenía el teléfono pegado a la oreja: "Un minuto, por favor", articuló en silencio. Nicole asintió. No tenía que seguir adelante con aquello. Podía irse del restaurante en ese momento, llamar a Ben y decirle que había surgido algo. Y entonces todos los involucrados, desde Ben y Chloe hasta Maya y esas dos niñas, seguirían con sus vidas, ajenos a la mina que acababan de esquivar.

—¿Vestido nuevo?

El brazo de él le rodeó la cintura y la conocida barba incipiente rozó el lado de su cuello. Por un momento, Nicole se preguntó cuál de los dos hombres sería. Entonces giró para saludar a su esposo.

—Llegaste temprano —dijo.

—Lo sé. Cuando el metro funciona a tiempo, todo es desconcertante.

—Así es. Y no, no es nuevo —mintió a medias, y jaló de la tela azul.

—Es bonito.

—Gracias.

Deseó que Ben no pareciera tan emocionado como un niño, y estaba ansiosa por sentarse. Jamie y Maya llegarían en cualquier momento.

—¿Disculpe?

—Sí. —La recepcionista pareció colgar el teléfono y levantar la

vista hacia ellos en cámara lenta—. ¿El nombre? ¿Harper? Ah, sí, aquí están.

Tomó dos menús y los guio hacia la mesa. Nicole sintió alivio al comprobar que se trataba del banco corrido que había pedido en la segunda sección del restaurante, con una vista despejada de la primera.

—¿Te acuerdas de nuestros largos almuerzos en ese restaurante chino de bufet libre en Bristol?

Ben había insistido en sentarse junto a ella en el banco —"así podemos mirar a la gente"— y observó con indisimulada fascinación al grupo de hombres de negocios que estaban pidiendo una nueva ronda de brandy.

—Me acuerdo. —Nicole miró el menú en sus manos—. Ojalá tuviéramos gastos de representación como ellos. ¿Qué te gustaría comer?

—Todavía no lo miré. —Le puso una mano en el brazo—. Relájate. No hay prisa. Suzy dijo que podía quedarse hasta la hora que necesitáramos.

—Genial. —Nicole sintió que tenía la sonrisa congelada en el rostro. Necesitaba un trago—. ¿Disculpa? —Su voz era demasiado aguda, demasiado desesperada.

La camarera se acercó.

—Un vodka martini para mí, por favor, y un gin-tonic para él. —Sabía que sonaba descortés, pero no le importaba. También sabía lo que diría Ben cuando se inclinó hacia la camarera, ansioso como siempre por apaciguar cualquier antagonismo que Nicole pudiera haber instigado.

—Me temo que es una emergencia médica.

La camarera le contestó algo, algo ni muy divertido ni con la suficiente rapidez, pero Nicole no lo captó porque Jamie y Maya acababan de entrar.

Maya llevaba un vestido de seda ocre que no debería quedarle bien a una rubia, pero a ella le quedaba estupendo: tal vez por los dorados y castaños mate de su piel. Jamie tenía puestos unos jeanes y una camisa azul pálido que Nicole no había visto antes. ¿Habría sido la recepcionista más atenta de lo que había sido con Nicole y Ben? Eso parecía. Era innegable que formaban una pareja impactante.

—Bueno, ¿qué te parecen los camarones de la bahía de Dublín? ¿Vamos a pedir aperitivos?

Ben estaba tan absorto en el menú que no se dio cuenta de que ella seguía con la mirada a Jamie y a Maya mientras los guiaban a una mesa en el otro extremo del restaurante que, sin embargo, estaba en su línea de visión. Jamie tenía razón: nadie iba a reconocer a nadie allí.

—¿Nic?

—¿Perdón?

—¿Los camarones?

—Sí, pídelos.

Hubo un momento de indecisión mientras Maya decidía dónde sentarse, y cuando Jamie optó por fin por la silla que miraba hacia Nicole, con su esposa enfrente, Nicole advirtió que la parte posterior del vestido de Maya tenía un escote profundo que revelaba su suave espalda bronceada casi hasta la cintura.

Nicole contuvo la respiración. Había llegado el momento. Tal como lo habían planeado. Y, en cualquier instante, él levantaría los ojos hacia ella.

—Los calamares parecen buenos también. Pero ¿treinta libras? Es demasiado para un aperitivo.

—Pide lo que quieras.

Tenía miedo de bajar la vista y perderse la mirada de Jamie.

—Ya sé, tengo una idea. Yo pediré los camarones y tú los

calamares y los compartiremos, ¿te parece? Después tal vez me coma un bistec… oh, ¿y si pedimos las espinacas salteadas como guarnición?

Había algo un poco ridículo en el interés de su marido por la comida en los restaurantes.

—Perfecto. —Nicole cerró el menú con un chasquido—. ¿Dónde está mi martini?

Como si hubiera estado esperando una orden, la camarera apareció con las bebidas y se movió con ansiedad frente a ellos, tapando la vista de Nicole.

—¿Tienen un buen sauvignon blanc?

—Sí, el Pouilly-Fumé de Domaine Chatelain es uno de mis favoritos, pero si desean algo más vigorizante, tenemos el Crux de Marlborough…

Cuando la camarera se inclinó hacia delante para señalar el menú, Jamie por fin alzó los ojos para encontrarse con los de ella. Sonreía a algo que Maya había dicho, pero su mirada era intensa, excitada, y cuando Nicole apretó los muslos debajo de la mesa, una descarga de placer recorrió su cuerpo. En solo unas horas lo peor habría pasado… y su vida real podría comenzar.

—Ese suena muy bien.

—¿El Crux?

—Ajá.

—¿El Pouilly no?

—¿Perdón? ¿Cómo puede ser tan complicado pedir una botella de vino? Tráenos el Crux. —Ben se rio. Y cuando la camarera se hubo marchado, aventuró—: ¿Vigorizante?

—¿Qué?

—¿Desde cuándo el vino es “vigorizante”?

Nicole se las ingenió para emitir una risita, pero no fue suficiente para mitigar la preocupación en el rostro de Ben.

—¿Estás bien? Esta mañana parecías un poco…

—Sí, lo siento. Las cosas en el trabajo han estado difíciles y dormí muy mal anoche.

Ben comenzó con su habitual cantinela sobre que ella trabajaba demasiado, algo que a Nicole solía irritarla bastante, ya que era su trabajo lo que los mantenía a flote como familia. Esa noche, sin embargo, no le molestó, y se encontró asintiendo a todo lo que él decía. Alguien estaba llevando dos copas de champán a la mesa de Jamie y a Nicole le pareció extraño, de mal gusto, que él hubiera aceptado beber algo tan festivo en un momento así.

Una camarera más joven y bonita se acercó a tomarles el pedido y se rio de algo que dijo Jamie, mientras que Maya parecía estar haciendo muchas preguntas. Tenía que ser una de esas mujeres, ¿no? Las que preguntan cómo se cocinan las cosas y qué contienen las salsas: todos esos detalles que, más acorde con una actitud masculina, a Nicole nunca le habían importado. ¿Era eso lo que a Jamie le gustaba de ella? ¿Lo diferente que era de su esposa? ¿Extrañaría a la caprichosa y delicada madre de sus hijas una vez que despertara cada día junto a Nicole?

Se volvió hacia Ben, ya embriagada por el martini.

—¿Crees que soy demasiado dominante?

—¿Qué? —farfulló él sobre su gin-tonic—. Eh… no.

—Sabes a qué me refiero. Por tener una carrera. —Hizo una pausa —. No te gusta que te pida los tragos, ¿no?

—Si quieres saberlo, me gusta casi todo de ti.

—¿Como qué?

—¿Quieres una lista? De acuerdo. Me gusta que seas inteligente y decidida. Me gusta que siempre rellenes esos formularios de viaje de los que detesto ocuparme y lo bien que te quedan esas calzas raras con

neón que usas para correr. Me gusta que seas una madre tan maravillosa aunque nunca, nunca hayas llevado un paquete de toallitas húmedas en tu bolso.

—No lo soy.

—¿Qué?

—No soy una buena madre. Al menos, nunca siento eso.

—No digas tonterías. ¿Es por lo de esta mañana? Chlo te adora.

—Lo sé. Pero a veces no puedo evitar sentirme…

Nicole levantó la vista con preocupación cuando la camarera colocó sobre la mesa lo que parecía una cantidad innecesaria de comida. Nadie iba a comerse eso. Porque no podía estar ahí sentada comiendo y, luego, decirle a Ben que su matrimonio había terminado. Y seguro que no se lo iban a comer una vez que ella le hubiera dicho lo que la había motivado a llevarlo allí.

—Dios, Ben, ¿por qué siempre pides más de la cuenta?

Por la forma en que la sonrisa sensiblera de Ben desapareció de su rostro, Nicole se dio cuenta de que su tono había sido más duro de lo que había pensado.

—Es que… es demasiado, ¿no? Siempre es demasiado.

—No, para nada. No he probado bocado desde el almuerzo. —Sonrió y levantó su copa de vino hacia ella, y fue un gesto tan ansioso que Nicole sintió que algo se rompía con suavidad en su interior.

—Ben…

Pero la boca de él ya estaba llena de calamares.

—Están buenísimos —comentó, desde un resquicio en su boca—. Toma, prueba uno.

Nicole esquivó el tenedor cargado.

—No gracias —respondió.

Se permitió echar otra mirada rápida a Jamie e hizo el tipo de pacto supersticioso en el que solía confiar cuando era una adolescente indecisa: “Si me mira ahora, las próximas palabras que saldrán de mi boca serán ‘Se acabó’”. Pero Jamie no la miró. Tampoco miraba a su esposa, sino a su plato, mientras escuchaba con atención lo que Maya estaba diciendo.

Nicole apartó los ojos y continuó:

—No es solo a Chloe a la que siempre siento que estoy defraudando. A veces siento… —¿Era esta la forma de empezar? ¿Existía algún preludio para decir “te dejo”?—. Bueno, en realidad, la mayor parte del tiempo siento que soy una esposa de mierda para ti.

—¿De qué estás hablando?

En este punto, Ben todavía estaría pensando que se trataba de una de esas sesiones de rencuentro matrimonial que tenían las parejas cuando por fin podían pasar una hora o dos sin los niños. Pero él la conocía. Se había dado cuenta de que ella no había tocado la comida y que iba por su segunda copa de vino, y Nicole percibió un destello de miedo animal en los ojos de su marido.

—Solo que soy consciente de que he estado muy atada con el trabajo, y la verdad es que me encanta mi trabajo, tú lo sabes…

—¿Y por eso estás estresada la mayor parte del tiempo? Y cansada. Lo que creo que necesitas, lo que ambos necesitamos, son unas vacaciones. —Se inclinó hacia delante—. ¿Por qué no nos sentamos esta noche una hora en Expedia y buscamos todos esos lugares a los que nunca hemos ido y que nos gustaría visitar? —Estaba entrando en pánico y era una agonía verlo—. Podríamos buscar las ofertas de fin de agosto y, ya sabes, reservar algo. Incluso podríamos…

—No.

—¿Qué? —Ben se rio—. ¿A qué te refieres con no?

—No a las vacaciones. No a todo. —“Mírame, Jamie. Te necesito”—. No podemos seguir así, Ben, no podemos.

Fue como subir a tomar aire después de haber aguantado la

respiración demasiado tiempo. Pero el alivio no duró. Mientras su marido la observaba con fijeza, todavía con el tenedor en la mano, pero de una manera extraña, como si hubiera olvidado para qué servía, Nicole se dio cuenta de algo que la hizo estremecerse de tristeza: Ben había estado esperando esto durante los últimos veintiún años.

—Nic…

—Lo siento. —Abrió la boca para decir: "Lo intenté", pero lo pensó mejor—. Te amo. Pero no… no de la manera que… no es suficiente.

Ben sonrió, pero era la sonrisa desagradable de alguien que nunca dejaría de sufrir.

—¿No me amas lo suficiente?

—Creo que no siento… lo que debería sentir.

—¿Cómo debería sentirse alguien después de diecisiete años de matrimonio? —Nicole recordó que Ben tenía una veta agresiva que solo surgía cuando algo amenazaba a su mujer o a su hija… y que, en cualquier otra circunstancia, sería admirable. Si Ben hubiera sido capaz de aprovecharla para el trabajo o la vida, la pareja podría haber tenido una oportunidad de éxito.

—Creo que debería sentir más de lo que siento yo. —No había forma de atenuarlo—. No lo digo para herirte. Solo estoy siendo honesta. —Tomó otro sorbo de vino—. Éramos muy jóvenes cuando nos conocimos, Ben, y todavía lo somos. No puedes… —Lo intentó de nuevo—. No tenemos que pasar el resto de nuestra vida con la sensación de que nos falta algo.

—Yo no siento que me falte nada. —Su rostro era duro, obstinado —. Tengo todo lo que quiero.

—De acuerdo. —Y, luego, con docilidad, en un susurro—: pero yo no, Ben. Y ojalá no fuera así. Ojalá fuera suficiente, pero…

—No lo estás intentando. Estás diciendo todo esto porque has llegado a una edad en la que…

—Oh, por favor, no empieces con eso. No tiene nada que ver con la edad ni con la "etapa de la vida" ni con "querer lo que no tengo" ni cualquier otra cosa.

Volvió a mirar de reojo a Jamie, quien, por cierto, no dudaría —por las expresiones y el lenguaje corporal de ella y Ben— de que Nicole había cumplido con su parte del trato. Pero él seguía escuchando en silencio a su esposa. Y como Nicole sabía que Ben no dejaría de intentar hacerla cambiar de opinión hasta que ella dijera algo que lo hiciera odiarla, lo miró a los ojos y le dijo:

—Chloe es mi hija: la amo y la necesito en mi vida. Pero lo nuestro, Ben…, no tiene futuro.

—Voy a cambiar.

—No se trata de eso. Y no quiero que cambies.

—Puedo conseguir un trabajo. Sé que odias que no trabaje. Sé que piensas que me paso la vida sentado en la casa…

—¡Ben! No pienso eso. Lo que has hecho por Chloe y por mí…

—Entonces, ¿qué? Tiene que haber una manera. —Se estiró para tomarle el brazo, pero ella lo retiró.

—No la hay. No la hay porque hay alguien que…

—Oh, mierda. —Ben desvió la mirada y por fin dejó el tenedor—. ¿Me has traído aquí, a este lugar, para decirme que has encontrado a otro?

—No iba a decírtelo así —murmuró ella—. Pero no estabas escuchando. Presionas y presionas y es como si…

—¿Quién es?

—No importa.

—¿Quién es?

—Pienso que…

—¿De verdad no vas a decírmelo? —la interrumpió. Ben dejó la servilleta sobre la mesa—. Lo que yo pienso es que quiero irme a casa.

Una sabe que esos momentos van a ser de puro dolor, pero nadie te dice nunca que, más que nada, son incómodos. Ben estaba de pie a medias, con las rodillas dobladas, pero encajonado en el banco por otras mesas y comensales.

—Permiso —susurró. Pero el lugar era muy ruidoso y nadie se movió.

—Ben —Sintió que tenía que decirlo; después de todo, había que pensar en Chloe—. No voy a volver a casa esta noche.

—Por supuesto que no. —Y un poco más fuerte—: Permiso.

—Creo que si nos damos un tiempo para…

—Ajá. Y, por curiosidad, ¿qué se supone que debo decirle a tu hija?

—Permítame ayudarlo.

Un camarero lo había visto por fin y se había acercado a ayudarlo a correr la mesa.

—El baño de caballeros está abajo, señor.

—No. —Ben tenía un punto rosado ardiente en cada pómulo—. No, solo quiero irme.

Y una vez liberado, su servilleta cayó al suelo y Ben cruzó el restaurante, pasó junto a Jamie y a Maya y salió por la puerta.

En un restaurante más pequeño, el hecho podría haber causado un gran revuelo, pero, aunque los comensales situados a ambos lados de Nicole le lanzaron una o dos miradas curiosas a ella y a la comida casi intacta sobre la mesa, nadie más pareció notar lo que había sucedido. Nadie excepto la camarera, quien había visto demasiadas disputas matrimoniales contenidas con cuidado como para contarlas… o preocuparse por ellas.

—¿Sigue ocupada con esto?

—Eh… no. —“Ocupada con esto”. ¿Por qué la gente hablaba así? —. Será mejor que cancelemos los platos principales. Lo siento, mi esposo tuvo que salir corriendo.

—Claro. ¿Le traigo la cuenta?

Nicole observó la botella de vino medio llena en la hielera junto a la mesa. Luego miró a Jamie, quien todavía no parecía un hombre que estuviera terminando su matrimonio. De hecho, por el lenguaje corporal de ambos, parecían más bien estar en una salida nocturna.

—No. —Nicole había participado en demasiados viajes de negocios como para sentirse cohibida por estar sola en un restaurante. Y tenía el deseo morboso de ver sufrir a Maya como acababa de hacerlo Ben. Señaló su copa de vino y añadió —: Me quedaré a terminarla.

Si a la camarera le pareció extraño o no, a Nicole no le importó. Estaba demasiado concentrada observando a Maya, que entonces había recogido su bolso de la mesa y se inclinaba hacia Jamie, como si estuviera a punto de marcharse. ¿Estaba enfadada? ¿Lloraba? Nicole no podía verle la cara. Pero cuando por fin se puso de pie y se volvió hacia Jamie con una última palabra, Nicole captó un destello de dientes blancos: Maya estaba sonriendo.

Algo iba mal. Todo iba mal. Y mientras veía cómo la recepcionista le señalaba el baño de damas a Maya, Jamie por fin levantó los ojos hacia ella. Nicole alzó su barbilla ligeramente, formulando la pregunta, rogando e implorando, pero no había signos de consuelo ni solidaridad en el rostro de Jamie, y le llevó un momento leer su expresión de culpabilidad y las palabras que articuló en silencio: “No puedo. Lo siento”.

CAPÍTULO 26

ALEX

—No. No lo hagas.

—Ey —la regañó Alex, y aparcó el cochecito donde dormía Katie junto a la mesa—. No vine aquí a decirte que te lo dije. Ni siquiera te voy a preguntar qué pasó esta noche. Solo estoy aquí para decirte lo que intenté decirte el otro día.

Acercó una silla y observó los ojos vacíos de Nicole, el rímel que se había acumulado en las finas arrugas debajo y la boca sin pintar. Nunca la había visto sin labial, y había algo indecente en la desnudez de su rostro.

—Si hacemos... si haces... esto bien, nunca más tendrás que volver a ver a Jamie. Desaparecerá, estará fuera de juego.

De cielo raso bajo y paredes pegajosas, no era el tipo de pub para llevar a un bebé… y menos después de las nueve de la noche. Pero cuando Alex vio el nombre de Nicole en su móvil adivinó lo que había sucedido. “Estaré en Victoria en media hora. Busca un pub y quédate ahí.” Poco más de treinta minutos después, entró en el local, embistiendo tobillos con el cochecito e ignorando las miradas de desaprobación, hasta que vio a Nicole sentada, con dos vodkas con tónica, en un rincón.

—Mírame. Jamie es bueno en estas cosas, está especializado en joder a la gente, ¿recuerdas? Creía que eso ya estaba bastante claro. Pero, por favor, no te sientas estúpida.

Nicole esbozó una sonrisa débil.

—Es difícil no sentirse estúpida cuando acabas de poner fin a tu matrimonio por alguien a quien le importa un bledo.

Alex se quedó pensando.

—En realidad, no creo que sea así. Es probable que a Jamie sí le importe. De lo contrario, no habrían durado tanto tiempo. Es solo que… ¿le importa más Maya? Traté de decírtelo.

Con los codos sobre la mesa, Nicole apoyó la cara entre las manos.

—¡Y lo supe! Supe que algo estaba mal cuando los vi en el restaurante. Por la forma en que ella hablaba y él escuchaba, cuando debería haber sido al revés.

Alex se encogió de hombros.

—No creo que él haya tenido nunca la intención de dejarla.

Nicole la miró con fijeza.

—Entonces, ¿por qué…? ¿Qué clase de cabrón de mierda hace algo así?

Alex se volvió a encoger de hombros.

—Tú deberías saberlo mejor que yo. ¿Tal vez todo el asunto del restaurante fue un jueguito previo para él? ¿Una forma de excitarse? Por lo que me contaste, Jamie es, bueno, un cabrón de mierda.

Nicole hizo un ruido, en parte sollozo y en parte gemido, y Alex pensó que lo mejor era seguir presionando.

—Pero lo que le excita no es solo enfermizo, es ilegal, ¿no?

Nicole levantó la vista de su copa con los ojos nublados, sin entender al principio. Luego expresó con voz cansada:

—Te dije…

Pero Alex la silenció con un dedo.

—Déjame terminar. Si lo que acaba de ocurrir nos dice algo, es que hay una puta parte de Jamie que es obvio que no estás viendo. Y entiendo que la relación sea “complicada”, como dices, pero si lo que me contaste aquella noche en mi apartamento ocurrió de verdad…

—Fue solo una vez y…

Alex se reclinó con fuerza en su silla y se cruzó de brazos.

—¿Te estás escuchando? Solo una vez es más que demasiado. ¿Por qué protegerlo entonces? Sobre todo, cuando ahora sabes qué clase de hombre es y de qué es capaz. —Alex se inclinó hacia delante a través de la mesa—. Cuando sabes lo que puede llegar a hacer.

Nicole parpadeó.

—¿Qué quieres que haga?

—No se trata de lo que yo quiero. Se trata de hacer lo que deberías haber hecho hace meses para proteger a otras mujeres de hombres como Jamie. Y sí —agregó, sabiendo que esta iba a ser la parte complicada—, significaría un poco de exposición para ti. La gente se enteraría de lo que te hizo Jamie; bueno, Recursos Humanos lo haría. Pero nunca tendrían que saber lo que pasó antes.

Nicole negaba con la cabeza.

—No, no. No puedo hacer eso. Verás, esta noche le dije a Ben que estaba viendo a otra persona. Si luego voy y acuso a mi jefe de… no, no puedo permitir que Ben escuche eso.

—Ni siquiera se enterará. ¿Tienes idea del hermetismo que se guarda sobre ese tipo de denuncias? En el momento en el que las haces te conviertes en una víctima: protegida. Y así es como debe ser. Así que incluso si Ben se enterara de alguna manera, nunca pensaría ni en un millón de años que tuviste una relación consentida con él. —No había tenido intención de sonar sarcástica, pero Nicole soltó una risa seca—. Mira, ya no me importa lo que hayas hecho. Todas fuimos engañadas por él, seducidas y, luego, estafadas, ¿no es cierto? —Alex esbozó una pequeña sonrisa de aliento—. Pero esto acabará con él, sin ninguna duda.

—Entiendo, pero… —Nicole había fijado los ojos en algo a la altura de la mesa y Alex lo tomó como una confusión producto del alcohol antes de recordar el estado de sus nudillos, donde otra sesión de lejía había quemado la fina piel—. ¡Tus manos! —exclamó Nicole, arrastrando las palabras—. Tu eczema, Alex. Tienes que ir al médico, tiene mal aspecto.

—Como te dije… —respondió Alex, y se bajó la manga de la camisa todo lo que pudo—, parece peor de lo que es. Necesito que te concentres, Nicole.

—Lo estoy haciendo.

—Bien. Escucha: ya estás bastante expuesta, ¿no? Es decir, si yo sé lo tuyo con Jamie, otras personas podrían saberlo.

Nicole inspiró con brusquedad y asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Y me imagino que después de lo que ha pasado esta noche no pensarás en serio que puedes seguir en BWL y mirar a Jamie a la cara todos los días, sentarte frente a él en las reuniones, brindar en la fiesta de Navidad, ¿verdad? Y cuando él empiece otra aventura, que lo hará, es probable que ya lo haya hecho, delante de tus narices… digamos que con esa chica Sophia…

—No lo hará —susurró Nicole—. Por lo que he oído, no quiere saber nada más con él.

Alex enarcó una ceja.

—La invitó… y le hizo algo, la presionó mucho. En fin, la asustó. Y tal vez… —Se interrumpió y volvió a intentarlo—. Tal vez no fue un accidente. Tal vez se excita con esa presión. Pero, Alex, no me voy a ir. No cuando he entregado todo, años, para llegar a donde estoy. No cuando merezco ser socia en BWL. No voy a dejar que Jamie me quite todo lo que me queda.

Dos hombres jóvenes que estaban en la barra echaron una mirada a Nicole antes de volverse, demasiado rápido, hacia sus cervezas. Y Alex observó cómo aquella mujer que estaba a punto de pasar de ser la fantasía de todo hombre a un fantasma digería el peligroso momento que atravesaba su vida. Alex no tenía nada que perder con el paso del tiempo: siempre había sido invisible. Y, a pesar de todo el dolor que esto le había causado en su adolescencia, se sentía agradecida de que nunca tendría que experimentar el tipo de pérdida que Nicole estaba afrontando ahora. Una pérdida de la que, a pesar de la repulsiva idea de los “últimos años en carrera” de una mujer, Nicole sería muy consciente.

—Tendrán que encontrar otro socio —continuó Alex—. Para sustituir a Jamie.

Nicole se quedó mirándola.

—Bien. ¿Y entonces qué, me dan el puesto de Jamie? ¿Y la policía? ¿Qué pasa si lo arrestan y tengo que declarar o algo así?

—Te prometo que estarás protegida. BWL no va a querer de ninguna manera que todo el asunto se haga público o que intervenga la policía. Solo tú puedes decidir si eso es lo que quieres. Ellos no están obligados a darle curso legal. No, a menos que tú quieras presentar cargos, cosa que no harás. Y ya sea que decidas llamarlo como lo que fue o algo menos explícito, agresión sexual, tal vez, Jamie será despedido, algo que debería haber sucedido hace mucho tiempo por razones que mucha gente ya conoce. Pero las verdaderas razones de su "salida" se mantendrán en secreto. Créeme, no solo es perfecto, sino que es lo que hay que hacer.

Cuando Alex terminó de explicar el resto, Nicole se limitó a asentir.

—Necesito acostarme.

Nicole permaneció en silencio mientras Alex la acompañaba afuera del pub y la ayudaba a subir a un Uber que la estaba esperando. Pero después de que la puerta se cerrase con un golpe y Alex se volviese para centrar su atención en Katie y ceñirle la manta alrededor de su cuerpito tembloroso por el aire fresco de la noche, oyó el zumbido de la ventanilla que bajaba a sus espaldas.

—Esto será lo último —afirmó Nicole—. Tienes que prometérmelo. No más complots, no más planes. Se acabó.

Alex se alegró de que un simple movimiento de cabeza fuera suficiente para calmar el pánico en los ojos de la otra mujer. Puede que nunca entendiera a Nicole, pero se dio cuenta de que se había encariñado con ella. Y no habría querido decirle una mentira rotunda.

CAPÍTULO 27

JILL

—¿Qué significa que no puedes decírmelo? ¿Cómo es que no puedes decírmelo?

Mucho antes de que la indignación contenida de Jamie hubiera traspasado las paredes de cristal de su oficina, Jill supo que algo pasaba. Como pájaros en un cable, la hilera de técnicos topográficos auxiliares se volvía a izquierda y derecha en la larga fila de escritorios que ocupaban frente a los ascensores mientras intercambiaban información con gestos de certeza y miradas de incredulidad. Era una escena que Jill ya había presenciado antes, pero solo a la mañana siguiente de una fiesta de la empresa.

Tal vez porque nunca, ni siquiera de joven, había sido objeto de chismorreo, Jill no se oponía a ello tanto como Paul y Jamie. De hecho, en el fondo, siempre lo había disfrutado. Unas cuantas afirmaciones estridentes se elevaban por encima del tuiteo colectivo: "Según Amy, siempre fue un pervertido total con ella, incluso una vez le apretó el culo"; "Lo siento, son puras pendejadas, ¡no creas ni una palabra!", y Jill tomó nota mental de que debía preguntarle a Kellie cuál de los brókeres que usaban calcetines o corbatas de fantasía se había portado mal.

Pero no fue necesario. Al acercarse a su oficina, oyó la voz elevada de Jamie y comprobó de un vistazo que, en efecto, eran Ross y Jayne, de Recursos Humanos, quienes estaban sentados frente a él.

—Llevan casi una hora ahí —le susurró Kellie—. Paul ha intentado localizarte. Dicen que alguien lo ha acusado de acoso.

Jill sacó su teléfono del bolso: cuatro llamadas perdidas. Se había olvidado de desactivar la función de silencio cuando había salido del hospital esa mañana. Su mente recordó los labios carmesí de Nicole, resentidos y finos: "No voy a denunciarlo. Punto". Solo que si ella no

lo había hecho, parecía que alguien más sí.

—Maldita sea. —Luego, consciente del silencio y de las caras vueltas hacia ella, agregó—: Cancela mis llamadas, ¿quieres? ¿Dónde está Paul ahora?

—En su oficina.

—Por el amor de Dios. —Paul no se movió de su posición junto a la ventana cuando la oyó entrar, sino que permaneció allí, de espaldas a Jill, contemplando la fea maraña gris del paso a nivel de Hammersmith debajo—. Esto es un lío tremendo.

—Ay. Lo siento. Tenía el teléfono apagado.

—¿Qué sabes?

—Nada. Me acabo de enterar.

Paul se volteó.

—Lo van a suspender, con efecto inmediato. Se lo están diciendo ahora.

Jill solo pudo asentir.

Paul se dejó caer de golpe en su silla y miró a media distancia.

—Esto es grave, Jill, muy grave. Las palabras que Recursos Humanos está utilizando… Tenemos que distanciarnos y distanciar a la empresa de esto. Pronto.

Lo que fuera que Jill esperaba no era esto. Paul siempre había apoyado a Jamie, siempre lo había defendido.

—Pensé que Jamie y tú…

—¿Jamie y yo qué? ¿Tomamos alguna cerveza juntos? ¿Jugamos algún partido de golf? Bueno, no voy a dejar que me arrastre a este desastre sórdido, ya te lo digo. ¿Te das cuenta de lo tóxicas que son este tipo de acusaciones?

—Sí, claro.

—Los periódicos se hacen eco de esto y de pronto utilizan la palabra “endémico”, hablan de una “cultura de acoso” y hacen pasar a BWL por una especie de “club de la vieja guardia machista”. Tú no tienes problema, Jill, eres mujer.

En cualquier otra circunstancia, se habría reído de esta afirmación.

—No te entiendo.

—Soy el único otro hombre de la vieja guardia de la sociedad, ¿no es así? —Jill no tuvo tiempo de asombrarse del egocentrismo que el miedo puede provocar en la gente, de la rapidez con la que entra en juego el puro instinto de autoprotección y borra toda lealtad anterior —. Incluso aunque no quede involucrado en ese aspecto —prosiguió —, si esto sale a la luz, ¿quién va a querer hacer negocios con nosotros? No puedo permitirme un golpe así en este momento. No con un divorcio en puertas que me va a dejar pelado.

—¿Sabemos quién es la mujer?

Paul la miró con fijeza.

—Nicole Harper. Creía que lo sabías.

Jill trató de tragar saliva.

—No. Yo… claro.

—Pero Jamie no lo sabe. Recursos Humanos está reteniendo los detalles hasta que abandone la oficina, momento en el que supongo que le comunicarán las acusaciones. Pero por ahora solo tú y yo debemos saber que ha habido una denuncia.

—La gente ya lo sabe, Kellie y otros. Los escuché al entrar.

—Mierda.

¿Era culpa de ella? ¿Por no haber denunciado el acoso delque Nicole le había hablado, un acoso que había desembocado en una agresión sexual?

—Por ahora, es un caso de la palabra de ella contra la de él. Pero sabemos que ella no quiere presentar cargos, lo cual es… conveniente,

desde nuestra perspectiva, quiero decir.

Se sumieron en un silencio sombrío.

—¿Recursos Humanos dijo algo más? —preguntó Jill por fin.

—Hasta que no hayan investigado a fondo las acusaciones no pueden decirnos mucho más. Pero según Ross, suele haber un patrón de comportamiento en estos casos, por lo que después de que una mujer se decide a hablar…

—Dios mío.

—Así que no debería sorprendernos si eso sucediera. —Paul se rascó una pequeña zona calva en su cabeza—. Quiero decir, ¡estamos hablando de alguien que los dos conocemos, en quien confiamos y con quien trabajamos durante años! Tú… —Señaló a Jill, pero al darse cuenta de su ademán acusador, dejó caer la mano sobre el escritorio —. Bueno, tú lo conoces mejor que yo. Eran amigos, amigos de verdad. Y sé que Jamie es mujeriego, pero… no es el tipo de hombre que hace estas cosas, ¿no?

—No tengo ni idea de qué tipo de hombre es Jamie. —Poco tiempo atrás, Jill habría sido incapaz de evitar la tristeza en su voz. Ahora sentía como si estuviera hablando de un desconocido—. No te he dicho nada, pero en los últimos meses Jamie se ha portado de manera extraña. Y han vuelto a surgir cosas que antes dejé pasar. —Volvió a pensar en el correo electrónico—. Incompetencia. Deslealtad. Luego vino lo de la auditoría. Y sospecho que últimamente ha sido bastante franco contigo con respecto a sus sentimientos hacia mí. Pero todo eso es insignificante. Deberíamos haberlo visto venir. Tal vez no quisimos hacerlo.

Pero Paul estaba negando con la cabeza.

—No. No asumiré la culpa de esto. ¡Eso es a lo que me refiero! Y ambos sabemos que esto no tiene vuelta atrás. Si resulta ser cierto o no, no importa. La mierda no solo se pega, sino que mancha. Tenemos que sacar a Jamie de escena. Hacerlo desaparecer.

¿Qué haría la antigua Jill? ¿La Jill que podía manejar hasta las peores “sorpresas” profesionales de la manera más racional y eficiente

posible?

—Creo que tenemos que hacer a un lado nuestros sentimientos personales y ponernos a redactar una declaración en caso de que haga falta pronunciarnos públicamente.

Estaban escribiendo el primer borrador, con la ferviente esperanza de no tener que utilizarlo nunca, cuando el sonido del tono elevado de Jamie los hizo ponerse de pie. Había habido uno o dos estallidos audibles desde que ella se había sentado en el despacho de Paul, pero este procedía del espacio común de la oficina.

—Ya empezamos. Pero escucha, creo que es mejor que ninguno de los dos se involucre, que dejemos a Ross hacer su trabajo.

Demasiado distraída por el enfrentamiento público que se estaba produciendo entre Jamie y Ross en el espacio común fuera, Jill solo pudo asentir.

Toda la escena habría sido cómica —el director de Recursos Humanos era casi medio metro más bajo que Jamie y mucho más redondo— si la situación no hubiera sido tan grave.

—Es una pregunta sencilla. ¿Qué hace Pete aquí?

Los dos hombres estaban frente a la puerta de la oficina de Jamie y, al estirar el cuello, Jill pudo ver que el más grande y el más bondadoso de los tres guardias de seguridad habituales de BWL permanecía a corta distancia junto a Jayne, el ayudante rubio más imponente de Ross.

—¿Por favor, podemos tener esta conversación dentro de tu oficina?

Como para recordarle dónde quedaba su propia oficina, Ross extendió un brazo y Jill se sorprendió de que el desagrado que sentía en ese momento no fuera por Jamie, sino por su oficioso director de Recursos Humanos. Todos esos años que debió de haber pasado observando a ese hombre apuesto y carismático enseñorearse de la oficina. Este era su momento. Tal vez hasta se estaba divirtiendo.

—Ya hemos tenido una conversación, Ross —oyó replicar a Jamie

—, y sigo sin saber nada excepto que se supone que he agredido sexualmente, ¡agredido sexualmente!, a una empleada.

Lo que el director de Recursos Humanos dijo a continuación provocó un nuevo estallido.

—¿No puedes esperar a que me vaya? ¿Tienes que hacerlo ahora? No. Lo siento. De todos modos, quiero mi chaqueta.

Había más de un centenar de personas en el espacio común, pero salvo algún que otro teléfono que sonaba y el zumbido de la fotocopiadora, el lugar estaba en silencio, cada cuello tenso de una manera artificial, cada par de ojos pegado, sin ver, a una pantalla.

—¿En serio no me vas a dejar entrar a buscar mi chaqueta? ¿Qué crees que voy a hacer ahí dentro? —Jamie miró primero a Ross y, luego, a Jayne—. ¿Borrar toda la pornografía en mi computadora?

En respuesta a una orden murmurada que Jill no alcanzó a oír, Pete entró con rapidez en la oficina de Jamie, se arrodilló y desapareció debajo del escritorio, para reaparecer segundos después con un cable en las manos.

—Muy bien, ya me cansé, voy a llamar a mi abogado. Esto es… inaceptable.

Volvía a utilizar ese lenguaje autoritario y patético, como si creyera que podía salvarse a sí mismo o mostrar cierta apariencia de dignidad con formalidades profesionales. Y Jill volvió a sentir la inquietud creciente que había intentado combatir durante su reunión con Paul. Algo en todo aquello parecía equivocado, y no de la manera obvia. No, lo que estaba equivocado era la reacción de Jamie. Porque por mucho que hubiera empezado a cuestionarse lo bien que conocía a ese hombre, en este momento Jamie estaba atónito por las afirmaciones en su contra.

—¿Puedes llamar a Simon Oliver, Ashley? Ya mismo. Y no me importa si está almorzando o en el club. Dile que necesito que me llame de inmediato.

Pero los ojos de su asistente personal estaban clavados en la computadora de Jamie mientras la retiraban de la oficina.

—¿Ashley?

Mientras la pobre chica parpadeaba hacia su jefe y, luego, hacia Ross, Jill se preguntó si estaría a punto de ponerse a llorar.

—Yo… ¿yo…?

Ross meneó la cabeza hacia ella.

—¿No puedo llamar a mi abogado? —Jamie miró a su alrededor con desesperación—. ¿Esto está pasando de verdad? Ey, chicas, ¿me ayudan? —Jamie se había acercado al área central, con los brazos extendidos—. Debe de ser una de ustedes. No sean tímidas. A menos que…, espera un segundo, a menos que ustedes tampoco lo recuerden. Porque yo no recuerdo haber agredido sexualmente a nadie. Y no es el tipo de cosas que se olvidan, ¿verdad?

La parte de atrás de la camisa de Jamie se le había salido por fuera del pantalón y tenía el pelo alborotado.

—¿Fuiste tú? —le preguntó a una bróker joven que miraba su pantalla con atención—. ¿Acaso abrí la puerta de forma que te sentiste "incómoda" o te comenté que me gustaba tu falda? Es una falda muy bonita. ¿Se me permite decir eso? ¿Es una "agresión verbal"? Probablemente. —Como no hubo reacción, Jamie empezó a agitar las manos delante de la cara de la joven—. ¡Hola! ¡Hola! ¡Te estoy hablando! —La joven se sobresaltó y se echó hacia atrás, y todas las mujeres que se encontraban cerca se quedaron paralizadas por temor a que él las escogiera para hostigarlas.

—¡Vamos! ¿Nadie va a confesar que la ataqué? ¿Una de ustedes se presenta con una puta historia, que ni siquiera se me permite escuchar, por cierto, y de pronto soy el puto Harvey Weinstein, carajo? ¿Dónde está la prueba… dónde está la prueba de algo?

Por el rabillo del ojo, Jill vio a Ross, flanqueado por Pete, que caminaba con paso rápido en diagonal hacia Jamie.

—Ah, lo olvidaba, ya no hacen falta pruebas, ¿verdad? Porque si una mujer lo dice, si es su verdad, es la única verdad.

—Ya es suficiente, Jamie —pronunció Ross y añadió algo más que

ella no logró entender.

—¿Peor? ¿Cómo mierda podría ser peor? ¿Ustedes deciden que soy una especie de depredador que ataca a las mujeres, no solo a las mujeres, sino a mis empleadas y, luego, se supone que debo desaparecer con toda tranquilidad sin saber a quién se supone que le he hecho esto?

—Jamie. —Ross se adelantó para tocarle el brazo antes de pensarlo mejor, y, por un segundo, Jill tuvo la absurda idea de que Jamie podría golpearlo—. Como ya te explicamos, las acusaciones se te comunicarán a su debido tiempo.

En respuesta a una señal de Ross, Pete se acercó y su manaza se cerró alrededor del brazo de Jamie.

—Vamos, amigo, es hora de irse.

—¿Amigo? —Jamie dio un paso teatral hacia atrás—. ¿Sigo siendo tu amigo, Pete? Era tu amigo cuando me diste el currículum de tu hija y me pediste que le buscara trabajo como becaria, ¿no es así? Y sin duda era tu amigo cuando le conseguí ese trabajo de verano en el área de publicidad. Y ahora no lo soy. De hecho, quieres echarme a la calle.

—Tienes que irte y tranquilizarte.

—¿Porque todo va a estar mejor por la mañana? No lo creo. Pero me iré, después de buscar mi chaqueta.

Jamie dio un paso hacia su oficina y Pete hizo lo mismo, obstaculizando el camino de su jefe.

—No hagas tonterías, Jamie.

—Pete tiene razón. Es más que suficiente. Entiendo que esto es desagradable para todos. Pero ahora vamos a necesitar que te vayas.

A pesar de todo, Jill sintió un poco de vergüenza por su antiguo amigo cuando Pete, con una mano sujetando el brazo de Jamie, lo "acompañó" al interior del ascensor y a la salida.

En ese momento, todos en la oficina parecieron espirar al unísono.

Y después de que los murmullos se hubieron calmado —más tarde se haría la autopsia correspondiente en el pub—, todos volvieron al trabajo. Todos excepto Jill, que seguía de pie, con una mano en el pomo de la puerta, en la oficina de Paul.

—¿Paul?

—Sí. —Su socio estaba desplomado en su escritorio, con la cabeza entre las manos.

—No te pregunté antes porque me daba vergüenza. Porque estaba bastante segura de saber la respuesta y de que alguien me estaba haciendo una broma. ¿Jamie te envió alguna vez un correo electrónico, hace un tiempo, en el que se refería a mí como "YSQ" y… —agregó con un estremecimiento— como senil, sugiriendo que yo ya no era una buena imagen para la empresa, ese tipo de…?

La forma en que Paul se movió en su asiento, su negativa a mirarla a los ojos, la detuvo en seco.

—Tuvimos un breve intercambio hace unos cuatro o cinco meses atrás en el que…, eh…, me dijo que estaba preocupado por ti y que creía que debías tomarte unas vacaciones. Pero ¿"senil"? Jamás ha usado una palabra como esa en ningún correo electrónico que me haya enviado. ¿Y "YSQ"? ¿Qué significa eso?

El alivio la hizo sonreír.

—No te preocupes. Debió de haber sido… una broma. —Alex. Debió de haber sido Alex.

Por supuesto, Paul no sabía nada de ese lenguaje crudo de Jamie en ese correo electrónico porque ese lenguaje solo se había añadido después, cuando el correo electrónico había sido editado… por una exasistente personal resentida.

—Pero debo advertirte —añadió Paul con otra mirada evasiva— que hubo una carta dirigida al consejo de supervisión en la que sugería que deberías…

—¿Jubilarme?

—Intenté convencer a Jamie de que no lo hiciera y me negué a ser parte de ello. Pero le preocupaba que la enfermedad de Stan te estuviera pasando factura. Ya me lo había mencionado un par de veces. —Paul se sonrojó—. Y otras personas también, me temo. Lo atribuí a su ego: Jamie siempre quiere, quería, ser el que daba las órdenes, ¿no es así?

Tal vez era así de simple. Jamie no era el hombre que ella había creído y el hecho de que hubiera escrito esa carta era más que un acto de traición; era imperdonable. Pero si las palabras de ese correo electrónico habían sido manipuladas para hacerlo parecer peor de lo que era, ¿cómo podía estar segura de que Nicole no estaba haciendo lo mismo en ese momento? Porque si había exagerado, ¿acaso eso no hacía que el castigo que habían decidido infligirle a Jamie fuera peor que el delito?

Estaba casi llegando a su oficina, cuando Paul le gritó:

—¿Por qué lo preguntas, Jill?

Una vez en su escritorio, envió un correo electrónico.

A: Raxugdy@sharklaser.com

De: Jill Barnes

Sé que manipulaste ese correo electrónico. ¿Qué más hiciste, Alex? ¿Qué más?

La respuesta llegó minutos después: un escalofriante recordatorio del vínculo que las unía.

De: Raxugdy@sharklaser.com

Para: Jill Barnes

Brindemos por el fin de un hombre que deja mucho que desear.

CAPÍTULO 28

NICOLE

—¿Todavía no te lo imaginas?

Rupert Jones se movía con lentitud y sin pronunciar palabra por la galería mientras frotaba sus nudillos con fuerza contra un lado de su cuello y observaba de arriba abajo las cuatro gradas de palcos dispuestas en semicírculo alrededor del escenario. Estas y el trampantojo que seguía engañándola por más tiempo que lo mirara, siempre habían sido, para Nicole, las características más impresionantes del teatro. Pero después de la reunión con el Departamento de Planificación del ayuntamiento la semana anterior, una reunión en la que se había puesto un número alarmante de limitaciones imprevistas al desarrollo estructural de la propiedad, Nicole había percibido una fuerte caída en el entusiasmo de Rupert.

Dependía de ella reactivar ese entusiasmo, pero después de una noche de insomnio en el hotel y la llamada a Recursos Humanos que por fin había reunido el coraje de hacer esa mañana, no estaba segura de tener la capacidad para lograrlo. Sin embargo, necesitaba cerrar esta operación.

—Originalmente, los palcos tenían sus propias entradas privadas en el lado norte y en el lado sur —explicó con una vivacidad que le costaba sentir físicamente—. Al parecer, era el trazado común de los teatros de la época: una entrada para el rey…

—Y otra para el príncipe de Gales —murmuró Rupert, y contempló el arco del proscenio—. Sí. Yo también leí todo el papeleo.

—Sí, claro. —Nicole deseó haberse detenido en el camino a comprar el Nurofen que tanto necesitaba. Le dolía la parte posterior de la cabeza por todo el alcohol que había ingerido la noche anterior y no había desayunado más que café solo—. Fascinante, ¿verdad?

¿Fascinante? El celular zumbó con fuerza en su bolso. Lo había puesto en vibración después de las dos primeras llamadas perdidas y ahora lamentó no haberlo silenciado.

—Perdón.

—Contesta.

—No, no. En cualquier caso, oíste lo que dijo Planificación sobre correr hacia atrás el escenario, así que eso es una gran ventaja, incluso si…

—En principio es la única alteración estructural que me permiten hacer.

—Bueno, no dijeron exactamente eso —replicó ella sonriendo, aunque sí lo habían hecho—. Aunque estoy de acuerdo en que podrían haber estado más dispuestos. Pero estoy convencida de que…

Un zumbido más insistente y un mensaje de voz.

—Alguien necesita hablar contigo.

Rupert desvió la mirada y Nicole aprovechó para buscar en su bolso y verificar si el mensaje era de Ben, que por fin le devolvía las llamadas. Pero Rupert eligió ese momento para hablar.

—No te voy a mentir: la reunión de la semana pasada cambió las cosas.

—Por supuesto que sí.

Se sintió repetitiva y torpe, incapaz de hacer su trabajo y, sin embargo, muy consciente de lo importante que era cerrar la operación antes de que se marcharan del teatro. Si no lo hacía, Rupert se echaría atrás, estaba segura. Y, no obstante, había algo humillante en esta parte de su trabajo, que le recordaba, como siempre lo hacía, que no era más que una simple vendedora que se acercaba a ese momento crucial de indecisión antes de que se convirtiera en un “no”.

—Escucha, estoy segura de que tú más que nadie puedes encontrar la manera de evitar todo eso. Y sin duda mantener gran parte de esto

tal cual está, con la restauración necesaria, por supuesto, aumentará su encanto. —Se estaba poniendo nerviosa y él lo sabía—. La originalidad de este lugar es… ¡guau! Quiero decir, nunca he visto nada igual.

La expresión facial de Rupert era impasible. Era hora de subir la apuesta.

—Debo decirte que he recibido una llamada de otro posible comprador. Ahora, por supuesto, puedo ingeniármelas para no permitir que nadie más vea la propiedad durante, bueno, una semana, diez días si es necesario. —Fingió la vergüenza profesional que habría sentido si algo de eso fuera cierto—. Pero, en algún momento, tendré que hacerle saber si sigue o no disponible.

Rupert le sostuvo la mirada un segundo, divertido por la torpeza de la táctica.

—Otro posible comprador, ¿eh?

—Así es. —Mentiras: cuantas más se decían, más fáciles resultaban. Y, en este momento, cada frase de Nicole parecía estar llena de ellas—. Pero puedo esperar. Quiero decir, en cuanto vi este lugar pensé: "Esto es para Rupert". Y te llamé primero porque sabía que habías estado buscando una propiedad en el área noroeste desde hace… ¿cuánto, dieciocho meses, más?

Por encima de la balaustrada, observó la curva de la primera fila de butacas Ambassador. 8A: ese era el número —blanco sobre negro— hacia el que había levantado la vista mientras habían estado allí tendidos después. Por un instante, los vio a ambos desde arriba: jadeantes y satisfechos sobre la alfombra con olor a humedad. La temperatura del lugar era sofocante, el sudor le hormigueaba debajo de los brazos y entre los pechos y reavivaba el olor a transpiración de ayer. No se le había ocurrido llevar una muda de ropa al hotel, de tan ansiosa que había estado por dejar atrás esa cena. Porque después de eso, nada importaría: después de eso, solo estarían ella y Jamie.

—Y como te comenté… —Distraída por la acidez de su propio aliento, Nicole había olvidado qué era con exactitud lo que había

comentado. Tampoco ayudaba el hecho de que Rupert la escudriñara como lo estaba haciendo.

—¿Te sientes bien? Pareces… —Hizo un gesto vago en dirección a ella y Nicole sintió una punzada de vergüenza por el mal aspecto que debía de tener con su blusa arrugada y el maquillaje aplicado en el metro. Estar bien arreglada era parte de su personalidad; aquel día, sentía que se estaba desmoronando.

—Lo siento, Rupert. Es que… en realidad no me siento muy bien. ¿Te importa si voy al baño? ¿Te dejo que pasees un poco más?

En el baño mal iluminado, buscó un cubículo lo bastante limpio como para poder sentarse, aunque fuera un segundo, antes de rendirse y dejarse caer al suelo con la espalda contra la pared. Sacó su teléfono con dedos temblorosos y contempló la imagen del salvapantallas como si las dos personas allí no tuvieran nada que ver con ella. Syon Park, un domingo helado hacía siete… no, ocho meses. Chloe sobre los hombros de Ben, con la pipa para hacer burbujas que Nicole le había comprado al entrar al parque casi invisible en su mano. El cariñoso reproche de Ben a su esposa cuando ella insistió en que fueran primero a la tienda de regalos: “No puedes esperar, ¿verdad?”. Y su interpretación culpable de eso: camino al parque, le había enviado a Jamie un mensaje de texto que confirmaba esas palabras: “Dime que puedes escaparte mañana. Te necesito”.

Ross, el director de Recursos Humanos, la había llamado dos veces y le había dejado un mensaje de voz que no tenía fuerzas para escuchar. El tercer mensaje era un WhatsApp de Anita, una compañera de desarrollo de proyectos. La relación entre ellas se había limitado a compartir pausas para vapear y chismorreos vulgares sobre celebridades que intercambiaban en un callejón de Hammersmith lleno de basura detrás de la oficina. Nunca habían salido a tomar una copa juntas ni se habían puesto en contacto más que por correo electrónico. “Dios mío… ¿te enteraste?”, había escrito Anita. “¡Suspendieron a Jamie!”.

Nicole supo que lo harían. Por el silencio de Ross en el otro extremo de la línea después de que ella hubiese alargado los preámbulos sin sentido todo lo que pudo y por fin logró pronunciar esa frase, recitarla en realidad, porque eso fue lo que sintió que estaba

haciendo. Solo tienes que decir la primera frase y el resto le seguirá solo, porque no hay otra manera: no tendrás ninguna opción una vez que hayas dicho esas primeras palabras. “Ross, te llamo para denunciar una agresión sexual: Jamie… me ha atacado sexualmente”.

Había sabido que lo suspenderían y, sin embargo, no fue sino hasta que asintió en silencio a las instrucciones de Ross para que le enviara un correo electrónico, una declaración escrita “que incluya todos los detalles que puedas recordar sobre la agresión sexual”, cuando tomó conciencia de todas las repercusiones posibles. “Entiendo que puede ser difícil para ti”, había agregado Ross, con un tono más formal que tranquilizador, como el que habría utilizado una mujer en su posición, “pero también es vital para saber cómo vamos a proceder a partir de ahora”.

—Pero no quiero presentar una denuncia —se había apurado a responder, asustada—. No quiero a la policía. No podría… soportar nada de eso. —Alex había jurado que no sería necesario, pero tenía que estar segura—. No tengo que hacerlo, ¿verdad?

Estaba de pie junto a la ventana del hotel, observando a los mismos turistas de la tarde anterior que terminaban de comer sus huevos benedictinos mientras ella hacía la llamada. Mientras esas personas habían asistido a algún espectáculo en el West End o hecho lo que fuera que los turistas iban a hacer a Londres, ella había echado a pique su vida. Y ahora iba a hacer lo mismo con la de Jamie.

—En este momento, el informe es solo para nosotros —había precisado Ross—. Y habrá una investigación. Pero, Nicole, vamos a necesitar que hoy no vengas a la oficina mientras nos ocupamos de esto.

—Por supuesto.

A continuación, Ross se había embarcado en una perorata sobre la confidencialidad del proceso y la necesidad de “minimizar las especulaciones entre los compañeros de trabajo”, y todo el tiempo Nicole había tenido la extraña sensación de estar cayendo en un pozo sin fondo.

—¿Nicole? ¿Sigues ahí?

—Sí.

—De más está decir que no debes tener contacto alguno con el acusado.

—Sí —repitió ella—. Quiero decir, no. No tendré ningún contacto con él.

El acusado. Como si se tratara de un drama televisivo. Pensó en los presidentes de empresas, ministros y actores que habían sido despedidos a la primera mención de "impropiedad", ni hablar de agresión sexual, en los emocionantes primeros meses del Me Too. "Ni siquiera me quisieron decir lo que se suponía que había hecho", había comentado un miembro del Parlamento. En aquel entonces, Nicole no había podido creer que estuviera ocurriendo. Y, en medio de la avalancha de pensamientos que pueden provocar las noticias, se había preguntado por las esposas y los hijos: ¿los tomaría por sorpresa? ¿Los murmullos en la puerta de la escuela serían lo bastante graves como para cambiarlos de colegio o también se los consideraría víctimas y, por lo tanto, objeto de gran compasión?

Esa palabra —"acusado"— la forzó a considerar a la persona que había apartado de su mente desde el principio: Maya. ¿Cuándo se enteraría? ¿Sería una de esas mujeres que se negaban a reconocer la verdad sobre sus esposos? ¿Del tipo de las que se veían en los periódicos, tomadas con orgullo de la mano de los pedófilos a la salida de los tribunales? Por supuesto, Jamie podría confesarle que la había engañado. Decirle que no era un santo y que no importaba quién era la mujer porque no significaba nada, pero que él no era un monstruo… y no hacía esas cosas.

Alex le había advertido que podría tener ataques de culpabilidad, pero que cada vez que tuviera uno, se obligara a sí misma a recordar: "Le dije que no".

Y si podía hacer que Jamie sintiera aunque fuera una pizca del dolor que ahora la recorría, sería la forma más pura de justicia.

Rupert debía de estar preguntándose por qué tardaba tanto. Se puso de pie y se acercó al lavabo, se inclinó sobre el grifo y se echó agua en la cara. Se acordó del maquillaje de ojos demasiado tarde, y se quedó un momento absorta en las gotas que se deslizaban por su

rostro como lágrimas de barro.

Para cuando se hubo limpiado la cara y respirado hondo dos veces frente al espejo, Rupert ya había terminado con las galerías y la estaba esperando fuera, en el atrio del teatro.

—Lo siento mucho, Rupert. No me sentía muy bien, pero ahora estoy mucho mejor.

El hombre levantó la vista de su teléfono, tratando de disimular su irritación. Y ella se preguntó cuándo habría sido la última vez que alguien había hecho esperar a Rupert Jones.

—Estaba pensando que podríamos ir a comer algo. Nos daría la oportunidad de elaborar una estrategia que podríamos presentar al consejo y…

—No lo creo.

Habló en voz tan baja que, por un momento, Nicole esperó haber oído mal. Porque sabía que era más que un no al almuerzo. Era un no a la venta, un no a todo. Y no estaba segura de por qué le importaba tanto ahora, excepto que volvía a experimentar la sensación de estar cayendo y que todo lo importante se le escurría de las manos.

—Rupert…

La persistencia del zumbido lo hacía parecer cada vez más fuerte, y Nicole introdujo la mano en su bolso en busca del teléfono. Mientras revolvía entre los residuos de su vida: los labiales, bolígrafos, polvos compactos, pilas gastadas y cables misteriosos, Rupert se volvió saludando con la mano y salió por la puerta.

Si la cara de cualquier otra persona hubiera aparecido en su teléfono en ese momento, Nicole lo habría lanzado contra la pared, pero era su marido, era Ben, y el alivio la mareó.

—Ben. Por fin. Llevo toda la mañana llamándote. Por favor, por favor, ¿podemos hablar? ¿Dónde estás? ¿Puedo ir a verte ahora? Y Chloe, ¿cómo está?

Habría seguido hablando si Ben no la hubiera interrumpido en

tono bajo y medido:

—Tu jefe, Jamie, está sentado en la cocina de casa. Y tiene una borrachera impresionante.

CAPÍTULO 29

ALEX

—Se fue. Desapareció. Está suspendido hasta nuevo aviso.

Alex había estado esperando la llamada de Nicole toda la mañana y había mirado su teléfono con tanta frecuencia a lo largo de la primera media hora de la clase de gimnasia para bebés que la instructora la había regañado por no estar presente en su momento de mamá.

Cuando al final de la clase seguía sin haber llamadas perdidas, Alex había empezado a preguntarse si Nicole habría sido capaz de ir adelante con lo planeado. Sin embargo, el efecto tranquilizador de Maya fue tal que, mientras regresaban a su casa a almorzar, se había olvidado del teléfono en el bolsillo de la chaqueta… hasta ese primer tintineo sordo; hasta esas palabras que había estado esperando escuchar durante no solo horas, sino meses.

—¿Buenas noticias? —había preguntado Maya tras el breve intercambio en el que Nicole le había transmitido la noticia junto con otro hecho. “Se fue, y anda bebiendo por los pubs de Hammersmith, según cuentan”.

—La mejor —había respondido Alex con una sonrisa—. No te aburriré con los detalles. Pero ¿no es estupendo cuando un plan se concreta? —Maya ya no se molestaba en invitar a Alex a almorzar después de Bumps & Babies. Se daba por sentado que dos veces a la semana, casi sin falta, volvían juntas a su casa, a menudo por Turnham Green Terrace. A veces, cuando Maya tenía recados que hacer o Alex se había cerciorado de que María aparecería más tarde, Alex se quedaba solo una o dos horas, consciente de que un segundo encuentro con la niñera era todo lo que podía necesitarse para despertar un recuerdo definitivo. Pero otras veces se pasaba toda la tarde allí. Aquel día estaba más agradecida que nunca por la distracción, después de haberse forzado por fin esa mañana a decirle a

su madre que no podría devolverle el préstamo a tiempo: que había perdido su trabajo, que era una gran decepción, como su padre había dado a entender siempre. Todavía podía oír el pánico en la voz de su madre: "¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Qué se supone que debo decirle?", y su propia endeble respuesta: "Lo siento, mamá. Lo siento mucho".

Pero entonces no podía pensar en eso. Lo único que importaba era que Jamie se había ido. El plan había funcionado. Y esto: el ruido de los platos del almuerzo que Maya estaba llevando a la cocina, las siestas que las niñas dormirían en un momento y las horas de vino y conversación relajadas que les quedaban por disfrutar.

No le preocupaba que Jamie volviera a su casa. Ya lo había visto de bares antes y esa vez iba a ser más prolongada que la mayoría. Y como María iba a llevar a Christel a una fiesta de cumpleaños después de la escuela, eso significaba que Alex tenía la mayor parte de la tarde por delante, de modo que se recostó en la alfombra que Maya había extendido sobre el césped para ellas y las niñas y trató de no pensar en la depresión que experimentaría cuando saliera de esa casa y volviera a su vida y su apartamento vacíos.

Al estudiar a Maya, que entonces se inclinaba sobre las niñas, y cuyo escotado vestido de verano rosado se entreabría para revelar unos pechos coquetos cubiertos por un sujetador de algodón blanco, Alex volvió a maravillarse de esa tranquilidad sobrenatural. Había conocido otras mujeres serenas y sensatas, pero esos atributos solían ir en detrimento de otros, que las convertían en aburridas o remilgadas.

—No sé cómo lo haces, eso de calmar a Katie por el solo hecho de estar cerca. —Alex se movió unos centímetros para que su rostro quedara en la sombra—. La he visto a punto de descontrolarse y entonces te mira y… —Sacudió la cabeza—. Es como si fueras una especie de encantadora de bebés.

Maya se sentó a la mesa, apoyándose en el hombro de Alex mientras lo hacía.

—Gracias. Creo que acaba de tener un cólico. Pero ya ha pasado lo peor, ¿verdad, pequeñita? Estoy más preocupada por tus quemaduras, Lexie. ¿Y sabes qué? Estuve a punto de hacer exactamente lo mismo y

meter la mano en el horno sin los guantes.

Alex se había olvidado de la gasa que había empezado a envolver alrededor de sus manos en un esfuerzo por detener las miradas y las preguntas. Tampoco se acordaba bien de la historia de las quemaduras que le había contado a Maya hacía una semana.

—Ah, se están curando bien. Ya ni siquiera las siento. Creo que tal vez tu jugo de uva francés esté ayudando.

El fin de semana había llegado una caja del rosado favorito de Maya —un regalo improvisado de su "dulce pero pícaro esposo que tiene que compensar algunas cositas"— y Alex se había permitido entonarse un poco durante el largo almuerzo. "¿Qué quieres decir con que nunca has tomado Minuty?", había gritado Maya cuando sacó la botella del refrigerador y puso un par de cubitos de hielo en cada una de las copas. "¡Te cambiará la vida!". Y, en boca de cualquier otra persona, habría sido un típico comentario espantoso de alguien de Chiswick, pero en la de Maya, y dicho con su acento ligero, tenía el encanto de una frase prestada por un niño a los adultos. Y sí, el vino era bueno, pero era la mujer la que había cambiado la vida de Alex.

Una suave brisa hizo caer una ráfaga de pétalos rosados sobre las niñas y las dos mujeres se miraron y rieron.

—Me pregunto qué pensarán de todo —murmuró Maya cuando dejó de reírse y se acomodó el fular portabebés color granate como un chal sobre los hombros—. De la vida.

Sacudió la cabeza, cohibida por su repentina seriedad. Pero Alex asintió, ansiosa por asegurarle que ella había tenido pensamientos similares, aunque no los hubiera tenido. Sin embargo, pareció una continuación natural y una prueba de que era el tipo de madre adecuada sugerir que se tumbaran junto a sus hijas y levantaran la vista hacia el mundo, que intentaran verlo desde una perspectiva nueva. Porque algo del mundo se le antojaba nuevo a Alex, ahora que Jamie había sido derribado con éxito y Jill había adivinado que había sido ella, bueno, todas ellas, en realidad. No era que el correo electrónico que la fundadora de BWL había enviado a la cuenta anónima de Alex esa mañana le hubiera molestado. Habían planeado todo esto juntas, así que nadie diría nada a nadie.

—Ahhh. —Maya espiró mientras dejaba caer su suave cabeza rubia sobre la alfombra—. Me mareé.

—Bueno, nos bebimos toda la botella, ¿no?

—Sí. —Maya cerró los ojos—. Pero el rosado… no cuenta, ¿verdad? Y es casi fin de semana.

—¿Miércoles?

—Lo que sea.

Maya se quedó callada y, por un momento, Alex se preguntó si se habría quedado dormida, pero cuando miró a su amiga vio que tenía los ojos abiertos y fijos en la copa de una magnolia.

—¿Lex?

Alex se incorporó sobre los codos.

—¿Es tu teléfono?

El chirrido era casi inaudible desde la mesa de la cocina, donde lo había dejado.

—Creo que me quedé dormida unos segundos.

Alex se dirigió al interior de la casa, casi con la esperanza de no llegar a tiempo a contestar. Y así fue. Pero en cuanto leyó las palabras en la pantalla: “Llamada perdida: Nicole”, el chirrido comenzó de nuevo.

—Hola. —Estaba atontada por el sol y el vino, y mientras se encajaba el teléfono entre la oreja y el hombro, localizó un vaso en el escurridor y lo llenó con agua fría del grifo—. Escucha, estoy en medio de…

Pero Nicole no iba a escuchar.

—Está… en mi casa… ¿esposo?

Entrecortadas por violentas ráfagas de electricidad estática de viento, como si se estuviera moviendo a gran velocidad a través de un

túnel, las frases de Nicole brotaban en fragmentos. Alex pensó en cortar la comunicación y echarle la culpa a la mala conexión.

—No te oigo. ¿Qué?

Mientras Nicole seguía emitiendo ruidos incomprensibles en el otro extremo de la línea, Alex miró por la ventana de la cocina hacia la tranquila calle bordeada de sicomoros más allá y se imaginó a sí misma como dueña del vaso azul de Conran que estaba llenando con agua, de esa casa y esa vida. De todo menos del marido. A él no lo quería. Y partir de hoy, nadie lo querría.

—¿Nicole? ¿Dónde estás?

Una furgoneta de Ocado se detuvo al otro lado de la calle y el conductor se bajó, con unos auriculares que iban de sus orejas al bolsillo y la boca moviéndose en silencio al ritmo de la música. Mientras empezaba a sacar cajas de plástico rojo de la parte trasera y a apilarlas frente a la puerta principal del vecino, las palabras de Nicole empezaron por fin a hilarse.

—… en mi casa.

Alex estaba dispuesta a apostar que podía enumerar cada artículo en esas cajas de Ocado: los inevitables aguacates y la leche de almendras para satisfacer algún tipo de alergia falsa; los bistecs orgánicos y la miel de manuka.

—¿Quién está en tu casa?

—Jamie estuvo en mi puta casa. Hace dos horas.

Alex bajó el vaso.

—¿Qué?

—Hace dos horas. Ben me llamó. Al parecer, no podía tenerse en pie. Es obvio que había estado bebiendo antes de decidir enfrentarse conmigo. Lo sabe, Alex. Debe de saberlo.

Alex contempló a través de las puertas abiertas del patio hacia el jardín, donde las tres figuras seguían horizontales sobre la hierba, bajó

la voz y logró pronunciar con tono débil:

—No puede ser, no tan pronto. Pero, por supuesto, en algún momento tendrán que contarle los detalles de la acusación.

Más allá de lo que Alex le había asegurado, Nicole debía saber eso, ¿no?

—Eso no fue lo que dijiste anoche. ¿Y por qué carajo fue a mi casa? Ben no me ha dicho nada, pero Alex, me estoy volviendo loca. —Nicole se puso a sollozar.

—Cálmate. Como te dije, Recursos Humanos no puede haberle dicho que fuiste tú, por ahora.

—Yo solo… Creí que habría un momento en el que él se tranquilizaría y yo podría resolver mi vida. Me prometiste que esto era seguro. —El tono de Nicole había cambiado de plañidero a acusador y estaba empezando a molestar a Alex.

—No hagas nada. Todo acabará pronto.

En la calle, una rubia con unos jeanes rotos para los que era demasiado mayor estaba firmando la entrega de Ocado.

—Nunca debí haber aceptado esto.

—Nicole. —Alex tomó aire—. Nadie te obligó. Y no olvides —añadió, y bajó la voz a un susurro—, que anoche estabas sentada en un pub contándome cómo Jamie te había jodido la vida.

Una pausa mientras Nicole parecía ceder a una oleada de lágrimas.

—¡Mi hija estaba ahí! ¡Chloe estaba en la habitación!

Hubo un ruido de bocinas y un improperio por parte de Nicole, luego el ruido de fondo pareció disminuir.

—¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a entrar en mi casa, en mi vida, después de lo que hizo?

—Bueno, apuesto a que será la última vez que lo veamos. —Katie se iba a despertar y a ponerse a berrear en cualquier momento. Y

Maya se iba a preguntar por qué tardaba tanto. Alex necesitaba terminar esta llamada—. Escucha, te llamaré más tarde, ¿sí?

—Está bien. —Nicole sonaba un poco trastornada—. Anda. Te llamaré más tarde, cuando lo haya encontrado.

—Genial. —Alivio y, luego, una repentina opresión en el pecho—. ¿Encontrado a quién? ¿Nicole?

El hombre de Ocado estaba apilando las cajas sobre la calle y, mientras esperaba que Nicole respondiera, Alex se perdió en sus movimientos metódicos. Luego siguió la dirección de los ojos del hombre que notaban la llegada de algo o alguien en la calle tranquila. Una mujer que se acercaba con pasos rápidos y decididos; una mujer con un teléfono en la oreja, de pie a un metro de Alex ahora, al otro lado de la ventana de la cocina. Una mujer cuyas palabras, cuando por fin salieron, no fueron silenciadas por el vidrio que las separaba, sino que resonaron con intensidad en su oído:

—A Jamie —dijo Nicole y la miró con fijeza a través de la ventana —. Cuando haya encontrado a Jamie.

Durante un segundo, todo pareció quedar hermético, como si una membrana la protegiera de la repentina presión atmosférica. Luego los oídos de Alex se destaparon y todo sucedió a la vez: el timbre, el llanto de Katie, Maya en la puerta del patio sosteniendo en sus brazos a su hija con la cara enrojecida y la boca como una máscara trágica.

—Creo que alguien tiene hambre. —De nuevo el timbre—. Toma —agregó Maya, le entregó a Katie y se encaminó hacia el vestíbulo.

—Espera.

Maya se volteó a medias.

—No…

Pero era demasiado tarde; en un segundo, todo esto habría terminado.

—Luego me cuentas —sonrió Maya—. Deja que atienda.

—Hola.

La pared que separaba el vestíbulo de la cocina era delgada y desde su posición en la cabecera de la mesa de la cocina, Alex pudo escuchar un sinnúmero de inflexiones en esa única palabra. Reconocimiento, en primer lugar, porque aunque las dos mujeres no se conocían, se habían visto más de una vez en algún que otro evento. Confusión: la de Nicole era tal vez una de esas caras que solo tenían sentido en un contexto profesional. Y algo más: una tensión que sugería algún tipo de conocimiento previo por parte de Maya.

—Maya, yo… —El valor que había impulsado a Nicole segundos antes parecía haberla abandonado—. No sé si me recuerdas. Soy Nicole Harper.

¿Se estaban dando la mano las dos mujeres?

—No nos conocemos, pero trabajo con tu marido y hemos…

—Por supuesto que me acuerdo. —Quizás Alex había imaginado esa tensión—. Pasa.

El sonido de unas botas de tacón alto en el vestíbulo, de esas que dañan de manera irreversible los suelos de madera como este; de esas que dejan agujeros en las alfombras.

Katie, que se había calmado porque sin duda había deducido que iba a ser alimentada, lanzó un nuevo gemido de impaciencia, y al ver su bolso a un lado, Alex buscó un biberón con dedos torpes.

—Lo siento —pronunció la voz todavía inestable de Nicole, aún desde el vestíbulo, donde los pasos se habían detenido—. ¿Tienes…?

—No, no. Es de una amiga. Mi bebé está durmiendo la siesta. ¿En qué puedo ayudarte?

La frialdad de Maya se había transformado entonces en algo más enérgico y Alex tuvo una esperanza desesperada: Nicole debía de haber adivinado que si ella estaba allí, Jamie no estaría. Y tal vez Nicole no traspasara el vestíbulo. Quizá Maya se deshiciera de ella

antes de que tuviera la oportunidad de decir mucho más. Entonces Alex podría encontrar un lugar tranquilo para llamar a Nicole y explicarle su presencia.

—Estoy buscando a Jamie. No hemos podido localizarlo. Y después de lo que pasó hoy…

—Lo siento, no te entiendo.

—¿Tú no…? ¿No está aquí?

—No. —Maya soltó una carcajada frustrada—. Creí que estaba en la oficina. ¿Qué pasó?

—Ha habido… un tema. Traté de comunicarme con él por el celular. Lo siento, creí que lo sabías. Jamie ha sido suspendido.

Silencio. Luego, un murmullo:

—Será mejor que entres.

Las dos mujeres aparecieron en la puerta. Maya, siempre una elegante anfitriona, hizo pasar a esa mujer que casi no conocía a su cocina y miró alrededor en busca de su teléfono. Alex sintió que se dividía en dos: una parte de ella quería huir de la inevitable confrontación y la otra, esa parte que ahora se manifestaba cada vez más, tenía curiosidad por ver cómo reaccionaba Nicole.

—Ella es mi amiga Lexie. Iré a despertar a mi hija. Luego intentaremos llamar a Jamie a su celular.

Apoyada contra la mesada, Nicole asimiló la escena en silencio: Alex sentada en la mesa de la cocina de Jamie, con su hija en el regazo; el bol de ensalada de frutas sobre la mesa y la botella de vino vacía.

—¿Lexie?

Tal vez todavía había una forma de salir de aquello; tal vez Maya no tenía que saberlo. Pero Alex iba a tener que hablar rápido.

—Iba a decírtelo. Y sé que dijiste que Maya tenía que quedar fuera.

—¿Tenía que quedar fuera? —susurró Nicole—. Alex, "Lexie", ¿qué mierda está pasando? —Una pausa—. Dime que es un apodo. Dime que ella sabe quién eres.

Negando con la cabeza, Alex se llevó un dedo a los labios.

—Esto es una puta locura. Lo sabes, ¿verdad?

—Se suponía que era… —Debajo de la mesa, Alex empujó su mano herida contra la junta que sobresalía de la madera y el torrente de dolor que recorrió sus venas cuando los duros bordes se clavaron en la gasa y en la costra sangrienta debajo la tranquilizó—. Que era parte del plan.

—Por Dios —se quejó Nicole, y de verdad iba a tener que bajar la voz.

—Lo sé, lo sé. Pero hay cosas que he podido hacer y descubrir desde aquí. Ha sido muy útil para nosotras.

—Ah, no, no, no. No quiero ser parte de esto. Nunca quise arrastrar a Maya.

—¡Baja la voz! —Nicole no lo entendía—. Todo el asunto de la oficina, el correo electrónico a Paul sobre Jill que manipulé, no iba a ser suficiente. ¿No lo ves? Necesitaba más acceso. ¿Cómo crees que logré lo que logré todos estos meses? Los cigarrillos, el anillo de Jamie. —Alex se dio cuenta de que había estado anhelando reclamar reconocimiento—. Fui yo. Su anillo de boda ya debe de estar en el vertedero, y le puse Ritalin a sus vitaminas para empujarlo al límite, para llevarlo al estado en el que él nos dejó a todas. En cuanto a Ainsley…

—Lo de la cena... fuiste tú. Por supuesto que sí.

—No fue difícil. Unas pocas modificaciones al menú que la asistente personal de Jamie había preparado para Maya fueron suficientes. Y mientras Jamie estaba fuera tomando unos tragos con Hayden esa tarde… —continuó y, luego, hizo una pausa antes de lanzar su remate triunfal—, dejé uno de los pañales de Katie en el baño de invitados.

Pero Nicole no parecía impresionada, sino más bien horrorizada.

—Funcionó, ¿verdad? ¡Funcionó! A Maya nunca se le pasó por la cabeza que pudiera haber sido yo. Había estado tan ocupada preparando la casa que pensó que lo había dejado ella.

En el jardín, Maya había conseguido por fin despertar a Elsa y estaba regresando con la alfombra colgada de un brazo hacia el jardín de invierno. Esto le dio a Alex solo unos segundos para explicar algo crucial:

—Pero me cae bien, Nicole. Muy bien. Somos amigas. Porque Maya no se parece en nada a Jamie. Es cálida y divertida, y una persona buena y sólida.

Las dos mujeres se callaron cuando Maya volvió a entrar con Elsa, que bostezaba, y Nicole forzó una sonrisa.

—Ahora vamos a intentar llamar a papá, ¿sí? —Maya movió a Elsa del nivel de la cintura al de los hombros y viceversa mientras marcaba —. Buzón de voz —añadió. Y luego—: Cariño, está Nicole de la oficina acá en casa. Me contó lo que pasó. Han estado tratando de localizarte. Llámame, ¿quieres?

Alex echó una mirada de reojo a Nicole, cuyos ojos recorrían la habitación y absorbían los detalles de la vida de su amante.

—¿Quieres un té o…?

El teléfono fijo sonó.

—Ah, ahí está.

Quienquiera que estuviera hablando con Maya, no era Jamie.

—¿Qué él… a qué hora fue eso? Por supuesto que tenías que decírmelo. —Luego, esta vez con más estridencia—: ¿Cómo que no lo quieren decir? De acuerdo. Gracias, Jill.

Las tres mujeres se quedaron quietas. Y Alex se sintió aliviada al escuchar el llanto de Katie que llenó el silencio. El hecho de que Maya fuera incapaz de disimular una mirada irritada en dirección a su hija

fue toda una sorpresa.

—¿Te importaría, Lexie…? —Señaló hacia el gimnasio de juegos; la implicación era clara—. Necesito entender esto y no puedo hacerlo con ese…

—Desde luego. ¿Quieres que me lleve a Elsa también? Así ustedes…

Pero Maya hizo un movimiento involuntario y se apartó de ella. Una mancha triangular había aparecido en la parte de la garganta que dejaba expuesta el fular que rodeaba su cuello como una bufanda, y miró alrededor de la cocina con un desconcierto momentáneo.

—En realidad, ¿saben qué? Creo que voy a necesitar que se vayan las dos. Lo siento, tengo… —Se volvió hacia Nicole—. Cuando dijiste que mi esposo había sido suspendido, no dijiste por qué.

Con los labios apretados, Nicole miró a su alrededor con incomodidad.

—Yo estaba en una visita cuando ocurrió. Pero hubo… una denuncia. ¿Te lo contó Jill? Pero, escucha, siento haberte molestado. —Señaló hacia el vestíbulo—. Te dejo tranquila.

—Bien. —Maya contemplaba por la ventana de la cocina una calle y un mundo que entonces debían de verse muy diferentes—. Agresión sexual —agregó saliendo de su estupor y volviéndose hacia Nicole—. Eso fue lo que dijo Jill. Que una mujer de la oficina dice que él… la agredió sexualmente.

—Maya. —Alex estuvo a su lado en un instante, con una mano levantada, pero sin llegar a tocar el brazo de su amiga.

—No puedo… —Maya se rascó la sien.

—Deja que cargue a Elsa.

—No, no, estoy bien. Solo necesito estar sola. —Luego le dijo a Nicole—: En respuesta a tu pregunta, espero que mi marido esté con su abogado.

—De acuerdo. —Nicole asintió, murmuró un último "lo siento mucho" y salió de la cocina.

De no haber sido por la ausencia de cualquier ruido incidental en ese preciso momento —ni la cortadora de césped de un vecino, ni una furgoneta en la calle, ni el llanto de un bebé—, Nicole no habría oído las tres palabras que la esposa de Jamie, con los ojos todavía puestos en su teléfono, pronunció a continuación:

—Puta de mierda.

Alex dejó de guardar las toallitas húmedas y la crema solar en el bolso y se quedó mirando a Maya. Parecía la misma mujer amable, alegre e íntegra que había llegado a conocer tan bien en los últimos dos meses, pero esa voz, esas palabras, pertenecían a otra persona.

Nicole reapareció en la puerta de la cocina.

—¿Qué dijiste?

Maya se movió hacia ella, con Elsa aún en brazos, y, por un momento, Alex tuvo la dramática idea de que podría abofetearla, pero en vez de eso, se sentó con firmeza en una esquina de la mesa de la cocina, con las piernas un tanto separadas y Elsa en el regazo, y empezó a desabrocharse el vestido. Luego, con un pequeño suspiro de irritación, repitió:

—Te llamé puta de mierda.

Las dos mujeres se miraron con fijeza: Nicole tan desconcertada que una corriente debajo de la piel la hizo estremecerse; Maya fría, al borde de la diversión. Inclinada junto a Katie en un rincón de la habitación, nadie se acordaba de Alex.

—¿No me vas a preguntar por qué? —Maya se volvió hacia Elsa y dejó deslizar una manga por encima de un hombro para poner al descubierto el sostén blanco y brillante—. Ya, ya cariño. Ya va.

Entonces bajó el mismo hombro y, al hacerlo, el tirante del sostén cayó y ella se reclinó, se acomodó en la silla, tiró hacia abajo ese lado del sujetador y tomó con la mano un seno duro, con venas azules y pezón color café y acercó la inquieta cabeza de su hija hacia él. Sus

ojos no se apartaron de los de Nicole ni por un momento.

—¿No me vas a preguntar por qué te llamé puta? —insistió, con tono apagado—. Supongo que porque crees que una esposa tiene derecho a hablarle así a la mujer que se está cogiendo a su marido.

Solo un equívoco de palabras muy ocasional, en particular una confusión entre "esto" y "aquello" delataban que el inglés no era la lengua materna de Maya. Esto podía tener un efecto encantador u otorgar a sus declaraciones la severidad que tenían ahora. Y, mientras Alex miraba a Nicole en la puerta de la cocina, con el bolso colgando de la punta de los dedos, y, luego, a la majestuosa Maya amamantando a su hija, se preguntó por qué demonios seguía Nicole allí, en la casa de su amante, escuchando a su esposa escupir veneno contra ella. ¿Por qué no se iba? En cuanto oyó a Maya decir esas palabras, ¿por qué no se había ido? Jamie no estaba allí, y él era la única razón por la que Nicole había ido. Les estaba arruinando la tarde y tenía que irse.

—¿Derecho?

Era un reto, al que Maya respondió con una expresión de ligera perplejidad.

—Sí, derecho. Hasta es algo esperable, supongo.

Nicole tragó saliva; era evidente que intentaba recuperar el control.

—Escucha, no sé qué crees que sabes o qué te dijo Jamie.

—Ay, por favor. —Maya inclinó la cabeza hacia un lado, entristecida—. ¿Podemos suponer que lo sé todo? El teatro, los mensajitos de texto pícaros cuando se suponía que debías estar disfrutando de días en familia con tu hija. Los Best Western y los Hilton y luego esa tontísima idea de Angelini's. Así que cuando digo todo, quiero decir todo. ¿Cómo? Porque yo lo planeé todo. Yo te elegí a ti.

—¿De qué estás hablando?

Nicole dejó su bolso con suavidad en el suelo.

—¿Te llama Nikki? No. No, te llama "Nic", ¿verdad? —Sonrió; sacudió la cabeza—. No importa. Estás casada, ¿no? Eso siempre fue parte del trato. En cualquier caso, la cuestión es que tú ya sabes… lo del aburrimiento, quiero decir. La misma cosa con la misma persona, año tras año. Todos nos aburrimos. Y no creo que los hombres se aburran primero. Solo que ellos ceden primero ante el aburrimiento.

—¿Qué…?

—Jamie estaba aburrido. Yo también. Pero non iba a dejar que nuestro matrimonio se acabara y que las niñas tuvieran que soportar un divorcio por unos minutos, unos segundos… ¿de qué? Nada. Y bueno —Maya entrecerró los ojos y Alex se preguntó de nuevo quién era esa mujer que había creído conocer—, empecé a pensar que tal vez me gustara la idea de que él estuviera con otra.

—Los dos están… enfermos.

Maya lo consideró.

—No lo creo. Me molestó cuando me enteré de lo de su asistente personal, hace años. Era vulgar, para empezar, y como era un cliché tan evidente, había más posibilidades de que la gente se diera cuenta. No me gusta que la gente sepa que mi esposo es infiel. No me gusta la compasión.

—¿Jessica? —aventuró Nicole con voz ronca.

—¿Así se llamaba? Ni siquiera me acuerdo. Pero me dolió. Y decidí que nunca más volvería a pasar por eso. Así que, si iba a haber alguien más, tenía que ser según mis condiciones. —Maya hizo una pausa y reposicionó con gentileza la cabeza de su hija—. La fiesta de Navidad hace dos años: tú con ese vestido negro de escote recargado y esos zapatos. Tengo los mismos en color piel. Por eso me fijé en ellos. Y después en ti.

El pecho de Nicole comenzó a subir y bajar con más velocidad.

—Supuse que Jamie ya te había echado el ojo, ya sabes, como alguien a quien le gustaría cogerse. Tal vez incluso lo imaginó mientras estaba conmigo, y en el taxi de camino a casa, le dije que era poco probable que le complicaras las cosas.

Nicole se sonrojó.

—No sabes nada de mí.

—Ah, creo que cualquiera podría verlo. Y entonces resolvimos que eras la adecuada y que nunca dejarías a tu esposo.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando. —De alguna manera, Nicole había reunido la fuerza para defenderse—. Porque dejé a mi marido, así que tu jueguito fracasó, ¿verdad?

Maya la ignoró y continuó.

—Pero en realidad solo había dos reglas: que él me lo contaría todo, siempre. Y que cuando yo dijera basta, se acabaría. —Sus ojos gris verdoso se alzaron de nuevo hacia Nicole—. Debiste saber que él no sería esa clase de hombre. El que se pone de pie, se va y vuelve a empezar. Después de todo, tú eras la única atrapada en un matrimonio infeliz, Nicole. Nosotros estamos bien, siempre lo hemos estado. —Se encogió de hombros—. Pero él se… excita demasiado, se deja llevar. ¿Así que tal vez te prometió cosas? Cosas que no podía, no quería, cumplir. Pero eso es parte de su encanto, ¿no? Y los secretos son divertidos. Solo que Jamie no sabe guardar muy bien los secretos.

—Yo no… —Nicole se quedó mirando—. Son retorcidos, los dos.

—Tal vez. —Elsa había terminado de mamar y se había desplomado en un estupor de leche sobre el pecho que Maya se estaba cubriendo con lentitud—. En ese caso, ¿por qué no te vas de mi casa?

—Eso haré. —Nicole dio un pequeño paso, pero no se atrevió a marcharse—. Pero que conste que no me creo todo esto. Porque si solo fui un… un juego, ¿por qué Jamie apareció en mi casa hace unas horas? —Maya hizo un pequeño movimiento de cabeza que delató su sorpresa—. Esa es la única razón por la que estoy aquí. Para decirle que, si fue allí para humillar aún más a mi esposo, no era necesario. —Los sollozos interrumpían las palabras—. ¡No era necesario! Porque ya había sido humillado. Yo lo había dejado, tal como habíamos planeado.

Alex notó con desinterés que llorar no le sentaba nada bien a Nicole: sus cejas juntaban la piel de su frente en una escalera de

arrugas y las comisuras de su boca se torcían en una mueca. Tal vez lo sabía, porque en cuestión de segundos, ya se enjugaba las lágrimas con rabia.

—Y si en realidad no quería que nosotros, que yo, siguiéramos adelante con lo planeado, ¿por qué organizar esa cena en Angelini's? ¿Por qué haría eso, si no pensaba llevarlo a cabo?

Maya asintió casi con compasión.

—Eso, lo admito, no lo sabía. Y debo confesar que me sorprendió cuando me dijo para qué me había llevado al restaurante… —Era la primera vez desde que Alex había conocido a Maya que la veía nerviosa—. Tampoco tardó demasiado: acabábamos de pedir la comida cuando me lo contó. Y cuando miré y te vi allí con…

—Espera —la interrumpió Nicole—. ¿Sabías que yo estaba allí?

—No estás escuchando, ¿verdad? Sí, sabía que estabas allí, tú y ese pobre marido tuyo. Así que dejé algunas cosas en claro. En primer lugar, que él no iba a dejarnos a mí y a las niñas, ni entonces ni nunca. Y segundo, que, si alguna vez quería volver a ver a sus hijas, ah, y si no quería que lo echaran de BWL por todos esos pequeños, bueno, atajos que tomaba en el trabajo, porque, sí, soy muy consciente de que a Jamie a veces le gusta acelerar las operaciones de una manera que a Jill y a Paul no les haría mucha gracia, ahora se comería su filete y se bebería su vino y te dejaría seguir adelante con ello.

—¿Lo sabías y me dejaste terminar con mi matrimonio?

De pronto, Alex recordó la conversación que Nicole y ella habían tenido en el pub la noche anterior y su comentario acerca de que había algo extraño en la "dinámica de poder" de este matrimonio. Esa era la razón. Durante todo ese tiempo, las dos habían visto a Maya como a la esposa agraviada, cuando había sido ella, y no Jamie, quien llevaba la voz cantante.

Pero nada de eso importaba ahora. Lo que importaba era sacar a Nicole de la casa. Porque todo ese drama estaba consumiendo un tiempo precioso y sin duda el orgullo era lo que estaba sosteniendo a Maya. Una no podía quebrarse delante de la mujer con la que su marido se había estado acostando, pero Alex se imaginaba el sereno

rostro de su amiga desarmándose en el momento en que Nicole se fuera y sabía lo mucho que la necesitaría en ese momento. Por eso había ignorado su petición de que la dejaran sola.

—Nicole. —Por las expresiones de asombro de ambas mujeres cuando Alex se puso de pie, fue evidente que se habían olvidado de que ella seguía allí—. Ya dijiste lo que querías, pero Maya te ha pedido que te vayas. —Volvía a sentir los oídos taponados, y aunque podía oír su propia voz, sonaba como la de otra persona—. Ella es demasiado amable para pedírtelo de nuevo, pero yo no lo soy, y tienes que irte ahora.

Para su sorpresa, Alex vio que Nicole estaba sonriendo, con incredulidad tal vez, pero sonreía. Esto le molestó.

—Dije que te fueras.

Nicole sacudió la cabeza.

—No te preocupes. Me voy. Y, por cierto, Maya —agregó mientras se dirigía al vestíbulo—, tu nueva amiga no se llama Lexie, sino Alex. Alex Fuller. Debería sonarte bastante, ya que era la asistente personal de tu marido hasta hace unos meses, cuando la despidió por mala praxis.

Cuando Nicole se hubo marchado, los oídos de Alex se destaponaron por fin. Y por el semblante de Maya, la forma en que sostenía la cabeza de la pequeña Elsa —de manera protectora, como si estuviera... espera, ¿estaba asustada?—, Alex supo que debía actuar con rapidez.

—Maya.

Corrió hacia ella, se arrodilló a sus pies y hundió su cara en la tela fresca, limpia y redentora del vestido de su amiga.

—Fuera.

La voz de Maya no sonaba bien. Nada iba bien. Era como si la mujer que conocía estuviera siendo interpretada por un doble.

—No lo entiendes. Cuando nos conocimos, yo…

—¡Fuera!

Pero Alex no se pensaba ir. No hasta que la hiciera entenderlo. Le contaría lo de Jamie, lo que él le había hecho. Y por qué ella había estado en Bumps & Babies ese día. Porque ahora más que nunca se necesitaban mutuamente.

Mientras Alex intentaba abrazar a madre e hija, la voz de Maya se convirtió en un susurro y luego se apagó, antes de volver con más fuerza.

—Suéltame o te juro por Dios que llamaré a la policía.

Con un único movimiento, empujó a Alex hacia atrás y se puso en pie en un instante, con Elsa apretada contra su pecho, lo que no le dio a Alex otra opción. Maya tenía que calmarse. Simplemente con que se quedara quieta, Alex podría hacerla entender. Se lanzó sobre su amiga y tomó el fular que solía llevar suelto, como un chal; ese estúpido y por demás complicado fular que solo las supermamás como ella podían dominar, y se aferró a él con fuerza.

—Estas últimas semanas —sollozó mientras Maya jadeaba en busca de aire e intentaba en vano aflojar la tela que le rodeaba el cuello— han sido algunas de las mejores de mi vida. Porque a ti no te importa quiénes son ni de dónde vienen las personas. Y tú me ves. ¡Me ves a mí!

Escudriñó los ojos de su amiga, pero no había simpatía ni comprensión en ellos, solo miedo. Y a medida que Alex apretaba con más intensidad, Maya pareció escurrírsele, el blanco de sus ojos se volvió rosado, hasta que, por fin, se desplomó en el suelo.

—¡Están en camino! Llegarán en cualquier momento —dijo la voz de Nicole detrás de ella.

Espera: ¿Nicole todavía estaba allí? Su voz sonó antinatural, chillona y agitada, como las sirenas que retumbaban cada vez más fuerte fuera y, de pronto, Alex se sintió muy cansada. Maya había dejado de decir todas esas cosas crueles. Ahora no decía nada en absoluto, simplemente estaba tendida allí, inmóvil, sobre el suelo de baldosas. Y Alex la haría entender, pero no en ese momento. Ahora lo que necesitaba era llegar a casa y acostarse.

Cuando las sirenas se hicieron más intensas, más cercanas, Alex tomó a Katie y salió por la puerta principal.

CAPÍTULO 30

JILL

—Es alto. Pelo castaño claro. —Jill hizo una pausa—. Y debe de estar bastante borracho.

Otra negación con la cabeza. La tercera desde que había empezado a recorrer King Street buscando a Jamie en cada rincón oscuro de los pubs.

—¿Cree que podría haber estado aquí antes? —preguntó, pero el encargado de la barra ya le estaba sirviendo a otro cliente.

En el tramo más concurrido de la calle principal, junto a la estación, Jill se detuvo, sacó un pie de las zapatillas que le habían hecho un agujero en los calcetines y dejó salir un torrente de dolor reprimido. Tardó un segundo en encontrar el número de la casa de Jamie en sus contactos, pero cuando su pulgar se posó sobre el botón de llamada, volvió a decidir que no. ¿Y si contestaba Maya? ¿Y si él todavía no se lo había contado?

Volvió a llamarlo al móvil, pero con el mismo resultado: "Hola, te has puesto en contacto con Jamie. Estoy disponible, pero no en este momento". Ese descarado tono de buen tipo de la calle que solo usaba en su buzón de voz y en las reuniones: ella le había preguntado una vez al respecto. "A los compradores les gusta", había contestado Jamie. "Te hace parecer buena gente, ¿sabes? Sólido". Y, en ese momento, Jill había pensado: "¿Por qué intentar parecer algo que ya eres?".

Ansiosa por tomar los trenes y empezar a beber, la gente avanzaba a empujones. Todavía quedaba Belushi's en la esquina, pero ¿iría Jamie a un bar de deportes? Jill ya no sabía la respuesta a esa ni a ninguna otra pregunta que tuviera que ver con "¿Qué haría Jamie?". Y, sin embargo, allí estaba, en contra de su propio sentido común y del de Stan, quien había estado extrañamente cortante cuando ella lo

había llamado de la oficina para avisarle que llegaría tarde porque quería, necesitaba, localizar a Jamie.

—¿Por qué no lo dejas en paz?

—Porque… —había empezado, incapaz de hablarle a su esposo sobre Alex y la confirmación que entonces tenía de su participación, de la participación de todas—. Deberías haberlo oído. Estaba muy furioso.

En la oficina vacía de Jamie, una empleada de limpieza había comenzado a pasar la aspiradora.

—¿Te das cuenta de que incluso después de todo sigues disculpándolo? —había deslizado Stan con una risa exasperada.

—No lo entiendes.

—No —suspiró—. No lo entiendo. Él mismo se lo ha buscado.

¿Cómo podía explicarle que ya no estaba segura de nada? Sí, la carta había sido auténtica, pero el correo electrónico no, y tal vez tampoco la acusación que había generado la suspensión. ¿Hasta dónde habían llegado Alex y Nicole en su intento por hundirlo?

Mientras Jill atravesaba la puerta de Belushi's, consciente al hacer las mismas preguntas a los clientes de que la confundían con una esposa enfadada que venía a rescatar a su marido, se le ocurrió que la culpa que había estado reprimiendo se había convertido en una especie de superstición. Como si por el mero hecho de mantener aquella estúpida conversación de borrachas, las tres hubieran provocado que ocurrieran cosas malas: abracadabra pata de cabra.

—Disculpa —gritó al encargado de la barra por encima del ruido —. ¿Me sirves un gin-tonic? Que sea doble.

Se lo bebió de tres tragos, con la esperanza de que le agudizara la mente, pero cuando salió parpadeando de Belushi's minutos después, eran casi las seis y el sol se desangraba en el cielo rosado del atardecer. Incapaz de decidir si seguir intentando con el celular, ir a ese pub que estaba a medio camino de Hammersmith Grove o simplemente rendirse e irse a casa, Jill se quedó un momento en la

puerta, envuelta en una nube de humo de cigarrillo de fumadores cercanos. Luego, llamó a Maya. Si Jamie estaba en casa, por lo menos podría terminar con esa búsqueda y ponerse en contacto con él por la mañana. Y entonces podrían resolver todo aquello. Pero no estaba. Y, cuando Maya contestó a la primera llamada con voz tensa y a la vez esperanzada, Jill supo que tenía que decírselo.

Después de asegurarle que eso era todo lo que ella o cualquier otra persona que no fuera de Recursos Humanos sabía, instó a Maya a que se quedara tranquila. Jamie llegaría a casa cuando terminara de beber hasta perder el sentido y al día siguiente podría elaborar un plan con su abogado. Jill había sido breve y optimista —había tenido la sensación de que Maya tenía compañía—, pero cuando volvió a llamar segundos después para garantizarle que, por supuesto, si ella localizaba a Jamie primero lo enviaría a casa, no hubo respuesta. Jill supuso que Jamie había aparecido por fin. Hasta que vio su nombre en la pantalla de su móvil.

—¿Dónde estás? Por el amor de Dios, Jamie. Te he estado llamando y llamando. Todo el mundo está preocupado por ti.

—¿Todo el mundo?

Jill se liberó del gentío que iba a la estación y se puso una mano sobre una oreja. Dondequiera que estuviera Jamie, había mucho ruido de fondo y sus palabras se entrecruzaban.

—Bueno, Maya, para empezar. ¿Por qué no la llamaste?

—¿Y decirle qué?

Iba a tener que contárselo.

—Escucha, acabo de hablar con ella. Pensé que te habías ido a casa y parecía muy preocupada. Tenía que decirle algo.

—Por supuesto.

—Solo intentaba ayudar. —El estallido de una canción en el fondo ahogó su voz—. Dime dónde estás.

Tardó menos de quince minutos en llegar a Crown & Sceptre —un

pub con terraza en el que habían celebrado el cumpleaños de Paul años atrás—, pero el lugar ya estaba repleto de borrachos con camisetas de Queen Park Rangers. Por supuesto, habría un partido. Jill estiró el cuello y lo vio, encorvado sobre un vaso de cerveza lleno al final de una larga mesa de hombres con bufandas a rayas azules y blancas.

—Lo siento. Perdón. ¿Puedo pasar?

El alivio de haber encontrado una silla y de poder descansar por fin los pies disipó la incomodidad inicial y se quedaron sentados en silencio un momento.

—¿Por qué estás aquí? —Los ojos de Jamie estaban vidriosos y perdidos.

—Stan me hizo la misma pregunta. —Intentó sonreír—. Según él, te has cavado tu propia tumba. Y una parte de mí piensa lo mismo. Sé lo de Alex, Jamie, que la usaste como chivo expiatorio de tus errores y chanchullos. Sé que has engañado y mentido y que has utilizado la enfermedad de Stan y mi distracción en tu provecho. Y sé lo de la carta que enviaste al consejo. El correo electrónico fue manipulado, sí, pero la carta la escribiste tú, de principio a fin.

Un destello de algo. No de arrepentimiento, más bien de irritación por haber sido descubierto.

—Y puede que no sientas lealtad hacia mí, hacia Stan o hacia tus empleados. Puede que te sientas cómodo con las mentiras y las maquinaciones, pero yo no. Por eso estoy aquí. Porque mereces ser castigado, pero solo por lo que has hecho. Y me preocupa que haya habido algún tipo de… —agregó, sabiendo que estaba en terreno peligroso— … de venganza contra ti.

Jamie se lamió la espuma de la cerveza del labio superior, abrió mucho los ojos y se rio.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no me he pasado las últimas horas repasando una y otra vez lo que ha ocurrido en mi vida en el último tiempo y sumando dos más dos? —Jill deseó tener una copa en la mano—. Porque déjame decirte que cuando te despiden…

—Te suspenden.

—Llamémoslo por su nombre. Cuando te despiden por algo que no has hecho y la mujer con la que has tenido una aventura durante dieciocho meses no solo no te llama, sino que no puedes localizarla, no es difícil sacar las conclusiones.

—¿Tú y Nicole?

—¡Ja! Fue ella. ¡Sabía que había sido ella!

Los hombres que compartían la mesa se volvieron hacia ellos.

—Cristo, Jamie, se supone que no debo decir nada. Recursos Humanos está a cargo de esto ahora.

—Bueno, gracias por el dato. Y sí, Nicole y yo estábamos juntos. ¡Estábamos enamorados! —gritó, con una mano en la parte delantera de su camisa—. Íbamos a intentar que funcionara. —Hizo una pausa, arrugó la frente y bebió un poco más—. Pero la defraudé. No pude… hacerlo. Y ahora me ha acusado de agresión sexual. Así que supongo que no iremos a Biarritz.

Había empezado a decir cosas sin sentido, pero Jill sabía lo suficiente como para entender el resto. Por supuesto que los dos habían estado juntos. Algo en ellos —una insensibilidad, una oscuridad interior— lo explicaba. Jill no entendía por qué no lo había visto antes.

—Debí de haberlo adivinado. Tal vez pensaba que estarías loco si le fueras infiel a Maya.

Jamie sonrió al oír eso.

—Mi santa esposa agraviada. No tienes ni idea. Nicole no fue la primera. Hice algo estúpido hace unos años.

—Tu asistente personal.

—Ajá. —La miró a los ojos—. Siempre pensé que te habías dado cuenta.

Jill recordó la conversación que ella y Stan habían tenido junto al

canal el día después de la fiesta de despedida de Joyce: la asistente personal que se había ido de pronto, sin explicación.

—No fue nada; ella no tuvo ninguna importancia. Pero Maya nunca me ha permitido olvidarlo. Y déjame decirte que, desde entonces, ella es quien ha estado al mando. Nicole fue idea de ella, para empezar. Pero, luego, se le fue de las manos, a ella y a mí. ¿Sabes qué? —Se inclinó hacia delante—. Se supone que los hombres somos los malos, pero las mujeres son retorcidas, manipuladoras…, unas hijas de puta. A Nic le gustaban nuestros juegos. Al menos eso creía yo. Luego, todo empezó a irse a la mierda: las "confusiones" en el trabajo y en casa. No sé cómo no me di cuenta y solo Dios sabe cómo lo logró, pero fue ella siempre…

Jill levantó una mano para interrumpirlo.

—No. No, Jamie, no fue…

No estaba escuchando.

—Esto va a destruirlo todo. Maya nunca me perdonará.

Jill se imaginó a la bella y rubia Maya en la puerta de la escuela, las miradas de reojo, los murmullos. No, no se lo perdonaría. Y a pesar de todo, Jill sintió pena por Jamie. Tal vez no fuera el hombre que ella había creído que era, pero tampoco era el hombre que habían concebido en el pub aquella noche.

—Habrá una investigación exhaustiva y me aseguraré de que te traten con justicia.

—Muy amable de tu parte, gracias.

—Ey. Yo no lo desdeñaría. Porque después de la forma en la que te portaste conmigo, después de que te introduje en la empresa, después de que te enseñé todo, te ascendí y te invité a sentarte a mi mesa… Hemos estado de vacaciones juntos, por el amor de Dios.

Jamie hizo una mueca: otra vez con esto, no.

—¿Acaso importa algo de eso ahora?

Jill se encogió de hombros.

—No —respondió él por ella—. Así que seré directo. —Habiendo perdido la capacidad de pronunciar las erres, la palabra salió como un débil "didecto"—. Ya está. Estoy fuera. Y tú también deberías irte. Llevas cuarenta años en la empresa —añadió, arrastrando las palabras —. ¿No es suficiente? —La miraba con atención, pero con los ojos desenfocados y la cabeza que se balanceaba un poco sobre el cuello como una muñeca articulada.

—De acuerdo. Creo que los dos hemos dicho lo que queríamos decir. —Jill se estiró para tomar su bolso debajo de la mesa—. Te pediré un Addison Lee.

—Siempre la adulta, ¿eh, Jill? Vete a la mierda.

El insulto fue como una bofetada y esa vez, cuando los fanáticos del QPR se volvieron hacia ellos, no se rieron. Pero Jamie era ajeno a la atención que estaba generando y su boca se torció en un gruñido mientras seguía despotricando.

—No estamos en la sala de juntas. Y los dos sabemos que no habrá nada "justo" en lo que va a ocurrir conmigo. BWL nunca va a limpiar mi nombre. Solo Nic puede hacerlo, pero no lo hará, no ahora. Sabía que era ella, por eso fui a su casa y hablé con el imbécil de su marido.

—¿Hablaste con Ben?

—Carajo, claro que sí. Fui allí. Tomé una taza de té con el señor Harper. Vi la casa. Conocí a la hija de Nicole. Muy guapa, por cierto.

Jill se llevó las manos al rostro.

—No, no, no.

—Es un buen tipo, Ben. O lo era hasta el momento en el que le dije que su mujer acababa de hacer que me despidieran. Y que, si la agredí sexualmente, debió de gustarle mucho porque siguió viniendo por más. Incluso planeaba dejarlo por mí.

Este era el límite de Jill.

—Me voy.

—Espera. —Cuando Jamie se puso de pie, volcó su vaso de cerveza, que se estrelló contra el suelo.

—¡Ey, viejo! —El hombre que estaba a su lado se incorporó de un salto y miró con incredulidad sus jeanes mojados—. ¿Qué mier…? ¿Ni siquiera te vas a disculpar?

Pero Jamie no reaccionó, casi no era consciente de lo que había hecho.

Jill miró a Jamie y después al hombre.

—Lo siento. Está… bastante borracho. Deje que le traiga un…

—No estoy borracho, mierda.

—¡Oye! En vez de hablarle así a la señora, ¿qué tal si te disculpas?

A Jill no le gustó esto y empezó a buscar un camino de salida entre los cuerpos. Stan tenía razón: había sido una mala idea.

—Siento lo de tus putos jeanes. —Jamie buscó su cartera en el bolsillo trasero, sacó un billete de veinte libras y se lo lanzó al hombre —. Supongo que es de Primark. Toma. Cómprate dos pares nuevos. Jill, ¿adónde vas? Creí que íbamos a hablar.

No había pensado ni por un minuto que Jamie intentaría detenerla, pero su mano estaba en la correa de su bolso y jalaba hacia abajo.

—Basta. Estás haciendo el ridículo.

Sacó su móvil con rapidez, hizo clic en la aplicación de Addison Lee y llamó para pedir un coche. Hasta ahí había llegado su amabilidad por esa noche.

—El coche estará aquí en seis minutos. Vete a casa con tu esposa.

—Sí, claro, porque no veo la hora de tener esa conversación — comentó él con malicia—. Una última cosa: estaba siendo leal. Estaba siendo leal a la empresa cuando decía que tú estarías mejor en tu casa. Eras un desastre, eres un desastre y vas a ser un desastre mucho

después de que él ya no esté.

Las palabras quedaron flotando entre ellos: después de que él ya no esté. Sonaba como el título de un libro de esa mujer de la saga Aga, como quiera que se llamara, una mujer adinerada de Buckinghamshire que aprendió a vivir y a amar de nuevo. Después.

—Stan no se va a ir a ninguna parte. Lo sabes.

De pie allí, a centímetros de distancia, cara a cara, Jill se dio cuenta de que Jamie había detectado su vulnerabilidad y apuntaba directamente en esa dirección.

—¿Lo tuyo es un caso extraño de negación o qué? ¿O de verdad no te lo ha dicho todavía?

Jill hizo un gran esfuerzo por concentrarse en el dolor en su pie derecho, pero eso, junto con lo demás, parecía sofocado por algo enorme y pesado que eclipsaría todo.

—Stan no va a pasar de Navidad. Me lo dijo en enero, el día que fui a verlo al hospital. Tú habías salido de la habitación y…

—No.

—No quería que supieras en ese momento que se había extendido a la columna vertebral y a los nódulos linfáticos. Pero pensé que te lo contaría cuando estuviera listo.

—No. —Jill levantó la mano para protegerse de las palabras y Jamie le tomó la muñeca y se la sujetó con fuerza.

—¿Por qué iba a inventármelo?

Todo sucedió muy rápido. El brazo pecoso que apareció detrás de Jamie y lo inmovilizó con una llave de cabeza. El grito lejano de “Será mejor que le quites las manos de encima, viejo”. La gente se separó cuando dos, no, tres de los hombres con bufandas azules y blancas, guiados por el que llevaba los vaqueros empapados de cerveza, acarrearon a Jamie a través del pub hacia la puerta, con la camisa mojada y arrugada que dejaba al descubierto unos centímetros de barriga blanca y suave y sin el tacón de uno de sus mocasines de

gamuza que se había soltado mientras lo arrastraban por el suelo. Y aunque Jill sabía que debía detenerlos, esperó durante el primer y el segundo puñetazo, y el tercero que lo tumbó al suelo, antes de rogar a los hombres que se detuvieran.

Jamie seguía tendido junto a los contenedores del pub, con los labios manchados de sangre, cuando el coche se detuvo y Jill puso un billete de veinte en la mano del conductor —"Súbelo en el asiento de atrás y llévalo a casa, ¿quieres?"— antes de marcharse. En lo único que pensaba mientras se dirigía en busca de un taxi, ignorando el persistente timbre de su teléfono en el bolso, era en "después de que él ya no esté".

Solo cuando vio la nuca de su marido que se levantaba de la poltrona, se le escaparon las lágrimas. Sin decir una palabra, Jill apretó su rostro húmedo contra ese cuello y, tras un pequeño movimiento de sorpresa, sintió que el cuerpo de Stan se aflojaba al notar lo que Jill entonces ya debía de saber.

Incluso mientras sollozaba, "¿Cómo pensaste que podías ocultarme esto? ¿Por qué?", Jill comprendió el motivo. Ver a su esposa reducida a aquello era lo que Stan intentaba evitar. Si hubiera sido al revés, ella no habría sido capaz de soportarlo.

—Enterarme por Jaime, Stan, que él lo supiera y yo no, pero hay pruebas experimentales que puedes intentar. Hay un hospital en Burdeos con una tasa de éxito increíble…

Su marido no dijo nada, negó con la cabeza y la atrajo hacia él en un abrazo incómodo. Durante un rato, los dos permanecieron sentados, Stan acariciándole el cabello y Jill esperando hasta que los sollozos dieron paso a las sacudidas.

Luego, como no había nada más que decir: "¿Manzanilla?". Jill asintió y se arregló un poco antes de reunirse con Stan en la cocina, donde aguardaron de pie, hombro con hombro, a que hirviera la tetera, como habían hecho mil veces antes… antes de aquel día, a partir del cual ya nada volvería a ser igual.

Al ver su computadora en su lugar habitual sobre la mesada, Jill se sorprendió a sí misma pensando que debía verificar cómo estaba Jamie y asegurarse de que lo hubieran dejado sano y salvo en su casa.

—¿Después de todo lo que ha hecho? —murmuró Stan sobre el hombro de ella mientras Jill empezaba a rastrear el coche en el sistema de la empresa.

—Lo sé. Pero terminó en el medio de una pelea.

Stan sopló con suavidad sobre su infusión.

—¿No crees que se lo merecía? Es un incordio, cariño. Deja que Jamie se ocupe de sí mismo a partir de ahora.

—Lo haré. Esto es solo por mi propia tranquilidad. —Como para reforzar las súplicas de su marido, la rueda de colores giratoria apareció en la pantalla y una ola de cansancio se abatió sobre Jill.

—Vamos. —Stan la tomó de la mano y, con una última mirada a la computadora abierta, Jill dejó que la ayudara a bajarse del taburete de la cocina—. Acuéstate.

Más tarde, al amparo de la oscuridad y atontada por el somnífero que Stan había insistido en que tomara, Jill se permitió llorar de nuevo. Había creído que su esposo estaba dormido y se sintió consternada cuando él se acercó y le apoyó una mano tibia contra el muslo.

—Mi amor…

—Lo siento. Me hubiera gustado que me lo dijeras a mí, no a él. Sé que tú y Jamie se volvieron muy amigos con los años, pero…

Stan giró sobre su cadera para mirarla en la oscuridad.

—No fue eso. Estaba tan desconcertado que no sabía lo que decía. Así que le conté lo que los médicos habían encontrado: hasta dónde se había extendido el cáncer, el pronóstico. Y después, supongo que tenía la ilusión de haberlo soñado en medio de la confusión. Desde luego, nunca pensé que me traicionaría, nos traicionaría…, de la forma en la que lo hizo. —Le tomó la mano debajo de las sábanas—. Pero olvídate de Jamie.

Jill quería decirle que no podía, y por qué no podía. Estaba dispuesta a hacerlo ahora y a admitir que, aunque su antiguo socio

había sido culpable de muchas cosas —infidelidad, oportunismo, engaño y una deslealtad tan escandalosa hacia ella y hacia Stan que la había estremecido hasta lo más profundo—, ella también había participado en algo lleno de mentiras y engaños.

—Stan, hay algo que deberías…

Pero antes de que pudiera continuar, los ojos de Jill se cerraron.

CAPÍTULO 31

NICOLE

Como ninguna de las madres había mencionado a Ben, Nicole sabía que lo sabían. Hacía menos de una semana que ella se había mudado y no sabía cómo, pero lo sabían. Y, por algún motivo, el hecho de haberse separado la había vuelto popular de una manera que ningún intento anterior de congraciarse con esas mujeres había logrado.

Desde que habían llegado a Bella Boos, la cafetería para niños de color rosado empalagoso donde la compañera de escuela de Chloe celebraba su fiesta de cumpleaños, un flujo constante de madres se había acercado a preguntarle cómo estaba y la anfitriona le había rellenado la copa con prosecco dos veces.

—Dicen que es el maquillaje blanco —comentó entonces la madre de la cumpleañera mientras se sentaba de nuevo a su lado después de una pasada con la bandeja de sándwiches.

—¿Perdón? —Nicole habló por encima del estruendo de las cornetas de la fiesta.

—De los payasos: dicen que lo que asusta a los niños, incluso a los adultos, es el maquillaje blanco. Así que cuando Annie mencionó que había contratado a Trudy Tickle para su hijo mayor que sufre de ese trastorno, coulrofobia… ¿coulrofobia?

—¿Miedo a los payasos?

—Eso. Me pareció perfecta para la fiesta de Lizzie. Deberían ser menos aterradores, ¿no crees? Sobre todo porque a esta edad se asustan con mucha facilidad.

Mientras la mujer procedía a hablar de los “terrores nocturnos” que Lizzie había experimentado ese otoño, Nicole asintió y dio un

sorbo a su prosecco. No le importaba que estuviera tibio ni que fuera demasiado temprano para beber. Tampoco le importaba si los payasos usaban o no maquillaje blanco. Solo quería que la normalidad y la pureza de ese momento lleno de globos rosados durara para siempre, que las preocupaciones y charlas intrascendentes de esas mujeres ahogaran los recuerdos de las últimas veinticuatro horas y silenciaran el ruido —ese ruido que le revolvía el estómago— de la cabeza de Maya partiéndose como una nuez sobre las baldosas de la cocina. ¿Cómo podía ser que esto nunca hubiera sido suficiente para ella? ¿Por qué había buscado la emoción y el peligro cuando todo lo que necesitaba estaba allí?

Cuando Nicole había llamado a Ben aquella mañana y le había rogado que la dejara llevar a Chloe a la fiesta que había aparecido como un recordatorio —y como un respiro— en su teléfono, no había esperado que él aceptara. Pero después de la escena que había presenciado en la cocina de Maya la tarde anterior y las horas que había pasado hablando con la policía y en la sala de espera del hospital —donde solo después de la medianoche le habían asegurado: "La señora Lawrence se encuentra bien: conmocionada y dolorida, pero ya la han cosido y está bien"—, necesitaba ver a su hija.

Ben había dejado que su segundo "por favor" quedara en el aire, disfrutando de la humillación, como desquitándose, antes de murmurar por fin:

—Está bien, pero quiero a Chloe en casa a las seis. Si come algo más tarde, se pone hiperactiva y tarda horas en irse a dormir. —Como si Nicole fuera ya una extraña a la que hubiera que explicarle las debilidades de su hija—. Y, por cierto, conseguí ese trabajo en la empresa de software en el norte de Londres, así que podría aprovechar el tiempo para empezar a prepararme.

Cuando había intentado felicitarlo por el trabajo, Ben la había interrumpido y había colgado. Nicole ya no tenía derecho a sorprenderse ni a alegrarse por él. No después de todo. No después de que Jamie se hubiera aparecido en su puerta borracho como una cuba. Y aunque Ben le había contado que la conversación había sido breve y Jamie estaba "tan borracho que solo decía cosas sin sentido", Nicole seguía sintiéndose mal al pensar en lo que Jamie podría haber dicho. ¿Y qué podría haber pasado en la cocina de Maya si ella no hubiera

estado allí y hubiera llamado a la policía?

Cuando uno evita un accidente de tráfico por un pelo, no es hasta después, al apartarse tembloroso a un lado de la carretera, cuando se siente el impacto imaginado. Nicole estaba entonces en la cuneta de la carretera, aliviada y agradecida de que no hubiera pasado lo peor, de que Jamie no se lo hubiera dicho a Ben y de que Maya se fuera a poner bien, pero todavía temblaba por su propia imprudencia.

Había hecho todo lo posible para arreglarlo. Había informado a la policía de la obsesión de Alex por el hombre que la había despedido y les había dado su dirección; sin duda ya la habrían encontrado. Pero había una cosa que aún no se había atrevido a hacer, y era decírselo a Jill. Nicole había llegado a buscar su número y alzar el dedo sobre el botón de llamada antes de apagar el celular, incapaz de describir los acontecimientos del día anterior. Era ella, y no Jill, la que debería haberse dado cuenta de lo inestable que era Alex y, sin embargo, su comportamiento violento las involucraba a ambas.

—¿Qué juego es este? —Su teléfono zumbaba en su bolso, pero no tenía ganas de contestar.

—Ya sabes, la moneda de la risa.

Nicole meneó la cabeza. ¿Por qué siempre tenía la sensación de que estas mujeres hablaban un idioma que ella no entendía?

—Es como el de pasar la pelota, solo que pasas una moneda y…

Nicole sonrió y asintió con la cabeza, pero de nuevo estaba de regreso en aquella cocina de Chiswick, intentando apartar a Alex de Maya; sentía los brazos y las piernas pesados y sus movimientos eran ineficaces, como en una pesadilla. Y, mientras estaba inclinada junto al cuerpo de Maya, a la espera de que llegara la ambulancia, y veía cómo la sangre se deslizaba desde la parte posterior de su cabeza y llenaba las uniones entre las baldosas de Silestone en cuidadosos ángulos rectos color carmesí, su único pensamiento había sido: “Todo esto es culpa mía”.

No la habían dejado acompañar a Maya al hospital y, por un momento espantoso, se había imaginado que Jamie llegaría y la encontraría allí, con Elsa en los brazos. El corazón le había dado un

vuelco al oír el sonido de una llave en la cerradura, pero entonces una diminuta mujer filipina había aparecido en la puerta, con una niña pequeña, Christel, de la mano. Recordando la sangre, tanta sangre, Nicole les había bloqueado el paso.

—Ha ocurrido algo, se han llevado a Maya a St. Mary —le había comunicado a la niñera. Y, mientras le entregaba a Elsa y trataba de ignorar la expresión desencajada de Christel, Nicole había experimentado un deseo tan intenso de huir de esta toxicidad y respirar el olor a jabón limpio del cabello de su hija que se había sentido mareada. —Iré para allá ahora —le había asegurado a la mujer de rostro ceniciento—. Llamaré en cuanto sepa algo. —Una pausa—. ¿Puedes… avisar al padre?

Mientras la madre de Lizzie iba a "ver el pastel", Nicole aprovechó el breve momento a solas para echar un vistazo a su teléfono. Dos llamadas perdidas de un número desconocido. ¿Sería la policía, para avisarle que habían encontrado a Alex? Aunque hubieran dejado un mensaje de voz, no habría tenido el valor de escucharlo.

Por muchas vueltas que le hubiera dado al asunto en su cabeza aquella noche, en busca de un resquicio de absolución, Nicole no podía eximirse de responsabilidad cuando se trataba de Alex, y había visto de cerca su inestabilidad. Incluso había detectado las señales de advertencia, pero había optado por ignorarlas porque la fijación de Alex con Jamie, con la venganza, le había resultado conveniente.

—¿Otra copa? —¿Cuánto tiempo había estado observándola la anfitriona? El suficiente para ver cómo Nicole se bebía lo que quedaba de su prosecco de un trago, con los ojos cerrados. Lo que seguiría a la pregunta era obvio—: ¿Has tenido una semana dura?

Ahí estaba.

—Sí. —Nicole estaba demasiado cansada como para fingir nada—. Pero creo que ya lo sabes. Todo el mundo parece saber que Ben y yo nos hemos separado. —Parecía una forma adolescente de describir la ruina de dos vidas, tres, en realidad, aunque no podía soportar pensar en ello—. Ha sido duro. Va a ser duro.

—Ya lo creo. —De la nada, otra madre, tal vez una de las pequeñas admiradoras de Ben, se había unido a la conversación y asentía con

pesar.

Nicole tomó aire.

—Estoy agradecida de que se muestre tan civilizado con todo el tema. —Y lo estaba.

Contempló la piel translúcida de la nuca de su hija, que estaba sentada de espaldas a ella —tan inocente, tan expuesta por esas dos coletas— y se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Desde cuándo tenía esa peca? ¿Era una peca o un lunar, y cuánto más se había perdido? Todos esos viajes de negocios que había hecho le habían parecido manejables, hasta agradables, si Nicole era sincera consigo misma. Pero quizá solo porque había sabido que su hija estaba allí siempre que quisiera, que la necesitara, para escucharla hablar de Peppa Pig. Y cada día sin Chloe, Nicole se había despertado con la sensación de que le faltaba un brazo.

—Es adorable —le murmuró la mamá de Lizzie al oído, y sus ojos se demoraron en Nicole lo suficiente como para que ella quisiera volverse y decir, con tranquilidad y sin dejar de sonreír: "Sí, así es cómo se ve una mujer cuyo matrimonio se ha roto".

Pero en cambio, Nicole se oyó reír.

—Sí, lo es. ¿Se me permite decirlo? Nunca lo sé.

¿Y tal vez todo iría bien? Sería doloroso y prolongado, pero iría bien.

—¡Estoy confundida! —exclamó Trudy Tickle y, con las manos en las caderas, bajó la vista hacia el círculo de caras embelesadas—. ¡Pero me parece que es hora del pastel!

El teléfono de Nicole volvió a sonar en su bolso. Esta vez, supo que tendría que contestar.

—¿Hola?

—Soy… —Una pausa—. Soy Jill.

—Un segundo. —Mientras sonaban las cornetas, Nicole se tapó una

oreja y se dirigió a la puerta—. Lo siento, ¿quién?

—Soy Jill.

Querría noticias, pero Nicole no tenía nada nuevo que contarle.

—Disculpa, estoy en una fiesta infantil con mi hija. Van a traer el pastel. ¿Puedo llamarte luego?

—No.

Más tarde, Nicole había intentado determinar el momento. ¿En qué momento supo con exactitud que Jamie estaba muerto? ¿Fue con ese "No"? ¿Fue en el silencio cargado antes de que Jill volviera a hablar? Porque para cuando lo dijo: "Jamie está muerto", Nicole ya lo sabía.

—Lo encontraron esta mañana. La policía quiere hablar conmigo. Querrán hablar contigo también. Y, Nicole —agregó y bajó la voz—, no puedo localizar a Alex.

Apoyada contra el marco de la puerta rosada, Nicole se dobló mientras la conmoción recorría su cuerpo.

—¿Cómo?

Lo habían encontrado detrás del teatro Vale esa mañana, continuó Jill. Estaba vivo, las rejas en las que estaba empalado lo habían mantenido vivo. Pero se había desangrado en la ambulancia. La voz de Jill sonaba aguda por el miedo.

—Tenemos que encontrar a Alex.

Nicole intentó hablar.

—Nicole, ¿estás ahí?

—Sí. El teatro —logró pronunciar—. Hay una pequeña cúpula de cristal en el techo. Nadie lo sabía excepto nosotros. —El hecho de ser capaz de formar frases coherentes la sorprendió—. Lo llevé allí para que la viera. Nosotros… ¿Jill? ¿Jill?

Pero la línea estaba muerta.

CAPÍTULO 32

ALEX

Desde su posición invertida en la cama, el cuadro parecía de un gato. Un gato o tal vez un tigre, pintado con ese tipo de estilo aguado que deja rastros de marcas de pincel en el lienzo. Pero si Alex giraba la cabeza para mirar el cuadro de forma correcta, parecía más bien una chica con ojos profundos y felinos. Los ojos de su madre.

—Eso —preguntó a la mujer que había aparecido a su lado—. ¿Qué es?

—¿Qué es qué? —La mujer no levantó la vista del sujetapapeles que tenía en la mano.

—El cuadro. ¿Es un gato o una niña?

Cuando los ojos de la mujer se desviaron un instante hacia la pintura, Alex vio que era muy joven, que tenía una expresión seria y… ¿por qué llevaba una bata?

—¿Eso? Eso es un zorro.

Alex trató de enfocar los ojos, pero sentía los párpados pesados y las comisuras pegadas y sucias, como si se hubiera quedado dormida con el maquillaje puesto.

—¿Dónde estoy?

La rígida horizontalidad del ceño de la mujer se suavizó un poco, pero su tono siguió siendo distante.

—Está en el hospital —respondió, y miró su sujetapapeles—, señora Fuller. Ha dormido mucho. Casi dos días. ¿Cómo se siente? —Luego, sin esperar una respuesta—: El doctor vendrá a explicarle algunas cosas ahora que está despierta.

—¿Hospital? —Pero la enfermera ya se estaba yendo—. ¿Dos días? ¡Ey! —Su voz estaba débil por el desuso—. ¡Eso no es un zorro!

En un intento por hacer hincapié en eso con un gesto de la mano, Alex oyó que algo pesado y con ruedas se desplazaba detrás de su hombro izquierdo y giró para encontrarse con un soporte para suero intravenoso a su lado. Siguió el curso del líquido de color pis en la bolsa hasta el catéter implantado en el interior de su antebrazo.

—¡Oye, vuelve!

Empujó y jaló del soporte con el suero contra el marco metálico de la cama y consiguió hacer el ruido suficiente para que regresara la enfermera.

—¿Puede dejar de hacer eso, por favor, señora Fuller? ¡He dicho que pare de hacerlo!

—¿Por qué estoy aquí? ¿Dónde está…? —Un recuerdo vago, pero cada vez más nítido, iba y venía. Algo vital que había olvidado—. Necesito salir de aquí.

Pero la mujer había desaparecido y había hecho entrar a un hombrecillo con barba, que se sentó a los pies de la cama.

—Soy el doctor Chua.

Alex tenía un gusto metálico en la boca: las drogas.

—¿Qué hay en ese goteo? ¿Puedo… puedo tomar un poco de agua?

El doctor le dio un vaso de papel y esperó con paciencia a que lo vaciara. Parecía un hombre simpático, no como la desgraciada de la enfermera.

—Estaba muy deshidratada cuando la trajeron —explicó con un movimiento de la cabeza hacia el suero.

—Pero, doctor…

De nuevo esa interrupción en la respiración: había olvidado algo, algo había quedado atrás. ¿Pero qué? Al ver la franja roja en sus

nudillos donde sus dedos rodeaban el vaso de papel, Alex recordó haberse frotado las manos, el olor del talco para bebés: Katie. Un sonido muy agudo resonó en la habitación y Alex pensó que podría ser una alarma en la calle. Solo cuando vio de cerca el rostro preocupado del doctor Chua comprendió que el grito había provenido de ella.

—¿Dónde está mi bebé? ¿Qué han hecho con ella?

—Señora Fuller…, Alex. —El doctor Chua le había tomado la mano —. Tu bebé está bien; está con tu madre.

—¿Con mi…? —Las mejillas del doctor estaban llenas de marcas como de viruela: acné infantil—. No es…, no. Usted no lo entiende. Ella está en Portugal.

Sin mediar palabra, el doctor Chua se acercó a la gran ventana rectangular junto a la puerta y, con un fuerte tirón, abrió las persianas verticales para dejar al descubierto el pasillo más allá, antes de retomar su posición en la cama.

Alex tardó unos segundos en ver el rostro que la miraba a través de los listones blancos.

—Tu madre llegó a la mañana siguiente de tu internamiento. Además de llevar a tu hija a tomar aire y darle el biberón, no se ha movido de aquí en todo este tiempo.

“Mamá”, articuló Alex en silencio, cuando sus ojos se encontraron a través del cristal. Su madre apretaba los labios como solía hacer cuando intentaba no llorar, pero sus ojos sonreían. Parpadeó una, dos, tres veces, y Alex reconoció la especie de código morse que habían desarrollado cuando ella era pequeña: una forma de tranquilizarse mutuamente en silencio después de los peores arrebatos de su padre. Tres parpadeos significaban “te quiero”.

—Puede entrar. Pero primero tú y yo tenemos que hablar. —El doctor Chua la observó con calma durante un momento—. ¿Tienes idea de por qué estás aquí?

Alex no podía apartar los ojos de su madre, su madre, que había ido y se había quedado. Pero ¿cómo? Su padre ya debería haberse enterado del préstamo. No quería ni pensar en lo caro que habría

pagado su madre ese secreto. Y, sin embargo, de alguna manera, su padre le había permitido subirse a un avión para estar allí.

—Últimamente no te ha ido muy bien, ¿verdad? —El doctor Chua enarcó una ceja rala—. ¿Puedes hablarme de ello? ¿Comenzó cuando nació Katie, quizás, o enseguida después?

—Usted cree que… no, no. No es algo posparto. —Lo que sea que le hubieran suministrado le estaba dando náuseas. Tragó con fuerza—. No dormía mucho, y tener que arreglármelas sola, bueno, no ha sido fácil.

El doctor Chua asentía como si entendiera.

—Pensé que podría hacerlo, ¿sabe? Ser tan buena madre para Katie como lo era en mi trabajo. —Se le hizo un nudo en el estómago al recordar—. Pero entonces me quedé sin trabajo.

Uno tras otro, los recuerdos comenzaron a llegar como mensajes telefónicos retenidos por una mala conexión, y de pronto, Alex empezó a llorar tan fuerte que su rostro se desencajó. Avergonzada, apartó la mirada del médico y hundió la cara en la almohada.

—Alex, a veces cuando una persona sufre un trauma, como la pérdida de un familiar o de un trabajo que significa mucho para ella, eso puede despertar o exacerbar un problema que ha estado ahí latente durante algún tiempo. También es posible que ese problema resurja después de un parto. De todos modos, creemos que lo que experimentaste fue un brote psicótico.

Alex lo miró fijamente.

—En el período previo al brote, la realidad puede verse distorsionada o incluso dominada por paranoias, manías y fijaciones en cosas o personas. —Hizo una pausa, pero no lo bastante larga como para esperar una respuesta. Y mejor así, porque ella no tenía ni idea de qué estaba hablando—. Pero no suelen surgir de la nada. Y nos gustaría explorar los factores que podrían haber contribuido: el impacto del trabajo que perdiste… —Se interrumpió y observó a la madre de Alex a través de las persianas—. Tu padre, tal vez.

—¿Mi padre?

—Tu madre y yo hemos hablado. Nos ha dado cierta información, nos contó los problemas que tuviste de pequeña, que tenías miedo de tu padre, a menudo con razón.

—¿Dijo eso?

El doctor Chua asintió.

—¿Le contó…? —Alex miró a su madre—. ¿Dijo algo más? ¿Dijo que no era solo conmigo?

—Tu madre no es mi paciente —afirmó el médico—. Así que no me corresponde a mí discutir las experiencias específicas de ella. Pero sí te diré que el maltrato doméstico en cualquiera de sus formas rara vez se limita a un solo miembro de la familia.

—Maltrato doméstico…

—Creo que ustedes dos tienen mucho que hablar. Porque esto… —agregó con un gesto hacia ella, y aunque había hablado con calidez y de manera compasiva, Alex sintió una punzada de vergüenza por la naturaleza simplificadora del pronombre— …, tú no eres así, ¿verdad, Alex? Y supongo que hace tiempo que te sientes como si no fueras tú. Pero una vez que tengamos una mejor idea de lo que ha estado sucediendo aquí —explicó, y se dio un golpecito ligero en la sien con el dedo índice—, entonces, podremos comenzar a tratarte. ¿De acuerdo?

¿Qué otra cosa podía hacer Alex sino asentir?

—Ahora me iré y te dejaré un momento a solas con tu madre. Pero solo un momento, porque hay cosas, cosas urgentes, que tú y yo tenemos que discutir.

Alex volvió a asentir, desesperada por oír la voz de su madre y por hundir su cara en el tibio y arrugado pliegue de su cuello. Pero cuando después de algunos murmullos en el pasillo su madre apareció en la puerta, todo lo que Alex pudo pensar fue en cuánto la había defraudado, en lo furioso que estaría su padre por el dinero… y ahora eso.

—Lo siento mucho, mamá. Lo siento mucho —logró pronunciar

mientras su rostro se arrugaba.

Pero sus sollozos fueron amortiguados por el jersey de su madre, y durante lo que pareció un largo rato, las dos mujeres permanecieron abrazadas. Cuando Alex volvió a intentar hablar —"¿Katie?"—, su madre le explicó que su hija estaba en su casa al cuidado de una niñera y que no se preocupara. Otras preguntas quedaron acalladas en tanto la mujer mayor acariciaba con una mano la parte posterior del cabello de Alex con movimientos largos y rítmicos.

—Mi amor.

—Mamá…

—Te vas a poner bien. Todo va a salir bien.

Al oír eso, Alex se alejó del pecho de su madre.

—¿Cómo va salir bien? No puedo devolverte ese dinero.

—No me importa el dinero. Nada de eso importa, cariño. Lo único que importa es que te traten, que te mejores.

—Pero papá, la casa nueva…

La mandíbula de su madre se endureció.

—No habrá casa nueva, no para nosotros. No para mí. —Apoyó una mano en la mejilla de su hija—. Debí haber puesto freno a su comportamiento hace años, hace décadas. Y lo habría hecho si hubiera tenido alguna idea de lo que te había ocasionado. Pero era tan débil. Era…

—Tenías miedo.

Su madre asintió y Alex la observó luchar contra las lágrimas antes de que su rostro adoptara una expresión que nunca había visto antes: en parte ira, en parte determinación férrea.

—Cuando recibimos la llamada, cuando nos enteramos de lo que te había sucedido y él trató de impedirme que tomara un avión… —Meneó la cabeza—. Ninguna de los dos volverá a tenerle miedo ni a estar controlada por él, te lo prometo. Y voy a quedarme aquí contigo

—añadió, y la atrajo hacia ella para darle otro abrazo— todo el tiempo que quieras. Seremos solo tú, yo y esa preciosa bebé.

—Lamento interrumpir. —El doctor Chua había regresado demasiado pronto.

—¿Puede darnos unos minutos más? —suplicó Alex.

El doctor y su madre intercambiaron un mensaje silencioso.

—Iré a ver a Katie, cariño. Pero volveré en una o dos horas.

Alex se aferró a ella, pero su madre se separó con suavidad antes de besar su frente.

—Solo un par de horas, lo prometo. Y, si el doctor Chua lo aprueba, quizás traiga a la bebé.

Esta vez, el doctor Chua acercó una silla.

—Los sedantes que te hemos dado pueden hacer que te sientas un poco mareada. A largo plazo, tendremos que darte un antipsicótico y un antidepresivo. Encontrar la combinación adecuada puede llevar tiempo, así que tendrás que tener paciencia, pero es importante que entiendas que estamos tratando con algo un poco menos predecible que la depresión o incluso la psicosis posparto y, por lo tanto, es más difícil de manejar.

—Mi madre… —Alex se aclaró la garganta—. Mencionó una llamada telefónica y que sucedió algo. ¿Qué pasó? ¿Qué hice?

—Ya llegaremos a eso —respondió él en voz baja—. Hemos hablado con amigos y colegas que nos han contado que en las últimas semanas y meses has estado muy concentrada en el hombre que hizo que te despidieran. De una forma poco saludable. Uno lo describió como una obsesión.

Destellos, como si su cerebro se activara y desactivara: Jamie que sostenía a Katie, rodeado de mujeres que emitían sonidos arrulladores. ¿Cómo pudo dejar que la tocara? ¿Y cuándo ocurrió eso? Jamie detrás de un escritorio recitando frases de algún manual de Recursos Humanos. Jamie en un pub, pura simpatía, disfrutando de los

aplausos. La agenda semanal de Jamie, con todos sus bloques con códigos de colores.

—Creemos que esta fijación culminó en el brote.

Alex sintió náuseas otra vez.

—Te pusiste violenta, Alex.

—No. No puede ser. —Nunca había levantado un dedo a nadie en toda su vida adulta—. Yo jamás…

—Fuiste a la casa de tu jefe y atacaste a su esposa.

Maya. Oh, Dios.

—¿Sus hijas…?

—Sus hijas están bien. Pero Maya necesitó atención médica.

—No. Maya es mi amiga. Nunca le haría daño.

—Pero lo hiciste. La mandaste al hospital.

—No, no…

Alex trató de levantarse. Necesitaba salir de allí: averiguar cuánto de todo esto era cierto si es que había algo que lo fuera.

—Necesito que te calmes y te concentres, porque la parte siguiente es importante.

Exhausta, se dejó caer en las almohadas.

—Tuviste suerte. La mujer de tu jefe se va a poner bien y me han dicho que no quiere presentar cargos. Pero podría haber sido mucho peor.

El pecho lleno de venas azules de Maya, expuesto. Pétalos de magnolia que caían como confeti. Una manta de picnic a cuadros y Katie de espaldas, con sus bracitos levantados en ángulo recto. Nicole estaba allí, y Jill. No, Jill no, solo Nicole, que estaba a punto de arruinarlo todo. Y durante todo el tiempo, el monótono ulular

creciente y decreciente de las sirenas.

—¿Está seguro…? —Alex tragó y lo intentó de nuevo—. ¿Está seguro de que era la mujer de mi jefe a la que yo…?

—Estoy seguro. Y mi única preocupación es tu salud y tu tratamiento, pero la policía quiere hablar contigo. Estoy obligado a informarles que ahora estás consciente. Porque han estado tratando de establecer adónde fuiste después.

—¿Después?

—Después.

Las sirenas se habían vuelto cada vez más intensas. La única manera de acallarlas era sumergirse en la estación de metro más cercana. Allí había ido después.

—Tomé el metro a casa. Con Katie.

—Sabemos que fuiste a casa primero. Y, de nuevo, esto no es de mi incumbencia. Pero no fue allí donde te encontraron más tarde esa noche. Tu hija, Katie, fue encontrada en el apartamento, sola. Estaba bien. Ella está bien, necesito que entiendas eso, pero la policía halló otras cosas, Alex: hojas impresas con los horarios de tu exjefe, correos electrónicos privados de él. Y lo que están tratando de averiguar es si fuiste a algún sitio esa noche, si viste al señor Lawrence. —El doctor Chua se inclinó hacia delante—. La policía te va a hacer esas preguntas. Porque Jamie Lawrence está muerto, Alex. Y parece que piensan que tuviste algo que ver con eso.

CAPÍTULO 33

JILL

7 de agosto

—Como le expliqué por teléfono, es una formalidad, señora Barnes. No queremos dejar ningún cabo suelto. Así que, si puede leer su declaración y firmar al pie, habremos terminado.

Era el mismo inspector con el que había hablado 48 horas antes, el inspector Silver, pero en una sala diferente, más luminosa, más amplia y en un ambiente muy diferente.

—¿Quiere una taza de té, un vaso de agua?

Entonces la había dejado sola, para que reviviera los detalles siniestros de las últimas horas de Jamie, detalles que Jill casi no recordaba haberles dado, así de angustiada estaba en su última visita a la comisaría. De modo que había tomado aire y empezado a leer la serie de oraciones cortas, torpes y, a menudo, mal construidas en el papel que tenía ante sí.

"La noche del miércoles 4 de agosto dejé al señor Lawrence en la puerta del pub Crown & Sceptre de Shepherd's Bush alrededor de las 21.15 horas, donde tres hombres con camisetas del QPR lo estaban pateando y golpeando. Los hombres se habían molestado por su comportamiento dentro del pub. Había derramado una bebida sobre uno de ellos". Tomó un sorbo de té tibio y continuó.

"Habíamos discutido sobre su comportamiento en los últimos meses y su suspensión (provocada por una acusación de agresión sexual hecha por la supervisora de proyectos especiales de BWL, Nicole Harper)". Aquí Jill hizo una pausa. No había dicho nada a la policía sobre el hecho de que Nicole y Jamie habían tenido una aventura consentida, pues no quería entrar en los turbios detalles de una relación que sin duda nunca entendería. Entonces tenía claro que

tanto Nicole como Maya habían disfrutado de algún tipo de juego sórdido. Pero con ambas mujeres descartadas al instante de la investigación policial, Jill había dejado que fueran ellas las que decidieran cuánto era necesario divulgar, si es que resolvían hacerlo.

"El señor Lawrence estaba muy borracho, así que le pedí un coche privado —nosotros usamos Addison Lee— para que lo llevara a su casa. Le di veinte libras extra al conductor para asegurarme de que lo depositara sano y salvo. Luego me fui a casa".

Despojada de todas las emociones contradictorias que había experimentado esa noche, la rabia por el comportamiento de Jamie hacia ella, la compasión al ver a lo que había quedado reducido, la vergüenza por el papel que había desempeñado ella en una caída que, en retrospectiva, era quizás inevitable y, por último, el dolor visceral de enterarse del diagnóstico terminal de Stan, la declaración sonaba como el relato de otra persona de una noche que ella, Jill, nunca podría haber vivido.

"Había pensado verificar en el sistema de BWL que Jamie había llegado bien a su casa. Estaba lo bastante preocupada por él como para pensar en hacerlo, pero cuando llegué a casa, me distraje con mi esposo, que no ha estado bien". No ha estado bien. Una imagen mental de ella aferrada a Stan, y sus lágrimas mojando la lana de su jersey. Un latigazo del dolor que podría disminuir con el tiempo, pero que formaría parte de su vida para siempre.

Si hubiera seguido rastreando el viaje de Jamie como había comenzado a hacer —incluso si se hubiera conectado al sistema antes de abandonar su portátil abierto en la mesada de la cocina—, ¿habría podido evitar su muerte? ¿Se habría preocupado lo suficiente al darse cuenta de que su compañero había cambiado su destino al teatro Vale como para pedir ayuda? ¿O tal vez, más probable, habría cerrado la computadora y habría dejado al hombre responsable de tanto daño en su propio caos?

"Al día siguiente, la mañana del jueves 5 de agosto, decidí tomarme el día libre en el trabajo para cuidar de mi esposo. Luego, alrededor de la una de la tarde, recibí una llamada de mi socio, Paul Wilkinson, quien me contó lo que había pasado".

Todavía mareada por el somnífero que Stan le había dado la noche anterior, Jill le había enviado un correo electrónico a Kellie para avisarle que no iría a la oficina. Luego se había sentado y había redactado una lista de cosas por hacer. Cualquier cosa para relajar su mente y restaurar una apariencia de orden.

Un último viaje por el Grand Union era lo que necesitaban. Un último paseo por el tramo de las esclusas cerca de Tring hasta Marsworth y de vuelta hasta los embalses. Un último pastel de carne a la cerveza en el pub Half Moon, si el médico les daba el visto bueno. A principios de septiembre sería lo ideal. Más adelante, las noches serían frías a bordo del Lady J. Pero primero iban a tener que sentarse a discutir los planes del entierro de Stan; las ideas que habían barajado después de asistir a funerales a lo largo de los años no habían sido más que momentos de autocomplacencia. Y Jill había estado pensando en cómo abordar el tema cuando recibió la llamada.

Con un tono monótono y clínico, Paul había conseguido transmitirle lo que necesitaba saber, que Jamie estaba muerto, que lo habían encontrado esa mañana en una obra en construcción detrás del Vale, que todavía no sabían cómo había sucedido, y ella había buscado detrás de sí un taburete para sentarse.

Más adelante esa tarde, la línea de tiempo se había vuelto clara de una manera escalofriante, cuando Nicole había descrito la escena en la cocina de Maya. Una Alex obsesionada y desquiciada que había atacado primero a la esposa de su exjefe en su casa antes de rastrear a Jamie de alguna manera hasta el Vale y llevar a cabo su último acto de venganza. “Por el fin de un hombre que deja mucho que desear”.

—¿Cómo vamos?

El inspector Silver asomó la cabeza por la puerta.

—Estoy… mmm… —Jill miró las últimas palabras de la declaración y la línea de puntos debajo. Se habían omitido muchas cosas y, sin embargo, los hechos enumerados en blanco y negro eran ciertos y correctos. Todo lo que tenía que hacer entonces era poner su nombre a modo de aprobación y así dar el visto bueno a la muerte de Jamie.

—Según usted, esto es una mera formalidad —agregó y lo miró—.

¿Porque lo saben? Saben cómo murió.

El inspector Silver cerró la puerta a sus espaldas y tomó asiento frente a ella. Sus ojos eran amables, pero estaban cansados, y la parte delantera de su camisa tenía la débil huella satinada de una plancha. Tal vez no existiera una señora Silver en casa que se ocupara de él.

—El forense dará el veredicto oficial. —Hizo una pausa—. Pero sí, señora Barnes, estamos convencidos de que ya hemos averiguado lo que pasó.

—¿Así que han hablado con Alex? ¿Está consciente?

—Lo hemos hecho y todavía está bastante grave, pero la están cuidando. —La simpatía en su voz era inesperada—. La señora Fuller no estuvo cerca del teatro Vale el día 4: esto ha sido corroborado por vecinos que la oyeron gritar y la vieron desorientada en la calle fuera de su casa a última hora de la tarde de ese día.

—¿Qué? Pero… —La pregunta murió en sus labios—. Jamie se suicidó.

El inspector Silver asintió.

—Escuchamos un mensaje de voz que le dejó a la señora Lawrence cuando ella estaba en el hospital. Era —añadió, y apretó los labios, quizá para evitarle un dolor innecesario— bastante concluyente. Hablaba de que sentía que las cosas estaban “en su contra”, y es frecuente que los hombres en estas situaciones sientan que no hay salida, que pierdan el control, en particular cuando están bajo los efectos del alcohol.

Jill asintió, le dio las gracias y firmó sobre la línea de puntos. De todas las emociones que competían por hacerse oír en su interior mientras abandonaba el feo edificio de ladrillos rojos y salía a Salusbury Road, le sorprendió descubrir que la más ruidosa era la ira. Muy típico de Jamie hacer un último gesto tan egoísta. Que traicionara a Stan, que destrozara la vida de ella y, luego, hiciera que todo girara en torno a él.

CAPÍTULO 34

JILL

—¿Jill? Ven a ver esto.

Encorvado sobre las ramas bajas y extendidas de un fresno en el Jardín de la Reflexión del crematorio de Mortlake, Stan comenzó a leer los mensajes inscritos en pequeñas hojas plateadas por los deudos. "Eras mi mundo, Ted". "Te llevaré en mi corazón, JJ". "Te quiero hasta la luna y de vuelta, querida Anita".

En el dolor, la emoción humana se reducía a letras de canciones. Y, tal vez, no había nada malo en eso; tal vez, al final los clichés representaban a las personas en su nivel de mayor honestidad. Pero no había nada de honesto en el hecho de que Jill estuviera allí aquel día, en fingir que "celebraba la vida y lloraba la muerte" de James Edward Lawrence, cuando no podía, de buena fe, hacer ninguna de las dos cosas.

—No creo que pueda.

La ceremonia comenzaría en diez minutos y Jill sentía una opresión en la caja torácica como si estuviera siendo inmovilizada en un torno de banco.

—Por supuesto que puedes. —Stan se enderezó—. Estuviste despierta hasta muy tarde escribiéndolo.

—Lo sé. Pero nunca debí haber aceptado pronunciar el discurso. No… me corresponde.

Por la pausa de su marido, se dio cuenta con pánico creciente de que él pensaba lo mismo. Y había algo más.

—No deberías estar aquí hoy. —Jill rodeó la cintura de su esposo con los brazos, alarmada por la facilidad con la que sus manos se encontraban ahora en su estómago, por la rapidez con la que su

cuerpo iba mermando—. No deberías…

—¿Mirar a la muerte a la cara? —Volviéndose hacia su esposa, Stan le levantó la barbilla hacia él—. Oye. La muerte y yo nos hemos estado tuteando desde hace un tiempo ya. Sé que es mucho pedir, pero ojalá pudieras hacer las paces con ella como lo he hecho yo. O de alguna manera… retroceder al tiempo en que no lo sabías.

¿Cómo podría hacerlo? Era lo primero en lo que pensaba al despertarse, cuando tanteaba las sábanas en busca del contorno cálido y tranquilizador de su esposo incluso antes de abrir los ojos, y lo último en lo que pensaba por las noches. Así que no, no podía hacer como que no lo sabía. Pero si Stan quería que fuera valiente, lo sería.

En los días posteriores a esa última entrevista con la policía, los resultados de la autopsia y el dictamen oficial de suicidio del forense, Jill había oscilado entre la culpa y la furia, y viceversa. A diferencia de Jamie, su marido no podía elegir cómo ni cuándo morir. Ni siquiera había podido contarle a su mujer cuánto tiempo le quedaba: cuando Jamie le había revelado eso a Jill aquella noche en el pub, le había robado a Stan la posibilidad de hacerlo. Sin embargo, qué desesperado debió de haber estado Jamie para hacer lo que hizo. Cuánta certeza debió de tener de que el mundo se le venía encima. Un mundo que ella, Nicole y Alex habían manipulado para que así lo hiciera.

Más allá de los rosales y manzanos que bordeaban el Jardín de la Reflexión, apareció el destello de un coche fúnebre.

Stan tenía razón. Ella estaba allí ahora y tenía que hacer lo que tenía que hacer.

—Será mejor que vayamos.

Sin embargo, cuando rodearon el seto y vieron una diminuta figura de negro que se bajaba del coche detrás del coche fúnebre, Jill estuvo a punto de dar media vuelta y huir.

—Esas niñas —murmuró—. No puedo soportarlo.

—Lo sé, cariño. —La voz de su esposo ya no era tan firme como antes—. Vamos.

Allí estaba Maya, erguida y enfundada en un sencillo vestido de lino negro de cuello cuadrado, con Elsa en la cadera, saludando con la cabeza a los presentes reunidos mientras atravesaba la entrada arqueada del crematorio. Pero a medida que se acercaban, los ojos de Jill se fijaron en otra figura: una mujer con un sombrero negro de ala ancha y gafas de sol, de pie, sola y un poco alejada.

—Ha venido.

Nicole levantó la vista del programa de la ceremonia que tenía en la mano y se topó con los ojos de Jill; su incredulidad por lo que acababa de leer reflejaba la de Jill.

—Maya no estaba en condiciones de escribir el discurso fúnebre —se adelantó Jill poniéndose a la defensiva—. Me lo pidió y yo… no pude decir que no. El padre de Jamie escribirá el discurso principal. El mío es corto. Solo una… Da igual. ¿Pero tú? —Jill pensó en los titulares que habían aparecido después de la muerte de Jamie. Importante agente inmobiliario se precipita a la muerte después de una denuncia de agresión sexual; el bróker inmobiliario caído en desgracia fue hallado empalado en una reja—. ¿Te vio Maya?

—Fue ella quien me pidió que viniera —respondió Nicole en voz baja y balanceándose un poco sobre los talones—. Y no podía… no estar aquí.

Algo en el rostro demasiado maquillado de Nicole se aflojó, y mientras las dos mujeres se sostenían la mirada, Jill sintió que su propia ira y sus recriminaciones se desvanecían junto con las de Nicole. Todo este resentimiento, todo este odio, las había dejado muy cansadas.

—¿Stan? —Tras una breve charla con Paul, su marido se había unido a ellas—. Ella es Nicole.

—Nos conocemos. —Stan: siempre comedido y cortés, incluso en las circunstancias más difíciles—. Creo que yo ya había pasado a un segundo plano cuando tú empezaste a trabajar, ¿verdad?

—Así es.

La conversación fue el típico intercambio banal introductorio de

cualquier reunión social, con el mismo silencio de "¿y ahora con qué seguimos?", un silencio que Nicole llenó con preguntas acerca de la salud de Stan. Pero a medida que se sucedían las amabilidades, Jill se dio cuenta de que sostener cualquier tipo de conversación estaba resultando una enorme tensión para su colega. Algo extraño le había sucedido a la boca de Nicole, los labios fucsia se movían con inusitada rigidez en torno a las vocales y, en ese momento, Jill comprendió cuánto le estaba costando a Nicole estar allí, a pesar de las gafas, el sombrero y el lápiz labial. Había sido algo más que una aventura. Quizá perder a Jamie sería la tragedia de su vida.

Con los primeros compases de La ascensión de la alondra, de Vaughan Williams, se interrumpieron en seco las conversaciones, los rostros se volvieron serios y se ajustaron chaquetas y corbatas. La mano de Stan se sentía tibia en la espalda de Jill en tanto la guiaba hacia delante a lo largo de la nave del crematorio. Y cuando se volvió para lanzar una última mirada suplicante a su esposo, este respondió con un pequeño movimiento de cabeza.

—En una hora, todo esto habrá terminado —susurró mientras tomaban asiento.

Que él entendiera, sin saber lo que ella había hecho, que Jill querría distanciarse de cualquier cosa relacionada con Jamie después de aquel día era milagroso. Y mientras un clérigo de pelo corto y expresión exultante aseguraba a la congregación que el Señor "oiría sus llantos y los consolaría", "encendería una luz para ellos" y "los acompañaría a través de los valles más oscuros", Jill observó a la pequeña Christel, tres bancos más adelante, que paseaba a una diminuta hada de plástico de un lado a otro por la madera lustrada del banco.

¿La habría comprado Maya especialmente? "Tu padre se suicidó. Está en ese ataúd, a unos metros de distancia, porque no pudo molestarse en esperar a que se te cayera el primer diente, te convirtieras en mujer y tuvieras tu primera cita. Pero toma, ten esto". En ese instante, el abismo entre ella y las madres fue más grande que nunca. Jill solo tenía que pensar en ella y en Stan; en el dolor de perderlo y en sobrevivir sin él. ¿Cómo podía Maya permanecer fuerte no solo por ella aquel día, sino por Christel y Elsa para siempre?

Con pasos pesados, el padre de Jamie se dirigió a la parte delantera de la capilla y se detuvo ante el féretro de su hijo apoyado sobre una plataforma en el atrio. Jill advirtió que su traje negro parecía bastante poco usado, aunque no nuevo, del tipo de los que compraban los hombres de sesenta años cuando empezaban a perder algunos amigos y eran conscientes de que otros los seguirían. Un "uniforme fúnebre" que ningún padre imaginaba jamás tener que usar para enterrar a su hijo.

Su cabello blanco brillaba contra el bronceado rojizo de su rostro, un rostro ancho y honesto, y Jill recordó las fotos del apartamento de Alicante que Jamie le había mostrado una vez en su móvil, orgulloso de haber podido darles a sus padres la jubilación con la que habían soñado. Demasiado esnob como para ir mucho de visita —"el clima y el vino son buenos, pero hay demasiados vagos"—, Jamie no había mencionado mucho a sus padres en las conversaciones, pero en las raras ocasiones en las que lo había hecho, recordaba Jill, su tono siempre había estado impregnado de amor.

Ted Lawrence debió de haberse convertido en padre al final de la adolescencia o al principio de su veintena. En marcado contraste con su pelo, su rostro parecía juvenil y sin arrugas y sus ojos eran del mismo color café suave y aterciopelado que los de Jamie. Era probable que también fuera díscolo en circunstancias normales. Se había dedicado a algo relacionado con sistemas de calefacción central. Calderas, eso era: Ted había sido reparador de calderas en Sevenoaks, donde él y su esposa, Laura, habían vivido hasta jubilarse. De pie allí, junto a Maya, la mujer no podía contener los sollozos, que resultaban audibles para todos. Jill no podía mirarla.

—Ver a tanta gente hoy aquí y escuchar lo mucho que querían a nuestro hijo es un gran consuelo para mí y para mi esposa —comenzó el señor Lawrence con lentitud; extrajo una hoja de papel arrugada de su bolsillo interno y la alisó con la palma de la mano antes de apoyarla en el atril—. Pero aquí estoy, con el corazón roto. —Vaciló, y Jill deseó que pudiera recuperarse, antes de recordar que no había forma de superar este tipo de dolor—. Laura y yo nunca imaginamos que tendríamos que enfrentarnos a la pérdida de un hijo: nuestro único hijo. Me atrevo a decir que nadie lo imagina. Pero perder un hijo así, saber que sentía que no tenía alternativa, nadie con quien poder hablar… —El señor Lawrence sacudió la cabeza—. Porque

Jamie tenía muchos planes, ¿saben? Para el futuro. Y estaba en camino de hacerlos realidad. De modo que esto… —El hombre asintió hacia su esposa y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Esto no tiene sentido. Jamie siempre fue una persona que veía el vaso medio lleno, desde que era un niño. Nunca nos dejaba dormir los fines de semana. Se ponía a saltar en nuestra cama al amanecer y exclamaba: "¡Arriba!". ¿No es así, Lau?

La única respuesta de su esposa fue un balbuceo estrangulado y Ted siguió adelante.

—Y siempre era lo mismo: "¿Qué vamos a hacer hoy, papá?". Como si cada día tuviera que traer una nueva aventura. Y entonces supe que lo normal con lo que su madre y yo nos contentábamos no iba a ser suficiente para Jamie. Él quería algo especial, y lo consiguió. Tenía una esposa hermosa —precisó, y sonrió a Maya— y sus hijas y una casa y un trabajo que era mejor que cualquier cosa que jamás hubiéramos podido esperar. Socio de una empresa de primera… —se interrumpió al quebrarse su voz— en Londres, mencionada en revistas y periódicos.

Por el rabillo del ojo, Jill alcanzó a ver a la madre de Jamie que asentía con vehemencia entre lágrimas. Tuvo una visión de artículos periodísticos enmarcados en las paredes, el refrigerador de la cocina empapelada con recuerdos de "lo bien que le ha ido" y una visión contrastante de las reseñas que habían aparecido después de su muerte.

—Sé que ese éxito fue mancillado al final o… o… —Jill se estremeció ante el patetismo de este hombre que buscaba la palabra adecuada para describir lo que le había ocurrido a su hijo al final de su vida—. Pero hoy no pensamos en eso. Hoy pensamos en todo lo que Jamie logró. Y no fue una sorpresa para nosotros. Porque yo lo llevaba conmigo a los trabajos locales cuando era un muchacho, ¿saben?, y cuando yo le explicaba a un cliente que lo más probable era que tuviera que reemplazar la caldera entera y, por supuesto, el cliente se molestaba, "Pero ¿cuánto me va a costar eso?", bueno, justo en ese momento intervenía Jamie. "Mi padre puede arreglar cualquier cosa, puede confiar en él", aseveraba. Ya entonces producía ese efecto en la gente. Los hombres lo adoraban, y las mujeres también. —Una curvatura del labio, una pizca de orgullo machista por el éxito de su

hijo “con las mujeres”—. Y, a pesar de lo que hizo, sé que nos quería.

Cuando la barbilla del señor Lawrence cayó sobre su pecho y sus hombros empezaron a sacudirse hacia arriba y hacia abajo, el clérigo se acercó y le susurró unas palabras al oído.

—No, yo… Solo quiero decir una última cosa: siempre estaremos orgullosos de ti, hijo. Y esperamos que hayas encontrado la paz.

Durante el pasaje del Eclesiastés y toda la canción “Supermarket Flowers”, de Ed Sheeran, Stan sostuvo la mano de Jill, y le dio un ligero apretón justo antes de que ella avanzara hacia el atril.

—Señor y señora Lawrence, Maya, estoy seguro de que hablo en nombre de todos cuando digo que, si pudiera aliviarles algo de su dolor, lo haría. Pero espero que les consuele saber que todos los presentes en esta sala lo comparten.

Nicole estaba en el fondo, la tercera desde el pasillo, tan oscura y distraída como una mancha en una lente, y detrás del atril, Jill cambió su peso de un pie a otro.

—Todos los que estamos aquí hemos conocido a Jamie en diferentes momentos… —“Mantente en el contexto laboral”, se había dicho a sí misma la noche anterior, “y estarás a salvo”—. Y como alguien que detectó su potencial hace doce años, lo trajo a BWL y trabajó de manera estrecha con él durante todo ese tiempo, lo vi crecer tanto en lo profesional como en lo personal. Lo vi convertirse en esposo cariñoso y padre de las pequeñas Christel y Elsa. Lo vi ascender de agente júnior a socio. —Se aclaró la garganta—. Pero esa sed de aventura de la que hablaba, señor Lawrence, fue siempre uno de sus rasgos más distintivos. —Porque siempre querías más, ¿no es así, Jamie? ¿Por qué? ¿Acaso la adultez no era lo bastante emocionante para ti? ¿O será que te consentimos demasiado… tus padres, las mujeres, el éxito, yo?—. Y, luego, estaba su carisma, su magnetismo… —“agotador, devastador”— … del que nadie escapaba. Cuando hablaba con alguien, cualquiera, lo hacía sentir como si fuera la única persona en la habitación. Un don poco común, por cierto. —“Y un don del que abusaste, Jamie, una y otra vez, para conseguir lo que querías”—. En un trabajo como el nuestro, donde el atractivo personal es tan importante, le daba una energía y un poder que lo

impulsaba siempre hacia delante. —“Y te ayudaba a pisotear a los demás con facilidad.” Hizo una pausa—. Que bajo esa brillante fachada había un alma atormentada no es algo que muchos de nosotros hayamos sospechado. Pero Jamie dejó su huella en todos los presentes mientras estuvo con nosotros. Y, de nuevo, estoy segura de que hablo en nombre de todos cuando digo que jamás lo olvidaremos.

CAPÍTULO 35

NICOLE

Diciembre

—¡Viene por ti, viene por ti!

La advertencia llegó demasiado tarde. Suzie Pong, la maldita lavandera que Nicole no recordaba que hubiera estado en el Aladino original, ya se estiraba sobre ella y extendía su mano hacia Ben.

—Sube —gritó, con su barba incipiente y los dientes con manchas de lápiz labial que se veían de cerca—. Voy a necesitar un aprendiz en mi lavandería y tú eres justo lo que necesito. —Suzie Pong hizo girar a Ben por la cintura para que mirara al público y gritó: —¿No les parece perfecto, damas, caballeros y amigos no binarios?

Un coro de síes y silbidos ahogaron las protestas de su esposo y Nicole se encogió en su asiento para permitir que sacaran a Ben al pasillo y lo subieran al escenario del teatro.

—Algo me dice que papá va a quedar en ridículo —susurró al oído de su hija. Y cuando Chloe estalló en una de sus carcajadas eufóricas que puso al descubierto la divertida mezcla de dientes desiguales, Nicole sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Todos esos años escuchando a sus amigas protestar por el sentimentalismo estacional que las obligaba a pasar horas en Westfield o en la pista de patinaje sobre hielo cuando sonaban los primeros compases de Last Christmas, de Wham era algo que Nicole nunca había entendido. Hasta ese año. Hasta que había estado a punto de perderlo todo y había tenido que recogerlo, pedacito por pedacito.

Instalada de nuevo en su casa, había experimentado fuertes altibajos emocionales varias veces al día. Eran tan intensos que le daban vértigo y surgían de la nada: cuando ponía la mesa para tres o

intentaba encontrar el compañero de un pequeño calcetín con estampado de estrellas en la maraña de ropa todavía tibia por la secadora. Cuando recogía cartas del felpudo dirigidas al señor y la señora Harper. Cuando al subir a la habitación de invitados en la que Ben la había hecho dormir durante más de un mes vislumbraba la nuca de su esposo mientras editaba contenidos para la productora para la que entonces trabajaba.

Todas las cosas que antes la hacían sentir atrapada eran en ese momento recordatorios tangibles de lo que era la verdadera felicidad. Porque al final, no había tenido nada que ver con leer su nombre en la pared de la recepción junto al de Paul y Jill después de todos esos años ni con escribir la primera carta en el papel con membrete de BWL, sino con algo mucho más sutil. Y cuando una noche estaba en un pub celebrando el haberse convertido en socia el mes anterior y su nueva asistente personal le había mostrado un tatuaje que estaba en proceso de eliminar, Nicole se había sentido fascinada por esos fragmentos de tinta negra que estaban siendo eliminados punto por punto y había tenido la sensación de que ese mismo proceso de purificación se estaba llevando a cabo dentro de ella. Y de que, con Ben y Chloe a su lado, la toxicidad en su torrente sanguíneo acabaría por desaparecer.

Por ese motivo, no sintió la habitual opresión en el pecho cuando Ben sugirió que asistieran como todos los años a la comedia musical prenavideña.

—Por supuesto que iremos —había insistido ella.

¿Y cómo podía explicar Nicole que su misma banalidad era lo que lo hacía tan importante? Incluso más que la primera noche que habían vuelto a compartir la cama, cuando a pesar de las tres copas de merlot que había bebido tal vez a propósito durante la cena, Ben había dado la impresión de que se había tenido que forzar para hacerlo, y había mantenido la vista fija en un punto lejano del poste de la cama hasta que hubo terminado. Pero ese sábado por la tarde en el teatro —a pesar de las discusiones sobre si Chloe tenía permitido o no los Maltesers y la corrida desenfrenada al baño de damas— Nicole sentía que eran casi como todo el mundo.

—Ay, madre, esto no parece que vaya bien, ¿verdad?

Las risas llenaron el auditorio y Nicole levantó los ojos hacia su esposo en el escenario. Sujetado a una cuerda de tender por dos broches gigantes que le levantaban los hombros de la camisa como un maniquí de ventrílocuo, Ben se esforzaba por parecer simpático. "¿Cuáles son las tres peores palabras de la lengua inglesa?", había bromeado en una de sus primeras citas. "Participación del público".

Sí, Ben debía de estar odiando cada segundo de aquello. En la forma en la que las parejas que llevan mucho tiempo juntas son capaces de captar las emociones del otro, Nicole podía sentir de forma activa el odio que emanaba de él. Pero como sabía cuánto le fascinaba a Chloe ver a su padre allí arriba, Ben sonreía y lo soportaba. Y soportar con humillación, comprendía ahora Nicole, era la mayor prueba de amor.

Ben fue bajado del escenario con la misma falta de gracia con que se lo había empujado a él.

—¡Un aplauso para mi aprendiz! Y que vaya a buscar trabajo. —Lo que fuera que Ben susurró de buen humor al oído de Nicole mientras se sentaba de nuevo fue silenciado por los ruidos y gruñidos de la repetición de la canción "Firestarter", de Prodigy, y el elenco se reunió en el escenario para la escena final.

—¡Mamá, tengo hambre! —gimió Chloe mientras bajaban despacio las escaleras del teatro y salían a las abarrotadas calles prenavideñas de Hammersmith.

—¿Cómo puedes tener hambre? —preguntó ella con sorpresa, y se inclinó para subir la cremallera del abrigo de su hija—. Te acabas de merendar una caja entera de Maltesers tú sola.

—La verdad es que no almorzó mucho. ¿Qué te parece el mercado de Navidad?

Nicole siguió la mirada de su marido, respiró los olores dulces y salados —churros, carne asada y algo caliente, frutado y alcohólico— y observó la serie de puestos al otro lado de la calle.

—Vamos —convino. Luego, al ver un buzón, agregó—: Ahora voy.

La tarjeta de Navidad había languidecido en su bolso toda la

semana y mientras alisaba las esquinas dobladas, Nicole echó un último vistazo a la dirección: “Alex Fuller, Oak View Cottage, Albion Road, Marden, Tonbridge”, y la introdujo en la ranura. “Es alquilado y muy pequeño”, le había contado Alex. “Así que mamá duerme en la habitación y yo en un sofá cama en la sala, pero en cuanto mamá cobre el dinero del divorcio comprará un sitio más grande. Y esto es muy tranquilo. ¡Katie incluso duerme toda la noche! Tienes que venir a visitarnos”.

Nicole había prometido que lo haría, pero sabía que eso nunca ocurriría, que era lo último que ninguna de las dos quería o necesitaba, y que cualquier cosa más allá de una llamada ocasional solo reavivaría recuerdos dolorosos. Una niñita de negro en el funeral de su padre; dos pequeñas que pasarían la primera de muchas Navidades sin su padre.

Pero Nicole había desarrollado una serie de estrategias de evasión para desterrar a Christel y a Elsa de su mente cada vez que aparecían. Tomó la mano enguantada de Chloe y se encaminaron hacia el humeante campamento de puestos navideños.

—¿Recuerdas la última vez —comentó, y le sonrió a Ben— que tuve el olfato tan agudizado?

—¿Que si lo recuerdo? Sabías lo que yo estaba preparando para la cena incluso antes de atravesar la puerta.

Y cuando su hija preguntó, “¿La última vez qué?”, ambos supieron que no aflojaría hasta obtener una respuesta.

Ben llevó a Chloe hacia el vano de una puerta, lejos de la multitud que se movía con rapidez, y le tomó la mejilla sonrojada.

—¿Te gustaría tener una hermanita… o hermanito?

Los ojos de la niña pasaron de Nicole a Ben, y viceversa. Luego, una tenue sombra brilló alrededor de sus cejas.

—¿Y viviríamos todos juntos? ¿Tú, yo, mamá y mi hermana o hermano?

—Por supuesto, Chlo. —Por encima del gorro de su hija, los ojos

de Ben se encontraron con los de Nicole—. Jamás permitiré que nada cambie eso.

Al ver que el placer en el rostro de su esposo se extendía al de su hija, Nicole rezó por millonésima vez para que este bebé se retrasara un par de semanas.

CAPÍTULO 36

JILL

—Quince mil horas: eso es lo que se supone que duran estas nuevas bombillas de bajo consumo.

Jill bajó el Sunday Times y alzó la vista hacia su esposo desde su posición acurrucada en el sofá. Stan no se había movido en la última media hora y seguía de cara a la pared de la casa flotante, trabajando en el agujero lleno de cables sobre su cabeza. A su lado, sobre la repisa del Lady J, estaba el aplique defectuoso que había decidido arreglar.

—Son buenísimas, pero nunca dan suficiente luz. Así que si son quince mil horas de luz crepuscular… —Escudriñó la página de opinión en busca de su escritor favorito, pero descubrió que lo habían sustituido por un "columnista invitado" sospechosamente joven—. Es lo mismo, la bombilla nunca ha sido el problema, ¿verdad?

—No. Pero creo que por fin he descubierto cuál era —murmuró mientras atornillaba la placa trasera rectangular del aplique a la pared antes de dar un paso atrás—. Solo me ha llevado tres años y medio.

—No puede hacer tanto tiempo.

—Sí que lo hace. —Stan se volvió hacia ella con una sonrisa—. ¿Recuerdas aquel fin de semana que vinieron Prue y Alan y fuimos a Milton Keynes?

—Y ella no paraba de perder el audífono todo el tiempo.

—Y nos pasamos la mayor parte de la última tarde buscando el maldito cacharro.

—Antes de encontrarlo entre los almohadones del sofá. —Jill enarcó las cejas—. ¡Oh! —Se llevó una mano a la boca—. Tienes razón. ¡Fue ese fin de semana! La última noche estaba lloviendo y

cenamos aquí, y no pudiste encender las malditas luces.

—Exactamente. Me ha estado dando vueltas desde entonces. —Stan señaló con la cabeza el interruptor detrás del sofá—. Adelante, ¿quieres?

Jill se estiró sobre los periódicos que la rodeaban y encendió el interruptor.

Nada.

Stan gimió.

Jill se rio.

—Déjalo. Ven aquí. —Le dio una palmadita al espacio a su lado—. Prepararé un poco de té.

—No, no. —Su esposo ya se había vuelto hacia la pared y había empezado a desatornillar el aplique—. Voy a arreglar esto ahora. Esas quince mil horas empiezan hoy.

Jill buscó la sección de ofertas inmobiliarias y giró sus hombros hacia atrás de manera rítmica mientras la hojeaba en un intento por aliviar la tensión en su pecho: cualquier cosa que impidiera a su mente hacer las sumas involuntarias. ¿Quince mil horas eran qué? Más de un año y medio. Quizás dos. Esa luz no tenía nada que ver con el fastidio de Stan ni con tachar algo de su lista de tareas; lo estaba haciendo por ella.

Aceptar que su marido se estaba muriendo había resultado más fácil que hablar con él sobre la vida que aún compartían, y los primeros deslices —"Tenemos que acordarnos de podar esa clemátide a principios de mayo antes de que las hojas empiecen a tapar el canalón", "Recuérdame que invite a Steph el año que viene"— habían sido suficientes para que Jill abandonara la habitación en la que estaba y se encerrara en el baño más cercano hasta que pudiera volver a respirar.

No había ayudado que Stan fuera capaz de reírse de estos deslices; Jill le había advertido semanas atrás que cualquier forma de humor negro no solo no le haría gracia, sino que le resultaría repulsivo. Sin

embargo, a medida que la muerte de Jamie iba quedando en el pasado, junto con toda la fealdad de aquella semana tan traumática, la mente ordenada de Jill había encontrado una especie de consuelo en reconocer que simplemente habría un antes… y un después. Para cuando llegara la siguiente factura del seguro del hogar y hubiera que limpiar los canalones; para cuando esa estúpida bombilla de bajo consumo de quince mil horas dejara de funcionar, Stan se habría ido. Y Dios sabe que hacía tiempo que había hecho las paces con eso.

El hecho de que su esposo hubiera desafiado todas las expectativas y llegado a diciembre era "un mérito" de ella, repetía el doctor Jacks, aunque Jill se inclinaba más por atribuirlo a la vida sana que habían llevado: buena comida, largos paseos y todas esas décadas de aire de río. Pero cuando por fin les dieron el visto bueno para emprender el viaje por Grand Union, tres meses después de lo previsto, el doctor la había llevado aparte, le había entregado cinco páginas de instrucciones médicas y añadido:

—La gente puede tener una falsa sensación de seguridad en casos como el de Stan, ¿sabes? Y empezar a creer que nos equivocamos. —En este punto, había hecho una pausa—. Créeme cuando te digo que ojalá lo hubiéramos hecho. Pero… —Sacudió la cabeza—. Sabes que es muy poco probable que Stan llegue a Navidad, ¿verdad?

Ella había asentido mientras tragaba el nudo en su garganta.

—¿Pero el viaje? —había preguntado—. No estarás diciendo que no podemos ir, ¿no?

Jill no se dio cuenta de lo importante que era el viaje hasta la primera mañana, cuando ella y Stan se despertaron en un tramo brumoso del canal cerca de Tring Summit. En verano, el agua estaba repleta de cruceros que ofrecían paquetes de tres días con "todo incluido", pero solo los aficionados curtidos como ellos navegaban por allí en diciembre. Y, salvo por una sola casa flotante que parecía haberse fundido con la orilla del río a la que estaba amarrada, con todo un lado cubierto de musgo y líquenes, Lady J era la única embarcación.

Sí, el tiempo estaba mucho más fresco de lo que habían esperado, lo suficiente como para despertarlos a ambos poco después de las seis

de la mañana, pero después de llenar un termo con café, ayudar a Stan a ponerse su jersey polar más grueso y calentar dos medialunas, se habían sentado en la cubierta trasera, tapados por una manta, para observar el cielo anaranjado aclararse hasta convertirse en rosado.

—¿No es maravilloso? —había susurrado Stan.

Y lo era. Pero no era fácil vivir el momento cuando cada uno de esos momentos era ya un recuerdo que había que atesorar con avidez: desde las bromas que hacía su marido hasta las instantáneas mentales de sus manos salpicadas de manchas. Porque si lograba acumular los suficientes, esos recuerdos podrían durarle el resto de su vida.

Antes de salir de Londres, habían redactado una lista de reglas. Nada de hablar de muerte; en cualquier caso, ya habían ultimado los detalles finales del funeral antes de partir, y Jill se abstendría de fastidiarlo con los medicamentos. Stan ya era mayorcito y no necesitaba que nadie le recordara qué pastillas tenía que tomar. No hacía falta que Jill estuviera encima de él. Aparte de una única pinta con el pastel de carne y cerveza en el almuerzo en el Half Moon, Stan no bebería alcohol (el médico se lo había desaconsejado). Y, salvo por una media hora a media tarde durante la cual Jill podía revisar sus correos electrónicos y llamar a la oficina si era necesario, no se hablaría de trabajo ni se haría nada relacionado con él. Antes de poner en marcha el motor del Lady J, se habían puesto de acuerdo sobre aquello y habían partido de Little Venice decididos a atenerse a esas reglas.

Por supuesto, al tercer día y ese domingo, habían roto todas las reglas menos una. A las pocas horas, Jill había empezado a importunar a Stan con sus pastillas. ¿Se había acordado de llevarlas todas? ¿Incluso las que estaban junto a la tetera? Su marido había disfrutado de su primera cerveza incluso antes de que pasaran por Brentford, y cuando la camarera les tomó el pedido para el almuerzo en Half Moon ese día, Stan había mirado por encima del menú a su esposa: “¿En serio vas a impedir que un moribundo disfrute de una buena botella de vino tinto?”.

La joven rubia y bonita de nariz respingona y unos diecisiete años, segura de que se trataba de una broma, se había reído. Porque la idea de que la gente común que almorzaba los domingos en los pubs se

fuera de allí y se muriera era risible. Así que Jill le había preguntado si todavía tenían ese ribera tan rico, "el Vega no sé cuánto que tomamos hace tres años y que nos encantó", y se habían tomado una botella durante las cuatro horas que duró el almuerzo antes de pedir dos copas más para acompañar el pastel de manzana.

Estaba lloviendo cuando se habían marchado del pub, y Jill se había alegrado de que eso anulara los planes de paseo y les diera un atardecer lánguido para leer los periódicos juntos e intercambiar los suplementos en silencio en el orden establecido hacía décadas. Solo que, en lugar de acurrucarse junto a ella, Stan se había concentrado en el aplique.

—Vaya.

Durante un tiempo después de que la muerte de Jamie se hubo hecho pública, Jill se había acostumbrado a ver su nombre en las noticias. Pero hacía tiempo que el caso se había cerrado, declarado un "claro suicidio", y hacía semanas que no leía nada relacionado con su antiguo socio o con el Vale. De manera que el impacto de esas dos palabras la desestabilizó casi tanto como el retrato sonriente junto a ellas.

—¿Qué? —Todavía absorto en los cables, Stan no se volvió.

—Hay un artículo en la sección inmobiliaria del Times sobre la venta del Vale a Creighton Mackintosh. Un artículo importante.

—La noticia iba a salir en algún momento. Roger Creighton es toda una figura. ¿Te preocupa que piensen que la hemos filtrado?

—No, no. Hay citas de él. Dice que quiere convertirlo en "el mayor teatro en funcionamiento del oeste de Londres".

—Me alegro por él.

Jill asintió con la cabeza y sus ojos volvieron al párrafo sobre Jamie, la "trágica historia reciente del lugar", y el rostro desafiante y vital que aparecía a un lado.

—Han sacado a relucir todo el asunto de nuevo —comentó, y negó con la cabeza—. Es lo último que necesitan Maya y las niñas.

Jill alzó la vista hacia su esposo en busca de algún tipo de confirmación, pero Stan seguía sin volverse y ella observó los restos de pelusa que Johnny, el peluquero, había afeitado hasta lo que Stan llamaba "rebajado medio" antes de que partieran.

—Era inevitable. En cuanto se hizo público lo de la acusación por agresión sexual, y después el teatro con esa cúpula de cristal olvidada, maná del cielo para los periodistas, ¿no crees?

Deseando no haber comprado el periódico que había permitido que Jamie volviera a su vida, aunque fuera por un momento, Jill volvió la página. Pero era demasiado tarde. Y, como una puerta que no se cierra del todo por mucha fuerza con que una la empuje, algo quedó atascado.

—¿Sabías lo de la cúpula? —Habló más para sí misma que para Stan, y recordó que la cobertura periodística de la muerte de Jamie no había mencionado la estructura de cristal oculta en el tejado del teatro. De hecho, la única persona que se lo había mencionado a ella había sido Nicole.

Debajo de la camiseta con cuello de M&S en oferta "tres por dos" que ella le había comprado, los omóplatos de su marido estaban rígidos, los tendones del cuello tensos debajo de ese "rebajado medio", y aún estaba a tiempo de retirar la pregunta. Pero cuando Jill vio que los hombros de su esposo se hundían, supo que era demasiado tarde, y el susurro de miedo en su interior se convirtió en un aullido interno.

—Lo que te hizo…, lo que le hizo a la empresa que nos llevó una vida construir.

—Shhh.

El codo de Stan se movía mientras hacía girar el destornillador.

—Jamie no le tuvo respeto.

—Shhh.

—Ningún respeto por las mujeres, ni por esa pobre chica enferma que utilizó como chivo expiatorio. Ni siquiera por mi muerte.

Con los ojos todavía clavados en la nuca de su esposo, Jill recordó la última vez que había visto a Jamie. La verdad que le había espetado. La computadora portátil que había dejado abierta en la mesada de la cocina después de renunciar a rastrear su viaje en la base de datos de la empresa. El somnífero que le había dado su marido: esa misma nuca que se iba borroneando mientras le hacía efecto.

—Jamie estaba muy borracho cuando llegué —continuó Stan en una voz baja que ella no reconoció—. Borracho y desesperado por enseñarme la pequeña "rareza" del Vale.

El aplique estaba de vuelta en su lugar y Stan dejó el destornillador con suavidad sobre la repisa.

—Se habría caído de todos modos.

Durante un segundo, ninguno de los dos se movió.

Entonces Jill se oyó hablar, firme y como una maestra de escuela:

—Es suficiente.

Se liberó de la parálisis que amenazaba con envolverla, buscó el interruptor detrás del sofá y lo pulsó. La luz era intensa, demasiado intensa. Y, en el momento en que Stan se volteó por fin para encontrarse con su mirada, Jill anheló las viejas sombras para ocultarse tras ellas. Pero ya no había vuelta atrás, y agradecida de que sus piernas aún pudieran sostenerla, se dirigió a la cocina y sacó del cajón la guía de vías navegables Nicholson.

—Ahora que podemos ver bien, veamos cuál será nuestro próximo destino.

Porque había que crear nuevos recuerdos. Y, si podían seguir moviéndose, despacio y firmemente, algunos de los viejos recuerdos tal vez podrían olvidarse.

Si te ha gustado esta novela…

Estamos seguros de que disfrutarás con la lectura de La Ex/ La Mujer, de Tess Stimson, una novela con un ritmo trepidante y un final difícil de predecir, en la que se analiza el inquietante asesinato de un hombre desde las diferentes perspectivas de mujeres de su entorno cercano que tienen razones para desear verlo muerto. Lo dos thrillers se mueven en el resbaladizo entorno de la venganza.

En ambas novelas, las protagonistas femeninas exponen, en ocasiones explícitamente y en otras entre líneas, cómo la muerte del que consideran su principal adversario está más que justificada.

Tanto uno como otro thriller psicológico ofrecen un emocionante desenlace imposible de imaginar. Se trata de dos lecturas altamente recomendables para los amantes del género.

Te invitamos a ingresar a nuestro único grupo oficial en Telegram solicita acceso si no haces parte de la comunidad: https://www.facebook.com/SeaOfLetters

El equipo editorial.

CELIA WALDEN es escritora y periodista, con una prestigiosa carrera como columnista sobre una amplia variedad de temas, desde el feminismo de la cuarta ola, la salud, la belleza y la moda hasta el automovilismo. Trabaja para los más importantes medios ingleses, entre otros el Daily Telegraph Glamour, GQ, Elle, Porter Magazine, Harper's Bazaar, Net-a- Porter's The Edit, Grazia, Stylist, Standpoint, The Spectator y Russian Vogue. Nacida y criada en París, Celia estudió en la Universidad de Cambridge y

durante la última década ha dividido su tiempo entre Londres y Los Ángeles. Está casada con el célebre presentador de televisión Piers Morgan. Hora de pagar es su primer thriller.

Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

¡Te damos la bienvenida!